

héroes fundadores, reyes subterráneos y seres extraordinarios

Elisa Ramírez Castañeda

héroes fundadores, reyes subterráneos y seres extraordinarios

Elisa Ramírez Castañeda

pluralia
2014

Sistema de clasificación Melvil Dewey

398.209

R528

2014

Ramírez Castañeda, Elisa

Héroes fundadores, reyes subterráneos y seres extraordinarios /
Elisa Ramírez Castañeda; ilus. Jerónimo López Ramírez, "Dr. Lakra".
— México : Pluralia Ediciones, 2014.
232 p. : il.

ISBN: 978-607-7655-26-8

1. Literatura indígena mexicana. 2. Indios de México — Mitos. I.
López Ramírez, Jerónimo "Dr. Lakra", il. III. t.



ESTA OBRA SE REALIZÓ CON APOYO DEL ESTÍMULO A LA PRODUCCIÓN DE LIBROS DERIVADO
DEL ARTÍCULO TRANSITORIO 42° DEL PRESUPUESTO DE EGRESOS DE LA FEDERACIÓN 2012

Diseño de Álvaro Figueroa

© por el texto: Elisa Ramírez Castañeda, 2014

© por las ilustraciones de portada: Jerónimo López Ramírez, "Dr. Lakra", 2014

Primera edición Pluralia Ediciones e Impresiones, 2014

D.R. © Pluralia Ediciones e Impresiones, S.A. de C.V., 2014
San Francisco Figuraco 20-7, Colonia Villa Coyoacán,
04000, México, D.F.
www.pluralia.com.mx

ISBN: 978-607-7655-26-8 Pluralia Ediciones e Impresiones

Prohibida su reproducción por cualquier medio mecánico, digital
o electrónico sin la autorización escrita de los editores.

Impreso en México / *Printed in Mexico*

ÍNDICE

9	NOTA INICIAL
19	INTRODUCCIÓN
21	HÉROES FUNDADORES Y CIVILIZADORES
22	Estrella matutina, canto. <i>Cora</i>
23	Los hijos de Tonati. <i>Cora</i>
28	Cómo el Hermano Mayor perdió su rango. <i>Mexicanero</i>
30	Sautari. <i>Cora</i>
33	Primeros Montezumas. <i>Pápago</i>
35	Cucuduri. <i>Tepehuano</i>
35	Nuestro Hermano Mayor Hatzikan. <i>Cora</i>
37	Kauyumari y Xurawe. <i>Huichol</i>
37	Lucero matutino. <i>Tepecano</i>
38	La gente de la cueva. <i>Chinanteco</i>
39	La mujer y el <i>sancho</i> . <i>Tzoztil</i>
45	Dos historias de Chikon. <i>Mazateco</i>
46	Palikata. <i>Huichol</i>
47	Asunción de la Estrella Vespertina. <i>Mexicanero</i>
49	Huracán y Rayo Viejo. <i>Popoluca</i>
49	Sentiopil. <i>Náhuat</i>
53	REYES NATIVOS
54	Juan Tutul Xiu. <i>Maya</i>
55	Conday y La Mitra. <i>Mixe</i>
60	Otros Moctezumas. <i>Popoluca, nahua</i>
60	Fane Kantsini. <i>Chontal</i>

- 63** Los reyes gentiles. *Cuicateco*
- 65** El huérfano, Ndeaj. *Huave*
- 66** Cuento del niño que nació de un huevo de gallina. *Chontal*
- 68** Junkil Aah. *Teenek*
- 69** Sus Giber. *Zapoteco*
- 71** Recuerdo del rey Chatino. *Chatino*
- 72** El sabio Salomón. *Zapoteco*
- 74** Antonio Tonati. *Cora*
- 74** La conquista de los hombres. *Pima*
- 76** El Tepoztécatl. *Náhuatl*
- 85** El indio rey. *Tzotzil*

101 CRISTOS

- 102** El primer hombre y el origen de las fiestas. *Yaqui*
- 104** El Nazareno. *Huichol*
- 107** Cristo y los negros. *Cora*
- 108** Tata Dios y el diablo. *Tarahumara*
- 110** Cómo huyó el muchacho de los diablos. *Mexicanero*
- 112** Cristo bendice con la mano zurda. *Cuicateco*
- 112** Cuando persiguieron a Nuestro Señor. *Tzotzil*
- 113** San José, el Nazareno y los judíos. *Cora*
- 115** El nacimiento del niño. *Cuicateco*
- 115** La creación. *Mayo*

117 NAHUALES, SANTOS Y QUERELLAS

- 117** Montioc, ombas y nea wüy neai. *Huave*
- 119** Dos nahuales. *Pame*
- 120** Cuando alzaron la campana. *Tzotzil*
- 121** Las campanas santas. *Huave*
- 122** Chontales de la montaña contra mareños. *Chontal*
- 123** Tecpatán contra Tierra Colorada. *Zoque*
- 124** Tataltepec contra Juan Colorado. *Chatino*
- 124** Cuando los guatemaltecos volaron. *Tzotzil*
- 127** Dos historias de nahuales. *Huave*
- 130** Derrota de los caribes. *Tzeltal*
- 130** Un pleito entre santos. *Huave*

- 131** Águilas devoradoras. *Cuicateco, mazateco, ixcateco*
134 El pájaro enorme. *Yaqui*

139 SERES EXTRAORDINARIOS

139 CRIATURAS DE AGUA

139 *La lluvia*

- 139** El origen de la lluvia. *Huichol*
140 Cómo llamaron a la lluvia. *Cora*
141 Canto y fiesta de la lluvia. *Cora*
142 Bóbok. *Yaqui*
143 Origen de la lluvia. *Mazateco*
144 *Rayos y centellas*
145 Un viaje al país de los relámpagos. *Chontal*
146 Los moyó. *Zoque*
146 Los xocoyotes. *Náhuatl*
147 El muchacho rayo. *Chontal*
148 Los que vieron al rayo. *Popoluca*
148 El ‘Anjel. *Tzeltal*
149 La muchacha que tenía un rayo por marido. *Mixe*
149 La esposa que era rayo. *Popoluca*
151 El hombre pobre y el rayo. *Mixe*
152 El aprendiz de Trueno. *Teenek*
153 Pedro Yam-Bak. *Zoque*
155 El maestro Trueno. *Teenek*
155 Un hombre flojo. *Náhuatl*
158 Tres historias de rayos. *Zapoteco*
162 El hombre que se fue adonde viven los truenos. *Tepehua*

162 *Culebras*

- 163** San Miguel y la serpiente. *Cora*
163 La culebra del cerro Nohme. *Yaqui*
164 Una piedra cornuda. *Tzotzil*
164 Suawaka. *Yaqui*
165 Culebras devoradoras. *Tarahumara*
166 Culebra Venado. *Totonaco*
166 La víbora con cuernos. *Zoque*
167 La serpiente cuernuda. *Huasteco*
167 El pastor y la culebra. *Mixteco*

- 169** *Mujeres de agua y bodas inusitadas*
169 La Juanita. *Huave*
171 La sirenita. *Otomí*
172 Swateyomeh. *Náhuatl*
172 Historia de la sirena de la mar viva. *Huave*
175 La muchacha a la que se le apareció la sirena. *Tepehua*
176 La dueña del agua. *Nahua*
177 La muchacha del agua. *Tepehua*
177 La gente del agua y pueblo de brujos. *Chinanteco*
179 La virgen de Bana-Vil. *Tzeltal*

180 MADRES CANÍBALES Y HEMBRAS SEDUCTORAS

- 180** Tepusilam. *Mexicanero*
183 Nakawé. *Huichol*
185 Tepusilam. *Mexicanero*
186 La Chul. *Tepehuano*
187 Tijasdakanidakú. *Tepehua*
188 Otra Chul. *Tepehuano*
189 Kauyumari. *Huichol*
190 Macuche. *Cora*
190 Zap chev. *Huave*
193 Las Xtabay. *Lacandón, maya*
195 Historia del Makti. *Popoluca*
196 Un extraño incidente en Totolapa. *Tzotzil*

198 CHANEQUES, GIGANTES, SALVAJES Y OTROS

- 198** El muchacho que se casó con una mujer chaneca. *Nahua*
200 Los chaneques. *Popoluca*
201 Los salvajes. *Mixe, popoluca, chinanteco*
202 Gigantes. *Tarahumara, huichol*
203 El hombre de los ojos de fuego. *Zoque-popoluca*
206 El salvaje y el viejo de monte. *Zoque*

211 NOTAS

219 BIBLIOGRAFÍA

225 GLOSARIO

Boas escribió *Notes on Mexican Folklore* en 1912. Llegó a la conclusión de que en nuestro país no había cuentos autóctonos puros. Las historias de animales, pícaros y compadres recopilados en Oaxaca le convencieron de que había apenas resabios mínimos de temas nativos en los relatos. Los indígenas estaban completamente colonizados —incluso narrativamente. Boas fue profesor y director de la recién fundada Escuela Internacional de Arqueología y Etnología Americana de la ciudad de México entre 1910 y 1914.

Otras recopilaciones de ese periodo, como la colección *Folklore de Oaxaca*, de Paul Radin y Aurelio M. Espinosa, de 1917, le dan la razón; Espinosa explica en el prólogo, apologético y abochornado que es lo único que lograron encontrar. Procede a traducir —a regañadientes— del inglés al español.

Poco más de un siglo después, la abundante recopilación, la escritura de los textos y su interpretación han sufrido profundas modificaciones en la tradición oral; sin embargo, a partir de entonces y durante casi medio siglo, el estudio de la narrativa indígena estuvo permeado por la polémica entre quienes declaraban que no existía y quienes consideraron que la hay y riquísima. La discusión ha derivado en hipótesis sobre largos procesos de aculturación y sincretismo; en los polos extremos se ha tratado como nativo lo ajeno o como ajeno lo autóctono. Durante décadas, los investigadores apoyaron o refutaron al “Padre de la Etnología” y, en este contexto se han reinterpretado y rescatado también materiales anteriores al lapidario dictamen, de características completamente diferentes.

La llegada del Instituto Lingüístico de Verano, el arranque de la Dirección de Educación Indígena y el levantamiento zapatista marcan cambios significativos en el devenir de la investigación etnográfica y lingüística, en las metodologías para la recopilación y escritura de los textos y en la tradición oral indígena misma.

Esta antología está conformada a partir de los textos de la tradición oral en lenguas indígenas mexicanas recopilados desde las postrimerías del siglo XIX —Bandelier visitó la frontera mexicana y vivió con los pápago o'odam en 1882-83; Lumholtz viajó por primera vez en 1892 y publicó *El México desconocido* (en español) en 1904; Preuss vino a México hacia 1905. Reúne materiales recopilados por antropólogos, viajeros, lingüistas, folkloristas y demás a partir de entonces. No incluye fuentes coloniales —ni visuales ni escritas— aunque puede constatar su presencia en algunos textos. Tampoco tenemos versiones escritas por historiadores y literatos decimonónicos o coloniales. Los conocedores, sin embargo, no tendrán la menor dificultad en rastrear continuidades históricas; como tampoco lo tendrán en encontrar elementos llegados desde Europa —religiosos o de la cultura popular, presentes también en comunidades rurales hispanohablantes de nuestro país.

La cualidad y el carácter de los relatos depende no solamente de quién narra sino de dónde, cuándo, cómo, por qué, a quién; del traductor, de la finalidad o destino del texto: dónde se publica, quién los lee. ¿Por qué se eligen ciertos materiales y se excluyen otros —sea en la comunidad misma, el ámbito académico o para su difusión más amplia? ¿Cómo se escribieron, para quién? ¿Qué se seleccionó, y dónde fue publicado? Todo esto determina el carácter de cualquier antología —incluida ésta, por supuesto.

Los primeros investigadores usan un método más o menos uniforme: graban, transcriben, traducen en versiones transliteradas, y luego proporcionan una versión libre de la más diversa información. Para nuestros fines, estas versiones son las más útiles; permiten la reescritura partiendo directamente del texto oral. El apego absoluto a una traducción palabra por palabra de la lengua indígena al español o la mera transcripción de oralidad son contrarias al respeto pregonado por tan meticuloso método. Solamente recalca una distancia: ignora el estilo y riqueza de la lengua al parcelarla en palabras, o bien es fiel a un español herido y colonizado; no considera las diferentes estrategias narrativas ni las distancias existentes entre el lenguaje oral y el escrito.

Los estudiosos más recientes, en cambio, prestan su lengua, conocimiento, empatía y conciencia a los indígenas de forma tan enfática que los textos mismos pasan a segundo término —los análisis y de-construcciones posmodernas, las ediciones y la relectura e interpretación nos permiten entender mejor el significado de los textos, pero nos alejan del relato original.

Todo texto es la combinatoria de quien narra y quien escucha —y de la historia particular de ambos y las circunstancias generales interétnicas en las cuales se encuentran. Además de la sensibilidad del investigador, su habilidad para relacionarse y entender una cultura distinta a la suya, tenemos al indígena que tiene una historia de relaciones asimétricas con el exterior, y que marcan su disponibilidad y deseo de contar o el privilegio y mandato de callar. Si bien se trabaja con distintos narradores, cada investigador tiene un informante privilegiado, que narra con don propio o con conocimiento personal una tradición compartida, pero que él personaliza. Aquí procuramos recalcar tanto aquello que es común a una tradición cultural como las especificidades de cada una de las versiones.

La habilidad y complejidad de las maneras de relatar, la memoria o atención sobre aspectos específicos de las culturas convierte a muchas de las etnografías en lo que se ha dado en llamar “libro oral de autoría indígena”, donde el investigador edita, traduce o escribe apenas. De allí a los libros escritos por los propios hablantes de lenguas —sobre los más diversos temas— hay apenas un paso.

Usé un mínimo de antologías, mis fuentes fueron los estudios por etnia o lengua. Resalta la uniformidad de motivos en diferentes lenguas, la existencia de núcleos narrativos comunes y fijos alrededor de los cuales abundan infinidad de versiones, anécdotas, combinaciones o simplificaciones.

Es evidente que es distinto participar como creyente que como pagano, como lector que como escucha, como público que como relator. Un texto es completamente distinto también cuando tenemos el rostro de quien relata, canta o dice ante nosotros: de allí que incluya muchos textos que involucran mi memoria directa.

Independientemente de la particularidad de los individuos —relator, recopilador— cada etnia o cada región tiene peculiaridades: formalidad diminutiva del náhuatl, religiosidad solemne y ceremonial de huicholes y coras, truculencia y violencia del sur de Veracruz, cuentos maravillosos perfectamente nativizados en mixteco, zapoteco y otomí; picardías y humor de Chiapas; epopeyas guerreras en kiliwa; adivinanzas y onomatopeyas en maya.

Influye, además, que las comunidades hayan sido más o menos estudiadas; recopilados sus relatos y mitos; indagados otros temas dejando de lado o como apéndice la narrativa —durante años fue lo más común. Además del tema o interés del investigador, mucho depende de qué es lo más visible y de la apertura o hermetismo de la comunidad misma.

Es indudable que los textos están marcados por la habilidad narrativa de Solano, la exactitud descriptiva de Preuss, el lirismo de Lumholtz, la iconoclasta procacidad de Laughlin, la sencillez directa de Parsons, el pudor de Bruce, la sorpresa de Foster, la

meticulosidad de Bartolomé y Barabas, la poética de Ochoa nos hacen ver de una manera particular cada cultura.

La antropología nunca fue meramente descriptiva; hay autores que llevan el género ensayístico-académico hacia el polo de la literatura. No incluimos los escritos literarios que recrean o adaptan mitos y cuentos, sean de indígenas o de indigenistas, en lengua nativa o en español. En algunos casos —zapoteco, náhuatl, maya, purépecha— existen versiones escritas de la tradición oral desde casi cien años. Eso nos enfrenta a autores, estilos, decisiones literarias previas; no es el caso de los científicos sociales, que se mueven con soltura en el supuesto anonimato de los textos y su autoría comunitaria. Una excepción es el caso kiliwa: he utilizado las versiones del antropólogo Ochoa Zazueta, que son resúmenes y una elaboración poética de veladas muy largas, sin alterar el contenido o tergiversarlo —más allá de lo que resulta siempre al llevarlo de lo oral a lo escrito.

Para hacer esta antología partí de una base de datos que reúne casi mil quinientos textos —más de mil de ellos digitalizados: mitos, cuentos, testimonios. Reuní este acervo inicialmente como actividad asociada al Seminario de Signo y al Seminario de Mitología —derivado del primero y ya suspendido— ambos en la UNAM. Entre muchos materiales semejantes, he elegido los más antiguos, los más completos. Se incluyen muchos textos aparecidos en la colección Tradición Oral Indígena, publicados en ocho lenguas durante el primer lustro de los ochenta por la entonces Dirección de Educación Indígena y la Dirección de Publicaciones de la SEP, que trabajé de manera directa con profesores y lingüistas de dicha Dirección. Otros más—escritos u orales— no eran suficientes para armar un libro y quedaron como relatos sueltos; se incluyen aquí por primera vez.

Para clasificar los relatos en géneros, los académicos atienden a su estructura, forma y lugar de transmisión, función, trama, motivos. Pocas veces atienden a la riqueza literaria, imaginativa o la eficacia narrativa de quienes narran. Cualquier taxonomía es relativa, ya que hay un flujo y desbordamiento entre todos los géneros: resabios míticos en cuentos, secuelas sobrenaturales en descripciones cotidianas, y así sucesivamente. Un acervo de acciones, motivos y personajes permanecen constantes en cada género. No incluyo creencias, ceremonias, fiestas, contextos donde se escenifican, relatan o cuentan los mitos, epopeyas o cuentos.

La confusión acerca de cómo denominar en español el género o cómo clasificar los relatos existe en las comunidades mismas, donde se llama indistintamente mitos, leyendas, cuentos, creencias o relatos verídicos de acontecimientos remotos a los más diversos textos —no obstante la claridad acerca del uso, función, tiempo y contexto donde se da la narración. La primera gran transgresión es considerar que un mito o

leyenda heroica, una epopeya, creencia o cualquier cuento son un mero relato, cuando involucran mucho más que las meras palabras.

La edición de cada volumen de esta colección es diferente. El primer libro se ocupa de los mitos: habla de un mundo en formación, indefinido, previo a la salida del sol o al diluvio. Son apenas unos cuantos y suelen seguir secuencias precisas. Se han separado como ciclos narrativos, donde entrelazo distintas versiones. Por variables y contradictorios que parezcan a primera vista, muestran que existe una consistencia interna.

Los mitos no dictan conductas morales: dan explicaciones. Contienen muchos subtelos etiológicos: los participantes quedan marcados para siempre y se explica cómo fueron creados, nombrados, y por qué se comportan así. A veces estos fragmentos se desprenden y se convierten en cuentos autónomos. Otras veces, se trata de cuentos engarzados al mito con el tiempo. Los mitos se separan en la antología en distintos ciclos, formados por variables de una matriz única, son cortados artificialmente y pueden volverse a unir. Intento mostrar la enorme similitud existente en lugares distantes y lenguas distintas.

El siguiente volumen está dedicado a los héroes, mediadores entre lo humano y lo divino, primeros sembradores, cazadores o guerreros. En estos relatos se explica cómo se legitima, ordena, norma y funda la humanidad y sus pueblos. Con frecuencia son personajes que aparecen también en los mitos. Los héroes luchan, son derrotados, profetizan su retorno. Son hombres/dioses, reyes nativos, héroes, nahuales, rayos, demonios.

Además de hablar de los fundadores, se trata también de lo sobrenatural: monstruos, aparecidos y seres extraordinarios que son resabios de un mundo primigenio. Las historias de los reyes se incluyen completas; todas ellas están llenas de episodios que suelen aparecer en cuentos maravillosos y contienen acciones que repetirán más adelante animales y pícaros.

Los cuentos de los dos últimos volúmenes son reivindicados como propios y contados como si lo fueran en todas las lenguas del país. Los relatos de animales rara vez incluyen todos los episodios completos: se cuentan siempre fragmentos de las aventuras múltiples e iguales del conejo o del tlacuache. Las variantes son mínimas; los ciclos se cuentan con más o menos picardía, peripecias, detalles o mímica según los oyentes, circunstancias, carácter de cada lengua. Los de compadres, engaños, trampas y astucia son también muy semejantes entre sí.

Los cuentos maravillosos del cuarto volumen son importados: evidentemente son externos. Se han adoptado como propios ayudantes mágicos, proezas extraordinarias, pruebas absurdas, metamorfosis peculiares. Queda adherido a la narrativa nativa aquello que tiene más semejanza con lo propio, los cuentos que son más afines a la tradición

ya existente. Fueron traídos de Europa y quedaron íntimamente mezclados a un *corpus* nativo; se desprendieron de su contexto inicial y cambiaron con episodios aumentados, trastocados con hazañas míticas, heroicas, sobrenaturales.

El paso de la oralidad a la escritura es un asunto de literatos, no de científicos sociales. En algunos casos algunos autores tienen habilidad y oído para plasmar por escrito el material etnográfico; pero nunca se consideró indispensable ni pertinente pedir a los antropólogos que fueran escritores. Las notables excepciones se agradecen siempre. Actualmente, los diferentes soportes para testimoniar las culturas pueden, incluso, prescindir de la escritura: la oralidad puede quedar como tal.

La oralidad requiere de eficacia lingüística distinta a la que necesita la lengua escrita; se vale de ayudas mnemotécnicas que resultan engorrosas al pasar, tal cual, a las versiones escritas. Cada quien cuenta en su lengua según su habilidad; lo mismo vale para nosotros. La literalidad en la traducción o en la escritura de la oralidad no implica, en el caso de la difusión fuera del ámbito académico, la reproducción exacta de lo dicho, sino la traducción de la narrativa a otro código —donde debe reproducirse el entorno, el lenguaje corporal, la entonación y énfasis, los códigos y lugares comunes de una cultura ajena. El lenguaje esotérico, repetido, pareado de los rezos donde se cuenta el origen del mundo, del sol, del fuego en voz de un *marakame* y su contestador que duran desde el atardecer del Viernes Santo hasta la madrugada del Sábado de Gloria; el suspenso del cuento de espantos a la luz de una vela; la ironía de las hazañas más sanguinarias, son algo muy difícil de escribir, pues no se incluye en la transcripción, por minuciosa que sea. Es parte de la habilidad del cuentero y depende del contexto de quienes lo escuchan; pero requieren de un esfuerzo adicional del lector. No hemos querido llenar de explicaciones y notas los libros, por lo cual muchos relatos tendrán una peculiar lectura, que nunca tuvieron al ser relatados entre pares.

Suele pasarse por alto al narrador por considerarse los textos anónimos, colectivos, orales: cuando mucho, se menciona el pueblo de procedencia. Intenté apegarme al estilo de quien relata, del recopilador, del español algo arcaizante de los primeros lingüistas —como lo es el del traductor de Lumholtz. Cada relato tiene un léxico propio; cada lengua tiene tintes especiales, cada recopilación trae apareado un estilo, un código propio.

Se han conservado algunos rasgos de la oralidad: el yo intrusivo y algunas “incorrecciones” que se señalan en cursivas. Se igualan, en cambio, los tiempos, números, segundas personas —el *usted* y el *tú* no existen en las lenguas indígenas. También hay que considerar, que hay estrellas, hormigas, águilas, tuzas, lagartijas y serpientes machos, por lo cual se habla de ellos en masculino en el relato en español. Asimismo,

hay tigres, tlacuaches, luceros y volcanes hembras, y se les califica con adjetivos femeninos. Esto ocurre porque el género o el nombre de los animales en las lenguas, no corresponden a los equivalentes en castellano, lo cual crea una contradicción aparente en el uso de los géneros. Se eliminan los infinitos “dije, dijo, dizque” indispensables en el relato oral para entender diálogos a cargo de un solo narrador pero que resultan engorrosos cuando se replican en la escritura y que los lectores terminan por saltarse para dar fluidez al texto.

Volver a la oralidad será la prueba de fuego de estos relatos: deben contarse nuevamente en voz alta —no leerse, sino contarse, para volver a hacer todas las transformaciones. Cada cual volverá a hacer collages, a combinar, recordar o recalcar algunos fragmentos. Esta antología no es para niños y pocos lectores querrán leerla de corrido. Es útil porque reúne en un sólo lugar muchas fuentes dispersas. Es visible la narrativa funcionando como un telar: sobre una urdimbre dada, la trama puede correr y avanzar, incluir episodios, motivos y personajes distintos. Pero en el textil no hay curvas perfectas, volúmenes ni relatos autónomos, pues los cortes abruptos separan en dos el tejido. Fuera de eso, diseño, materiales, trazos y colores son libres y siempre diferentes, creando una riqueza casi infinita. Los relatos no son iguales ni siquiera cuando los cuenta la misma persona. No es casual que la dueña de los cuentos, para diversas etnias del sur de Estados Unidos, sea la araña.

Caben muchas selecciones en un *corpus* tan diverso y tan rico: cada cual elige y es responsable de sus preferencias. Los relatos que aquí presentamos con frecuencia han sido fragmentados y la selección no es inocente. No pretendo objetividad ni representatividad. No están aquí todas las lenguas ni territorios, pero sí todos los mitos. No se incluyen todos los investigadores, pero creo que se agotan todas las aventuras del conejo. Tampoco pretendo demostrar nada ni hurgar lo que es escaso o inusitado: elijo entre lo disponible. Hoy en día hay un acercamiento diferente a las narraciones; han cambiado las comunidades, las lenguas, las relaciones, los indígenas y los no indígenas, las políticas indigenistas. La oralidad misma está absolutamente penetrada por la escritura.

Abundan aquí los textos violentos, poco solemnes. No elegí lo moral, lo bondadoso, lo políticamente correcto, lo que suele leerse en las selecciones existentes. Recalco aquello donde no se debe elegir automáticamente ante el bien y el mal; donde no hay un castigo o premio como consecuencia de las acciones malas o piadosas. Sucede lo mismo —arbitrario, aleatorio, en los cuentos de todos los lugares de nuestro planeta. En la tradición oral indígena hay también mucha moralidad cristiana, escolar, cívica, mediática —igual a la de cualquier otro ámbito ciudadano. Opté por la narrativa recurrente, claro, independientemente de otros criterios. Pero tengo preferencia por aquello que puede romper el arquetipo decimonónico del indio, por lo que mueve a

risa, por la transgresión visible. Ante el neoromanticismo del buen salvaje, que vive en armonía ecológica, es igualitario y justo, contrastan el autoritarismo, la sorna, la malévola ingratitud y el humor negro de algunos textos. Lo cual no juzga ni califica a las comunidades ni norma su conducta.

Se incluyen todos los datos proporcionados por los autores. No siempre se consiguen, pues en las recopilaciones más tempranas no se mencionan sino el lugar o la lengua de los textos. Hay un glosario de localismos al fin de cada volumen.

A principios del siglo **XXI**, la sed recopiladora parece haberse saciado; el prestigio académico derivado de remontarse a los lugares más inhóspitos o indagar en los rincones más lejanos parece mermado, así como el afán redentor de quienes rescataban culturas amenazadas por una agresiva exterioridad —distinta y distante. Estamos ya en condiciones de reflexionar acerca de cómo se recopiló, se interpretó y se recicló la información.

Los literatos que escribieron la narrativa indígena durante los dos siglos anteriores ya tampoco están en boga. Los indígenas escriben sus propios textos en español, hace tiempo y con gran calidad en algunos casos —en el Istmo de Tehuantepec, Yucatán. Sus versiones se han vuelto canónicas y ya no se recopilan, aunque siempre se cuentan: no hay manera de volver a narrar la tortuga rota en zapoteco tras el relato de Andrés Henestrosa, o de acercarse a la Xtabay, tras Mediz Bolio.

Los mitos y relatos orales son conservadores; arreglados y modificados lentamente, su núcleo central permanece. Nuevos elementos son adoptados, desechados, reciclados —los inventos e intervenciones personales se detectan de inmediato. A partir de la penetración del **ILV** la escritura en lenguas y la evangelización avanzaron de la mano. Los textos que recopilaron son abundantes y están marcados por su rechazo o subordinación de lo religioso, lo impío, lo diferente.

La educación en lengua materna permite la escritura más generalizada y el surgimiento de profesionistas: profesores, promotores, recopiladores unidos a talleres, becas, premios y publicaciones que anuncian el vigoroso surgimiento de una literatura indígena, pero también señalan el nuevo carácter que debe asumir la tradición oral, el relato, la reapropiación.

En las últimas décadas la escritura se practica en casi todas las lenguas: son los nativos quienes relatan, escriben, interpretan, resguardan u olvidan su propia tradición y los espacios que permiten la reproducción de dicha tradición —con conocimiento de causa, sin la presencia de terceros y con la potestad que les da su tránsito fluido entre dos lenguas y dos culturas, traducen sus propios textos. En un principio explicaron obviedades que suponen ignoran los hispanohablantes, o dan por sabidos contextos que ni siquiera se adivinan. Más tarde, la cultura nacional y el castellano fueron

incorporados a la identidad y ésta, ya enriquecida, se esgrime con autonomía: son perfectamente biculturales —lo cual no carece de conflictos y bemoles.

A partir de 1994, presenciamos una resignificación en ambos polos de una relación asimétrica, que da lugar a nuevos fenómenos: en tojolabal, por ejemplo, donde había escaso trabajo antropológico, surgen sin transitar por la etapa informadora, los autores/escritores, catequistas/investigadores, poetas/recopiladores. Actualmente hay promotores, profesores y estudiosos en todas las lenguas; paulatinamente crean estrategias propias de escritura, selección, traducción, difusión. Gradualmente, adquieren también mayor eficacia en español; la tendencia generalizada es, antes que nada, escribir y reappropriarse de su cultura a través de los relatos más próximos y visibles. Hay una negativa a que las culturas sean tratadas como mercancías, a ser *informante*: asistimos ya al fin de semejante categoría y denominación, hay un cambio de parámetros y referentes también en el polo académico: los científicos sociales son ahora acompañantes, colegas, coordinadores de equipos, miembros de colectivos. La autonomía completa permitirá a los indígenas prescindir de ellos como referentes para relacionarse entre sí como pares y usando el español como puente para los vínculos que juzguen necesarios.

Las formas de circulación y difusión de la información, así como los acervos, necesariamente serán diferentes. Textos como los que aquí se han reunido tomarán otras modalidades y éstos se convertirán en documentos incorporados a archivos —pero aún tienen una vigencia y vida insospechados, como demuestran los escritos de los niños en las comunidades, utilizados como material de enseñanza en la educación comunitaria en lenguas indígenas.

Los escritores indígenas producen textos propios que no solamente hablan de sus culturas. Muchos autores se niegan a ser constreñidos por este nativismo obligado, a ser voceros o portadores de una voz colectiva. Con ambigüedad, con dificultad, son *representantes* que aspiran a ser más que eso —dado que lo representado es absolutamente indefinible. Como escritores, piden ser tratados como cualquier colega. Pero si pierden la especificidad de su cultura y lengua en el panorama de la globalización imperante, sufren su desventaja histórica; y si reivindican tal carácter y lo usan como ventaja, su creatividad se ve constreñida por una cárcel étnica.

Tendrán escritura propia hasta tener un público lector en sus lenguas o en las comunidades de cualquier lengua; o cuando los mexicanos que no hablan las lenguas indígenas tengan una sensibilidad y conciencia más abiertas hacia las raíces indígenas de su propia identidad. Pero corresponde ya solamente a los autores indios preservar, dar nueva vida a lo existente o producir algo distinto. Nosotros, ya somos fuente.

INTRODUCCIÓN

Los mitos narran el nacimiento y las hazañas de los primeros dioses, padres o ancestros que crearon cuanto existe. La segunda generación sigue siendo sagrada, pero los dioses son cercanos, transitan y viven en este mundo, antes de convertirse en hombres/dioses o mortales/divinos que prometen renacer en un futuro mesiánico. Tienen muchos rasgos en común con el muchachito que se convertirá en sol o el niño-maíz. Ellos terminaron de formar el mundo, en una dimensión que se pretende ya histórica. Viajan al inframundo y, en su calidad de héroes civilizadores, muchos de sus actos son paradigmáticos y fundacionales.

Los hombres anteriores, intentos fallidos de otras creaciones, fueron destruidos o se transformaron al aparecer el sol o después del diluvio.

Los dioses o héroes culturales semidivinos, capaces de hazañas extraordinarias, reaparecen más tarde en los ámbitos terrenales como ancestros poderosos y sabios, inventores y fundadores, líderes o chamanes que modifican por última vez el paisaje y el universo, lo ordenan y norman, luchan en terribles contiendas, emigran o desaparecen, aunque prometen revivir en el futuro o regresar para redimir a sus pueblos.

Estos héroes y reyes son hijos de padre desconocido y madre doncella, son niños expósitos o producto de concepciones milagrosas —nacidos de huevo a veces. Desde su nacimiento muestran cualidades y apetito extraordinarios, crecen rápidamente, son capaces de separar su alma o guardarla fuera del cuerpo —como el gigante del cuento que la guarda en un huevo. Son dueños del monte, de los aires —emparentados así con niños salvajes o hijos de humano y animal. En nuestro país, habitan o habitaron

zonas arqueológicas —o al menos pasaron por allí; fundan pueblos, nombran lugares, luchan contra monstruos —serpientes o dragones en otras latitudes— o son devorados por ellos. Derrota a poderosos enemigos, luchan contra sus padres o hermanos, huyen por túneles subterráneos, portan coronas, prometen regresar para vengar las injusticias o maltratos sufridos por sus pueblos. Dejan huellas en el paisaje. Sepultadas, sus huestes se convierten en figuras arqueológicas: el Tepozteco de los nahuas, el Indio Rey de los tzotziles, los Montezuma o Moctezumas del norte, el Condoy de los mixes, el Ndeaj huave —por mencionar algunos.

El mundo donde vivimos se transforma en el primer amanecer, que muchas veces se identifica con la llegada de Cristo o su resurrección, terminando así las luchas entre los dioses: seguirán ahora las de los seres del inframundo contra los celestiales. Cada uno de los acontecimientos o peripecias encarnadas por los héroes deja marcas en el paisaje, y quedan resabios del mundo anterior: ruinas y sobrevivientes, nuevas formas de vida o amenazantes seres previos.

Las alianzas o rivalidades existen desde que aparecieron en el universo las primeras criaturas: sean humanas, animales o divinas crean y transforman el universo a través de sus relaciones. Violencia y guerras iniciales suelen explicar el origen de los astros: las Pléyades son hermanas que huyen al cielo para evitar la violación o tras haberla sufrido; las estrellas matutina y la vespertina son guerreros; los cometas son cabezas de enemigos degollados. Las primera historias épicas narran luchas astrales entre hermanos y clanes —aún son inmortales y conservarán dicha cualidad.¹

Aquellos primeros hombres reaparecen en los ámbitos terrenales como sabios, inventores, guerreros y poderosos chamanes. Norman las acciones que se llevarán a cabo a partir de entonces: sus aventuras son inaugurales y proféticas. Luchan contra el monstruo cósmico y el mal hasta derrotarlo. En sus aventuras se amalgaman siempre motivos cristianos —Salomón, Babel, contiendas entre santos patronos— acontecimientos históricos, cosmovisiones nativas —hazañas de Quetzalcóatl, Popol Vuh— y se mezclan tiempos, personajes, acciones, y tramas en la narrativa mítica y legendaria de sus proezas.

HÉROES FUNDADORES Y CIVILIZADORES

Venus comparte muchas características con el sol y con frecuencia es considerado su hermano menor —sea lucero de la tarde o del amanecer. Tras las aventuras mundanas del sol, su acompañante —madre, hermano, hermana— se convierte en luna cuando ambos ascienden al cielo. Algunas veces, sin embargo, se transforma en Estrella Matutina o Vespertina, ambas o una sola, pues la estrella del alba puede ser la misma que la del atardecer, mostrándose como dos aspectos opuestos de una misma criatura. También puede tratarse de dos seres.

Venus puede ser un personaje completamente aparte, que ocupa su lugar como el lucero más brillante del firmamento por sus propios méritos o hazañas. Venus, sea lucero matutino o vespertino, desempeña un papel fundamental en la cosmovisión cora y la de sus vecinos —huicholes, tepehuanos, mexicaneros—, donde sus contiendas y aventuras son abundantes. Canta así, en cora:

Nadie sabe dónde fui creado
sólo yo lo sé.
Más allá de la tierra fui creado
nadie conoce el lugar.
En el lugar del nacimiento fui creado, allí fue.
En el lugar de la vida.
Nadie conoce el lugar donde fui creado
sino yo.

En la casa de las espigas fui creado
nadie conoce el lugar, sino yo.
En el lugar del polen fui creado.
En la casa de los árboles fui creado.
En el lugar de la lluvia fui creado
nadie lo conoce, sino yo.
En el poniente fui creado
nadie conoce el lugar.
Allá en el norte fui creado
allá en el sur
allá en el inframundo
allá en el cielo
fui creado.
En el mundo entero fui creado.

Mi madre me hace mal: me entrega a los ancianos.
Mi madre me hace mal: me calza con huaraches negros.
Mi madre me hace mal: me pone ropa pinta.
Mi madre me hace mal: me viste con ropa rayada.
Mi madre me hace mal: me viste con tonos rojos.
Mi madre me hace mal: me viste con todos los ropajes.
Mi madre me hace mal: me hace parecer borracho.
Mi madre me hace mal: me pone nariz de peyote.
Mi madre me hace mal: me da todo.
Mi madre me hace mal: termina conmigo, gana siempre.
Mi madre me hace mal: me entrega al terrible dios y nagual.
Mi madre me hace mal: permite que aquel me encierre en un cerro. (*cora*)²

Así canta el sacerdote que funge como Venus en el mitote, e incluye la creación del lucero, sus atuendos y características. Konrad Preuss fue uno de los primeros en vincular los mitos coras y tepehuanos con Quetzalcóatl —hombre/dios por excelencia, príncipe, artista y artesano, Lucero de la Mañana y uno de los personajes o complejo simbólico más fascinantes del México antiguo. Nos explica el autor:

[LA] SERPIENTE que vive en el mar occidental [...] representa al cielo nocturno. Su oscuridad es concebida como agua y lo que se cree es que, diariamente, la estrella de la mañana la mata con su flecha. Luego, la serpiente es ofrecida al dios solar

como una comida. Así, el astro diurno logra transformar la energía destructora de la serpiente en bendición. También es así como hace caer el rocío en la tierra. Se cree que, en el pasado, cuando el lucero de la mañana aún no la dominaba, esta serpiente efectivamente destruyó al mundo y a la humanidad.³

Se funden en canto anterior los atributos de los dos hermanos: Estrella Matutina y Estrella Vespertina, tal y como aparecen en el relato donde ambos son hijos del sol.

Así HICIERON nuestros antepasados, quienes vivieron hace mucho tiempo; consultaron entre sí para decidir lo que iban a hacer.

—Ahora vamos a bailar mitote juntos.

Se hicieron compadres *Toakamu* o *Tonati* y *Aixkis* o *Azquel*, el sol o ídolo del sol. Así hicieron: bailaron mitote juntos. Luego se insultaron y *Tonati* ya no quiso bailar. Pero habían prometido bailar nuevamente, se cumplió el plazo. Entonces *Aixkis* dejó dicho: —Que venga mi compadre, queremos hacer el mitote como sabemos, como estamos acostumbrados.

Toakamu no quiso, ya no fue a bailar con su compadre. Se cumplió el plazo y encomendó a sus hijos que le avisaran a su compadre que no quería ir. Les entregó pinole, peyote y tabaco; les dijo: —Aquí le mando tabaco, pinole, tamales y carne de venado. Entréguele esto. Que mi compadre baile solo—. Así ordenó, envió a sus hijos.

Salieron desde arriba los hijos, desde un lugar en lo alto donde habita el dios *Kaurikamu* —el león. Descendieron hasta el río Jesús María y treparon hasta a la montaña *Tauta*, cerca de San Francisco. Llegaron hasta allá, saludaron al dios *Aixkis* diciéndole: —Así dijo nuestro padre; no viene pero nos mandó para avisar, te queremos decir que no va a venir.

Así hablaron, ahora el compadre ya estaba enterado.

—Aquí estoy esperando a mi compadre. Nos habíamos puesto de acuerdo, así habíamos quedado, quería cumplir nuestra palabra. Lo conozco, lo estoy esperando. No esperaba su comida, lo esperaba a él. Teníamos acuerdo. No quedamos en que mandaría la comida. No se la voy a aceptar. Váyanse y díganle que lo estoy esperando a él y que debe ser él quien venga—. Así les habló, despidiéndolos.

Partieron: recogieron los tamales y regresaron por su camino. Salieron hacia el río y caminaron por la montaña. Llegaron a la morada de *Kaurikamu*. Los llamó: —Vengan.

Se acercaron, lo saludaron y tomaron asiento.

—¿A dónde fueron? —preguntó *Kaurikamu*.

—Caminamos por allá arriba.

—¿Por dónde?

—Allá por Tauta.

—¿Con quién fueron?

—Visitamos al dios Aixkis, pero no nos recibió. Está de veras furioso.

—¡Sí, claro!

—Estaba esperando a su compadre. No nos habló bien, luego nos corrió: “váyanse”. Por eso nos vinimos, traemos los tamales.

Así hablaron. Luego pidieron: —¿Nos das una camisa? Tú tienes muchas, nosotros no tenemos.

—Sí, aquí están—. Luego preguntó: —¿De veras las quieren?

—Sí —dijo el mayor.

—¿Cuál quieres?

—Ésta, la que tiene figuras.

—Ahí está—. La tomó y se la dio.

En seguida preguntó al menor: —¿Tú cuál quieres?

—Ésta, con rojo y amarillo.

Se la dio: —Pónganselas —les dijo.

En seguida se vistieron y se pasearon, dando vueltas.

—¿Les quedaron las camisas? —les preguntó.

—Sí.

Así presumían las camisas, dando vueltas. Luego dijeron: —¡Ay! vámonos rápido, para avisar lo que nos sucedió allá donde fuimos.

Entonces Kaurikamu les dijo:

—¿Tienen ganas de hacer lo que les diga?

—Sí.

—Vamos a visitar a Aixkis.

—Bueno, ¡ei!

—Les presto mis camisas.

Eso decidieron. Ya era tarde cuando se dispusieron a salir. Les prestó las camisas; él mismo se puso una.

—¡Vámonos!

Desde allí arriba fueron al río y se acercaron al patio de la fiesta. Llegaron pronto. Ya estaba reunida la gente; llegaron bien entrada la noche. Bailaron y el dios Aixkis estuvo cantando. Allí cerca anduvieron también.

Entonces Kaurikamu les dijo: —Vamos a matar los animales.

Había mulas y caballos amarrados, porque algunos habían venido montando y los animales estaban allí amarrados.

Llegaron allá y se pusieron de acuerdo: —A ti te tocan los jóvenes, león amarillo y rojo.

Se prepararon y mataron los animales; el rojo con amarillo correteó a los jóvenes. Aixkis se puso furioso porque le habían matado sus bestias.

Terminando, volvieron a subir. Llegaron nuevamente al lugar de donde habían salido. Descansaron y Kaurikamu les ordenó: —Pues bien, váyanse.

Se fueron a su casa con las camisas regaladas. Al llegar le avisaron a su padre: —Nos corrió tu compadre. No recibió los tamales. “No estoy esperando tamales, a mi compadre es a quien estoy esperando”, nos dijo. Así habló y nos despidió.

Toakamu lo supo. —Está bien, así sea.

Ellos siguieron con su informe: —Quisimos tener camisas. Llegamos a la choza de Kaurikamu y le pedimos camisas —contaron a su padre.

—¿Qué quieren hacer con ellas?

—Nada. Sólo matar venados.

—Bien, háganlo, no lastimen a otros cuando vayan a matar venados.

Les pidió que llevaran a enseñarle las camisas. Las tomó, las miró y se las regresó: —Están bien.

Ya tenían otra vez las camisas, se hizo de noche. Se vistieron y partieron. Al amanecer trajeron los venados y los prepararon en un pozo de barbacoa. Ya tenían carne. Eso hacían todas las noches. Cinco días después le dijeron a su padre: —Te avisamos, padre, que queremos ir a Santiago. Si estás de acuerdo, nos vamos para allá.

—¿Y si les pasa algo?

—No, en seguida regresamos.

—Bueno, está bien, regresen dentro de cinco días.

—Bien, así lo haremos.

Cortaron un árbol de zacalosúchil y se lo llevaron a su padre: —Aquí vas a ver si algo nos sucede allá, en caso de que no regresemos.⁴ Haz un corte a la rama después de cinco días: si corre leche blanca, es señal de que estamos vivos.

Después de decir esto, se prepararon para irse. Bajaron. Ya iban río abajo por el río Grande de Santiago, acamparon cerca de la ciudad. Allí se estuvieron, ya cerca. Se hizo de noche y se pusieron a pensar: “¿Qué vamos a hacer?”

—Vamos a cavar un sótano—. Enseguida empezaron a excavar, hicieron un pozo. Cuando terminaron de hacerlo, se fueron a Santiago. Llegaron y anduvieron: de ida y vuelta. Entraban en las casas y nadie se daba cuenta. Sacaron dinero, ropa, jabón, azúcar, vino, pan, maíz y arroz. Todo eso agarraron. Entonces regresaron por donde habían venido y al amanecer llegaron a descansar. Guardaron lo que habían robado en el sótano. Allí lo dejaron.

Cuando oscureció otra vez, se alistaron y se vistieron. Esa noche ya los estaban esperando en Santiago. Colocaron soldados y perros en las puertas de las casas, otros hicieron guardia toda la noche en los caminos. Todos bien prevenidos: —No se duerman, van a venir los ladrones.

—Está bien.

En el camino andaba el león; andaba el tigre gritando. Se acercaron lentamente, a escondidas llegaron hasta allá. Muchos los vieron; se dieron cuenta y soltaron los perros. Los persiguieron y les dispararon. En seguida regresaron, ahuyentados por los perros. Corrieron camino arriba y los soldados los seguían de cerca, con los perros. Los soldados a caballo los perseguían también muy de cerca. Pronto llegaron, corrieron, a saltos, hasta el lugar de donde habían salido y se escondieron allí, lejos, en el monte, entre los hucuixtles. Allí, las espinas detuvieron a los perros y soldados. —¿Qué vamos a hacer ahora? Vamos que quemar los hucuixtles —se les ocurrió. Entonces empezaron a quemar el matorral alrededor de ellos. Estuvo ardiendo; el fuego era enorme y el humo se levantó muy alto. Cuidaban que no se salieran. Terminó de arder el fuego, se apagó y empezó a enfriarse.

Se acercaron. En el centro estaba el sótano. Lo habían tapado muy bien con piedras. Las quitaron, los descubrieron, los cercaron, los agarraron, los amarraron. Cuando los apresaron, ya eran hombres. Sacaron las cosas: dinero, ropas, jabón, azúcar, arroz, pan, vino y sus camisas. Sacaron todo y se lo llevaron a las casas, en Santiago. Se llevaron a los prisioneros y los entregaron: —Aquí están los ladrones que cometieron los robos.

Los vio el comandante y ordenó: —Al mayor, quémelo.

—Bueno, está bien.

—Descuarticen al menor y échenlo al agua.

—Bueno, así va.

Después de escuchar las órdenes se fueron a traer leña para encender el fuego. La madera estaba ardiendo, desataron al mayor y lo echaron a la lumbre. Se quemó y murió. Se levantó una enorme humareda que llegó hasta el cielo y allí se disipó. Hasta el cielo llegó.

Al menor lo llevaron al río. Lo descuartizaron y lo echaron al agua: ¡Por ladrón! Desapareció en el fondo del agua.

El padre, allá lejos, hizo un corte en el árbol del zacalosúchil cuando vio levantarse el humo. Le hizo un corte y la savia era negra, roja y del color del barro. Toakamu se puso triste: “Mataron a mis hijos. ¡Eso fue! ¿Cómo fue posible que murieran?”

Cuando echaron al menor al agua, volvió a aparecer; cuando estaba en el río en seguida lo agarraron unos animalitos que viven en el agua, los *kuanaise*. Lo llevaron

cerca del extremo poniente del mundo, donde está la morada de los dos astros. Los kuanaise lo sacaron; allí apareció de enmedio del agua, en la orilla.

—No me morí, lo sé, aquí estoy más allá del mundo.

Y desde allí llamó a su hermano mayor, que también apareció en el cielo.

Llamó al que permanece allí, lo estuvo esperando. El hermano mayor lo supo y se fue para allá. Descendió cerca, bajó más allá del mundo. Allí se saludaron:

—¿Cómo estás?

—Bastante bien, aquí estoy.

Se saludaron y mandaron avisar a su padre, Toakamu: —Que sepa que estamos vivos, que no morimos.

—Pero ya no es posible que nos vayamos para allá. Que ya no nos espere.

Mandaron el recado y el padre quedó enterado: —¡Mis hijos están vivos!

Allá se quedaron. Mientras estuvieron allá, platicaban. Les habló Nuestra Madre, en el cielo:

—Hagan lo que les digo: quédense allí. Tú eres el hermano menor, vas a vivir en el agua, al poniente. Si algo sale, te enteras, das permiso. Tú que eres el mayor, guardarás el orden en la Tierra, donde viven todos mis hijos. Así será.

Así les habló Nuestra Madre en el cielo, y ellos aceptaron: —Bien, que así sea.

Luego ordenó: —Uno se va por este camino de la orilla del mundo y el otro por aquél. El que gane —sea el mayor o el menor— será el primero. Sean fuertes: si se encuentran con alguien, no le hagan caso. Digan a los nacidos, a los humanos, lo que es correcto. Ya están enterados.

Eso hicieron. El mayor le dijo a su hermano menor: —Tú te vas por aquí. Acuérdate de decirles que no tomen vino, que no bailen música de violín.

—Está bien.

—Tú te vas por allá.

Después de juntar las palabras y ponerse de acuerdo, cada cual se fue por su camino. El mayor recomendaba a las personas que no bebieran vino. También dijo eso el menor, pero dijo que podían bailar a su gusto en la tarima: permitió todo lo que les habían recomendado prohibir.

No cumplió. A la mitad del camino se encontró con una mujer y no se aguantó: le habló y estuvo con ella. Pecó y perdió. Después continuó su camino.

El menor completó la ronda y regresó al poniente. Se detuvo en Texmata y estuvo esperando a su hermano mayor mucho rato.

Cuando llegó, platicaron entre ellos:

—¿Cómo te ha ido?

—Bien, cumplí tal y como Nuestra Madre nos mandó hacer. Así hice.

Se acordaron de su Madre: —Vamos a avisarle, vamos con ella.

Subieron al cielo, llegaron con su Madre y le dijeron: —Hicimos como nos ordenaste.

—¿De veras? ¿Ya hicieron lo que les dije?

—Pues sí.

En seguida le dijo al mayor:

—Fallaste.

—Sí, lo reconozco, fallé.

—Perdiste, en verdad, y ahora las cosas están así: tu hermano menor será el primero, tú te quedarás atrás porque fallaste. Tu hermano menor tendrá a su cargo el mundo entero.

Así determinó su suerte, así habló con ellos: —Así es, así será siempre: el menor es el primero. Aquí los dejo, aquí van a estar ahora en el cielo, serán astros.

Los adornó con un collar y sonajas, les puso una corona llena de plumas de perico, los adornó con plumas de halcón blanco y de urraca. Los pintó con colores que causan terror: anaranjado, negro, amarillo y blanco. Les completó todo, terminó su atavío.

—Aquí los dejo en el cielo. Desde aquí van a mirar el mundo. Con cuidado van a ver la tierra, con cuidado van a ver el agua.

Les puso rostros para todos los lados. Tienen un rostro atrás, miran atrás de sí. Tienen un rostro en su pie, tienen un rostro en su lado izquierdo, miran hacia la derecha, miran hacia el cielo, miran el mundo entero.

Aquí acaban todas sus palabras, todos sus pensamientos. (*cora*)⁵

Al ponerse las camisas, los hermanos se convierten en tigre y león, es decir, reciben la naturaleza de los astros y, según la concepción del México antiguo, son los animales de la oscuridad —nos explica Preuss, que comenta todo lo que recopila y asocia tiempos, culturas y sitios de manera por demás interesante e inusitada para su época.

La Estrella de la Mañana se asocia también a las bebidas embriagantes entre los coras, con la doncella del vino y a la mujer del frío.

Los mexicaneros, vecinos de los coras, cuentan su versión de los luceros y cómo el mayor pierde su rango.

ERA UNA VEZ una pareja, un hombre y una mujer, hicieron una fiesta y dijeron a los muchachos: —A ver, pongan sus lazos para venadear.

Salieron, ya vinieron tarde a la casa. —¿Ya terminaron? —les preguntó su padre.

—Ya —contestaron.

—Pues entonces vayan mañana, llévense sus arcos y sus flechas.

Ya que se fueron al día siguiente, empezaron. En la ladera vieron al venado: —¿Cómo haremos?

Dijo el menor: —Vamos a flecharlo.

Sacó una flecha. Le preguntó su hermano: —Luego, ¿tú le vas a tirar?

—Pues sí —dizque dijo. Y también sacó su flecha.

—Pues a ver, vamos a flecharlo, tú tira primero.

El más pequeño tensó su arco; entonces, se dice que disparó y lo alcanzó. —A ver, ahora tú.

También tensó su arco, tiró, no lo alcanzó.

El venado se quedó parado. Dijo el menor: —Ahora verás, yo lo voy a matar.

Otra vez disparó y lo mató.

—Ahora sí —dicen que dijo— vámonos.

Se fueron a donde estaba tumbado el venado. Dijo el menor a su hermano: —Ahora córtale la flor —la cola o el corazón del venado—, luego nos lo llevamos a la casa.

Le cortó la flor y ya se pusieron en camino con el venado. Ya cerca, dijo el menor a su hermano mayor: —Adelántate tú, llévate la flor. Yo te espero aquí.

Cuando llegó donde estaba su padre, éste le preguntó:

—¿Dónde quedó tu hermanito?

—Se quedó atrás, me está esperando; matamos un venado. Me mandó por delante para que tú vayas a traerlo.

—Bueno.

Regresó con su hermanito corriendo: —Dice que le llevemos el venado.

Lo llevaron. Su padre salió a encontrarlos con la flor y una jicarita de agua. Allá los encontró.

Llevaron al venado al altar, lo acomodaron, lo asperjaron con agua.

—Ahora sí, despelléjenlo.

Le quitaron su cuero. —Ahora prepárenlo—. Se hizo el pozo, se coció, separaron la carne de los huesos.

—Pues mañana se van ustedes a traer ardillas, las flecharán.

Ya se fueron al día siguiente; en la laderas vieron a dos ardillas. Dijo el hermano menor: —Vamos a matarlas—. Dispararon y las mataron.

—Ahora sí, ya vámonos—. Ya se fueron hasta el patio de la fiesta. Desollaron las ardillas, ya las hirvieron. Ya cocidas las extendieron para que se secan.

—Ahora sí, ya está listo —dijeron a su padre.

—Ahora vayan por flores. Vuelvan mañana.

Se fueron por las laderas donde hay flores, las cortaron. Al atardecer dijo el menor:

—Ahora, vamos a dormir.

Allí durmieron; al día siguiente, cuando regresaban, encontraron en el camino, a dos mujeres. Una de ellas pidió: —Denme las flores.

—No, me regañaría mi papá —dijo el pequeño.

Siguió adelante, pero su hermano mayor se quedó, lo engañaron allá; al final le quitaron las flores.

Apareció más tarde, sin nada y se sentó, algo apartado. La madre preguntó al menor: —¿Qué le pasa a tu hermano?

—Pues, quién sabe; en el camino nos encontramos a dos mujeres, le quitaron las flores.

—¡Aah! —dijo ella—, pues desde ahora ya no será el mayor. Ahora tú serás el primero, él se quedará atrás.

Luego se hizo la fiesta. Amaneció, ya terminó. Entonces le dijeron al chiquito: —Ahora tú vas a aparecer en la madrugada. Tu hermano aparecerá por la tarde, porque regaló las flores.

Ya les entregaron su arco y su flecha. —Ahora sí, aquí te esperas. Cuando canten los gallos, entonces te debes levantar. (*mexicanero*)⁶

Mucho más explícito respecto a la falta resulta este fragmento donde uno de los hermanos *corta la flor* y rompe el ayuno requerido de quienes participan en actividades ceremoniales —que incluye la abstinencia sexual— y pierde así su derecho a la primogenitura.

SE ENCONTRÓ con dos muchachas que le pidieron una flor. Se las dio. Entonces llegó con su patrón. Éste le dijo: —Tus flores son sucias, no son buenas. Entonces te vas al lugar de la puesta del sol y te quedarás ahí. (*mexicanero*)⁷

Lumholtz nos explica la relevancia de Venus, *Chulavete* o *Sautari*:

ESTRELLA de la Mañana, Chulavete, es el principal dios de los coras. Con frecuencia van al amanecer a lavarse en alguna fuente por ella. Creen que es un hermano, un joven indio armado de arco y flecha, que intercede con los demás dioses en favor del pueblo. Lo invocan a que se presente en sus danzas y le exponen lo que desean para que lo comunique al Sol, a la Luna y al resto de los dioses. (*cora*)⁸

Konrad T. Preuss presencié el mitote cora, a principios del siglo xx, con escenificaciones de la lucha cósmica. La danza correspondiente recorría los rumbos del ciclo de Venus en su órbita celeste. De esta manera, las coreografías recalcan las rutas de los

luceros —o de la luna y el sol—, las peregrinaciones a sitios sagrados y la cosmovisión sobre el espacio mismo del patio.

NUESTRA MADRE estaba preñada. Le dolía. Entonces vino *Saku*⁹ y preguntó: —¿Estás enferma?

—Sí —contestó ella.

Dijo: —Quiero ayudarte un poco.

Entonces Saku se acercó y con las uñas cortó a la enferma. Luego sacó al niño, lo agarró y lo echó al agua de la vida, justamente en el poniente, lugar de la madre.

Aquí lo agarró *Tsevimoa* y lo fue criando. *Hatsikan* crecía. Cuando llegó a ser más grande, hizo un arco. También fabricó flechas. Disparó entonces contra sus tíos animales. Le dijo a su *nana*: —Voy al rancho de Las Guayabas.

Caminó por el río y llegó a Las Guayabas. Cuando llegó, los habitantes del lugar le dijeron: —Vamos a bailar allá en el sur.

Con arco y flechas, con una corona y varas con plumas de las alas de las aves y pintura: así apareció allí en el sur.

Empezó a bailar, y cuando lo vieron los ancianos y los pensadores le dijeron: —Aquí vas a ayudar, justamente abajo en el oriente.

Entonces apareció allí Nuestro Hermano Mayor, allí se va a quedar y estará ocupado justamente abajo, en el oriente. Allí los pensadores pusieron al niño *Hatsikan*. Así lo eligieron y le encomendaron: —Sabes cuando algo nos amenaza, entonces lo cubres con tus pensamientos. Cubres todos los pensamientos existentes de los dioses. Si tienen malas intenciones contra nosotros; si no nos va bien, entonces tú los mantienes en orden.

Así le hablaron los pensadores del sur. (*cora*)¹⁰

EL HIJO DE NUESTRA MADRE, a quien llaman *Sautari*, no murió.

Engañando a los ancianos subió a su morada, en el cielo. Tomó el camino del cielo. Ascendió y saludó a los ancianos —las estrellas—, pero ninguno lo reconoció. [...]

] Preguntaron quién era a Nuestro Hermano Mayor. Les contestó:

—Soy *Sautari* de la tierra, ése soy. Nuestra Madre en el cielo lo sabe. Y dice, “es mi hijo”.

Lo llamó y *Sautari* se acercó a su madre.

—¿De verdad no moriste?

—No morí. Así hice, así los engañé. Mis hermanos menores sólo aparecen una vez y mueren para siempre. ¿No es cierto? Pero yo no muero nunca. Reaparezco siempre, siempre estaré aquí.

Su madre lo recibió con cariño y bondad. Lo adornó con agua de la vida. Cuando terminó se alejó, lo dejó tras ella, allí lo encerró con flores, allí lo encerró con nubes, quedó allí en la región donde está su madre. (*cora*)¹¹

ALLÍ SE ENCONTRARON, más allá del mundo, y la estrella Sautari dijo a su hermano menor: —Vamos a caminar en el agua de la vida, en el poniente. Vete tú por el norte. Así siguió diciendo a su hermano menor: —Voy a caminar más allá de los dioses del sur. Allí voy a caminar hacia abajo, allí justamente en el poniente nos vamos a encontrar. Si ves a alguno que salga de la montaña, que aparezca en el agua de la vida, que aparezca en la tierra —también cuando algo te encuentre; cuando un amigo de atraiga de alguna manera— no lo tomes en cuenta. Si las flores están floreciendo allí, no las cortes. Si las cortas, entonces te van a quitar tus flores, tu vida. Partieron, allí en el camino en el norte se fue el hermano menor. Estuvo caminando y se acercó allí, más allá del norte.

Mientras caminaba, preguntó: —¿Qué huele tan bonito?

Pronto alguien se acercó y le ofreció: —¿No quieres flores? Cortamos flores aquí, las flores de *texkame*, para la madre que habita en el poniente.

Siguió caminando como si no escuchara nada. Luego llegó a otro lugar, allí estaban nuevamente, en otro sitio, y le hablaron. No hizo caso y continuó caminando. Así se fue acercando al lejano poniente y llegó allí abajo. Sabía de la serpiente que habita en el agua de la vida, pero el dios se había escondido, temía a nuestro hermano mayor, el astro. Al llegar saludó allí a los dioses del poniente y les preguntó: —¿No ha llegado aquí algún fulano?

Le contestaron: —Nadie ha llegado aquí.

En seguida se dio la vuelta y pensó en el extremo sur. Continuó por este camino para buscar a su hermano mayor. Hablando anduvo más allá de *taxteke* y llegó allí al suroeste. Allí encontró a su hermano mayor Sautari y le dijo: —¿Qué te encontraste? ¿No perdiste?

Allí había llegado el hermano mayor, la Estrella Matutina. Contó lo que le había ocurrido en el extremo sur, atrás de los pensadores, atrás de los dioses, mientras estuvo en el oriente, detrás de los dioses. Le dijo a su pariente, el astro: —Aquí voy. Rápidamente se fue, hablando en el camino, más allá del lugar de la lluvia del sur, más allá de los dioses del lugar de la lluvia. Iba hablando por el camino allá lejos, en el lugar de la lluvia. Allí se encontró con un amigo, éste le ofreció: —¿No quieres flores? Cortemos algunas.

—No, quiero seguir caminando, para el poniente voy a caminar y saludar a los que aparecen en la tierra y voy a dejar allá a los seres que hacen mal.

—No vale la pena dejarlos allí.

—Ciertamente, así dijo mi madre: que deje allá a lejos a los seres que hacen el mal, para que no causen daño a mis hermanos menores, los nacidos.

Le respondió el amigo: —No, vámonos.

Eso contestó y continuó por el camino. Llegó a otro lugar y otra vez se encontró con otro. También le dijo: —¿No quieres cortar flores?

Contestó: —No, quiero seguir caminando. Quiero llegar al poniente.

De esta manera una muchacha lo tocó y le dijo: —No te vayas.

Logró seducirlo, le quitó las flores. Luego ella soltó alacranes, ciempiés, arañas y tarántulas que se iban a quedar. No existirían si nuestro hermano mayor Sautari no hubiera perdido. Cuando estuvo allí, durmió con esa mujer y así perdió. Por eso ya no descendió para el poniente. Cuando estuvo allí, ella le quitó todas sus flores. Ésa era su condición. Cuando su hermano menor lo encontró, le preguntó: —¿No perdiste? ¿Te vencieron los que malviven allí en *Taxteke?* (*cora*)¹²

Los héroes son los primeros cazadores, guerreros, agricultores, constructores y músicos; luchan contra monstruos y gracias a sus acciones fuimos redimidos de su dominio. Enseñan las técnicas y crean las herramientas para hacer todas las tareas. Los Montezumas o Moctezumas son frecuentes en el norte de México, donde se da el mismo nombre también a los restos arqueológicos.

ANTIGUAMENTE, el mar cubrió toda la región de Quitovac. En medio del agua había un dragón. Mataba a los indios: uno por uno. Para escapar de él, la gente huyó a las montañas. La gente de Quitovac decidió pedirle ayuda a un hombre que vivía en el Cerro Pinacate. Este hombre se dejó tragar por el monstruo. Entró en su cuerpo, que era del tamaño de una casa. Las víctimas que había tragado anteriormente estaban paradas en el interior. El monstruo tenía cuatro corazones. Montezuma los atravesó uno tras otro con un cuchillo de palofierro. En el interior de uno de los corazones, encontró una figura humana.

Cuando el héroe decidió dejarse tragar por el monstruo, avisó que una nube saldría de la boca de la bestia si estaba sano y salvo. Cuando la nube salió, la gente supo que el héroe estaba bien y que el monstruo había muerto. Entonces, una voz pidió que cada año tuviera lugar en Quitovac una fiesta en honor de Montezuma para celebrar esta victoria. (*pápago*)¹³

El agua del diluvio no retrocedió hasta que murió el monstruo con sus cinco espíritus. No bien se salva el mundo, comienza la rivalidad entre Montezuma y Coyote.

ANTES DE CREAR AL HOMBRE, el Espíritu Mayor creó la tierra y todas las cosas vivientes. Descendió del cielo y, al cavar en la tierra, encontró barro como el que emplean los alfareros. Lo tomó y ascendió nuevamente al cielo, donde lo arrojó dentro de un agujero que había construido. De inmediato apareció Montezuma, y con ayuda de Montezuma aparecieron el resto de las tribus indias. [...]

Los primeros días del mundo fueron felices y apacibles; entonces el Sol se encontraba más cerca de la Tierra, por lo cual sus generosos rayos uniformaban las cuatro estaciones, haciendo innecesario todo tipo de vestimenta. Los hombres y las bestias vivían en hermandad y se comunicaban en un lenguaje común. Pero una horrible destrucción acabó con esa época de felicidad. Una tremenda inundación destruyó todo rastro de vida; sólo Montezuma y su amigo Coyote lograron sobrevivir.

Antes de la inundación, Coyote profetizó el cataclismo y Montezuma tuvo el cuidado de construir una embarcación, que colocó en la punta de Santa Rosa, lista para salvarlo de la catástrofe. Coyote también preparó un arca; tomando una caña de la orilla del río, la mordisqueó y se metió dentro de ella; cerró el extremo opuesto con goma. De esta manera, cuando las aguas ascendieron, ambos estuvieron a salvo y volvieron a encontrarse cuando la tierra se secó y la inundación había pasado.

Naturalmente, Montezuma estaba ansioso por saber cuánta tierra seca había quedado, y envió a Coyote en cuatro viajes sucesivos, para encontrar el lugar exacto donde el mar alcanzaba cada uno de los cuatro vientos.

Del viaje al oeste y al sur, la respuesta llegó rápidamente: el mar se encuentra a la mano. Del viaje al este se obtuvo la misma respuesta. Únicamente al norte no se encontró mar, aunque el fiel mensajero estuvo a punto de enfadarse durante la búsqueda. Mientras tanto, el Espíritu Mayor, auxiliado por Montezuma, volvió a poblar el mundo, y el hombre y los animales volvieron a crecer y multiplicarse. Montezuma fue asignado para hacerse cargo del gobierno de la nueva raza; pero lleno de orgullo y arrogancia, descuidó los deberes más elementales de su importante posición, y permitió que las peores desgracias cayeran sobre el pueblo.

Montezuma se rebeló contra el Espíritu Mayor, quien regresó al cielo llevándose consigo al Sol hasta el lugar remoto del cielo que ocupa ahora. Construyó con otros hombres una torre para alcanzarlo, pero el Espíritu Mayor lanzó sobre ella un terrible rayo. Montezuma siguió su contienda irreverente, y entonces el Espíritu Mayor preparó el último castigo: envió un insecto hacia el este, a una tierra desconocida, para traer a los españoles. Cuando llegaron, hicieron la guerra contra Montezuma y lo destruyeron. (*pápago*)¹⁴

Con arco, flechas y lazos, los primeros venaderos cazan; todos los animales eran por entonces sus parientes, y así se establecen reglas y pactos con los dueños del monte.

CUCUDURI es el nombre del señor de los ciervos y de los pescados. Él también produce la lluvia y resuena en el trueno. Es un hombre pequeño, pero grueso, y cuando hay neblina corre sobre las montañas montado en un ciervo. Cuando la niebla es muy espesa y llueve mucho, un tepehuán puede ir a retar a Cucuduri en la selva: arroja una flecha al suelo. El hombrecillo se aparece y conviene en apostar un venado contra la flecha. Pónense a luchar, y aunque Cucuduri es fuerte, a menudo lo derriba su contrario, quien encuentra luego muy cerca al venado y lo mata.

El pescador oye, en el rumor del agua que corre, el llanto de Cucuduri y le echa tres pescaditos. De no hacerlo, nada recogería, porque el dios lanzaría piedras al agua para alejar los peces, y aun apedrearía al pescador mismo.

Los tepehuanes nunca beben directamente de un arroyo, sino que toman el agua en el hueco de la mano para que el dios de la fuente no se los lleve en la noche al interior de la montaña.

Tampoco se cortan nunca las uñas de las manos ni de los pies, por temor de volverse ciegos. (*tepehuano*)¹⁵

Este canto y diálogo acompañan al mitote bailado que termina con la descripción de cómo traen al venado hasta el patio de la fiesta. Preuss presenció la fiesta, donde el cantador narra cómo *Hatzikan* y los cazadores matan al primer venado. Nos explica:

EL VENADO es un símbolo de las estrellas. Esto sabemos de la información que nos brindaron los coras, pero también de numerosos mitos, cantos y ceremonias, así como de los adornos que lleva el representante del venado durante otra de las danzas del mitote.

Aproximadamente a la medianoche, un viejito que no vestía ninguna vestimenta especial empezó a brincar con brío salvaje, tomando así el papel del venado y atravesando las filas de los danzantes que bailaban alrededor del fuego. Después de algún tiempo y sin causa aparente, el venado cayó precipitadamente en la parte occidental del patio. Los dirigentes de la danza lo levantaron y, portándolo en hombros, dieron varias vueltas alrededor de la fogata. Lo acostaron en el lado septentrional del altar e hicieron como si le quitaran la piel. Luego lo taparon con una cobija, lo cual representaba la cocción del venado en un horno subterráneo. [...] Uno de los viejos tomó del altar dos collares de *perlas de zacate*, que son de un color blanco brillante, y se los puso a los dirigentes de la danza. Son los adornos del venado. [...] Se trata de

una representación de las estrellas. El venado se levanta después de unos cuantos minutos y termina la ceremonia. [...]

Nuestro hermano mayor Hatzikan piensa, se acuerda.

—Mis hermanos menores, déjennos cazar venado.

Vayan a conseguir redes, mis hermanos menores.

¡Ah!, quienes dirigen la danza, pongan las cuerdas negras alrededor de él.

Hagan trampas con redes y tiéndanlas en las sierras,

enróllenlo con cuerdas que lleven puntos.

—Ya lo terminamos.

—¡Déjennos cazar venados en los senderos de la sierra!

Allá buscamos al venado que vive en medio de la sierra, en el centro del cerro.

—Ya salimos, estamos rodeados por la neblina.

Ya estamos subiendo a la sierra.

Ya estamos en medio de la montaña.

Nos acordamos de quién vive aquí en el centro del cerro.

Ya estamos platicando con el nagual.

—“Lo vas a hacer” —le vas a gritar.

—Ya le está gritando al que vive en el centro del cerro.

El venado lo oye. Le da miedo.

Allá abajo en el oriente el niño Hatzikan lo está esperando.

Lo está esperando con su flecha.

Allá está brincando el venado que vive en el centro del cerro.

La flecha silba, allá abajo, cerca del oriente,

en la orilla del mundo: la lanza Hatzikan.

Encima del venado pasa volando la flecha.

Nuevamente lanza una flecha.

Por debajo del venado pasa volando la flecha.

Nuevamente la lanza.

Le da en medio, entre las costillas.

Llora el que vive en el centro del cerro. Tuvo mala suerte. Cae.

Ya va dando tumbos como borracho.

Allá en la orilla del poniente cae, muriendo. Allá queda muerto.

Nuestro hermano mayor Hatzikan sale a buscarlo.

Lo encuentra en la orilla occidental de su mundo.

Allá lo encuentra.

Hatzikan los está mirando y habla a quienes dirigen la danza,

que son sus hermanos menores:

—Allá está el que vive en el centro del cerro.

¡Tráiganlo, ah, los que dirigen la danza!

—Allá lo están llevando hacia abajo, hacia el oriente,

allá lo están llevando hacia el poniente, hacia el norte, hacia el sur. (*cora*)¹⁶

KAUYUMARI O PARIKUTA MUYEKA —el que camina en el amanecer, Venus— hiere a algunos venados con sus flechas. En seguida, los animales heridos se transforman en mujeres que tratan de seducir al cazador que las sigue hasta el inframundo, *Tatiapa*, porque quiere recuperar sus flechas. Llegan hasta la casa de la madre de las muchachas. Parikuta Muyeka prueba la comida que le sirven ahí y se transforma en venado. Solamente después de que recibe las plumas, o sea las astas de venado, es posible la cacería de venado de los dioses. [...]

Los venados logran escapar y se inicia la cacería; los cazadores son *Xurawe tamai* —El joven estrella— y *Kuka tamai* —El joven perla o chaquira, que es un zopilote. *Xurawe tamai* alcanza a Parikuta Muyeka con una de sus flechas, pero el zopilote engaña a su compañero. Atrae al venado herido y le saca la flecha: con sus plumas le tapa la herida y lo deja escapar hacia el oriente. Finalmente, Parikuta Muyeka se deja flechar por los cazadores; enseña a los dioses cómo se deben corretear los venados con perros para hacerlos caer en trampas, donde se ahorcan con los lazos. También pide a *Hautsi tamai* —El joven del rocío que cae—, que meta la cabeza en la trampa. (*huichol*)¹⁷

LUCERO ERA VENADERO y andaba por ahí siguiendo a los venados. Entonces encontró al Diablo; hicieron una apuesta. El Lucero debía tumbar el Cerro de la Leona con sus flechas, y el Diablo con su rifle. Quedaron en una fecha. Y el Diablo veía que el Lucero era pobre y se burlaba de él; pero Lucero le respondió:

—Vamos a ver. ¿Cuánto apostamos?

—Yo apuesto que me voy a los abismos del infierno para no salir nunca más —dijo el Diablo. Lucero dijo: —Pues yo apuesto que lo tumbo y lo hago tres pedazos.

Quedaron en la fecha y el lugar. Y salió el Diablo con su carabina y Lucero con su arco y sus flechas de popote. El balazo del Diablo no llegó; Lucero tiró un flechazo que a la mitad del camino se incendió con lumbre y se oyó un trueno que aventó al cerro por tres partes: una quedó hasta San Luis Lozada y se llamó Cerro de la Quemada; otra ganó para Tequila y es el cerro de Tequila, y otra para la Leona. El Diablo perdió y se fue llorando para los abismos infernales. Y Lucero le dijo que si iba a andar perjudicando a sus hijos, también le iba a dar un flechazo. Y así ya no hay Diablo

en este mundo. Ya no sale.

Lucero siguió de venadero y todos los días traía tres o cuatro animales, hasta que se apareció un venado blanco y le dijo que no le tirara; le apuntó hasta que se acercó. Le dijo que ya no lo persiguiera, que fuera a buscar otra suerte. El venado dijo que era un difunto, un cadáver.

El dicho cadáver se fue y se volvió mujer. Y Lucero se encontró con una mujer muy linda, le ofreció casamiento. Ella aceptó. Quedaron de verse en la noche, se vieron y se acostaron juntos. Luego la tocó y vio que estaba fría, fría. Luego empezó a arder y Lucero se asustó y se fue a su casa enojado y asustado.

Encontró a Coyote quien le dijo: —Hermano Lucero, ¿por que vienes tan asustado? —Fui a dormir con una mujer que estaba difunta —le contó.

Lucero se fue con su padre, que era el Sol, para que lo curara.

Y Sol dijo: —Te dije que no anduvieras creyendo; ahora persigue a los venados con más ganas.

Y anduvo persiguiendo los venados hasta que se los acabó. Y por eso los venados no salen de día, nomás de noche. Ya saliendo el lucero, salen muy pocos. Y los anduvo persiguiendo hasta que los acabó. (*tepecano*)¹⁸

Esta historia tiene que ver no sólo con las mujeres seductoras que aparecen en el monte y espantan a sus víctimas, sino también con aquellas donde determinan la suerte de los cazadores. El cuento del hombre que no puede matar animales porque su mujer le engaña es uno de los más difundidos por todo México. El cazador falla y se encuentra con el Dueño de los Animales o el Señor del Monte, que lo lleva a su casa en el inframundo o al interior del cerro y le muestra a su esposa cuando le es infiel.

UN CAZADOR hacía ya tiempo que cazaba animales en la montaña. Siempre mataba o ganaba, ni un día iba de balde, siempre agarraba animales. Pero llegó el día cuando no se moría el animal; se fue a buscar otro. A poco camino encontró un venado. Le tiró pero no murió, sino que se fue. Entonces se regresó; se enojó porque no había agarrado al animal.

Otra vez se fue cuando amaneció al otro día; no cazó otra vez. A los tres días se fue de nuevo y se encontró con una gente de la cueva:

—¿Dónde vas? —dijo aquél.

—Voy a cazar —contestó—. No he cazado porque tengo miedo de la gente de la cueva, llevan espada, escopeta y canana de parque enrollada.

El de la cueva tenía puesto un sombrero grande y atrás traía colgado un panal de abejas. Dijo el de la cueva: —Pobre de ti, andas sufriendo, ya no eres como eras

antes para cazar animales. En tu casa las cosas están mal. Te voy a enseñar cómo está tu casa.

Le dio vuelta al que andaba cazando y cuando vio, ya estaban como en una casa parada donde había unas personas, entonces dijo la gente de la cueva:

—Así hace tu mujer.

Y le enseñó al cazador un espejo.

—Se ve muy claro: tu esposa está en una hamaca con otro hombre. Ya comieron tortilla y luego se conforman jugando. Se ve muy claro en el espejo como está ésa, tu esposa. Mira, así hace tu mujer, está comiendo carne de mis animales: tú no tienes la culpa, es culpa de tu esposa. No te doy mis animales como te los daba antes. Tú tira al que está más cerca, ya no tires al que está lejos porque ya no le vas a pegar, aunque seas cazador de oficio.

La gente de la cueva le enseñó dónde estaba una laguna:

—Allí hay tres iguanas en la orilla de la laguna. No tires a las dos chiquitas que están arriba del palo; a la grande mácala, la que está al último.

—¡Está bueno! —dijo el cazador.

—Esta vez tiras a ese animal —dijo la gente de la cueva—. Te vas a llevar la cola, y le vas a pegar bien a tu mujer. No le tengas miedo a la cola; pégale bien, hasta que la cortes.

Así ordenó la gente de la cueva. Cuando llegó el hombre a su casa le pegó a su esposa bien, hasta que la cortó. Entonces dijo su esposa:

—Perdona mi pecado, no lo hago otra vez.

Contestó el hombre: —Aunque ya no hagas nada yo todo lo veo; sé todo lo que haces cuando me voy a cazar. Te quedas con otro.

Contestó la mujer: —Está bueno, ya no lo voy a hacer.

—Si lo haces otra vez, te voy a matar. (*chinanteco*)¹⁹

ANTES LOS PERROS HABLABAN, decían lo que dicen los perros. Hoy ya no hablan. Es por culpa de un perro que le contó a su amo el pecado de su esposa.

El amo iba a tierras bajas a preparar su milpa y el pobre ya no sabía de su esposa.

—Vámonos, perro. Vamos para tierras bajas a buscar venados.

Aunque pasara días buscando, no cazaba nunca ningún venado. Si veía a alguno, escapaba. Si le disparaba con su rifle, no lo hería. Uno, hasta se burló de él: el mal-doso venado estaba tirado de espaldas, pataleando y quejándose. Pero cuando el hombre apuntó, el venado saltó y se fue.

—¿Por qué me sucede esto? —preguntaba cada que se le escapaba un venado.

Al principio le echó la culpa al perro: —Cómo serás de inútil. No los rastreas, no

los rodeas. Por tu culpa, ¡maldito! ¡Te voy a mochar la cabeza!

—No me regañes, no es culpa mía, sino de mi patrona. Hay algo que te debo contar —dijo el perro—. Apenas te sales de la casa, prepara un pollo. Come con tu repuesto. Mientras estás en tierras bajas, otro hombre se queda a comer con ella. Luego escarban un agujero y allí meten los huesos. Si me hubieran dejado los huesos, nunca los habría acusado.

—¿De veras? ¿Es cierto que otro hombre come y bebe con mi esposa? ¿Se acuesta con ella? Si no estás diciendo la verdad, te mocho la cabeza.

—¡Claro que te digo la verdad! —rezongó el perro.

—Entonces voy a afilar mi cuchillo y a ver qué se me ocurre hacer contra ella —dijo el hombre. Regresaron a la casa. A los pocos días el hombre se alistó.

—Nos vamos a las tierras bajas, perrito.

Se fueron de veras hasta la orilla del bosque a esperar que cayera la noche. El hombre colgó su morral de tortillas en una rama alta y allí esperaron, bajo el árbol.

—¡No vayas a ladrar!, porque si ladras vamos a tener problemas. Por favor, no lades, aunque veas caer algo de golpe. No es tu asunto. Tú, ¡boca cerrada! —se le dijo al perro.

Podían oír a la mujer hablar con su otro *marido*: —¿Ya tienes hambre? ¿Le echo chile a la comida? —preguntaba.

—¿Ya terminaste de hacer las tortillas?

—Claro que ya terminé.

—Entonces échale el chile a la olla y comeremos juntos —le dijo a la mujer el otro marido.

Alzó el comal del fogón, puso sus tortillas en el tecamate y sirvió el pollo. Les dio las piernas a sus dos hijitos. Ella y el hombre se comieron la pechuga y el corazón. Su bebé ya había mamado y estaba bien dormido.

—¿No quieres más caldo? —preguntó la mujer.

—Sí —dijo él, y tomaron juntos el caldo.

—Aah. Comimos tanto que se terminaron las tortillas. Ya no hay más para que comas mañana.

—Me voy a ir temprano, no sea que alguien nos vea —dijo el hombre.

—Pero si no hay modo de que nos encuentren. Cuando el perro está aquí, a fuerza quiere comerse los huesos. ¡Ahorita podemos ir a tirar los huesos a la zanja!

—Pero puede pasar la autoridad.

—Tienes razón. Si no vas a comer mañana antes de irte, no voy a guardar el caldo. Nos lo tomamos antes de acostarnos y así ya puedo voltear la olla.

Terminaron de comer. Ella extendió una sábana junto a la pared para que durmie-

ran los niños y el *sancho* la alcanzó en la cama.

—¿Los viste? ¿No te dije que estaban comiendo pollo? —dijo el perro.

—¿Qué voy a hacer? Ése, ya no va a salir —dijo el marido.

—Ah, tal vez sí salga en la noche. “Voy a echar una meada”, puede decirle el hombre a la mujer. “No salgas. En la pared hay una ranura por donde mi marido mea”, le dirá ella.

—Si eso has visto, más tarde ganaremos —dijo el marido—. Aquí vamos a quedarnos agachados, sin movernos.

No fue mentira. Pasaron dos, tres horas.

—Mujer, voy a mear.

—No salgas. Aquí hay una ranura por donde mea siempre mi marido —le dijo ella. Cuando el hombre sacó su pito, el marido lo agarró y se lo cortó con su cuchillo.

El amante cayó en la cama. —¿Qué te pasa? —le preguntó ella.

¡Uy Dios!, el pobre ya no podía ni contestarle. La cobija y el petate estaban cubiertos de sangre.

—¿Qué voy a hacer? Mis hijos van a despertar, van a darse cuenta.

Agarró unos petates viejos y se los enredó. El hombre apenas gemía cuando lo abandonó su espíritu.

Lo sacó jalando como a un perro muerto. Lo echó a la barranca. Provocó una avalancha de piedras y allí quedó enterrado bajo las piedras. Con un azadón le echó tierra encima, cubrió las piedras y cubrió al amante. Terminó de enterrarlo en la noche.

A la mañana siguiente, ya de día, fue al río a lavar el sarape. Lavó su petate. Lavó su almohada. Lavó sus fundas. Las puso a secar en el sol.

—Si por alguna razón mi marido regresa temprano de su milpa; si por alguna razón no logró cazar, o si agarró luego a un venado, ya no me queda tiempo. Pero no habrá forma de que se sepa que yo tuve algo que ver con lo que le pasó a ese hombre.

Daba vueltas a su ropa de cama. El sarape se secó porque había buen sol. Regresó a la casa, tendió la cama, barrió con cuidado el cuarto. Lavó el piso donde estaba salpicado de sangre.

—¡Vámonos! —le dijo al hombre el perro, después de que cortó lo que había cortado—. ¿Lo envolviste con cuidado?

—Claro que lo envolví. Lo eché en mi morral.

—¡Vámonos, entonces!

—Verás que cuando encuentres un venado no vas a decir que se agacha para que no lo alcancen los disparos de tu rifle. No me sorprendería que le dieras a uno, que le dieras a dos —dijo el perro.

El perro salió corriendo. Iba juega y juega. Llegaron a la milpa. El hombre colgó sus tortillas.

—¿Vamos a la milpa o vamos a buscar un venado? —preguntó el hombre.

—Vamos a cazar primero. Comeremos un trozo de carne antes de que amanezca.

El hombre se puso el rifle al hombro y fueron al pastizal que estaba detrás de la milpa. Allí respingó un venado. Sin perder tiempo, el hombre apuntó rápido y disparó. El venado se estiró. Quedó bien muerto.

—¿Viste? ¿Acaso mentía? Agarramos uno —dijo el perro.

Colgaron al venado en una horqueta sobre el fuego. El hombre le cortó el pene, lo ensartó en una vara y lo asó. También ensartó el pene del hombre y lo asó hasta que estuvo bien tostado. Le quitó el pellejo, para que la mujer no lo reconociera.

Guardó el pene del venado y el del sancho de su esposa, puso en la lumbre el hígado, bofe y bazo del venado y así, recién hechos, fueron comidos por él y por el perro.

Después de ver la milpa, el hombre cazó de nuevo: —A ver si encontramos una iguana o un armadillo —le dijo al perro.

No habían caminado siquiera tres pasos cuando agarraron un armadillo. Habían caminado apenas media cuadra cuando encontraron un venadito. Luego apareció la madre en el claro, había regresado al oír balar al chiquitillo. Rápido, el hombre la mató y agarró con las manos al venadito.

Amarró al cervatillo mientras desollaba a la madre. Tras despellejarla, asó un cuadril y una pata delantera. Llevaba el resto en un costal, en la espalda.

Se encontró a otro milpero. Le dijo: —Réntame tu mula, porque tengo mucha carne que acarrear.

—Si me das un cuadril, te presto la mula —le dijo el campesino—. Mañana va a venir mi compadre, me puedes mandar la mula con él. Me gusta comer venado con mis tortillas.

—Tómalo. Traje también bastantes tostadas, porque creí que el viento había tumbado mis matas, que iba a tener que alzarlas. Pero no, la milpa está bien. Y luego, traigo dos venados. Y el chiquito que me voy a llevar a la casa. Es por eso, no quiero cargar tanto.

—Nunca hubiéramos agarrado a los venados si la patrona tuviera todavía a su amante. Si la hubieras espiado a tiempo, hubiéramos podido comer venado hace mucho —dijo el perro.

—¿Qué crees que haya hecho con él? —preguntó el hombre.

—Ah, debe haber ido a tirarlo por allí.

—¿Y si llegamos y lo encontramos tumbado boca arriba? ¿A ver? Tú no admitas nada de lo que hicimos —le advirtió al perro.

—¿A mí que más me da? Tú eres quien debe fijarse qué mentiras va a echar. Mi único agravio es que cuando tú te venías a las tierras bajas y me dejabas allá, comían pollo y no me dejaban los huesos. No me dejaban comer en la zanja. ¡Ni el pico me dejaban, vaya! Siempre me consideraban una molestia grande, cavaban un hoyo hondo para los huesos y los tapaban con piedras, para que no pudiera escarbarlos. Sólo por eso no me callé. De eso sí soy culpable, pero qué más da.

—No importa. Ahora puedes hartarte de vísceras de venado, ¡come! —le dijo el hombre al perro.

—Hoy comeré, claro. ¿A poco no iba a comer? Pero, ¿de qué me sirve? Quién sabe lo que vas a hacerle a mi patrona. A saber si no irás a matarla.

—¿Por qué habría de matarla? Vamos a llegar a mantenerla, le vamos a dar de comer el pene del venado. No puedo matarla, no puedo golpearla. Sólo la veré a los ojos. Si Nuestro Señor quiere castigarla, que Él la castigue. Yo le agradezco lo que me ha dado, me ha tratado bien: me da mis alimentos, me da lo que necesito. Aquí está el venado, de donde milpeamos. Si antes no cazaba por lo que me hacía la pobre, ya no importa. Sólo Dios sabe. Nosotros, lo único que sabemos es comer.

El hombre regresó. Traía su carga sobre la mula y llevaba al venadito en brazos. Al llegar a su casa, la encontró muy limpia y barrida. El suelo estaba muy bien cepillado.

—¿Por qué está tan limpia la casa?

—Tal vez me volví hacendosa de repente —dijo la mujer—. Aah, ¿de dónde sacaste la mula? ¿Pagaste por ella?

—Claro que pagué por ella. Le di carne a mi compadre. Gracias a Dios que tenemos comida. Ahora quiero unas cuantas tortillas, tengo hambre.

—Come —le dijo la mujer.

—¿Y tú no vas a comer? —le preguntó a ella—. Traje pene asado, traje hígado asado. Prueba el pene, está muy tiernito. Le dio un pedazo de pene de venado a cada uno de los niños y a la mujer le dio a comer el de su amante. Comió mucho. Comió bien.

—Ah, ¿por qué me siento tan llena? Se me antoja un trago de agua.

Se tomó una jícara llena. Tenía más ganas. Al rato se bebió otra jícara, y otra jícara. La barriga de la mujer comenzó a hincharse. Una jarra. Otra jarra de agua. Por Dios, se le infló a la mujer su panza.

—¿Qué me diste de comer? ¿Por qué tengo tanta sed? Me revienta la panza, no puedo sentarme. Pareciera que la piel se me va a desgarrar. No sé para qué bebí tanta agua.

—Por Dios, pues ya no bebas tanto, no sigas de terca, bebiendo. Parece una locura

tuya. Debes aguantarte la sed tantito. Pero yo sí tengo hambre, comeré si la comida está lista, si ya está molido el chile.

—La comida ya casi está lista. El problema está en que no puedo subir la panza tan llena arriba del metate.

—Yo muelo los chiles, pues. Parece que voy a probar lo que es moler en metate. ¿Para qué bebiste tanto? Eres terrible. Pásame eso. ¿Cuántos chiles debo ponerle a la comida?

—Pon cuatro —le dijo al esposo. El hombre los molió y los echó a la olla. Le puso el cilantro, quedó lista la comida,

—¿Vas a comer? —le preguntó a la mujer.

—Por Dios que me gustaría, ¡tengo tantas ganas de comer! La comida está buena

—dijo ella.

—Cómete la carne, no bebas el caldo si ya no tienes espacio en la barriga.

Dios mío. Apenas se había bebido un tazón de caldo cuando ¡buum!, sonó su estómago.

—¡Ay, Señor, Jesucristo! ¿Por qué se te reventó la barriga, esposa?

—Ay —se quejaba ella—, aaah.

Y un minuto después su alma partió. Por el pito de su amante murió.

Hoy en día el perro es mudo, porque el pobre perro aquel dijo claramente por qué su amo no le daba a los venados. ¿Cómo iba a saber lo que sucedía? Su esposa parecía buena mujer. Pero resultó engañadora, ni quien pueda hablar por ella.

Hace tiempo el perro era compañero, platicabas con él porque no tenía culpa. Ahora la boca se le cerró a este animal de Dios porque el perro denunció el pecado de su patrona y el sancho. El hombre estaba muy contento, pero la mujer murió.

Un día un vecino pasó por la barranca donde la mujer había enterrado al amante. Metieron al marido a la cárcel.

—Nomás tomas, y ya matas a la gente. ¿Por qué están estos huesos con pantalón y con faja? Tú los enterraste. A saber a quién mataste —decían.

—Nunca he matado a nadie. Yo no estaba en la casa. No soy asesino. ¿Qué están buscando acá?

Buscaron, escabaron. —¿Quién ha desaparecido? ¿Quién anda perdido, si es que lo maté? Yo nunca he matado a nadie —dijo el hombre ante los jueces—. Si acaso maté a alguno, alguien debe haberme visto, ¿no? Tal vez alguien me tiene rencor y lo enterró cerca de la casa para echarme la culpa. Por mi parte, nunca he matado a nadie. ¿Hay algún testigo que me haya visto?

—No sabemos de nadie que se haya muerto —dijo el magistrado—. No hemos oído plática, sólo esto, ahora. No hay nadie que diga: “mi hijo ha desaparecido, mi hijo fue matado por un asesino”. Nadie ha dicho así. Tal vez ese pobre muerto fue arras-

trado por el río. No podemos culpar a este hombre. Olvidalo hijo, vete a tu casa, no eres culpable de nada, no hay nadie que te haya visto matarlo. Sólo su ropa, su faja, su sombrero están donde murió.

—A saber. Tal vez alguien desapareció de su casa, cayó en el barranco, se lo llevó el río. Tal vez no es asunto nuestro cómo murió. No importa cómo murió alguien hace mucho. Tal vez ese cadáver no tuvo ni esposa ni madre, ni nadie que se quejara. Y se murió. Sin escándalo. Nada. (*tzozil*)²⁰

Sobre los dueños de la tierra y de los animales hay infinidad de historias.

AQUÍ HAY CUENTOS para tochis —conejos—, para el jabalí, para el venado, para los duendes *chikones* y para el salvaje. Ellos hablan como uno.

La señora Samaritana era la dueña de todos los animales: *jabalínes*, tochis, de todos. Cuando Nuestro Señor acabó de arreglar todo el mundo, entonces Jesucristo reunió a todos los animales en una junta general. Los juntó como hace ahora el gobierno: junta general. Entonces le dijo a la señora esa: —Usted va a quedar de dueña. Y San Jorge, que es el Presidente del cerro, fue el Jefe de los duendes, el *Chikon Nanguí*. Los chikones salen cuando hace mucho calor. También de noche porque su día es nuestra noche y nuestro día es de noche para ellos...

Los chikones se odiaban, una vez que vino la luz se fueron a esconder debajo del agua, de la cueva, no son bautizados.

El dueño de la tierra, *Chikon Tokosho*, vive en el cerro aquél que se divisa desde Tenango. Desde allá arriba le dijeron que bautizara a todo Tenango, porque él iba a ser el dueño. A veces se aparece por ahí, montado sobre un caballo blanco. Los hombres, en aquellos tiempos de las tinieblas, ya tenían maíz, pero no sabían sembrar. Entonces Chikon Tokosho les enseñó a los hombres a sembrar, por eso el que cree en sus palabras va a tener una buena cosecha de frijoles. Chikon Tokosho se casó con una mujer que se llama *Sha Chaum*. Esta señora le enseñó todos los trabajos a las mujeres, a barrer, a coser, a tejer huipiles, camisas y pantalones. (*mazateco*)²¹

En los mitos sobre el origen del maíz, vimos cómo Watákame trajo el maíz al mundo, lo perdió y comenzó a sembrarlo nuevamente a partir de diferentes semillas, enseñando a los hombres cómo debían hacerlo a partir de entonces —el relato es una metáfora de la domesticación de la planta. También la iguana celeste de los coras enseñó a tumbar, quemar, cosechar y seleccionar el maíz.

Los hombres/dioses, hombres/astros muestran a sus hermanos menores —los nacidos, los hombres— cómo sembrar, y celebrar las primeras fiestas agrícolas —los ceremoniales, palabras, rituales indispensables para tener éxito.

HABÍA UN HOMBRE a quien nadie quería porque no tenía nombre. El Sol lo bautizó y le dio el nombre de *Palikata*. Este hombre se convertiría luego en el dios de la caza del venado.

Nakawé, Madre Crecimiento, dispuso que *Palikata* y *Keamukame* se casaran. La diosa les dio cuanto pudieran necesitar. *Keamukame* daba de comer a su marido las tortillas diminutas que en la actualidad todavía se usan, en las ceremonias huicholes. Un pedacito de ese alimento bastaba para dejar a *Palikata* satisfecho.

Palikata se puso a desmontar una milpa. Convenció al dios del fuego, *Tatevali* de que le diera fuego para quemar el monte. Pero sucedía que en ese momento *Tatevali* era demasiado *delicado* para ir él mismo, pues todo el mundo se incendiaría. Entonces le mostró a *Palikata* cómo producir el milagro de obtener fuego rezándole a las plumas sagradas colocadas encima de un disco de dios. Así fue como *Palikata* pudo quemar todo el matorral seco de su milpa. *Keamukame* bautizó la milpa con agua sagrada para impedir que se quemara completamente. Al último, después de una ceremonia, la milpa quedó lista para la siembra. *Nakawé* les dio a *Palikata* y a *Keamukame* semilla que se reponía mágicamente. En cinco días brotó y entonces lloró como un venadito. Pronto su llanto sonó igual al de un niño. El maíz tenía hambre porque sus padres olvidaron darle alimento. Entonces fue hasta la casa de *Keamukame* y comió de las ofrendas dejadas sobre el altar.

Keamukame soñó que debía llevar comida a la milpa. También le fue revelado que había que poner un disco de dios en medio de la milpa. Allí se colocaron ofrendas para los niños-maíz.

En cinco días el maíz estaba más crecido. Entonces *Keamukame* soñó que debía poner una ofrenda de jícara en la milpa. Desapareció la ofrenda en la tierra haciendo que le brotaran mazorcas al maíz, dos o tres en cada caña. También aparecieron frijoles y calabazas.

Keamukame y *Palikata* sintieron deseos de comer maíz. Pero ella volvió a soñar y le dijo a su marido que primero tendría que armar trampas de lazos corredizos para cazar venados. *Palikata* hizo lo que su mujer le indicara y así se convirtió en el primer cazador de venados.

Palikata puso sus trampas en las montañas y se abstuvo de comer sal y de tener relaciones sexuales con su esposa. Trató de soñar cuándo podría atrapar un venado. Pero le fue imposible soñar, de modo que le rezó a *Tatevali*. A medianoche, *Keamu-*

kame supo que un venado había muerto porque cayó una pluma de chamán; era una señal de que matarían un venado.

El hermoso venado fue traído y se le colocó encima toda la parafernalia ceremonial. Se le dedicó la ceremonia huichol completa. Palikata no quería mancharse las manos con sangre, puesto que tenía que ofrendar la sangre al maíz. Por lo tanto, *Matasuli* se encargó de destazar al animal muerto. Palikata dedicó la sangre a los cuatro puntos cardinales y al centro de la milpa, donde estaba el altar. De esa forma fue alimentado el maíz. Luego Palikata llevó sus trampas de venado a su casa de dios, para que pudieran descansar. Primero las limpió cuidadosamente para impedir que ningún pelo cayera en el patio de danza que había sido barrido. (*huichol*)²²

Cuentan en Durango esta historia sobre la ascunción de la Estrella Vespertina:

SE DICE QUE la diosa de la Tierra, *Ce Tonantsi*, tenía una hija que se enamoró de un pobre con sarna. La Madre Tierra no estuvo conforme y se enojó mucho. Ella quería como yerno a un hombre rico. Sin embargo, la muchacha se casó tal y como se lo había prometido al pobre, cumplió su palabra.

—¿Qué quieres con ese muerto de hambre? —dizque le decía la madre.

Entonces, se dice que el yerno empezó a torcer una cuerda de palma; invitó a un venado. Con la cuerda cercó el bosque. Jaló la cuerda y todo el monte cayó parejo. Entonces, le dijo a su esposa: —Vete con mi suegra y dile que se vaya a encerrar, porque el humo va para allá.

—Enciérrate, pronto, tu yerno va a quemar el monte.

Pero ella no quiso. Se le fue el resuello y el mismo yerno la curó: trajo un bastón y se lo metió en la vagina. Entonces le salió humo de la boca. Aún así la suegra quedó enojada.

Llegó el tiempo de la siembra. La mujer se fue con su madre para pedirle semillas.

—Aquí vengo, me mandó mi esposo. Que me des semillas de huate, maíz, calabaza y frijol.

No le quiso dar nada para el sarnoso que no trabajaba. Ella se lo contó a su esposo:

—No me quiso dar nada.

—Mandaremos a mi hermano.

Se dice que entonces, mandaron al *pupurix* —un pajarito corriente de la sierra. Éste se fue a juntar olotes, cáscaras de calabaza y vainas de frijol; los trajo y los puso en una olla. En la mañana las ollas estaban llenas de frijol, calabazas, maíz y todo lo demás.

Como peones contrató venados. Ellos sembraron y terminaron en un instante. Entonces creció la milpa y salieron las plantas de maíz. Salieron los elotes y maduraron.

Se dice que ya se acercaba el día en que se baña uno, preparándose para la fiesta del *xurawét* de los elotes tiernos. Se cuenta que, entonces, él se fue a bañar a un pozo profundo, y dijo a su esposa: —Saca una raíz de amole, cinco raíces.

Entonces se metió en el río y le pidió: —Aviéntame las raíces cinco veces—. Ella las aventó y él salió, ya sin sarna. Entonces se fue al lugar de la fiesta, para calentarse. Así pasaron tres días. Al cuarto día, el principal del *xurawét* mandó a la Estrella de la Mañana a traer zorales, que son florecitas blancas de un olor muy agradable. Se encontró con dos muchachas que le pidieron una flor. Se las dio. Entonces llegó con su patrón. El sol le dijo: —Tus flores están sucias, no son buenas. Entonces te vas al lugar de la puesta del sol y te quedarás ahí y comerás guaraches.

En la tarde comenzó el *xurawét*. No había nada qué comer. Solamente había gente. En la madrugada, Estrella de la Mañana brilló en la plaza redonda del baile y empezó a ascender hacia el cielo, poco a poco subió. La gente lloró. Ahora ya estaba muy alto en el cielo. Entonces la gente dijo: —Vamos a pizar las mazorcas y a sembrar—. Él se fue al quinto cielo. Amaneció y ellos comieron, como es la costumbre, carne molida de venado.

Comenta Preuss al respecto:

Debido a las numerosas variantes de este mito, y por las referencias a lo que pasa en los cantos y ceremonias, su sentido queda bastante claro: se combinan dos ciclos. Primero, se expresa la siguiente creencia religiosa: durante el invierno, el dios del Maíz es una estrella en el cielo, en la primavera baja a la tierra, entonces pierde su brillo y se contamina con sarna. Él es el maíz y la vegetación misma, por otra parte es el causante del crecimiento. Sus ayudantes son los venados, que son considerados imágenes de las estrellas. En este caso, el dios del Maíz es la Estrella de la Mañana misma, *Cital*, que se tradujo con la palabra “lucero”. También es el héroe cultural que prepara la primera milpa. Por eso la gente decide sembrar maíz, después de que la Estrella de la Mañana les enseñó cómo y subió al cielo en calidad de Estrella de la Tarde. En la época de la cosecha, el maíz regresa al cielo en forma de una estrella, y pierde la sarna porque empieza a brillar nuevamente.

El segundo motivo se refiere a la relación entre la Estrella de la Mañana y la Vespertina. En otros mitos se describe cómo son rivales: el primero se mete con una muchacha, o simplemente le da flores. Así se contamina y, por eso, tiene que cambiar su lugar con la Estrella de la Tarde. En estos mitos se expresa cómo la Estrella de la Mañana se acerca cada vez más al sol, cómo desaparece en el brillo del astro y vuelve como la Estrella de la Tarde. Se dice que “come guaraches” porque es el vi-

gilante del cielo occidental y, aparentemente, mira atrás de las estrellas que pasan rápidamente y se ponen en el occidente; tal vez se refiera al espacio del horizonte donde se le ve. (*mexicanero*)²³

ANTES DE QUE se conociera el maíz en esta región, ya vivían aquí Huracán y Rayo Viejo; ellos fueron los primeros que viajaron sobre la tierra. Después de un tiempo decidieron traer maíz a este lugar y plantarlo, pero como no tenían tiempo para hacer el trabajo, buscaron pájaros ayudantes. Huracán logró tener más ayudantes que Rayo Viejo, porque buscó al *picho*, al *pepe* y a la *zacua*. El único ayudante de Rayo Viejo fue la paloma, y por eso fue que Huracán juntó más maíz para sembrar. Antes de comenzar a plantar, se reunieron para ponerse de acuerdo y decidir cómo sería mejor hacerlo. Tras mucho discutir, Rayo Viejo dijo que la mejor manera sería plantar la mitad de los granos ya cocidos y la otra mitad sin cocer. Huracán estuvo de acuerdo y se puso a plantar su milpa como le había dicho el tramposo Rayo Viejo, quien plantó todo su maíz crudo. Después de unos días se vio que la milpa del Rayo Viejo era mucho mejor que la otra. Enojado porque su milpa no se daba bien, Huracán decidió destruir la de su compañero y le ordenó al *norte* que la golpeará. En un ratito tumbó todas las matas, las desarraigó. Cuando vio esto, Rayo Viejo le exigió a Huracán que pusiera la milpa otra vez como estaba. Huracán ordenó al ratito que la lluvia restituyera la milpa y en unos días estuvo verde de nuevo. Después de unos meses, las mazorcas ya estaban listas para comerse. Rayo Viejo invitó a Huracán a probar esta nueva comida; llegó acompañado de su buen amigo el mapache, que también la probó. Viejo Rayo había preparado las mazorcas con miel de abeja real, pero a pesar del aroma delicioso, no quiso probarlas. Tampoco Huracán quería probar, insistió que primero las probara el mapache, y comió con buen apetito. Desde entonces el mapache prueba las mazorcas antes que su dueño. (*popoluca*)²⁴

El niño-maíz enseña a sembrar la semilla, también es organizador de los espacios y jerarquías entre las criaturas. Aquí aparece como constructor de grandes ciudades, que es una de las hazañas que corresponden a los reyes subterráneos.

—BUENO MAMÁ, ahora voy a sembrar —dijo Sentipil—. Le voy a preguntar a alguien, o yo mismo voy a pensar cómo —le dijo—. Voy a sembrar en siete valles, siete laderas y siete cañadas.

Hizo un trabajo muy grande. —Llévanos una jícara de tortillas —dijo a su mamá—, pero pequeña.

La anciana empezó a llenar una, dos, tres jícara de tortillas. Apenas las podía cargar para llevarlas. Pasó el mediodía y no llegaba.

Entonces Sentiopil dijo: —Iré a encontrar a la anciana.

La fue a encontrar. Apenas aguantaba las tortillas que llevaba. Sentiopil le dijo: —Pero mamá, te dije que debías de traer solo una jicarita de tortillas. Mis mozos no comen. Les daré de a un pedacito y ya.

Sentiopil hizo trabajar a todos los animales que ahora comen maíz. Hizo trabajar a la ardilla, a los tejones, al mapache. Hizo trabajar a los pájaros. Sí, ellos también trabajaron, ¡ajá!

Y por eso, pues vio como tonta a la anciana; porque le había dicho que llevara una jicarita de tortillas. Partía en cuatro una tortilla y daba un pedazo a cada uno de los animales.

Entonces le dijo: —Mañana, mañana vamos a trabajar.

Sentiopil tenía mucha gente pero no comían: una tortilla la dividía en cuatro partes.

—Mañana haz como te dije, trae sólo una jícara de tortillas y les alcanzará.

—Está bueno —contestó la anciana:

Al día siguiente le mandó a Sentiopil sólo una jicarita de tortillas.

El trabajo ya se estaba terminando. Ya mero acababan.

—Ya lo arreglé todo —. Unos cortaban leña, otros tumbaban árboles, otros hacían otras cosas. Todos los animales que comen maíz estaban trabajando. Entonces ya, como le digo, esa mazorca que se dio, la guardó allá en ese lugar que le nombran Cuescomatepec.

Allí guardó la cosecha, guardó el maíz. No guardó mazorca, guardó maíz puro. Por eso ven que los arribeños traen el maíz alargado, porque ese maíz estaba apilado así. Estaba bien apilado. Los arribeños, se adelantaron cuando lo supieron. Ellos se adelantaron a traer el maíz. Nosotros, los de por aquí, fuimos a traer la semilla del maíz, pero después. Ya la habían pisado y se habían resbalado con ella, por eso la semilla de aquí es ancha, porque la pisaron. Se estuvieron resbalando sobre ella nuestros hermanos arribeños.

Sentiopil guardó ese alimento y ya no volvió a sembrar. Sentiopil vivía solo.

A los niños *tsitsimimej* los apresó y los guardó en un lugar que se llama Xochicalteno. Allí viven esos niños que eran hijos de los *tsitsimimej*. A los perros los guardó en Tecuantepec; por eso se llama así ese lugar, Tecuantepec. Sentiopil pensó hacer una ciudad. Vivía solo cuando pensó hacer la ciudad. Entonces la iba a hacer aquí por San Pedro; ese lugar está por abajo de Tecuantepec.

El hombre era hijo de Dios. Todavía no había sacerdote, todavía no había nada, pero era hijo de Dios. Pensaba y hacía las cosas, luego las bendecía y también daban frutos.

Así como cuando Jesús vino a vivir en la tierra, así era también ese hombre, igual. Así fue ese hombre que nació en la tierra. Había nacido en la tierra. Y después ya había amarrado la víbora allá en San Pedro, allí sería la ciudad, pero se le escapó. La había atrapado otra vez en Mazapan, pero otra vez se le escapó.

Entonces la siguió y la atrapó adonde hasta ahora la tiene amarrada, en México. Allí creó la ciudad de México y después hizo la ciudad de Puebla. Hizo esa ciudad, la ciudad de Sentiopil. Así es ese cuento. Y entonces hizo esa cosa. Hizo las dos ciudades: Puebla y México. Fue él quien trabajó.

Pero era otro tiempo, dicen que era de noche. Sentiopil trabajó en la oscuridad. ¿Y cómo trabajó siendo de noche? Sentiopil tenía milagro. Él era así.

Entonces, cuando sintió que ya mero iba a llegar este tiempo en el que vivimos nosotros los cristianos, dijo que no se iba a dejar morir, porque todos los que íbamos a amanecer teníamos que morir después. Y él no iba a amanecer con la gente, para no morirse nunca y así poder ver qué iba a pasar con su trabajo.

Sentiopil pensó esconderse de la luz. Ese hombre sigue viviendo hasta ahora. Sentiopil vive con la víbora, allá donde la amarró. Allá vive Sentiopil. También vive en medio del mar. Anda en las profundidades. Allá está. ¡Ajá! Ese hombre vive hasta ahora.

Sentiopil hizo un trabajo muy grande. ¡Pobre hombre! Un día había venido a visitar a los que empezaron a poblar México. Los habitantes de la ciudad se sentían muy grandes, se creían mucho. La gente estaba ocupando las casas pero no sabía quién había construido la ciudad. Entonces pensó venir un día. Y les pedía un favor, que si podían dar unos cuantos centavos. Es claro, él no necesitaba dinero. En el agua no se necesita nada. Él pedía ese dinero. Y le dijeron:

—Tú no. Es mejor que te vayas, porque si no, te vamos a pegar.

Sentiopil les contestó: —¿Me van a pegar? Yo construí este lugar —les dijo—. Yo lo hice.

—¿Tú? ¿Qué hiciste?

—Hice esta ciudad y la ciudad de Puebla.

—¡Ah! ¿Y cómo lo hiciste tú solo.

—Pues pude hacerlo. Si no lo creen, ahora lo van a creer.

Fue por allí a hacer un hoyo en el suelo. Como él era quien había construido, conocía el lugar. Fue a abrir un hoyo y allí empezó a brotar mucha agua. En una hora había mucha agua, así. El pueblo empezó a inundarse. Mucha gente ya se iba a los lugares altos donde no llegaba el agua. Algunos andaban montados a caballo. No había señales de que se fuera a detener el chorro de agua.

Entonces empezaron a rogarle. Le decían:

—Ve a cerrar otra vez el hoyo que abriste, porque si no, nos vas a matar.

—Pero si ustedes mismos han dicho que yo no sé nada. No, si yo construí este lugar y construí la otra ciudad. Ustedes ven a alguien —dijo— como si no valiera nada. Pero todos valemos.

Entonces hizo pensar a los *koyomej*. Empezaron a decir:

—Pues ahora le vamos a dar todo el dinero que quiera. Le vamos a dar lo que pida. ¿Pero acaso quería algo? No, él no quería nada.

—El dinero no lo voy a llevar. No llevaré nada. Sólo los vine a ver porque se creen mucho. Se creen mucho porque ustedes se vinieron a vivir aquí. Ustedes llegaron cuando las casas ya estaban hechas, no las hicieron. Y este cuento allí termina.

Lo que les cuento es que ese hombre vino del chupamirto. De allí vino la mata de ese cristiano. Así nació Sentiopil. Lo habían tirado al agua y de allí tomó la forma de cristiano. Y mató a los *tsitsimimej*. Esos que dicen que comían carne cruda, que se comían a sus hermanos. Se comían a los cristianos. Ellos mataron al que ayudó a crecer a Sentiopil. Lo mataron y se lo comieron. Esos eran los *tsitsimimej*. (*náhuat*)²⁵

Resabios de seres previos, ellos y sus súbditos quedaron petrificados al salir el sol por primera vez o se convirtieron los ídolos, cuya morada son las ruinas arqueológicas —que no alcanzaron a ser terminadas. Alfredo López Austin, en sus reflexiones sobre los reyes subterráneos, describe características comunes a una colección muy amplia de héroes, cuyas hazañas se narran desde Yucatán hasta el sur de Estados Unidos. Todos estos reyes son constructores nocturnos de ciudades que debían fungir como la capital de sus reinos. Encantados por la salida del sol —el canto del gallo, la bendición o el bautizo— los grandes templos se convierten en ruinas y los seguidores del rey se transforman o se entierran y viven en el inframundo a partir de entonces. Estos seres —gigantes portentosos y fortísimos, restos de anteriores razas o protohombres— no toleran la luz, niegan a Cristo y ahora viven sepultados junto a sus tesoros y coronas en ciudades subterráneas, o en cerros huecos y sonoros, comunicadas entre sí por túneles. Luchan encarnizadamente contra poderosos enemigos y la promesa de retorno como redentores o vengadores de sus pueblos les ha dado en la actualidad un peso político distinto: ahora son emblemas de las luchas por los derechos indígenas.

No solamente se oponen a los dioses diurnos, también transfiguran y nombran el paisaje, capitanean los rayos y la lluvia, señalan el centro del mundo, destruyen al monstruo de la tierra entrando a sus entrañas, fundan ciudades, castigan a los enemigos de sus pueblos, delimitan los territorios, acumulan tesoros que recuperarán sus descendientes. Hijos de padre desconocido, de mujer virgen —o huérfanos, o salidos de un huevo—, reinan sobre la ciudad por excelencia: México, Tenochtitlán o Mitla.²⁶

Las leyendas de los reyes nativos —reescritas con entusiasmo por cronistas y literatos— son lecciones de historia mítica y geografía regional; relatos de acontecimientos distorsionados y adaptados en los diálogos de las danzas de la conquista, danza de la pluma, y danza de los moctezumas; cuentos maravillosos, epopeyas étnicas. La promesa mesiánica que contienen a menudo sirve de programa político de resistencia. Su inmensa riqueza y la posibilidad de revivir son arruinadas por la imprudencia o la curiosidad de los descendientes o servidores torpes.

Son muy semejantes, paradójicamente, a los relatos de santos patronos que eligen un lugar para fundar el pueblo; como los reyes, protegen los lugares donde viven de enemigos, expulsan a los heréticos o disidentes.

Las mezclas de tiempos, entornos y referencias históricas hermanan estos relatos con el cuento, mientras que el nacimiento y las hazañas realizadas por los reyes portentosos los acercan a los mitos.

La versión oaxaqueña criolla de estas contiendas entre reyes cuenta que el Diablo y Dios compiten para ver quién construye el templo más grande antes de que cante el gallo: comienzan a construir Santo Domingo y Cuilapan. El gallo canta y Cuilapan, que construía el Diablo, quedó sin techo. Como premio a su diligencia, Dios Padre hace entrar el primer rayo de sol sobre la iglesia de Santo Domingo, dorando así el altar de su hijo predilecto y triunfador.

EN LOS TIEMPOS MUY ANTIGUOS esta tierra era de los mayas. No se conocía a los blancos. Don *Juan Tutul Xiu* era el rey y tenía su residencia en Mérida. Desde allí iba a hacer sus oraciones a Tulum. En ese lugar existe todavía un retrato de ese rey grabado en piedra. Fue en su tiempo cuando llegaron a esta tierra los tres primeros blancos. Vinieron por el mar y se bajaron en Tulum. Como eran pocos, el rey no les dio importancia ni les hizo caso. Por el contrario, sus hijas, las tres princesas, se enamoraron de ellos sin que padre lo supiera. El secreto, sin embargo, no se pudo guardar pues al cabo de cierto tiempo las princesas quedaron embarazadas: el rey sufrió un gran disgusto y expulsó a los extranjeros.

Más tarde, los blancos volvieron en mayor número e invadieron la tierra de los mayas. Algunos príncipes y princesas hicieron alianza con los invasores, poniéndose así en contra de don Juan Tutul Xiu. Ante semejante traición, el rey resolvió emigrar de esta tierra, yéndose hacia el oriente a formar otro reino con sus adeptos. El camino que siguieron fue subterráneo y aún hoy puede verse en Tulum la entrada del mismo prolongándose por debajo del mar. Muchos han tratado de seguir ese camino, pero a poco de andar, salen aterrorizados porque se escuchan ruidos misteriosos. Algunos dicen haber visto en ese subterráneo huellas de animales domésticos.

Antes de emigrar, don Juan Tutul Xiu anunció que, desde su retiro, estaría pendiente de la conducta de los mayas: si veía que éstos se entregaban a los invasores o a los soldados federales, entonces haría que Dios corriese una cortina negra sobre el sol, causando así la destrucción del mundo. Por lo contrario, si hubiera algunos que supieran mantenerse separados de ellos, o cuando menos, en alianza con extranjeros que, por designio de Dios supieran leer los jeroglíficos antiguos, entonces don Juan Tutul Xiu retornaría del oriente para reinar como antes entre los suyos. (*maya*)²⁷

DENTRO DEL TERRENO del pueblo de Coatlán hay un cerro llamado Cerro Mujer, donde se guardaba anteriormente el maíz que pizcaba la gente. Cuentan que un día un hombre y su señora fueron a traer leña al cerro. Mientras el hombre cortaba la leña, la mujer subió encima de una piedra y descubrió una cueva. Se asomó y vio que había dos huevos grandes dentro. Le avisó a su marido, le pidió: —Dame un palo, voy a sacar esos dos huevos que están dentro de la cueva.

Su marido cortó un palo y se lo dio; la mujer batalló mucho pero no pudo sacar los huevos. Le dijo a su marido:

—Sácalos tú.

El marido fue entonces a sacarlos. Se los llevaron a su casa y a los tres días reventaron los huevos: de uno salió una persona que se llamó *Condoy* y del otro salió una culebra muy grande que tenía dos cuernos: era el hermano de Condoy.

Condoy creció rápidamente: a los dos o tres días ya era un hombre. Cuentan que comía mucho, que su mamá le daba comida por canastos y que se la terminaba toda. Un día Condoy dijo:

—Mamá, quiero ir a Tehuantepec.

—¿Qué vas a hacer allá? —le preguntó su madre.

—A ver —contestó Condoy—, tengo ganas conocer ese lugar; no te preocupes, regresaré pronto.

Condoy se ausentó solamente un día; cuando regresó trajo un bulto.

Al día siguiente, nuevamente le dijo a su madre:

—Mamá, quiero ir a Oaxaca.

—¿Qué vas a hacer allá?

—A ver, tengo muchas ganas de saber qué hay por allá donde le nombran Oaxaca. No te preocupes, regresaré pronto.

Y se fue. También se ausentó durante un día; regresó con una olla de dinero que le dio a su madre, diciéndole:

—Mamá, ocupa este dinero porque yo pienso volver a salir, para conocer otros lugares.

—No, hijo, ¿por qué quieres irte? No te vayas.

—No, mamá, pienso irme porque ya crecí. Muchas gracias por criarme y cuidarme; ahora te dejo todo este dinero, para que nunca te falte nada.

Conday se fue, pasando por los pueblos mixes: pasó por los terrenos de los de Camotlán y cuentan que allí dejó una olla de dinero, dentro de una cueva; como Conday era hombre muy alto, se le hizo fácil meter la olla de dinero dentro de la cueva, sin tener que buscar por dónde subirse. También dejó un baúl lleno de dinero en una cueva que está en terreno de Trapiche de Chusnabán. Cuentan que los de Calcatepec fueron a sacar ese dinero. Por eso Conday decía que los de Camotlán eran más buenas gentes, porque todavía no han sacado el dinero que dejó cuando pasó, todavía está allí.

Cuentan también que cuando Conday pasó cerca del cerro de Quetzaltepec, peleó con el rey Moctezuma: hasta la fecha se distinguen bien los balazos y pueden encontrarse todavía balas ya oxidadas que disparó la gente de Moctezuma.

El rey Moctezuma tenía miles de soldados sobre un cerro cerca del pueblo de San Isidro Huayapan; Conday peleaba solo, tirándoles con piedras. Cuando tiraba una piedra, muchos soldados morían; en cambio a él, las balas le rebotaban. Cuentan las gentes grandes que en ese lugar hay mucha piedra porque Conday se las aventó. Moctezuma regresó a México. Conday se sentó a descansar después de la batalla. Allí está la seña hasta hoy. Cuando se levantó, puso sus manos al suelo y empujó para pararse. Allí están también las huellas de sus manos. Hasta se ven claramente los dedos.

Conday se encaminó rumbo a Mitla, porque dicen que la ciudad de México iba a ser en Mitla. Comenzó a construir de noche un palacio de pura piedra, sobre roca firme. En la madrugada cantó el gallo y el rey Conday suspendió su trabajo. Ya no terminó su palacio; esas son las ruinas que hay en Mitla. Si el gallo no hubiera cantado a esa hora, Mitla sería ahora la ciudad de México.

En aquel tiempo la tierra estaba blanda y como Conday tenía una corona que pesaba cinco arrobas, iba hundiendo la tierra con su peso, poco a poco.

Pasó por Tlacolula y por el Tule. Cerca de Tlacolula hay un cerrito que se llama Caballito Blanco, cerca de las ruinas llamadas Yagul o Pueblo Viejo. Allí escribió Conday sobre la piedra, para que las gentes supieran qué rumbo llevaba. Fácil alcanzaba, porque medía más de tres metros.

Conday traía un arma de metal que pesaba tres arrobas y su bastón pesaba cinco. Cuando Conday salió de Mitla, se fue a Oaxaca.

Descansó en un lugar llamado el Tule, con tierra muy falsa; clavó su bastón en el suelo —porque abajo había agua— y el bastón comenzó a retoñar. Por eso en ese

lugar está un árbol, que es el más grande del mundo: es el bastón de Condoy, y cuando se seque, será porque ese día murió Condoy.

Cuando Condoy llegó a Oaxaca vio que la tierra era dura y dijo:

—Aunque haya guerras, aunque suenen y truenen los cañones, aquí la tierra no se hundirá, está maciza.

Allí estaba Condoy cuando salió su hermano a buscarlo. Era una enorme culebra con cuernos y le había dicho a su mamá que iba a Oaxaca a buscar a Condoy, para ver qué hacía.

Cuando la culebra salió para Oaxaca, se metió bajo la tierra con truenos, lluvia y vientos. La tierra temblaba y hubo derrumbes. Era una cosa muy espantosa.

Pasó por el pueblo de Coatlán, donde la tierra era muy blanda y dejó huellas muy profundas. Ya iba llegando a Nejapa de Madero cuando fue a maldecirla un cura. Allí nomás se quedó la culebra, convertida en piedra.

El rey Condoy dejó su anillo en Oaxaca; nadie sabe en qué lugar. Se regresó a un cerro que se llama Zempoaltépetl, Veinte Picos, que se encuentra cerca del pueblo de Comaltepec.

El pueblo de Coatlán se llama así hasta ahora porque por allí pasó aquella culebra, el hermano de Condoy. (*mixe*)²⁸

...CUANDO LOS ZAPOTECOS ya no podían, buscaron alguna forma de vencer a *Cong* [...] pusieron lumbre alrededor del cerro *Iipxukp*, para pensar que así podrían rendirlo. *Cong* se daba cuenta de todo [...] sintió que la lumbre venía muy cerca y se le hacía fácil encontrar su salvación de inmediato. Terminado de quemar, los zapotecos le apodaron *Kondoy* que para ellos era un nombre de desprecio: Rey quemado. Este nombre nomás le pusieron, pero *Cong* no se había quemado, solamente se escondió. [...]

El premio fue por la cantidad de cincuenta y dos kilos de oro. Cuando recibió su premio dijo: —Hijos, cuando encuentren o descubran mi premio quiere decir que voy a revivir otra vez para luchar de nuevo. (*mixe*)²⁹

DE ALLÍ FUE A MÉXICO y allí dejó su corona. Dijo:

—Cuando llegue uno que la pueda levantar y llevar puesta, entonces va a cambiar el gobierno. Pero ninguno la pudo levantar —como pesa mucho. Allí está hasta ahora, dicen.

Regresó entonces *Kondoy*. Entró con todos sus soldados allí cerca a un pueblo que se llama Comaltepec. No murió. Allí entró en el cerro que se llama Veinte Picos. Allí esta todavía. (*mixe*)³⁰

CONG HOY siempre tenía algunas dificultades cuando estaba en guerra; a veces se enfrentaba a la escasez de alimentos, dineros y de otras cosas más. Pues él mismo tenía que buscar donde conseguir. Salió una ocasión para dirigirse hacia Oaxaca para conseguir algo de dinero. Al llegar a Oaxaca, se convirtió en un pájaro muy bonito en el lugar donde se encontraba, que era una tienda. Pues a la gente le gustó mucho recibir un buen pájaro, y los que vendían allí lo dejaron adentro. Ya en la tarde se fueron los vendedores y ese pájaro se quedó encerrado adentro de la tienda. Por la mañana cuando regresaron los que vendían, se dieron cuenta que ya no había nada de mercancía en la tienda.

En otra ocasión, se fue otra vez para traer dinero a la misma Oaxaca, de nuevo se convirtió en gato y empezó a corretear a los ratones adentro de una tienda; pues las gentes se quedaron muy a gusto porque ya no había ratones. Por estar trabajando el gato, lo tenían que dejar adentro de la tienda, pero cuando regresaron al día siguiente ya no había nada de dinero. (*mixe*)³¹

Una variante de este relato es protagonizada por otro personaje-cerro, que también engaña a sus enemigos y hace portentos.

DICEN QUE UNA VEZ La Mitra fue a Oaxaca a comprar armas. El vendedor de armas le preguntó cómo se llamaba y de dónde era. Él le contestó que se llamaba José, que venía de Totontepec Mixe, y le pidió armamento.

Le dieron las armas que pidió y él le pagó al vendedor dos costales llenos de monedas de plata. El vendedor y los que allí estaban vieron que realmente eran monedas. La Mitra salió y el vendedor vació los sacos para ver si el dinero estaba completo. Las monedas de un saco se habían convertido en hojas de encino; las del otro, se habían convertido en carbón.

Mediatamente el vendedor fue a quejarse ante el gobierno explicando lo que había sucedido. El gobierno le dio más de cien soldados para que persiguieran y apresasen a José la Mitra, del rumbo de Totontepec, que había ido a comprar armamento. [...]

Los soldados llegaron a un lugar llamado Lodo Blanco, desde donde puede verse el pueblo de Totontepec; los cerros estaban llenos de soldados de La Mitra. Éste les gritó:

—Si quieren entrar en Totontepec, no saldrán vivos.

—Mejor vamonos —dijeron los otros— son muchos y vamos a perder.

No les quedó más remedio que regresar a Oaxaca. Le avisaron al vendedor que no pudieron agarrar a José, porque el cerro de La Mitra estaba lleno de soldados. (*mixe*)³²

EL GOBERNADOR del Estado de Oaxaca supo de los problemas que existían. Este Cong Hoy tenía sus buenas movidas para obtener algo de lo que necesitaban los mixes. Después de que habían sucedido varias cosas, mandaron muchos soldados para matar a Cong Hoy, porque supieron que él había ido a robar.

Cuando llegaron casi cerca de Tlahui, en un lugar que se llama Kah Neapy, Agua de los Leones, los soldados fueron atacados por muchos leones, por orden de Cong Hoy. Cuando ya los soldados se habían muerto todos y el gobierno se dio cuenta, mandó muchos más para matar a Cong Hoy. Faltaba muy poco para que llegaran a la comunidad; empezó luego a decirle a las personas que tenían nahual de rayos para que ellos fueran a atacar [...] En el lugar que se llama Cabeza Echada cayó una gran lluvia y rayos, truenos y relámpagos; los soldados allí tuvieron que quedarse.

Cong Hoy un día quiso sacar unos documentos importantes que aseguraran que él había luchado muchas veces, y que el gobierno le diera facilidad por haber ganado a todos sus enemigos, y por lo mismo de que estaba un poco viejito. Se sentía cansado porque había combatido a todos los contrarios. [...]

Cuando llegó a la ciudad de Oaxaca se fue con el Gobernador para que le diera sus papeles por haber triunfado en muchos combates. Llegando al palacio saludó al Gobernador diciendo que él quería sus papeles. El Gobernador le contestó que no se preocupara porque la secretaria se encargaría de hacerle los papeles que él quería; Cong Hoy esperó un rato que se los hicieran.

Y cuando estaban a punto de sellarlos bajaron muchos ángeles diciendo que no era gente, que era un brujo, y lo corrieron de allí, le pegaron en la cabeza y cayó su sombrero —porque había entrado con sombrero en el palacio de gobierno. Después que cayó su sombrero aparecieron culebras de nueve cabezas; también le dieron unas patadas. De inmediato se convirtió en un toro y así salió caminando del palacio.

Llegando de nuevo al Tule, donde había descansado cuando salió de su tierra, encontró a varios arrieros que llevaban muchas bestias y esos arrieros preguntaron a Cong Hoy dónde había ido. Cong contestó que había ido a buscar trabajo a Oaxaca, pero resulta que no lo encontró. Y le dijeron ellos que trabajara como mozo y Cong contestó que sí, y además dijo: —Este árbol me representará a mí, pero en caso de que se secase de algunas ramas, quiere decir que estoy enfermo, y cuando el árbol se seque totalmente quiere decir que ya estoy muerto. (*mixe*)³³

La mezcla de temporalidades es característica de estos relatos. En la historia de Condoy coinciden Moctezuma, el nacimiento del árbol del Tule, la construcción de Mitla, las batallas de la Revolución que dejaron balas desperdigadas y su derecho a una pensión de la Secretaría de Guerra. La leyenda que ha convertido a Condoy en emblema de la

emancipación mixe aparece en fuentes antiguas, durante siglos ha circulado entre la oralidad y la escritura: Burgoa la recopiló y más tarde fue reescrita por diversos autores. De allí, nuevamente retorna a la tradición oral, para ser recopilada y escribirse nuevamente, en mixe. Lo mismo pasa con Cocijoeza, rey de Zaachila en tiempos de la Conquista, que ha incorporado a los hechos históricos muchos de los rasgos de las leyendas y cuentos maravillosos.

En el norte de México, se llama montezumas a todos los restos arqueológicos; en otras partes, Moctezuma es también personaje en danzas y parlamentos de representaciones teatrales. A veces, es actor en relatos pretendidamente históricos.

MOCTEZUMA vivió alguna vez en Soteapan. No sé si nació aquí o no. Antes de eso, la gente andaba desnuda, él les enseñó a ponerse ropa. Hubo una gran pelea una vez: la gente usaba hondas y piedras, arcos y flechas. Luego se fueron a Piedra Labrada y comenzaron a construir un puente de piedra hacia España. Las rocas de Piedra Labrada son los cimientos de ese puente. Pero alguien le robó la esposa a Moctezuma y se fue muy enojado a México, donde lo envenenaron. (*popoluca*)³⁴

EL MOCTEZUMA era un caudillo que tenía el poder en aquel tiempo. Tenía enemigos en su pueblo.

Una vez optó por huir con sus secuaces. Venía de arriba —del Altiplano— donde estaba su pueblo, venía arreando piedras. Quería poner un puente sobre el mar.

Sus enemigos lo perseguían para matarlo.

En aquel tiempo aún no amanecía, de repente amaneció y no pudo con sus piedras.

Dejó las piedras en la orilla del mar y perdió su poder.

Se fue lejos sobre el agua. Y sus piedras formaron la serranía de San Martín. (*nahua*)³⁵

Como en el caso de los hermanos que serán sol y luna, Condoy, Congoyqui o Cong Hoy y su hermano, también *Fane Kantsini* nace de huevo y crece rápidamente. Fane Kantsini es criado por abuelos caníbales y se relaciona con otros monstruos primordiales —las águilas devoradoras— y con personajes extraordinarios —los nahuales, que no son en este caso el animal compañero de los hombres, sino seres portentosos de los cuales nos ocuparemos más adelante, al igual que de las culebras que acompañan a los reyes y horadan el suelo, trayendo agua y lluvias torrenciales.³⁶

SOBRE EL CERRO GRILLO, no muy lejos del río de San Miguel, al sur de la comunidad de San Lorenzo Jilotepequillo, se levantaba una casita donde vivió una pareja de

ancianos —eran nahuales, podían trasladarse a gran distancia en poco tiempo y comer seres humanos. Se dedicaban a las labores del campo y a la pesca de langostinos y otros animales.

Cierta día, al levantarse de madrugada como de costumbre, la anciana descubrió en el río una luz muy intensa. De inmediato se lo comentó a su esposo y los dos decidieron investigar qué era. Una vez en el río empezaron a pescar langostinos, desplazándose lentamente hacia donde habían visto la luz. Descubrieron allí una hondura profunda, un remanso del río que forma como una laguna que estaba encantada. A la orilla se podía distinguir un huevo grande, mucho más grande que el de un guajolote. Les llamó la atención, y para descubrir de qué animal se trataba, la anciana tomó el huevo con mucho cuidado y se lo llevaron a su casa. Allí lo acomodaron en un pumpo, cubriéndolo cuidadosamente. Después de tres días, la anciana lo destapó y grande fue su sorpresa al ver que había nacido un niño muy vivaz, que desde ese día fue acogido y criado por los ancianos con el nombre de Fane Kantsini, que quiere decir Tres Colibrí.

El niño fue creciendo rápidamente, y al poco tiempo ya salía a cazar pájaros, reptiles y otros animales, con un arco y flechas que él mismo le enseñó a hacer a su padre. A medida que iba creciendo se iba cada vez más lejos. Los ancianos se preocupaban porque sabían que en el cerro Jilote —cerca de donde hoy está la comunidad de San Lorenzo— vivía un rey muy malo, y que otro rey malo vivía en la Costa; los dos reyes comían carne humana.

Para evitar que el niño fuera devorado por esos reyes, decidieron comérselo ellos mismos, pero como el niño tenía el don de leer el pensamiento, aunque estuviera lejos, supo lo que tramaban sus padres. Cuando el niño llegó a su casa encontró sola a la madre y le pidió que lo arrullara y lo acomodara en su hamaca, porque quería dormir. La anciana hizo lo que se le pedía, y una vez acomodado el niño se dispuso a poner el agua para cocinarlo, pero se encontró con la novedad de que no tenía bastante, por lo que fue al pozo a traer más.

Fane Kantsini aprovechó para tomar la mano del metate y acomodarla en su lugar, y se fue de cacería nuevamente. Al volver la anciana, puso el agua a hervir, se dirigió a donde estaba el niño y, sin pensarlo, mordió el bulto con la mano del metate dentro. Se lastimó mucho los dientes y a partir de entonces la gente padece de esos fuertes dolores.

Cuando llegó el anciano, su esposa lo puso al tanto de lo ocurrido y reclamaron al niño, quien contestó que ellos tenían la culpa y que no volvieran a intentar nada contra él. Resignados, los ancianos lo pusieron al tanto de los peligros que corría y le aconsejaron que no se acercara al cerro Jilote, donde estaban los dos reyes malos.

Lejos de obedecer, el niño desde muy temprano fue a visitar al rey que vivía en el cerro Jilote, quien lo invitó a pasar. Una vez dentro, el niño dijo:

—No me gusta la puerta de tu casa.

Y el rey le contestó: —Si no te gusta, componla.

—Cierra los ojos, ya verás —dijo nuevamente el niño. El rey obedeció, y al abrir los ojos, la puerta ya estaba en otro lugar. No le pareció al rey, quien ordenó encarcelarlo para que lo cocinaran al amanecer. Cuando los sirvientes del rey preparaban el agua para cocinarlo, Fane Kantsini, con su flecha, cavó un túnel que salió por el Cerro Pitayo, de Santa María Lachixonace y por ahí escapó.

Los ancianos, al enterarse de lo sucedido se preocuparon, pero el niño los tranquilizó. Así, al día siguiente por la noche fue nuevamente a la casa del rey, y esta vez lo mató con sus flechas y se llevó el hígado para desayunarlo con sus padres. Había matado al primer rey que no le permitía extender sus dominios. Sus padres, más preocupados todavía, le sugirieron que no fuera a ver al rey que estaba en la costa de Huatulco. Pero como siempre, Fane Kantsini no hizo caso de las advertencias y al día siguiente ya estaba frente al rey de la Costa, quien amablemente lo invitó a sentarse en un banco. Pero el niño ya sabía que se trataba de una trampa, de un banco donde la gente quedaba pegada, por lo que sólo simuló sentarse y durante la conversación, con sus uñas iba quitando el material que hacía que se quedaran pegadas las personas. Cuando la plática llegó a su fin el niño tranquilamente devolvió el banco. No le pareció al rey y también lo mandó encarcelar, pero Fane Kantsini salió corriendo tan veloz que nadie pudo alcanzarlo. Por la noche el niño volvió a la casa de rey para matarlo, y lo hizo con sus flechas, llevando nuevamente a su casa otro hígado para comerlo.

Una vez eliminados los reyes malos, Fane Kantsini se fue a vivir al cerro Jilote como único rey. Desde ahí luchó por mejorar las condiciones de vida de su gente; les enseñó a cultivar nopales y criar la cochinilla y el gusano de seda. En ese tiempo había problemas fuertes con Tlacolulita, por lo que Fane Kantsini decidió acabar con esa comunidad zapoteca. Para ello se convertía en águila y se iba a robar niños en la comunidad. Los de Tlacolulita estaban muy afligidos pero no pudieron hacer nada, hasta que un día, una persona de San Lorenzo, traicionando a su rey por tres monedas, informó que en el cerro Jilote había un rey que se convertía en águila y era quien se robaba los niños. Sin imaginar qué le esperaba, el traidor regresó a su pueblo, pero fue interceptado por el rey en el lugar llamado Las Calaveras. Allí lo mató, acomodó su cuerpo en el camino, puso las tres monedas en su corazón, y luego con su dedo cavó un hoyo en donde dejó caer la sangre. Hasta ahora se puede ver ese hoyo.

Mientras tanto, los de Tlacolulita ya se habían organizado, y se aprovisionaron de armas de fuego, dispuestos a acabar con el rey chontal. Pero como éste tenía poderes sobrenaturales hacía que los enemigos no pudieran avanzar hasta donde estaba él. Pero aunque estaba venciendo a los enemigos de su pueblo, Fane Kantsini prefirió marcharse prometiendo volver algún día. Desde entonces, los pueblos chontales y, principalmente, San Lorenzo Jilotepecuillo, no se sienten solos porque saben que volverá el rey. (*chontal*)³⁷

SOBRE EL LLANO PLÁTANO está un cerro llamado De la Mujer; en este llano la gente de San Andrés sembraba mucho plátano. El terreno colinda con Ojitlán. Desde este cerro se tiene una vista muy bonita cuando uno llega arriba, como desde un corredor. Allí se quedaron el dinero y la campana, la gente de San Andrés no vio estas cosas, pero si las vieron los de Teutila y los de Ojitlán. Los reyes de los gentiles dejaron esas cosas en el cerro porque allí tenían su casa, sobre el cerro. El rey decía:

—Cuando vengan ustedes, los de San Andrés Teotilalpan, pueden disponer de todo. Pero los de San Andrés no vinieron al cerro, y así quedaron estas cosas, hasta ahora. Cuando el rey pasó por el cerro en su camino a San Andrés Teotilalpan, quedaron blandas las piedras. Este rey llegó hasta la cumbre del cerro con su criada, pero ahí se resbaló su caballo, se cayó y se quedó muerto, sobre la piedra se puede ver todavía la huella de la pata del caballo, como un molde. También se ve allá una piedra sobre el camino viejo —el camino viejo y el nuevo se juntan en un lugar que se llama Legua. Ahora, la gente ya no usa este camino viejo. Cuando la gente pasa sobre el camino viejo entonces se ve atrás del cerro un peñasco; detrás del peñasco la gente junta hojas secas, y las mete en una pequeña oquedad, que se parece mucho a la boca de una mujer. La gente pone las hojas para que la mujer que vive ahí no les haga daño, porque dicen que chupa la sangre; también para no cansarse en la subida, por eso le ponen hojas en la boca. Este camino viejo llega hasta el Aguacate y termina en Rancho Flor.

El rey pasó por San Andrés Teotilalpan en su camino desde la cumbre y toda la gente le tenía mucho miedo y cerraban sus puertas. Y el rey pasó en su camino por el lugar donde brota el agua que viene del Cerro Zopilote y entonces le dijo a su criada:

—Aquí vamos a hacer un río para que la gente pueda pescar —porque la gente del pueblo no tenía carne para comer.

—Yo no quiero tener pescados, yo no quiero que mi agua se manche, me da asco; nada más quiero comer ejotes colorados —dijo la criada.

Y entonces el rey contestó:

—Ya que tú no la quieres, vamos a poner el agua en otro lugar.

Por esta razón corre muy poca agua en el arroyo.

El rey puso la boca sobre el cerro de Mayultianguis —ahí donde el Río Verde y el Río Quetzalapa forman el Río de Usila. El arroyo que la criada no quiso tener, el rey quería ponerlo sobre un llano de Veracruz; después quiso ponerlo sobre el llano de Zarzamora, donde están las ruinas que se llaman Agua donde lava la Catrina. En este lugar descansaron; de ahí siguieron su camino y llegaron a un llano grande que pertenece al pueblo de Teutila. En este llano quería fundar el rey la ciudad de Puebla, entonces dijo la criada:

—Yo no quiero esto. Yo no quiero oír ruido —porque en este lugar hay muchas palmas que hacen mucho ruido.

El lugar se llama Cerro de Ardilla, el llano de Puebla se llama Yúdo Ikú Tinto. De aquí se fueron a Teutila, adonde almorzaron. La gente de Teutila los recibió con sus sombreros volteados y en estos sombreros escupió la gente del rey y por eso todos son muy ricos ahora.

Mientras que la gente del rey comía, hicieron la iglesia de los gentiles y no la iglesia de ahora. Por eso dice la gente de Teutila que el templo tiene un hoyo, pues de allá sacaron las piedras con las que hicieron la iglesia en un mes. Así, el rey dejó la iglesia. Desde entonces está también la campana en el Cerro de la Mujer, pero la gente de San Andrés nunca vio esa campana.

La gente de Ojitlán sí la vio y alrededor de la campana estaba una reata y los de Ojitlán vieron una culebra. En esta cueva está también el dueño de la campana y por eso los ojitecos no pueden agarrar la campana. Cuando vienen los ojitecos les dice el dueño de la campana:

—Ustedes no pueden tocar la campana porque le pertenece a San Andrés Teotilalpan —y la gente de Ojitlán se regresa otra vez.

También la gente de Santa Cruz fue a donde está la campana. Esta gente vestía colores. Entonces, el dueño de la campana dijo:

—No, la gente de San Andrés Teotilalpan va a llevarse la campana y el dinero.

Esta gente lleva sobre su camisa tejida un adorno y yo la puedo reconocer. Pero la gente de San Andrés nunca fue allá y la campana y el dinero allí están todavía. La gente de San Andrés dice que sus terrenos llegaban hasta las puertas de Ojitlán. Las mojoneras están cerca de Santo Tomás. Este pueblo se une en la loma que está sobre el camino a Playa Chica, a un lado de Ojitlán. Playa Chica está abajo de Arroyo Culebra, rumbo a Jalapa.

Hasta hoy la gente se pelea ahí con los de Rancho Flor. También dicen que el tesoro del Cerro Cheve está en el llano de Santa Rosa y por eso la gente de Ojitlán está

rica, porque ahí reciben el dinero del cerro Cheve quienes han vendido su alma al señor del Cerro.

También es creencia general que en Santa Rosa hay un tesoro. (*cuicateco*)³⁸

HABÍA UNA MUJER MADURA que no tenía marido, pero se embarazó. Su mamá lo notó y la regañó mucho. La empezaron a maltratar, la regañaban: que dijera quién era el papá. Pero la mujer no había conocido hombre.

Nació el niño, pero no era una criatura normal: de repente aparecía en la cuna una como bola de carne, o una como bola de sangre en lugar de niño. Ahí se admiraron y la mujer dijo: —No es gente, es demonio, es una cosa que no es —porque a veces el niño desaparece de su cuna.

Creció pronto el niño y salía a jugar: hacía canalitos, hacía pozas de agua, en la orilla del mar amontonaba piedrecitas como hacen los niños; pero él jugaba solo. Los otros niños no lo querían, le dicen *Ndeaj*: huérfano. El niño salió a jugar más lejos, al otro lado del río, fue hasta la laguna de San Diego.

Antes los huaves no tenían cerros. El niño los formó juntando piedritas. Fue jugando, jugando hasta San Francisco; jugando hizo la barra de San Francisco, los canales, sembró flores sobre un montón de piedrecitas. Hasta ahora está ese cerro, le llaman el Cerro de las Flores.

Tampoco en San Francisco lo querían: —Aunque no me quieran, ahí les dejo un recuerdo—. Se quitó dos pelos de los bigotes y los tiró en la laguna, en el charquito donde jugaba; se arrancó un diente y también lo tiró en el agua, dijo: —Este diente es mi recuerdo para que nunca les falte sal, mis dos pelos de los bigotes para que nunca les falte camarón.

Por eso hasta la fecha el camarón tiene dos bigotes y la gente de San Francisco tiene mucho camarón, sal y el Cerrito de las Flores.

Llegó entonces un oficio, una orden del gobierno de Tenochtitlán: que mandaron indígenas de donde no había escuela. Esa orden venía con una corona de rey, porque el rey de Tenochtitlán ya se iba a morir y querían un nuevo rey. La orden dice: que todos los niños deben medirse la corona, si a alguno le queda bien, va a reinar en Tenochtitlán.

El juez de San Mateo ordenó que se reunieran los padres de familia y los niños, para probarse la corona. Terminaron todos los niños de probarse la corona, a nadie le quedó la corona y se acordaron del *Ndeaj*.

—¿Y el *Ndeaj*, por qué no llegó?

Como no tiene padre mandaron a llamar a la madre para que su hijo se midiera la corona. A nadie le importaba si se lo llevaban, era un niño despreciado —dicen de

fue hecho en el monte, así dijeron. Al niño le *cayó* exactamente la corona: a la medida. Se fue, les dijo:

—Como ustedes no me quieren, ya me voy. Pero ahí se queda mi recuerdo. El recuerdo es la laguna, el mar Kirío, la mar Tileme. Todos los cerros que ven son del Ndeaj.

Llegó a Tenochtitlán, ahí lo mandaron a la escuela, pero sólo le interesaba jugar, hacer montones de piedras, casitas. No le interesaba el estudio. Tampoco allá lo querían, entonces mandaron hacer una caja a su medida forrada de fierro brillante, lo metieron y lo llevaron a tirar a la mar. Pasó un barco, como la caja brillaba, dicen que el barco levantó la caja pensando que era un tesoro; cuando abrieron la caja vieron a un chamaquito desnudo y le preguntaron de dónde venía. El niño, como no sabía español sólo dijo:

—Ndeaj, Ndeaj.

Dicen que fue a formar otra nación al otro lado de la Mar. El Ndeaj era hijo de un rayo. (*huave*)³⁹

EN AQUEL TIEMPO vivió un hombre con su esposa. No tuvieron ningún hijo. Ya era viejito el hombre y la mujer también era ya viejita.

Hubo también una laguna cerca de donde tenían su casa y la viejita todo el tiempo llegaba a *canastear* en esa laguna. Pero hubo también otro hombre en el pueblo con su esposa, y ese hombre sí tuvo hijo su mujer.

Se cuenta que esa mujer tuvo un niño pero el niño lloraba mucho; o sea, que era muy llorón. Un día se puso a llorar ese niño por gusto.

No dejaba de llorar aunque le dieran su bebida, su comida o cualquier otra cosa que le den. No había nada que lo contentara, no dejaba de llorar: hasta que fastidió a su mamá.

Cuando vio la mujer que ya no soportaba, de coraje buscó un nido de hormiga y lo puso sentado adentro del nido de la hormiga. Dicen que le picó mucha hormiga al niño. No dejaba de llorar, porque entre más que lo picaron las hormigas, más lloraba. Luego, al ver la mujer que no se le quitaba el llanto —y como en ese rato empezó a llover— lo que hizo, tomó el niño y lo sentó a donde mero caía el chorro de agua del alero de la casa. Pero no se le quitaba el llanto al niño.

Luego cuando vio así la mamá del niño, como ya la había fastidiado mucho, agarró al niño y lo mató y luego lo molió en piedra de moler.

Luego buscó una concha de huevo la llenó adentro, y le tapó el hueco.

Lo llevó para tirar en un popal que estaba cerca del pueblo, en el popal a donde llegaba continuamente la viejita a canastear.

Así quedó tranquilo el pensamiento de la mujer, porque ya no está molestando el niño con su llanto.

Luego un día en que la viejita se fue a canastear, pues no pescó nada pero de repente entró al canasto el huevo. Cuando vio la viejita el huevo adentro del canasto se puso muy contenta. Se fue a su casa y llegó a decirle a su viejo así:

—Ya regresé de canastear, no agarré nada, pero encontré un huevo. Voy a guardar este huevo en el calabazo, y cuando se eche la gallina le voy a poner en el nido para que lo empolle. Luego la viejita guardó el huevo y lo puso arriba, encima del tapanco. Esa misma noche, cuando se despertó el viejito a media noche escuchó el llanto de una criatura. Luego habló a la viejita para decirle que estaba escuchando el llanto de una criatura, pero que no se daba cuenta de qué lado salía el llanto. Se levantaron pronto, la viejita y el viejito; escucharon que el llanto de la criatura se oía encima del tapanco, donde había guardado el huevo la viejita.

Luego fueron a ver dónde estaba llorando el niño; cuando vieron que ese mismo huevo había reventado y había salido un niño. Se pusieron muy contentos el viejito y la viejita porque ahora ya tenían un niño.

Era un varón. Dicen que sí lo criaron.

Luego, cuando creció ese niño llegaba a hacer mandado al pueblo.

Pero dicen que era muy malo, porque le pegaba mucho a sus compañeros dondequiera que los encontraba.

Hasta a la gente grande le hacía maldad pero era juicioso, tenía mucho entendimiento. Sabía él que el viejito y la viejita no eran sus verdaderos papás. Dicen que un día fue a pasear en la casa de su mero papá y mamá. Esa mamá que lo puso adentro del nido de hormiga y entre la lluvia porque no dejaba de llorar; aquella mamá que lo molió en la piedra.

Llegó a pasear y a decirle los buenos días: —¿Acaso no me conoces? Yo soy su mero hijo. ¿No te acuerdas cuando yo era niño, cuando lloraba mucho y te fastidiaste mucho, y por eso me pusiste en medio de un nido de hormigas? Luego me pusiste entre la lluvia y no dejaba de llorar, y cuando me viste así me mataste y me moliste en la piedra. Luego me pusiste dentro de una concha de huevo, y fuiste a tirarme en el agua en ese popal que está cerca del pueblo. Si no hubiera ido la viejita a canastear no me hubiera salvado. Gracias a Dios que ella me crió hasta ahora. Por eso los estimo como si fueran mi madre y mi padre, porque ellos me criaron.

La mujer y el hombre ya no hallaban qué decir.

Luego dijo el muchacho: —Ahora, pues vénganse más cerca, porque les voy a hacer un regalo, ustedes son mis padres.

Cuando escucharon así se acercaron más al muchacho. Luego tomó un pedazo de

algodón y lo pegó en el espinazo de su papá, y otro pedazo de algodón lo pegó en el espinazo de su mamá. Luego en ese mismo momento dicen que se transformaron en venados. Cuando se transformaron en venados se fueron a la montaña.

Dicen que así empezó a haber venados, porque dicen que anteriormente no había esos animales, por eso los venados son el papá y la mamá del muchacho que nació de un huevo.

Después de esto aprendió a tocar el pito, aprendió a tocar el tambor y el *tuncul*. Por eso cada fiesta que se celebraba, a él le hablaban para que fuera de tamborilero o a tocar el *tuncul*.

Pero llegó el día que se enojó la gente por las maldades que hacía. Luego la gente empezó a buscar cómo matarlo, pero no hallaban cómo matarlo, porque este muchacho siempre hallaba cómo salvarse.

Un día dijo la gente así: —Vamos a hacer una fiesta y vamos a hablar para que venga a tocar el *tuncul*, le vamos a dar que tome bastante aguardiente. Cuando esté borracho uno de nosotros va a llegar con su escopeta para tirarle donde esté tocando el *tuncul*.

Luego así lo hicieron. Sucedió que ese muchacho llegó a tocar el *tuncul* y le dieron aguardiente para que tomara hasta que se emborrachara.

Luego llegó el hombre que lo iba a matar con su escopeta en la mano pero no le hizo nada porque no veía dónde estaba. Lo buscaba y no lo encontraba. La gente escuchaba que estaba sonando el *tuncul* pero no veían a dónde estaba, porque el muchacho se había escondido. Dicen que se *achiquitó* y se metió adentro del *tuncul*, ahí es donde estaba sonando el *tuncul*, por eso no lo veían. Como dije que este muchacho tenía mucho juicio, y podía adivinar lo que la gente estaba pensando hacerle, por eso no lo podían matar.

Así sucedió, pasó la fiesta y no lo pudieron matar.

Y siguió ese muchacho haciendo maldad. Muchas cosas malas hacía y ninguno lo podía agarrar para matarlo. Porque este muchacho puede adivinar en su pensamiento lo que van a hacer, y por eso se salvaba, y ninguno lo podía matar.

Así sucedió con el muchacho que nació de un huevo.

Hasta aquí termina este cuento. (*chontal*)⁴⁰

UNA NOCHE que se anunciaba tranquila, hubo un aguacero y un viento muy fuerte: era Junkil Aah, el Trueno, que buscaba el centro de la Tierra. En una noche construyó tres iglesias. La primera fue la torre de la capilla de Tantoyuca, no fue construida por humanos. Dejó sin concluir su obra y se fue a Huejutla donde construyó la catedral, pero tampoco la terminó —por eso no está pintada. Luego, se fue a Mé-

xico, el centro de la tierra, del continente, allí está el centro del mundo. Allí, se calmó el viento y paró la lluvia. Fuimos nosotros, las huastecos, quienes terminamos de construir la iglesia de Tantoyuca. (*teenek*)⁴¹

SUS GIBER ERA COCINERA, les cocinaba a los antiguos. Cuando Montezuma comenzó a hacer sus palacios, fue a comer al norte, a Mesa Grande. Sus Giber hizo allí su rancho, cerca de San Bartolo, al pie de las montañas, y por eso se llama Cerro de Anillo. De allí se fue y puso su rancho en el sur. Allí dejó su peine y por eso se llama Cerro del Peine. Luego se fue al oriente y puso su rancho en un lugar llamado Llano de Piedra. En los tres lugares hizo rancho. Cuando estaba en Llano de Piedra los hombres comenzaron a hacer los bloques de piedra y se iban a su rancho a almorzar y a comer. Se le llama a ese lugar Cocina de Agua.

Los trabajadores comenzaron a cortar la piedra y a llevarla. No pesaban las piedras, eran como zacate, como totemostle. La cargaban para los monumentos.

Sus Giber tenía un hijo llamado *Etlakhuatla*, muy adivinador, que sabía cómo amanecía cada día. Ya llevaba tres años de maestro carpintero cuando apareció en el cielo una estrella de humo. Entendió que era una mala señal y le informó a su patrón Montezuma que el cometa era mala señal.

—¿Cómo sabes? —le preguntó Montezuma.

—Lo sé, porque esa señal es mala señal.

—Va llegar la luz al mundo —le dijo a su mamá y ella comenzó a llorar.

Etlakhuatla estuvo muy pensativo tres años y dijo a su madre:

—¿A dónde iremos?

Comenzaron a cavar un túnel hacia el mar, Etlakhuatla dirigía el trabajo.

Mandaron llamar a Sus Giber al palacio, le dijo a Montezuma:

—Va a haber luz en el mundo.

Sus Giber subió al monte cuando salía el sol y se convirtió en piedra. También sus cacharros de cocina se hicieron piedra. Montezuma había hecho un túnel hasta México y se fue para allá, pero todas sus herramientas se hicieron de piedra: sus barretas y sus martillos. Etlakhuatla y todos los trabajadores se metieron a la tierra. Sólo Sus Giber se quedó arriba, como piedra, para que la vieran los del mundo.

* * *

Sus Giber vivía en el mundo cuando estaba a oscuras, antes de que hubiera sol y luna. Se encontró con un rey y le dijo:

—Vamos a hacer una casa.

—Está bueno.

La hicieron, en noventa y cuatro horas solamente la hicieron. Vivían juntos en el Cerro Nueve Picos.

—Vamos a mi tierra, está más bonito —dijo Sus Giber.

—Vámonos —dijo el rey.

Llegaron al Río Grande donde había una casa mejor, con su tienda y diecisiete personas despachando. Sus Giber le dijo al rey:

—Te daré dos talegas de plata y oro.

Se maravilló el rey.

—Así es la tienda que tengo —dijo Sus Giber.

Llegó un señor y le dijo a Sus Giber:

—¿Me haría favor de darme el dinero que necesito?

—Con mucho gusto —dijo Sus Giber, dándole al señor dos bolsas de oro y plata.

—Ahora puedes comprarte veinte mulas para tu viaje.

—Está bueno.

—Viajarás a Tehuantepec y allá comprarás ropa —le dijo Sus Giber.

—Está bueno —aceptó el señor y salió a su viaje.

Cuando regresó le dijo Sus Giber.

—Descansa dos días y vuelves a irte.

—Está bueno. ¿Qué necesitas?

—Hazme el favor de traerme manta de género y un rebozo de dos vistas —dijo Sus Giber.

—Cuando el patrón de Tehuantepec te diga que eres muy rico dile que sí y si te pregunta el nombre de tu patrón le dices “mi patrón está muy lejos”. No le digas que yo te estoy dando el dinero, no le vayas a decir mi nombre —recomendó el rey.

—Está bueno —dijo el arriero.

—Te voy a dar un cencerro para tus animales —le dijo Sus Giber, y le dio un cencerro de oro.

—Puede perderse —dijo el arriero—. Mejor uno común y corriente, porque pueden robarse el de oro.

—No, así venderás más.

Pero el arriero tenía miedo.

—No se te va a perder. Y si se pierde, pues se perdió —dijo Sus Giber.

El arriero le dio dos quesos al rey, era su *cariño* hacia el rey. Llegó un gato y se comió los quesos que el rey se iba a desayunar.

—¿Dónde está el regalo del arriero? —preguntó.

—Ay, mi rey, ¿a que no sabes lo que sucedió? Vino el gato y se los comió.
 El rey se enojó mucho con Sus Giber.
 —Vete por tu lado, si no te mato.
 —Con gusto— dijo Sus Giber.
 Se fue de la casa de Nueve Picos y llegó al río Grande.
 —¿Por qué vienes sola? —le preguntaron sus gentes.
 —Porque el rey se enojó conmigo.
 —No te preocupes, el rey tendrá su merecido.
 Cuando la luz llegó al mundo y Jesucristo bendijo el mundo, cerró la casa del rey y dejó abierta la de Sus Giber, Dios le bendijo su casa.
 —Cuando haya una fiesta en el mundo, te llevarán cargada hasta donde está el rey, irás a verlo.
 —Está bueno —dijo Sus Giber.
 —Acuéstate en esta roca.
 —¿Cómo quieres que me acueste? ¿De lado?
 —De espaldas —le ordenó Dios.
 —Bueno —aceptó ella—. ¿Por qué de espaldas?
 —Para que vengan a visitarte todos los cristianos del mundo.
 —Está bueno. Haré lo que quieres, pero me harás el favor de dejarme que me siente dos días.
 —Sí, miércoles y viernes. Esos son los días en que irás a bañarte al río.
 —Está bien, entonces —dijo ella.
 —Cuando la gente te pida dinero, cuando las personas te pidan dinero, no a todas les des.
 —Está bueno.
 Y allí está, acostada de espaldas. (*zapoteco*)⁴²

EL REY CHATINO se llamaba *Chatin*. El rey dejó aquí las costumbres, dejó el ejemplo a toda la gente indígena chatina. El rey dio su nombre a Panixtlahuaca, sacó su nombre de la forma de la panela y por eso lo llamó Scuii —Pueblo Redondo—, y así lo seguimos llamando nosotros. El rey vivió en Panixtlahuaca y allí dejó a su gente, dejó las costumbres, dejó la tradición, dejó las creencias el rey de Panixtlahuaca, dejó las costumbres a los indígenas chatinos. Él dijo que la Piedra del Sol es donde está su templo. Dijo que allí está la Piedra Madre del Sol y dijo:
 —Cuando nazca un nene, un niño, un hijo de ustedes, van a adorar esa piedra. Van a coger una piedrecita pequeña del río y esa piedra la adorarán ustedes como el

Dios de ustedes, como un santo de ustedes. Le dan ustedes la mejor carne, lo mejor de la pechuga de las gallinas, dénsela a los siete días del nacimiento de un niño o una niña. A la hora en que nazca un niño deberán poner una capa de arena y cal en torno a la casa, para que se presente la figura del nahual del nene o de la nena. Al otro día verán la figura que se presentó; ya sea serpiente, o garza, o un astro del cielo, o un león, o tigre: ése será el tonal de los niños y así será la creencia de ustedes.

Por eso nosotros vamos a encender las velas a las honduras, a los ríos, a los cerros, a la ciénaga. Allí pedimos todo lo que es riqueza; pedimos la abundancia de maíz, de frijol, de agua. Así es la costumbre de nosotros los chatinos, de los indígenas de idioma chatino. Nosotros le hablamos al Santo Cerro, a la Santa Hondura, a la Santa Ciénaga nacimiento del agua.

Eso es lo que adoramos, no adoramos nosotros la iglesia, lo que adoramos nosotros es el cerro y la Piedra del Sol, y así tenemos costumbres, creencias, tradiciones y cuentos chatinos. Porque en Panixtlahuaca quedamos con la herencia del rey y hasta la fecha existe la muestra, el ejemplo. El rey dejó su figura, formó su casa en un lugar que se llama Arroyo Delgado. Allí dejó la figura de su cara sobre una piedra pequeña y se fue a recorrer todos los lugares a donde había indígenas chatinos. A todos los lugares llegó, a todas las comunidades y en todas dejó las costumbres de ellos. [...] Hasta la fecha damos de comer a la Santa Piedra, todavía adoramos la Santa Piedra del Sol. Porque el rey dejó ese ejemplo, el rey de los chatinos grabó una piedra que se llama Piedra Gavilán y que está allí donde se unen el Río Mano con el Río Juquila. Allí dejó su figura de piedra en lo alto del cerro, en el lugar donde se unen los ríos. También dejó otra figura suya, otra piedra grabada con su cara, en un lugar que se llama Rancho Viejo. Después de que el rey recorrió todos los lugares donde estaban los chatinos, después que recorrió todos los pueblos y vio que ya todos tenían sus comodidades, que todo estaba ordenado, se fue a acostar allí, a la Piedra Gavilán y cuando él estaba acostado ya su danza se está bailando en Monte Albán. Porque él se comunicó con el rey mixteco y el rey zapoteco, y se fue a vivir con ellos a Monte Albán. Pero de Monte Albán los españoles lo llevaron a México, allí lo *descoronaron*, allí ya no se supo, ya no pudo poblar nuevamente Panixtlahuaca, porque ya no regresó. (*chatino*)⁴³

EL SABIO SALOMÓN sabía bastante, ordenaba el mundo, trabajaba con arena, cemento y ladrillos. Comenzó a hacer el palacio, era maestro albañil. Estaban haciendo un motor de la vida, redondo redondo como campanario. Querían subir al cielo, a las lluvias; muchos hombres trabajaban subiendo piedra y ladrillo de día y de noche. Tres meses les tomaba subir una piedra y otros tres bajar. Trabajaban duro. Estaba

ya tan alto que les tomaba seis meses subir y seis meses bajar. Ya casi llegaba al cielo. Salió San Pedro y dijo:

—Mira, el sabio Salomón está subiendo al cielo. No se le permitirá llegar al cielo. San Pedro le echó su bendición a los trabajadores del sabio Salomón, que ya habían llegado a cincuenta metros del cielo y les cambió las lenguas. Uno hablaba mixe, otro zapoteco, otro castilla, aunque todos fueran de la misma familia. No podían seguir trabajando porque nadie entendía lo que estaba diciendo el otro. Bajaron todos y se fue cada quien para su pueblo. El sabio Salomón se regresó a su palacio. Este sabio Salomón era tan sabio que entendía todo lo que decían los pájaros y los animales. Un día estaba trabajando mientras dos pájaros estaban peleando en la cerca. Entendía lo que se decían. Uno alegaba que se caería la cerca. Al sabio Salomón le dio risa y su esposa le preguntó:

—¿De qué te ríes?

—De nada, de nada —le contestó.

Salió el gallo al patio, gritó y el sabio Salomón volvió a reírse.

—¿De qué te ríes?

—Déjame en paz.

El gallo le había dicho: —No le expliques a tu mujer por qué te ríes, porque si le explicas, morirás.

El sabio Salomón tenía una sirvienta a la que le tenía mucha confianza, más que a su esposa. Le dijo:

—Mira, ya me estoy haciendo viejo, me voy a rejuvenecer.

—¿Cómo vas a poder hacerte joven, si ya eres un hombre crecido?

—Voy a comprar un baúl, un baúl de cristal y te explicaré lo que tienes que hacer.

Ordenó que sus hombres llenaran un cuarto de estiércol y le dijo a la sirvienta:

—Debes cortarme en diez mil pedazos, meterlos en el baúl de cristal y enterrarlo en el estiércol. No debes dejar entrar a nadie, debes cerrar con llave el cuarto. Si alguien pregunta por mí les dices que me fui lejos, muy lejos. Y si mi esposa pregunta dónde estoy le dices que me fui lejos, que no regresaré antes de nueve meses.

Al otro día la esposa preguntó:

—¿Dónde está Salomón?

—Se fue lejos, muy lejos y no regresará hasta dentro de nueve meses.

Su esposa quedó muy triste. Después de seis meses comenzó a buscar en la casa a Salomón. Solamente la sirvienta tenía la llave de su cuarto pero un día, cuando ya habían pasado los siete meses, se le olvidó la llave en la cocina. La esposa la mandó a un encargo, agarró la llave y entró al cuarto. No había nada excepto un monte de estiércol en un rincón. Escarbó y encontró el baúl. Abrió el baúl y vio a un niño

muy pequeñito. No estaba completo, le faltaba tiempo, le faltaban dos meses. No podía hablar, el aire lo desmayó. La mujer volvió a cerrar el baúl sin decirle nada a la sirvienta.

Después de nueve meses la sirvienta dijo:

—Ya completó los nueve meses. Voy a abrir la puerta.

Abrió el baúl, pero estaba muerto, porque le había pegado el aire.

Fue Salomón el que le hizo los dibujos en piedra para Montezuma. (*zapoteco*)⁴⁴

VIVÍA ALLÁ en la mesa del Nayar; Antonio se llamaba *el Tonati*.

Lo esperaban en México. Mandó llamar a los ancianos para que lo acompañaran.

Salieron casi sin avisar y el comandante ordenó:

—Tráiganlos.

En Zacatecas lo alcanzaron. Pero Antonio Tonati sabía que lo buscaban. Se escondió, escapó. Se reunió con sus paisanos y se fugaron. El Tonati cantaba, les enseñó y hoy saben bailar mitote. Escucharon sus palabras como si fuera un padre. Hoy saben bailar y hacer mitote porque él les enseñó.

Esto sabemos que le pasó a Antonio Tonati. (*cora*)⁴⁵

Tonati es el sol, padre de los hermanos Estrella matutina y Estrella vespertina, que también fueron bandoleros y prófugos. El rey Nayar, último guerrero de los coras, se rindió a la corona española en fecha muy tardía. Se dirigió a México en 1722, donde el virrey le dio un cetro y, al volver a su tierra, fue traicionado y asesinado.

Esta historia real ha sido mezclada con la historia de Manuel Lozada, El Tigre de Álica, quien se rebeló más de un siglo después. Fue aliado de Maximiliano, que lo condecoró con un sable. Los habitantes de Jesús María creen que la figura de Cristo que está en la puerta de su templo y juega un papel importante durante la Judea de Semana Santa está modelado sobre el esqueleto del rey Nayar. Dizque por eso es más grande que una persona adulta, ya que en tiempos anteriores los hombres fueron gigantes.

TRAS SU MUERTE, Hermano Mayor se hundió en la tierra ante los ojos de todos y al hundirse, encontró al pueblo que Chamán de la Tierra había ayudado a escapar de la inundación. Entonces les habló del maltrato que había recibido de los hombres y les pidió unirse a él para pelear y quitarles su tierra a los indios. Se prepararon y cuatro meses después emprendieron la marcha.

Hermano Mayor le pidió a Ardilla de tierra que sostuviera el túnel para que la gente pasara, y la Ardilla construyó una escalera de caracol.

Coyote se enteró de que se dirigía a nuestro país y se puso a buscar el sitio por donde deberían salir; los vio salir, como hormigas de sus madrigueras. Hermano Mayor le dijo a Coyote que no se les acercara hasta que hubieran salido todos. Coyote, impaciente, no escuchó el consejo; se asomó por el túnel y se rió. Esto provocó que se cerrara la entrada y ya no pudieran salir más pueblos. Pero ya habían salido cinco linajes, y se supone que quienes se quedaron son otro pueblo.

Casi la mitad de la gente que salió siguió al Hermano Mayor, hasta que terminaron con los enemigos y capturaron a los más jóvenes y viejos, que no se les resistieron. Sus peores enemigos eran quienes vivían en los pueblos grandes, donde aún hay ruinas dispersas.

Hermano Mayor y sus partidarios se aproximaron a uno de los pueblos más orientales del Gila, conocido ahora como Casa Grande. Ahí atacaron y vencieron las fuerzas de Araña Azul, y siguieron varias millas hacia el noroeste, hacia Santán. El jefe de este lugar grande era *Kia-atak Si'van*. Fue vencido y su pueblo fue saqueado por los guerreros de Hermano Mayor, quienes se retiraron a los poblados cercanos, en el oeste de Santán.

Después de vencerlos también, los conquistadores cruzaron el Gila hacia el pueblo de Sweetwater. Su líder, fue derrotado fácilmente y los vencedores se dirigieron hacia Casa Blanca.

Entonces atacaron a *Tco'tcuk Ta'tai Si'van*, que era el más poderoso de todos los jefes que se atrevieron a enfrentárseles. Sabía que sería vencido, pero aun así, luchó con valor para salvar a su pueblo.

Primero tomó un poco de hollín de su chimenea, lo espolvoreó en la palma de su mano y sopló. La oscuridad se hizo tan densa que los guerreros del hermano Mayor ya no pudieron ver nada.

Tco'tcuk Ta'tai Si'van demolió entonces su morada y pasó en medio de sus enemigos; pero el Dios de la Oscuridad dispersó la noche y el jefe que escapaba fue descubierto.

Los guerreros de Hermano Mayor lograron alcanzarlo y estuvieron a punto de matarlo cuando roció a los hombres que lo rodeaban con las lágrimas que brotaban de sus ojos. Esto produjo un espejismo que lo ocultó de la vista de todos. Pero el Dios del Espejismo hizo el daño de disiparlo, y de nuevo lo vieron, volando a lo lejos. Tco'tcuk Ta'tai Si'van se encontraba otra vez en peligro; pero sacó su cigarro y sopló el humo: las bocanadas cayeron sobre sus perseguidores como una niebla espesa, al tiempo que levantaba el vuelo. El Dios de la Niebla lo condujo al cielo, pero fue descubierto cuando escapaba. De pronto, se dio cuenta de que sólo le quedaba una oportunidad para salvar su vida: cuando la niebla ya había formado

nubes en el cielo, tomó su cinturón y lo lanzó a lo alto, trepó por él y entró a las nubes como arcoiris.

El Dios del Arcoiris no pudo hacerlo bajar; hizo varios intentos sin conseguirlo, hasta que se le ocurrió crear varias arañas, que envió hasta allá. Las arañas formaron una red sobre el arco y lo bajaron a la tierra, para destruirlo.

Los soldados de Hermano Mayor estaban tan asombrados de los poderes de Tco't-cuk Ta'tai Si'van que pensaron que tendría un corazón especial, así que lo cortaron para observarlo y encontraron dentro de una piedrecilla redonda y verde, del tamaño de una bala. Esta piedra se conserva hasta nuestros días, la tienen los pápagos que habitan treinta millas al sur de la curva del Gila. Si se le manipila sin cuidado se producen terribles tormentas y el frío cae sobre la tierra pima.

Tras haber capturado al pueblo de Sweetwater y de haber destruido a su jefe, los invasores se dirigieron al pueblo de Buitre, seis millas al oeste de donde habían sostenido la última batalla. Hermano Mayor ordenó a su ejército capturar vivo a Buitre. —¿Cómo podemos saber cuál es si no lo conocemos?

Les dijo que capturaran al guerrero de polainas blancas, que son lo que distingue a Buitre. Los guerreros obedecieron y le llevaron al jefe vencido; el Hermano Mayor le cortó la cabellera. Desde entonces el Buitre tiene la cabeza rapada. (*pima*)⁴⁶

Pablo González Casanova aclara al principio de su texto sobre el Tepoztécatl, publicado por primera vez hace casi un siglo, que “el 8 de septiembre, todos los años, en el pueblo de Tepoztlán, cerca de Cuernavaca, los nahuas que viven en la región celebran una fiesta durante la cual representan la obra que aquí ofrecemos, como lo han venido haciendo desde tiempos inmemoriales”.

HACE MUCHO TIEMPO se contaba a nuestros abuelos, se ha contado a nuestros padres y nos contamos entre nosotros mutuamente, que una vez una vieja doncella que nunca había conocido varón, tras haber ido a bañarse a un lugar llamado Axiçtla o Tlatlacualoyan, después de algunos meses, cayó en la cuenta de que se encontraba embarazada y, avergonzada, ya no volvió a salir de su casa, hasta que dio a luz. La criatura que tuvo, se decía, era hijo del Aire. Llamó a unas señoras, les entregó a la criatura después de envolverla muy bien, y antes de que partieran les dijo con encarecimiento: —Oculden muy bien a ese niño, que no vaya a verlo nadie, que no vaya a saber alguno lo que me sucedió. Cállenselo, no vayan a contarle en ninguna parte, porque sólo me avergonzaría con ello. No sé qué hacer. Ahora lleven a ese niño y arrójenlo en un hormiguero para que sea devorado por las hormigas. Partieron aquellas señoras llevándose consigo al niño para ir a dejarlo en un hormiguero

en el cerro. Se cuenta que en cuanto llegaron lo arrojaron entre las hormigas, dejándolo allí abandonado. Después se fueron a avisar que ya habían cumplido con la orden que se les había dado.

Al día siguiente fueron a ver lo que había pasado con el niño y se encontraron con que estaba vivo, como lo habían dejado, y que las hormigas no solamente no le habían hecho nada sino que, por el contrario, le llevaban y le daban de comer. Entonces lo quitaron de allí para irlo a abandonar entre las pencas de un maguey. Al otro día volvieron a ir a ver lo que había sucedido y vieron entonces que una de las pencas estaba inclinada sobre la boca del niño, dándole de mamar. Entonces cargaron con él y se lo llevaron a casa de su madre, quien las invitó a pasar y después de halagarlas les recomendó que no contaran nunca lo que habían hecho. Se cuenta que se los recomendó mucho, y les dio de comer en abundancia, con lo que acabó de ganárselas. Una vez que se hubieron ido, aquella madre hizo una caja y encerró dentro al niño. Aquel día el cielo estaba muy nublado y en cuanto oscureció pagó a un hombre para que le hiciera daño al niño. Aquel hombre se lo llevó a la orilla de la barranca, pues esperaba que en aquella noche cayera un fuerte aguacero y que las aguas arrastraran la caja, con el niño que estaba dentro. Pero esa noche no llovió. Por entonces vivía también un matrimonio ya muy entrado en años que deseaba vivamente tener una criatura y en ese mismo día, casualmente, la viejecita le decía a su esposo: —Esposo mío, deseo que me lleves hoy a la barranca porque quiero ir a lavar.

Entonces le contestó el anciano: —Si quieres, acaba de hacer las tortillas y nos iremos. Así se hizo. La viejecita se dio prisa a hacer las tortillas y en cuanto acabó, recogieron la ropa y se dirigieron a la barranca. Ya que habían llegado, se cuenta que el viejecito le dijo a su esposa: —Mientras lavas, voy a juntar un poco de leña y en cuanto tenga suficiente volveré a buscarte.

Así se hizo. El viejecito se fue a juntar leña y en el momento en que iba a regresar descubrió la caja que estaba a la orilla de la barranca. Se volvió a ver para todos lados, temeroso de que alguno estuviese espiándolo: se puso a silbar. Llamó a gritos y nadie le contestaba. Entonces cargó bajo el brazo izquierdo la caja y se la llevó a la viejecita y en secreto le dijo: —Mira lo que me encontré; vámonos y mañana acabarás de lavar. Vámonos, no vaya a ser que alguno nos la quite. ¡Vámonos!

Y cuidando mucho que no fuera a verlos alguno y les quitara la caja, la viejecita recogió la ropa y se fueron a la casa. Cuando llegaron, se encerraron y abrieron la caja, poco a poco y con sumo cuidado. Cuando acabaron de abrirla, descubrieron lo que estaba encerrado, dentro: un bonito niño, muy robusto. Espantado al sentirse descubierto se movió el niño y entonces ellos, cobrando ánimo, lo sacaron. ¡Y estaba muy gordo! Muy contentos con aquello, los viejecitos se pusieron a dar gracias a

Dios, a Nuestra Señora la Madre del Pueblo y pusieron a la criatura bajo su advocación para que la venerara todos los años el día de su fiesta en el último mes de cada año. Luego el viejecito le dijo a la anciana: —Lo que vamos a hacer ahora es que te metes en cama y yo iré a decirle a nuestros hijos que te vengan a visitar porque diste a luz.

Así se hizo. El padre se fue a contar lo ocurrido a casa de sus hijos, que en cuanto se enteraron de lo ocurrido fueron corriendo a casa de sus padres y se encontraron con que realmente su mamá estaba en cama y que la criatura estaba llorando. En cuanto entraron a la casa se mostraron muy contentos y empezaron a besar a la criatura. Una vez satisfecho su gusto, entre todos se distribuyeron las labores de la casa: a quién le tocaba preparar el atole, a quién la comida, al otro el almuerzo... Se alternaban todos los días, de modo que ninguno llegaba a aburrirse, mientras se cumplía el plazo. Cuando llegó, bañaron a la mujer en el temazcal con mucho cuidado y luego, ya que acabó de mamar la criatura y que ellos comprendieron que ella ya podía desempeñar sus quehaceres, todos se fueron, regresando a sus casas.

Se cuenta que entonces el niño empezó a crecer y engordar y luego que llegó a ser un jovencito comenzó a importunar a su abuelo, que así lo llamaba:

—¡Abuelo! Ahora ya soy grande, quiero que me hagas mis sandalias, pues deseo salir a pasear al campo. Entonces le preguntó el abuelo al *Tepoztécatl*: —¿Y adónde irías a pasear? El *Tepoztécatl* respondió a su abuelito diciéndole: —Iré a andar por la llanura, por las calles, por el cerro y por otros lugares. No que aquí nada más me estoy en un rincón en casa y ya me fastidié.

Entonces el abuelito le hizo sus sandalias y se las dio en propias manos, con lo que el *Tepoztécatl* se puso contentísimo, se las probó, y calzado con ellas tomó por una calle y se fue de paseo todo el día. Cuando regresó a su casa, ya había oscurecido, y estaba muy contento. Pasaron algunos días y de nuevo volvió a importunar a su abuelo diciéndole: —¡Abuelo! ¡Abuelo! ¡Voy a darte otro trabajo! ¡Si de veras me quieres, habrás de hacerme lo que te pida!

—Ya tú sabes que nos queremos —le dijo el abuelito—. Lo que a mí me dañe te dañaría a ti y tus penas también serán mías; cuanto me pidas te daré, siempre que esté en mi mano hacerlo. ¿Por qué no? ¡Di lo que quieres!

—¡Ah, abuelito! ¡Ahora sí creo que de veras me quieres y déjame abrazarte en prueba de agradecimiento y no te des a rogar. Sábetelo y entiende que de todo cuanto hagas por mí, nada será perdido. Mañana o pasado, mientras viva, te demostraré mi agradecimiento, te querré y he de ver por ti cuando te enfermes. A ti y a mi abuela, a ambos les daré un buen entierro. Lo que quiero es que no te enfades, ni te disgustes porque deseo ahora que me hagas mi arco, mis flechas y mi carcaj...

Muchas flechas, así tendremos siempre para comer y ya no ayunaremos.

Le dice el abuelo: —¿Y para qué quieres todo eso que me pides?

A ello contestó el Tepoztécatl diciéndole: —Abuelo, cuando tenga con qué estar a cubierto, iré a la llanura a cazar.

Con esto que le dijo, se alegró el abuelo y procedió a hacerle cuanto pedía; en cuanto lo hubo terminado se lo entregó al Tepoztécatl. Cuando éste tuvo en sus manos lo que había pedido, recibió con ello gran alegría y luego le decía: —Abuelo, ¿qué quieres que comamos? Ahora basta con que me lo digas y verás cómo lo tendremos.

El abuelo, con oírlo, se espantó, no se movía, quedóse como piedra, sin saber qué decir. Entonces el Tepoztécatl le dijo: —¡Mira, abuelo, voy a tirar apuntando para arriba y verás lo que cae! —y realmente, disparó una flecha hacia arriba y cayó un conejo. Luego que lo vio caer, se espantó otra vez. En cuanto vio caer al conejo se dijo el abuelo que quizá no fuera un buen hijo el que habían criado, pues nunca se había visto un muchachillo como ése. La señora también se admiró y uno a otro se preguntaban: —¿De quién podrá ser este muchacho que le basta disparar hacia arriba para que caiga un animal? Quizá sea hijo del Aire, o no se sabe de quién es este muchacho.

Cuando se hubieron tranquilizado, alzaron el conejo, lo pelaron, lo destazaron, lo cocieron y se lo comieron. Así hacían todos los días, pues les daba ya fuese un conejo o una paloma o un venado o huilotas, ardillas, pájaros y quién sabe cuántos otros animales y así, buscaba el sustento para sus abuelos, como les llamaba, que estaban muy contentos de no tener ya nunca que ayunar. Aquel chiquillo creció y se convirtió en un joven muy fornido.

Por aquel entonces se cuenta que vivía un gigante de nombre *Xochicálcatl* que se comía a la gente y que habitaba en Xochicalco, más allá de Cuernavaca. Aquel gigante, como dije, se comía a la gente, reservándose a los ancianos. Hacía que le llevaran a todos los viejos, que ya no servían para trabajar y se los llevaban a Xochicalco, y al *Xochicálcatl* se los entregaban. El tal *Xochicálcatl* tenía unos hombres a quienes llamaba sus auxiliares, que salían a todas partes a reunir a los viejecitos.

Ocurrió que como el abuelo ya estaba muy viejo comenzó a entristecerse, porque sabía que no tardarían en ir a buscarlo para llevarlo a Xochicalco a servir como comida para el *Xochicálcatl*. Se escondía acordándose de lo que le esperaba, pero nunca le dijo a nadie lo que tenía en el corazón. Y sucedió que le llegó su día. Cuando vio a los auxiliares, salió a saludarlos, los hizo entrar a la casa y allí le dijeron con qué objeto iban. Entonces el abuelo les dijo: —Nada más que llegue mi hijo, nos iremos.

Los auxiliares le contestaron: —Nosotros no quisiéramos llevarte —contestaron—, también tenemos hijos; pero, ¿qué quieres que se haga? A todos nos ha de pasar lo mismo, y así tiene que ser que hemos de dar de comer a nuestro amo. Lo que te suplicamos es que no vayas a demorarnos, pues allá nos están esperando.

El abuelo se puso de pie, inclinó la cabeza para oír su propio corazón y saber lo que había de hacer para despedirse cuando saliese. No había pasado largo rato cuando salió el Tepoztécatl yendo a buscar al abuelo que estaba tan abatido y con la cabeza baja que cuando lo saludó no le contestó.

Entró a donde estaba la abuelita, yendo a saludarla y la encontró que estaba llorando; y le pregunta por qué llora. Le dice la abuela: —¿Cómo no he de llorar cuando ya vinieron los auxiliares a buscar a tu abuelo para llevárselo al Xochicácatl, a que se lo coma? ¡Ya le llegó su día! ¡Ahora sí, vamos a perderlo para siempre, ya no volveremos a verlo! ¿Qué quieres que hagamos? ¡Lo perdemos para nunca más volverlo a ver! En cuanto oyó el Tepoztécatl lo que le decía su abuela, fue a preguntarle a su abuelo si aquello era verdad y le dice: —¡Abuelo! ¡No te aflijas ni te entristezcas! ¡Si han venido a buscarte, te advierto que tú no irás a ninguna parte; y yo soy quien irá en tu lugar!

El abuelo le contestó diciéndole: —¡Tepoztécatl, amado hijo mío, aún no sabes lo que dices! ¿Cómo habrías de ir tú si todavía eres tan pequeño? Tú te quedarás con tu mamacita para cuidar de ella, darle de comer y enterrarla. Yo ya soy viejo, no valgo nada, estoy a punto de morir. Sólo te pido que nunca le des motivo de sentimiento a tu mamá: quíerela mucho, míjala mucho y nunca le des qué sentir. Eso es lo único que te pido.

Después de oír esto el Tepoztécatl, al día siguiente vio que salían los auxiliares, ya los saluda, le contestaron; luego le dicen al abuelo: —¡No se entretengan, nosotros ya queremos irnos, vámonos!

Entonces les respondió el Tepoztécatl: —Nobles señores; ustedes han venido a buscar a mi abuelo; ahora yo les ruego que no se lo lleven, yo iré en su lugar; él no irá a ninguna parte.

Entonces el abuelo le dijo al Tepoztécatl: —¡Oye, hijo mío, deja que me lleven, que vaya yo! Yo ya soy viejo, ya no trabajo en nada, nada más estoy en espera de la muerte. Tú, todavía eres joven, luego te querrá tu mamá; trabajarás para buscar su sustento. También ya está envejeciendo. Lo que te ruego es que no abandones a tu mamacita, cuídala, quíerela y nunca le des qué sentir. Nada más eso es lo que te pido.

Cuando acabó de oír lo que le decía su abuelo, contestóle el Tepoztécatl diciéndole: —¡Oh, abuelo, abuelo! Tú no irás a ninguna parte, yo seré quien vaya en tu lugar. Lo que has de hacer y que yo te pido es que no lloren por mí, sino que cobren valor

y vayan a Cozcatzinco. Allí esperen pendientes viendo hacia abajo de Xochicalco y si ven subir una columna de humo negro, digan que ya perdimos; pero si ven que se levanta un humo blanco, entonces alégrense, porque habremos ganado.

Se cuenta que luego respondieron los auxiliares que, aunque habían ido en busca del abuelo, estaban dispuestos a acceder. —¡Vámonos! —decían—. Cualquiera que sea el que vaya, vámonos. Lo llevaremos, porque de otro modo nos regañará el gran señor. Entonces el Tepoztécatl se arregló, se puso sus sandalias, se echó al tercio el morral y dijo a sus abuelos: —Ya me voy. No lloren por mí; ya regresaré.

Se despidieron y enseguida salió el Tepéztzecatl delante guiando a los auxiliares. Apenas habían llegado a salir de la población cuando convirtió en piedra a un auxiliar, quedándose éste en Texcatépec; cuando llegaron al pie del cerro, convirtió en piedra a otro auxiliar, que es hoy el Texihuítetl, y un poco más adelante convirtió en piedra a un tercero, que hoy lleva el nombre de Tlamatepec. Cuando los demás auxiliares buscaron a sus compañeros y vieron que no aparecía ninguno, se asustaron más y más y ya no sabían qué hacer. Llegados al lugar llamado Tecuezcontitla, les dijo: —¡Descansen! Yo voy a descansar; ya me cansé—. Así lo hicieron, descansaron un rato y en seguida que se levantó el Tepoztécatl y echó a andar, los auxiliares hicieron otro tanto, yendo en su seguimiento. Una vez que llegaron a Temamátlac, se cuenta que les dijo: —Espérenme aquí, yo voy a bañarme.

En seguida lo perdieron de vista, no lo veían por ningún lado y estaban tan asustados que no sabían qué hacer. ¿Qué explicación iban a dar de que no llevaban lo que habían ido a buscar al pueblo de Tepoztlán? De repente vieron que había salido otra vez y que les gritaba a espaldas de Tepéxitl. ¡Se había hecho delgado, delgado para entrar cerro adentro y salir por la espalda!

Otra vez, allí al pie del cerro, les dijo: —¡Descansemos! ¡Aunque lleguemos mañana, no teman, ni se aflijan.

Y otra vez se desapareció.

Se puso a dibujar una golondrina sobre un tepetate en el montículo de Cuicuitzca-tlán y en cuanto echaron a andar de nuevo, empezó a poner nombre a los terrenos por donde iban pasando: Acayocan, Zacátech, Tlacotzinco, Tlatlapancan, Calamatlán... Por donde quiera que pasaba, iba dando nombre al lugar que recorría.

Debido a esto se iba quedando atrás, retardándose, y los topiles empezaron a enfadarse y disgustados lo regañaban. Pero él sólo se reía. Al ir cruzando por los campos de labranza, recogía los pedernales que encontraba y los echaba en su morral de pita, en donde guardaba todo. Disgustados, como quiera que fuese, llegaron a Xochicalco.

Cuando llegaron allí, se cuenta que regañaron a los topiles diciéndoles: —¿Qué estaban haciendo que han tardado tanto en llegar? ¡Han tardado mucho y yo aquí

mientras, muriéndome de hambre! ¡Y ustedes que no aparecían! ¿Por qué razón no trajeron al viejo que fueron a buscar y no a este lagañoso con el que no podré quedar harto?

—No te trajimos al viejo —dijeron los topiles— porque no nos dejó traerlo este muchachillo. Por su culpa no lo trajimos.

Entonces dijo el Xochicálcatl: —Ya no quiero oír más. Pónganlo a cocer, porque me muero de hambre.

Entonces el Tepoztécatl se adelantó y dijo al Xochicálcatl: —¡Escúchame!, ¡oh, gigante! No te enfades, ni los regañes. No quiero que reprendas a los topiles porque ellos no tuvieron culpa alguna. A mí puedes hacerme lo que quieras.

A estas razones contestó el Xochicálcatl diciéndole al Tepoztécatl: —¡A mí no me repliques! ¡Tente callado, lagañoso! ¡Quita de aquí! ¡Vete! ¡Déjame!

Entonces cargaron con él los topiles y fueron a ponerlo en una gran cazuela para que se cociese; pero se cuenta que no se cocía, sino que se convertía sucesivamente en gallo, en culebra, en pescado, mientras que el Xochicálcatl desfallecía de hambre. Llamó a los cocineros para que le llevaran la carne y éstos no sabían qué decirle. Pero, lo quisieran o no, tuvieron que ir a decirle al Xochicálcatl que el muchacho aquel no llegaba a cocerse, y aquél, tras regañarlos los echó de su casa: —¡Largo de aquí! —les dijo—. ¡No vaya a suceder que les mande yo dar una paliza! ¡Arrójenlo al horno, que allí ya se cocerá!

Se lo llevaron y lo arrojaron al horno, pero apenas cayó dentro empezó a transformarse en diferentes animales: venado, gavilán, conejo, coyote, lobo, tigre... Con lo que volvieron a asustarse los servidores y se afligían de que aquel muchacho no llegaba a cocerse y el Xochicálcatl estaba rabiando y muerto de hambre.

Cuando vio, fueron otra vez a avisarle que aquel muchacho no se cocía y que únicamente se transformaba en diferentes animales, y entonces les dijo: —¿Con ésas vienen saliendo ahora? ¡Vaya simpleza! ¿Qué animal es ése que me han traído que no llega a cocerse? ¡Y yo que me muero de hambre!

Le contestaron los topiles: —Nosotros no sabemos. Hemos traído un muchacho y no un animal.

Al oír tal cosa, prorrumpió encolerizado el Xochicálcatl: —¡Vayan a traerlo! ¡De cualquier modo que sea me lo comeré porque estoy desfallecido de hambre!

A todo correr, salieron en busca de el Tepoztécatl y lo llevaron ante el Xochicálcatl. —¡Oh, gigante! —dijo el Tepoztécatl—. ¡Aquí me tienes en tu presencia! ¿Qué es lo que quieres?

—Quiero que me digas —respondió el Xochicálcatl— ¿quién eres tú, muchacho?

—Yo soy el Tepoztécatl, soy hijo de la ciudad que se llama Tepoztlán —le contestó el

joven y agregó—: Vengo a rescatar a todos los pueblos. Y ahora que sabes cómo me llamo y de dónde soy, ahora dime ¿qué es lo que quieres? ¡Soy de corazón esforzado! Encolerizado el Xochicálcatl, exclamó: —¡Calla esa boca! ¡Ya no quiero saber más! ¡Calla la boca y reflexiona en la suerte que te espera! ¡Te voy a devorar!

A esto contesto el Tepoztécatl: —¿Me vas a comer? ¡Pues bien, si me vas a comer, nada más no me destroces! Trágame, si puedes, sin masticarme. Trágame entero. —¡Pues salta pronto dentro de mi boca! —contestó el Xochicálcatl—. ¡Que ya me muero de hambre!

Entonces el Tepoztécatl pegó sus manos al cuerpo y diciéndole: —¡Abre la boca, que allá voy! —de un salto se puso en pie en la lengua del Xochicálcatl, quien no tardó en tragárselo.

Entre tanto, los padres del Tepoztécatl habían estado esperando en Cozcatlán a Cozcatzínco a que subiese el humo, como les había dicho. Después de pasado un gran rato, el Xochicálcatl empezó a dar grandes voces, a tirarse y revolverse en el suelo; luego echaba a correr de un lado a otro, de aquí para allá, acostándose por último y quejándose de fuertes dolores de estómago. Sus servidores se preguntaban unos a otros qué enfermedad habría atacado a su señor y en cuanto oyeron decir que estaba en la agonía se apresuraban a preguntar a los demás si aquello era cierto. Pero más tardaron ellos en averiguarlo que el gigante en morir. Los fuertes dolores de estómago que lo habían aquejado se los había producido el Tepoztécatl al cortar a derecha e izquierda los intestinos con la obsidiana y el pedernal que había juntado en el camino, pues con todo y todo se lo había tragado el gigante, no habiéndosele registrado antes.

Muerto el Xochicálcatl, el Tepoztécatl se abrió paso a través del estómago y salía triunfante, saliendo al mismo tiempo una columna de humo blanco, blanco como un algodón. En cuanto lo vieron los abuelos del Tepoztécatl se dijeron: —Ahora sí, ya ganó nuestro hijo. No ha muerto. Vive. Volvamos a casa a esperarlo—. Así lo hicieron. Volviéronse a su casa a esperar al Tepoztécatl, puesto que había ganado.

Se cuenta que el Tepoztécatl, después de haber dado muerte al Xochicálcatl, toma el camino de Cuernavaca y cuando llega allá advierte que estaban celebrando su fiesta. El Tepoztécatl se acerca a unos que estaban comiendo y nadie le llama; se puso frente del lugar en donde estaban comiendo y ninguno lo invitó a que entrase a comer. Al ver que nadie le hacía caso, se dirigió a donde estaban tocando y les dijo a los músicos: —¡Préstense su *tlalpanhuehue*, para tocarlo yo!

No se lo prestaron y entonces les dijo: —¡Préstense su *tlalteponaztli* que quiero tocarlo!

Pero aquellos se contentaron con regañarlo, diciéndole: —¡Quítate de aquí, mucha-

cho, que no queremos nada con sucios lagañosos! ¡Largo, largo de aquí! ¡Largo, fuera de aquí!

Al oír esto se alejó y fue a cambiarse de ropa. Cuando volvió, se acercó otra vez al lugar en donde estaban comiendo y en cuanto lo vieron aquellos señores, lo llamaron y le ofrecieron de comer. Ninguno de aquéllos reconoció que era el mismo y lo invitaron a que comiera. Entonces él empezó a embarrarse el mole por todas partes y al verlo hacer tal cosa le preguntaban: —¿Por qué no comes la comida en vez de embarrártela?

Y él les contestó: —Cómasela mi vestido, pues ustedes sólo saben honrar a la ropa y no a la persona. ¡Que se la coma mi vestido! Ustedes no saben respetar a un hombre. Hace un rato vine muy andrajoso y entonces no me dirigieron siquiera la palabra, y ahora que cambié de vestidos me llenan de halagos. Doy a ustedes las gracias por lo bien que me recibieron.

Luego se acercó de nuevo al lugar en donde estaban tocando y dijo: —A ver, déjenme tocar.

No lo dejaron tampoco y entonces se formó un remolino que levantó una gran polvareda que cegó a las personas allí presentes.

Cuando volvieron a ver ya, el Tepoztécatl estaba tocando en Cuapechco. Encolerizados, salieron corriendo en su seguimiento. En el momento en que se formó el remolino, el Tepoztécatl se había apoderado del *teponaztli*. Los de Cuernavaca, ya que oyeron bien por donde estaba, salieron bien armados en su persecución. Cuando estaban para llegar al lugar en donde lo oían tocar, Tepoztécatl se orinó y entonces se formó una gran barranca que les impidió el paso. Mientras buscaban por dónde poder vadearla, oyeron que tocaba de nuevo, hacia el pueblo de Ahuatepec. Llegaron a Ahuatepec, y ya estaba tocando en Cuacuametla. Llegados allá, oyéronle que ya estaba tocando en Cozcatzincó. Fueron en su seguimiento, pero apenas llegados a Cozcatzincó, ya estaba tocando en Conectepec. Llegaron allá y ¡nada! que ya estaba tocando en Ehecatepec. Aunque estaban muy cansados, no por eso dejaban de perseguirlo con tenacidad y por fin llegaron al pie del cerro de Ehecatepec.

El Tepoztécatl empezó a hacerles burla y ellos, que ya estaban muy enojados, con más rabia todavía empezaron a cortar el cerro por su base, pero no tardaron en convencerse de que no podían hacer nada. Lo dejaron entonces y se fueron.

Ya no volvieron jamás y así fue como les ganó por segunda vez. La primera fue cuando mata al Xochicálcatl y la segunda cuando deja burlados a los de Cuernavaca quitándoles su *tlalteponaztli*.

Cuando vio que ya no había allí ninguno, bajó del cerro y se dirigió a la casa de su mamá. Lo vieron sus padres y tuvieron con ello gran alegría. Se abrazaron, pidién-

dose perdón. Ya que quedaron entendidos, les enseñó el tlalteponaztli y conduciendo después a sus padres al templo de Tlalnepantla y ante Dios fueron a pedir perdón y allí, en Tlalnepantla, regalaron el tlalteponaztli que nuestro abuelo el Tepoztécatl había ganado a los de Cuernavaca.

Aquí nada más acaba la leyenda de nuestro abuelo el Tepoztécatl, esta leyenda larga como una telaraña. Ya oyeron lo que les he contado que refieren del nacimiento y triunfos de nuestro Tepoztécatl. Y así como se los he contado, deberán contárselo a sus hijos para que no vayan a olvidar la historia de nuestro abuelo el Tepoztécatl. Mucho les ruego que así lo hagan, no vaya a suceder que algún día llegue a olvidarse. (*nahua*)⁴⁷

Este cuento, escrito en tzotzil por el propio informante, es muy cercano a los cuentos maravillosos: hay un anillo de virtud, animales auxiliares, buhoneros que engañan. Pero también hay guerras donde triunfan los nahuales, pesadas coronas, viajes a la capital de los españoles, reivindicación de los indígenas, posibilidades de rejuvenecer una vez alcanzada la vejez —elementos característicos de los relatos de los reyes nativos. La mezcla es semejante a la que veremos en los cuentos maravillosos europeos, teñidos de localismos autóctonos, donde las dos culturas son ya un tejido que no puede deshacerse ni separarse sin arruinarlo por completo.

CUELTAN QUE, antiguamente, los más viejitos de por aquí no tenían a nadie; es decir, no tenían Presidente Municipal ni quién les resolviera sus problemas.

Los españoles llegaron por acá. Vinieron desde lejos, porque oyeron que aquí había tierras. Cruzaron para ver cómo era.

Los indios tenían minas. Parece que encontraron dinero allí donde había un águila, allí cerca del mar. De esto, hace mucho tiempo.

Los españoles vinieron a buscar, a desenterrar, vinieron para llevarse a su tierra lo que encontraran. Bueno, los españoles se dividieron en dos grupos. Un grupo quería llegar a un acuerdo con la gente indígena. Decían:

—¿Por qué sólo se quedan viendo que se llevan todo lo que ustedes tienen? Se llevan a España todo eso. Más tarde ustedes se van a quedar muy pobres. Por eso sería mejor que pensáramos cómo defendernos. Nosotros queremos quedarnos con ustedes, quedarnos a vivir aquí, si ustedes aceptan. Veamos cómo defender las minas y todas las cosas que son de ustedes para que no se las lleven.

Los viejitos contestaron:

—Está bien, si ustedes nos acompañan y juntos nos defendemos, ¡a ver si aguantamos!

—Bueno, si nos juntamos vamos a aguantar, ¿por qué no? Nomás hay que pensar

a ver si habrá un rey entre ustedes. Como ustedes son indios y éste es su lugar, tienen que buscar un rey. Los que tienen que defender sus cosas son ustedes. Nosotros también vamos a ayudarles. Sólo que nosotros no podemos buscarles su rey. Piénsenlo entre ustedes; hagan una junta, reúnanse.

Los viejitos de antes empezaron a pensar; se reunieron. En aquel tiempo todavía no había cabildo, sólo había agencia; allí pensaban cómo resolver sus problemas. Los viejitos dijeron:

—¿Dónde vamos a encontrar un rey? ¿A quién vamos a nombrar? ¿Cómo será? En ese tiempo había un pobre que no tenía ni padre ni madre: era huérfano. Cuando dijeron que iban a nombrar un rey, él escuchó todo, porque ahí andaba de metiche. Por eso, cuando vio que no encontraban rey, pensó: “Nadie quiere, nadie puede. ¿Por qué será?”

—Y ahora, ¡vamos a poder luchar! —dijeron los viejitos—. Porque se necesita dinero, se necesitan muchas cosas, pues tenemos que mantener a los soldados que van a luchar, ¿pero dónde lo vamos a encontrar?

El joven haragán, que andaba de metiche, contestó:

—Si van a nombrar un rey, yo puedo ser; me quedo como rey. Yo puedo un poco.

—Caray, pero tú, ¡mejor retírate! ¿Por qué dices eso? ¿A poco piensas que cualquiera puede ser rey? Se necesita un buen hombre que tenga dinero, que sea rico, así es como lo queremos. Pero tú, chiquillo haragán, chiquillo mata-pájaros, ¿qué haces aquí? ¿Cómo se te ocurre que puedes ser rey? ¡Mejor retírate!

—Bueno, ahí piénsenlo —contestó él.

El joven que decíamos ni siquiera sabía trabajar, nada sabía hacer. Apenas si sabía molestar a los que viajaban a San Cristóbal. Salía en el camino, a encontrar a los viajeros para preguntarles a dónde iban. El muchacho iba a jugar al pie de un cerro que se llama Muxul Vitz. Ese lugar es plano y allí iba a buscar pájaros. Por eso sólo tenía una tirahule.

Pero dicen que allí fue donde encontró un anillo. Ese anillo era su buena suerte y por eso fue que tuvo más ganas de ser rey, porque ya tenía mucho dinero. Encontró el anillo sobre una piedra al pie de la Santa Madre Muxul Vitz. Cuando lo vio, lo levantó y quiso meterlo en su dedo, pero no pudo porque pesaba mucho. En su casa tenía una ollita y, al llegar, allí metió el anillo. Su casa era muy chica. Al otro día se dio cuenta de que la olla y las otras cosas que tenía se habían llenado de dinero y pensó: “Pero, ¿qué habrá pasado? ¿Será que hay algo bueno por aquí?” Se sentía muy contento.

Pero siguió buscando pájaros; siguió vagando y jugando, porque no sabía trabajar. Hay una parte que se llama Mixik’ Balamil, Ombligo del Mundo. Este lugar era

antes un bosque y había allí zacate muy tupido. El joven haragán iba a jugar a ese lugar por las mañanas. Dicen que allí volvió a encontrar otra cosa. Vio como si hubiera una vela encendida y se acercó. “¿Qué cosa habrá aquí?”, pensó.

Pero no encontró nada, sólo un bastón muy bonito, que al parecer era de oro. Lo cogió, pero pesaba mucho; le costó trabajo levantarlo.

—Éste me lo llevo a mi casa —dijo.

Y encontró también un incensario que brillaba como oro. Se llevó el bastón y el incensario para su casa. Y al tercer día se dio cuenta de que ya tenía mucho dinero.

El joven tenía su abuela y le fue a pedir una olla diciéndole:

—Abuela, quiero que me preste una olla para guardar mi dinerito. Es que tengo un poco de dinero.

Y su abuela le contestó:

—¿De dónde vas a sacar dinero tú, zonzo? ¿A poco el hombre encuentra dinero sin trabajar? Tú sólo sabes matar pájaros, tú sólo sabes pedir limosna y ¿todavía pides una olla para guardar dinero? A lo mejor robaste en algún lugar, a lo mejor te metiste a robar a alguna casa. ¡Mejor cuídate!

—No es eso. Es que encontré mi regalito y ahora tengo algo, pero no tengo dónde guardarlo —dijo el joven.

Su abuelita no hizo caso a lo que decía. No le prestó su olla y así nomás quedó.

En ese tiempo era cuando estaban pensando quién podía ser rey.

Todos los días domingo se reunían. Uno de esos días llegó el joven diciendo:

—Yo puedo ser rey.

Pero nadie le hizo caso. No lo nombraron porque nadie lo quería.

—¿Pero qué haré, pues? ¿Por qué no me quieren nombrar rey? ¿Por qué no me tratan como hombre? Será porque me ven pobre y ven que no tengo camisa, que no tengo casa. Por eso dicen que soy pobre. Pero no, voy a hablar con los viejitos y con las autoridades de la agencia, para ver si quieren venir a visitarme a mi casa, para que vean que tengo mucho dinero. Hasta ahora no lo han visto, por eso no me hacen caso.

Fue a ver a los viejitos a la agencia. —Miren, vine a visitarlos, vine a hablarles hasta aquí. ¿Todavía no han encontrado al rey? Entonces nadie nos va a defender, nadie nos va a cuidar. Pero yo estoy decidido a ser rey, porque yo puedo. No vayan a creer que no tengo nada. Si quieren vayan a visitarme a mi casa, vayan a ver mi casita, mi dinerito y las cosas que tengo. Tengo el corazón puesto en ser rey. Ustedes no han ido a mi casa, por eso piensan que no tengo nada.

Entonces los viejitos hablaron entre sí y dijeron :

—Pero, ¿por qué no le creemos? Vamos a ver su casa, a ver si es cierto lo que nos

está diciendo. Pero, ¿por qué será que hace esto? ¿No será que tiene rabia? A lo mejor está descompuesta su cabeza; porque es sabido que no tiene casa, ni sabe trabajar. Bueno, vamos a ver.

Cuando llegaron a la casa del joven, éste les dijo:

—Vengan, viejitos, entren a ver. Mi casita es grande, pero ya está llena. Por eso ya no hay lugar para que entren. Miren qué tanto es mi dinerito.

—¡Caray! ¡En verdad que sí tiene! ¿En dónde encontraste tu dinero? ¿Cómo lo conseguiste? ¿Por qué te haces el muy pobre, pues?

—Les voy a decir claro, viejitos: no lo encontré por ahí, ni vendía nada, sino que encontré mi regalito. A lo mejor Nuestro Señor me tuvo lástima. Encontré este anillo, este bastón y este incensario por donde ando vagando y ando jugando. Éstas son las cosas que me están trayendo el dinero, pues antes de que las encontrara no tenía nada. Ahora ya tengo mi dinerito, ya me siento muy contento, ya puedo ser rey como les he dicho a los otros. ¿Ustedes qué piensan ahora que ya vieron mi casa y mi dinerito? Si les gusta el dinero y no lo tienen, prueben para que vean cómo es mi dinerito. ¿O será que ustedes tienen más?

Entonces buscó su jicarita y midió una jícara de dinero.

—Tengan un poco para que compren lo que quieran.

Entonces los viejitos hablaron entre sí y dijeron :

—Muchas gracias por tu dinero. Ya nos dimos cuenta de que sí tienes. Vamos a preguntarle a la gente, a los hombres, a ver qué dicen. A lo mejor tú tienes que hacer el sacrificio... porque, ¿a quién más vamos a nombrar, si nadie puede?

—Pero éste sí puede—dijeron entre sí—. Vamos a ver qué dice la gente.

Llegó otra vez un enviado español para informarse si ya habían nombrado un rey. Las autoridades y demás viejitos que habían ido a ver la casa del joven haragán platicaron:

—Este compañero dice que quiere quedar como rey. ¿Ustedes qué piensan? Porque tengo entendido que ustedes no lo querían. Es cierto que antes le decíamos que no. Pero yo ya fui a su casa, ya fuimos a ver si tiene dinero. Está llena toda su casita. ¡Caray, ya no tiene dónde meterlo! Pero no sólo tiene dinero, también tiene la suerte. Dice que encontró un anillo en Muxul Vitz. También encontró un bastón y un incensario en Mixik' Balamil. Yo creo que Nuestro Señor le tuvo lástima. A lo mejor vio su pobreza, porque ahora tiene dinero. Por eso no sé, ¿qué dicen ustedes? ¿Sí va a quedar? ¿Será que puede? ¿Ustedes qué piensan?

Los hombres contestaron diciendo:

—Si tiene dinero y es verdad lo que ustedes dicen, está bien que se quede y que haga el favor de cuidarnos. ¿Qué esperamos? Porque lo que necesitamos es que

tenga dinero y que pueda mantener a todos los hombres que se reúnan para defendernos. Los que no tenemos nada, ¿con qué podemos esperanzarnos? Pero él sí tiene, por eso siente que puede.

Entonces el español dijo:

—Si ya hay alguien nombrado, ¿quién es? ¿Hay alguien que se sienta hombre?

—Sí, éste. Él dice que va a hacer el favor, que puede ser rey, que tiene dinero. Y ya fueron a comprobarlo —contestaron los que sabían traducir un poco al español.

El español interrumpió:

—Está bien, pues, así quedamos. Vamos a reunirnos. De ninguna manera nos vamos a dejar, porque ahora ése ya va a hacer el favor de ser el rey. Ahora sí, vamos a brindar, vamos a hacer una fiesta y vamos a decir una viva. Digamos: ¡Viva la gente indígena! ¡Que viva el indio lacandón! ¡Arriba la gente azteca! ¡Arriba la gente de Cuauhtémoc!

—Bueno, ahora que ya hay rey, hagamos una fiestecita. Veamos cómo nos defenderá

—dijeron los viejitos y agregaron—. Ahora mismo empecemos a luchar. Mandemos un oficio por orden del rey preguntando por qué actúan así los otros españoles. ¡Pero ya es por orden del rey!, y de hoy en adelante tenemos que decirle Señor Rey.

Entonces fueron a Tuxtla, donde vivían los españoles amigos. Allí llevaron al rey. No tuvo que llevar cargando su dinero, ni sus cosas. Lo único que se llevó fue el anillo, el bastón y el incensario. Dicen que al amanecer el dinero ya estaba en Tuxtla. Entonces hicieron una pequeña capital donde iban a vivir, pero todavía era muy chica. Mientras los indios pensaban en cómo iban a defender sus minas y a correr a los otros españoles, el rey español aliado decía a sus hombres:

—¿De dónde vino un indio como ese? ¿Dónde encontró su dinero? Pero todavía no debemos matarlo. Mejor hagamos un oficio para avisarle que nos espere el día en que llegaremos. A ver si es verdad que tiene dinero. Nosotros llevaremos todo el nuestro. Mandaron el escrito al señor rey para que esperara al rey español. Decía que buscara un buen lugar para ver quién tenía dinero y quién no. Si el rey español tenía más dinero, se llevaría todo el que tuviera el indio rey. Ahora, si el indio rey tenía más dinero, se quedaría con el dinero del rey español. Así decía el escrito. El indio rey contestó:

—Puede venir a visitarme si quiere. A mí no me importa: si se lleva todo mi dinero, ni modo; y si hasta a mí me lleva, también ni modo.

Estaba muy confiado y así respondió al escrito.

Llegó el dinero del rey español. Como antes no había carros, buscaron mulas y en ellas trajeron cargando el dinero. Se juntó muchísimo dinero. Todo Tuxtla se llenó de mulas. El dinero no estaba contado, sólo estaba amontonado. El rey español no

vino, sólo vinieron otros en su lugar. Y dijeron:

—Bueno, aquí está nuestro dinero, mira cuánto es. Y tú ¿tienes otro tanto igual? ¿Lo vamos a medir o qué? Mejor sería que lo midiéramos, ya que si lo contamos nunca terminaríamos. Lo medimos por almud o por litro —dijeron los españoles. El indio rey dijo:

—Se puede hacer así como dicen. Por mí, ni modo si se va mi dinerito. Yo nada más tengo esta cantidad. No tengo mucho dinero.

Tenía su dinero en un cajón. No lo tenía amontonado en el suelo, sino que lo tenía bien guardado, como maíz, en tres cajones.

—Bueno, pues, que así sea —dijeron los hombres del rey español.

Entonces midieron por almudes. Midieron y midieron. Les llevó ocho días medir el dinero. Ya mero terminaban.

—¿Y cuándo vamos a medir tu dinero? —le preguntaron al rey indio.

—Cuando acaben de medir el de ustedes, voy a medir el mío. A ver hasta cuándo acabo. ¿Les falta mucho todavía o ya no? —dijo el indio rey.

—No, falta poco para que acabemos. Vamos a terminar de una vez.

Los hombres del rey español terminaron de medir su dinero.

—Ahora ven. Comencemos a medir el tuyo —le dijeron al indio rey.

Empezaron a medir. Se juntaron muchos compañeros del indio rey. Sacaron el dinero de un cajón, lo sacaron para medirlo. Cuando ya habían medido la mitad del cajón, el señor rey se acercó a ver y dijo:

—Lo poco que sobra en este cajón, ya no lo midan. Ya queda poco y es el más chico. Ahora midan el que está en medio, o sea el mediano. Veamos qué tanto sale de allí. Si acaban con ése, comiencen con el último, con el más grande. Y si se acaba, pues se acabó: se fue todo mi dinero.

Los españoles estaban muy contentos; alegres estaban porque vieron que le quedaba poco dinero al indio rey. Pero cuando acabaron con el cajón de en medio, todavía no habían pesado ni la mitad, del dinero del indio rey; y ya era tanto como el de los españoles.

Entonces los españoles dijeron:

—¿Qué vamos a hacer ahora? Porque nosotros ya estamos perdidos. ¿Qué vamos a hacer? El indio rey todavía no termina, dice que tiene otro cajón allá. Nuestro dinero ya no alcanza. Ni modo, que se quede —y dejaron de pesar el dinero—. Bueno, ¿y ahora qué hacemos? ¿El dinero ya se va a quedar aquí?

—Pues sí, se queda el dinero porque así acordamos, así apostamos. Nadie va a ofender al otro. Si a mí se me hubiera acabado el dinero, hubiera sido para ustedes. Pero se acabó el de ustedes y el mío sobró. Pues, ¡se queda para mí! —dijo el indio rey.

El rey español quería reclamar. Los españoles regresaron a darle cuenta a su rey quien, lleno de coraje por haber perdido todo su dinero, les preguntó:

—Pero, ¿por qué, pues? ¿Por qué tiene más dinero el indio? Nosotros perdimos. ¡Pero no! Vamos a hablar con el indio rey. Yo también voy, a ver qué dice. Si nos regresa nuestro dinero, quedamos bien con él, nadie va a pelear. Si no lo regresa entonces veremos qué hacer —dijo el rey español.

El rey español vino a hablar con el indio rey:

—Bueno —dijo el rey español—, ya perdí todo mi dinero; aquí se quedó todo, pues tú tenías más. Entonces, ¿se va a quedar todo, o nos regresas una parte? Pensé que tú tenías menos. Ahora, nadie va a pelear, pero sería bueno que nos lo regresaras. Aunque no nos lo regreses todo, basta con un poco. El rey indio contestó:

—Ningún dinero regresa, ¡nada de juegos! Una vez que lo tratamos, ya no tiene por qué haber peros. El trato fue que se quedara el dinero, ¡y se queda! Si a mí se me hubiera acabado el dinero, se lo hubieran llevado todo. No estamos jugando, ya somos hombres —dijo el indio rey.

—Está bien. Si es así, ni modo. Yo te estoy hablando por las buenas. Pero si no se puede hacer nada, ni modo.

Al terminar los dos dijeron que ya no se podía hacer nada. Ya no se les regresó el dinero a los españoles.

Cuando el rey español regresó, mandó reunir a sus compañeros.

—Sería mejor que matáramos al indio —dijo el rey—. Nuestro dinero no se va a quedar allá. Mandaremos muchos soldados. Vamos a ver cómo les ganamos.

Vinieron muchos españoles. Pero aquí también había mucha gente: había gente lacandona, gente azteca y gente de Cuauhtémoc. Tres clases de gente había por acá. Se juntaron muchos, pero sólo mataban con flechas. Cuando pelearon la primera vez, ganaron los indios y perdieron los españoles. La segunda vez los españoles ya tenían mejores armas, mejores rifles... mejor todo. Vinieron muchísimos y bien armados. El indio rey sintió que iba a perder.

—¿Qué debemos hacer? ¿Por qué nos sucedió esto? Mejor voy a mandar llamar al rey español, a ver si podemos pactar con él.

El indio rey envió un escrito al rey español invitándolo y diciéndole cuándo debía venir. El rey español aceptó la invitación; no estaba demasiado enojado y aceptó venir. El indio rey desocupó un cuarto y amontonó su dinero. Tendió juncia para esperar a su amigo, el otro rey. Bueno, no sólo eso, sino que también puso dos bules llenos de oro y dos bules llenos de plata sobre una mesa, para regalarle al invitado.

El rey español llegó con sus compañeros, para que ellos también oyeran lo que allí se iba a tratar. Desocupó un cuarto, para que lo fueran a visitar, pero únicamente

lo arregló con juncia.

Luego llegó el rey español y hablaron:

—Bueno, si me regresas mi dinero como dijimos, pues está bien. Nadie va a regañar, ni vamos a tener que pelear, como estamos haciendo. Podemos quedar de acuerdo y ustedes ir a vivir allá donde nosotros vivimos, o nosotros podemos regresar, o quedarnos aquí a vivir con ustedes —dijo el rey español.

Pero el rey indio no decía si iba a regresar el dinero, solamente dio órdenes de guardarlo. El rey español también engañó al otro.

—Está bien. Quedamos de acuerdo: ya no vamos a pelear. Muchas gracias, voy a tomar mi regalo y no vamos a decir nada —dijo el rey español y agarró el oro y la plata.

Cuando los españoles llegaron a su tierra, se pusieron a pensar y se reunieron todos:

—¿Pero por qué nos dejamos engañar con este regalito? El resto de nuestro dinero se quedó. ¿Para qué queremos éste? De nada nos sirve. Ahora mismo vamos a ver quién puede más peleando: el que ha de perder, que pierda. El que pueda más, que gane. Si gana ahora el indio, ni modo —dijeron.

Empezó otra vez la guerra. El indio rey reunió a su gente; no iban a dejarse ganar. Pero al fin ya no podían seguir luchando y el rey y sus hombres huyeron.

Y después de haber huido se volvieron a reunir y el indio rey habló:

—A ver si aguantamos y si podemos ganarles todavía. No vamos a decir tan fácilmente que ya perdimos. Pero, lo que pasa, es que somos muy pocos. También se reunieron los españoles. Fueron muchos y su rey les dijo:

—Nosotros no debemos estar en un sólo lugar, porque ahora ya somos muchos. Vamos a buscar dónde están las minas. De lejos nada se puede hacer. Veamos si se las podemos quitar. Si se puede, bien; y si no, ni modo, ya nada podemos hacer. Por eso, juntémonos.

El indio rey fue a México. No había nada, porque México no era antes como es hoy; nomás había un caserío en donde vivían los indios y los españoles, quienes antes explotaban las minas. Llegó el indio rey con su gente y el rey español no se enojó, se quedó callado. El indio rey dijo:

—Bueno, vine a vivir aquí, porque todo lo que hay en estas tierras es de nosotros —le dijo al rey español.

—Si viniste a vivir aquí, está bien. Vamos a estar juntos, a ver cómo nos va —contestó el rey español. Se hablaron así, se hablaron bien; no discutieron; no les faltaba nada. Ya después le dijeron al indio rey:

—Vamos, vámonos a bañar.

Se juntaron y se fueron a bañar un día. Llegaron al agua, al mar parece, cerca de

donde estaban las minas. Se desvistieron para bañarse. El indio rey tenía puesto su anillo, el que se había encontrado. Cuando se metió a bañar, no quiso entrar con todo y anillo. Se lo quitó y lo puso sobre su camisa. El rey español y su gente vieron que se había quitado su anillo. Cuando los reyes se acabaron de bañar, salieron del agua. Haciendo como que lo respetaban mucho, los hombres del rey español levantaron la ropa del indio rey y la sacudieron para que se la pusiera. Pero, al hacer esto, tiraron el anillo al agua. ¡El anillo se hundió en el agua!

Cuando el indio rey llegó, se dio cuenta de que no estaba su anillo y se puso muy triste.

—¿Qué hago ahora? Perdí mi anillo; ya no lo traigo —dijo al llegar a su casa—. No sé qué hacer, porque ahora mi dinero se va a ir todo. Mañana y pasado mañana ya no habrá dinero y me quedaré muy pobre. No sé qué voy a hacer—. Estaba muy triste.

Entonces el perro del rey habló:

—No debes preocuparte por cómo están las cosas. ¿Por qué te pones triste? Lo que pasa es que te hicieron un mal cuando fuiste a bañarte con aquellos. Te confiaste mucho. Pero no te preocupes. Yo voy a buscar el anillo.

—Por favor, ve a buscarlo —dijo el rey.

—Lo voy a traer, no estés pensando más.

El perro fue al lugar donde se habían bañado ambos reyes. Se metió en el agua, pero no podía alcanzar el anillo; ya había visto que estaba en el fondo. Se quedó flotando, pues, ya no tenía fuerzas.

“¿Qué hago? ¿Cómo lo voy a alcanzar?, si no lo alcanzo voy a tener que dejarlo”, se dijo el perro.

Entonces el perro le habló a un pez:

—¿No quieres hacer el favor de ayudarme? Fíjate que mi amo sufre mucho. Se le perdió su anillo. Ya vi que está en el fondo del agua, pero yo no puedo bajar hasta allá. Aunque trate con todas mis fuerzas, no puedo. En cambio tú ya estás acostumbrado, porque de por sí los peces viven en el agua. Hazme un favor: ve a sacarlo, te lo ruego.

Entonces el pez dijo:

—Sí, cómo no. Si es cierto que se te perdió, yo rápidamente puedo ir a traerlo.

—Por allá está. Aquí te vas derecho; lo vas a encontrar. Me lo traes, ¡por favor!

El pez se sumergió en el agua y pronto lo encontró. Al salir, traía el anillo.

—Mira, sí lo encontré. ¿Sólo era eso?

—Sí, nomás era eso. Muchas gracias por haberlo sacado. Ahora que ya lo encontramos, voy a entregárselo a mi amo —dijo el perro muy contento.

El perro se regresó con el anillo en el hocico; así lo llevó a casa de su amo y se lo

entregó.

—Mira, mi amo: aquí lo tienes; encontré el anillo que habías perdido. Aquí esta; ya no te preocupes, todo está arreglado.

—Ya estoy muy contento. Antes estaba muy triste de haber perdido mi anillo. Ahora ya no estoy preocupado —dijo el rey muy feliz.

Una vez que el señor rey encontró su anillo, lo pensó bien:

—Ya no me lo voy a poner. Ya no lo voy a sacar. Mejor lo voy a guardar aquí en mi casa. Ustedes no lo vayan a ir a tocar donde lo voy a guardar —les dijo a su hija, a su mujer y a todos sus hijos.

—Bueno, está bien —contestaron.

Para nada tocaban el anillo; ni siquiera se atrevían a mirarlo.

Tiempo después el rey español, disfrazado de comerciante ambulante, tramaba: “¿Cómo voy a hacer para quitarle su anillo? Dicen que es por eso que tiene mucho dinero.”

El comerciante llegó ofreciendo su mercancía en voz alta: —¿Compran anillos? ¿Compran aretes? ¿Compran collares? Si quieren comprar cosas bonitas, aquí llevo cosas muy hermosas —decía a gritos.

Entonces la hija del indio rey fue a ver lo que vendía.

—Mira qué bonitos anillos, y aquí traigo otras cosas —dijo el comerciante—. Si tienes un anillo usado que ya no te sirva, yo te lo cambio por otros nuevos. Si tienes un anillo viejo o roto, tráelo, yo te lo cambio. Por uno te puedo dar dos, o más. Estos son muy bonitos y muy finos. Míralos.

La hija del señor rey vio muy bonitos los anillos y como pensaba que el suyo ya no servía, le dijo:

—Bueno. Si es cierto que me lo vas a cambiar, yo tengo uno viejo en mi casa.

—¡Ve a traerlo! ¡A ver cómo es! Te lo cambio hasta por dos o tres de éstos si veo que el tuyo todavía está bueno. Éstos son muy bonitos y muy finos. A ver cómo está el tuyo —dijo el comerciante.

La hija del rey entró en su casa y regresó con el anillo.

—Mira, aquí está. Si me das tres de los tuyos te doy éste, sólo que ya está usado. Ahora, si no me das lo que te estoy pidiendo, tampoco te doy el mío —dijo la muchacha.

—Bueno, sí te los doy, ¡cómo crees que no! Sí te lo cambio. Este anillo lo voy a renovar. Cuando vuelva, estará más nuevo. Si cuando yo regrese lo quieres volver a cambiar o a comprar, te lo vuelvo a vender o a cambiar, como quieras. Pero voy a repararlo y lo vas a ver algún día —dijo el comerciante.

La muchacha se puso muy contenta al recibir los tres anillos. Dos de ellos los guardó

en su lugar, el otro se lo puso.

Más tarde le dijo a su papá: —Mira papá: cambié el anillo. Hay otros dos guardados allí, en su lugar, y aquí tengo puesto el otro. ¡Pero mira qué bonitos! ¡Qué preciosos! Nunca habíamos visto un anillo así.

—Pero, hija —dijo el rey—, ¿por qué hiciste eso? Les dije que no lo cambiaran, que no se dejaran engañar. ¡Que no creyeran cualquier cosa! A mí me habían engañado, pero lo pude recuperar como les he contado. Pero tú... ¿Por qué lo hiciste?

—Pues ya lo cambié —respondió la muchacha.

El señor rey se puso muy triste. Lloraba porque perdería toda su riqueza, iba a quedarse nuevamente sin dinero. Sabía que lo perdería todo.

El comerciante se llevó el anillo y se lo tragó. No lo puso con sus otras cosas. Lo guardó en su estómago.

El señor rey estaba muy afligido.

—¿Qué hago ahora? No se me ocurre nada. Estoy desesperado —se dijo.

Pero el rey tenía un gato. El gato dijo:

—Mira, mi amo ¿algo te hace falta? No te preocupes, no pienses demasiado. Voy a hacer la prueba, a ver si se lo puedo quitar. Se ha de haber ido por allí con el anillo —dijo el gato.

—Bueno, si me haces favor. A ver si lo encuentras. Por favor, ve a buscarlo —dijo el rey.

—Iré a buscarlo, aunque no sé si pueda recuperarlo. A ver qué pasa.

El gato fue tras el comerciante. Lo encontró dormido debajo de un árbol, a la orilla del agua.

—Aquí está ¡caray! ¿Pero qué hago? —dijo el gato.

No se le ocurría nada. No tenía ni idea de qué hacer.

—Voy a buscar a mi amigo —dijo.

Llamó al ratón y le dijo:

—Tengo un problema y no sé qué hacer. A ver si me quieres ayudar. Mi amo me pidió un favor, porque aquel comerciante se llevó su anillo y, así nomás, se lo tragó. Lo tiene en su barriga y no tengo idea de cómo sacarlo de ahí.

El ratón contestó:

—Pero si tú eres muy brujo. ¡Te sientes muy hombre! Nos matas y nos comes. ¿Cómo no se te ocurre nada qué hacer? ¿Por qué? ¿A poco eres más zonzo que yo?

—Así es, pero ahora no puedo hacer nada. Hazme el favor de ver si a ti se te ocurre algo, hombre. ¡Quedemos como amigos! Te juro que desde ahora ya nadie te va a decir nada. ¿Qué te parece? Ahora nos vamos a tratar como amigos —dijo el gato.

—Bueno pues, yo tengo buen corazón, sólo porque da lástima tu pobre amo. Pero

vamos a ver. A mí se me ocurre una idea de lo que podemos hacer. A ver si nos sale —dijo el ratón.

—Bueno, vamos pues.

Se fueron y encontraron dormido al comerciante.

—Espera aquí. Yo voy a ver qué hago. Ahora vamos a ganar —le dijo al gato.

Aprovechando que el hombre dormía, el ratón hizo un agujero en la parte trasera de su pantalón. Le abrió justo el tamaño por donde debería salir el anillo. Así lo había calculado.

—¡Ven a ver! Yo voy a trabajar por el otro lado. Tú cuida aquí —le dijo al gato.

Entonces el gato se colocó frente al agujero del pantalón del comerciante. El ratón fue a meter su cola en la nariz del hombre dormido. Lo miró; le metió la cola. Al hombre le dieron ganas de estornudar. Achú, achú, estornudó.

¡Hasta por allá fue a dar el anillo! Al estornudar echó un aire por detrás, con todo y anillo. Éste llegó directamente a las manos del gato, que se lo llevó rápidamente.

—Mira, ya lo logramos, tal como te dije. Llévale este anillo a tu amo y dile que lo hemos recuperado —dijo el ratón.

Llegó el gato y fue a entregar el anillo a su amo.

—Mira: sí lo encontré. Aquí lo tienes. Le pedí a un ratón por favor que me ayudara. Por esta vez pude traerlo. Si en otra ocasión vuelve a pasarte algo, ahí te las arreglas solo.

—Pues está bien —dijo el rey.

Se alegró mucho porque ya había recuperado su anillo y con él, su dinero.

Así fue como no le pudieron hacer nada al indio rey. Cuando el rey español lo comprendió, volvió a decir:

—Pues ahora habrá más guerra. A ver quién gana y quién pierde. Ahora las apuestas se harán en la guerra —le dijo al indio rey, y éste respondió:

—Está bien, porque nosotros no tenemos miedo de morir. Mostró valor porque tenía dinero y a sus compañeros.

Comenzaron a pelear. El indio rey iba perdiendo porque se le estaban acabando todos sus hombres.

Los españoles capturaron al indio rey. Lo iban a matar. Lo amarraron bien de los pies y de las manos. Le iban a cortar la cabeza y los pies. Su cabeza la iban a mandar a España; pero su cuerpo y sus pies se iban a quedar aquí. Eso pensaban hacer los españoles.

Entonces el indio rey mandó avisar a su gente de Zinacantán. Mandó decir que ya lo iban a matar.

—Vengan a verme porque ya me voy a morir. Ya me llegó la hora. Ya no puedo

aguantar la lucha. Los españoles tienen buenas balas, buenos rifles, todo tienen bueno. Las armas que tengo aquí no son suficientes de ninguna manera. Por lo tanto, ya me van a matar —dijo.

Los viejitos de aquí se reunieron al recibir el aviso y dijeron:

—El rey no ha recibido ayuda. Ahora nosotros vamos a defenderlo. ¿Y cuál es nuestra función, pues? Aunque seamos indios, vamos a ver quién es más hombre; si es más hombre el español o es más hombre el indio.

—¿Cuál es tu trabajo?—se preguntaron entre sí.

Cada uno fue diciendo:

—Yo soy niebla, pero negra.

—Yo soy neblina.

—Yo soy rayo.

—Yo soy mariposa.

—Yo soy mosco.

Todos empezaron a prepararse según su trabajo.

—Hoy no haremos nada; hasta mañana en la madrugada nos iremos. Tenemos que avisarle al rey que pronto llegaremos. Vamos a probar a los españoles, a ver si es cierto que son muy hombres, muy valientes.

Se fueron y al llegar hablaron con el indio rey:

—Ya llegamos, no te preocupes. Aquí estamos nosotros a ver quién gana. Si morimos, pues nos morimos. Si los españoles pierden, pues vamos a ver —le dijeron—. Nada más que ahora ninguno de nosotros va a salir; comencemos a trabajar.

De pronto todo se cubrió de nubes; el viento oscureció la tierra. Los españoles se murieron a causa de la lluvia, del rayo, del frío y de algo más: se acabaron. Los viejitos los tiraron al agua. Así es como acabaron con los españoles. De esta manera terminaron con sus enemigos.

—Ni modo, así como están las cosas ya no podemos hacer nada. Ya nos acabaron de plano. Y si enviamos más gente, también van a morir. Ni modo —dijeron los españoles. Y ya no vinieron más soldados.

Después de haber sido salvado por los viejitos de antes, el rey platicó con ellos:

—Bueno, muchas gracias por venir a defenderme; muchas gracias por venir a verme. Si ustedes no hubieran llegado, ya me habrían matado. Oí lo que me querían hacer: hasta España iba a ir a dar mi cabeza y mi cuerpo se iba a quedar aquí. Por eso, ¡qué bueno que vinieron! Bueno, esto es todo: gracias por salvarme. No les puedo dar nada por ahora, sólo sus terrenos para que los trabajen. ¿Qué les parece? Les voy a dar sus títulos de propiedad.

—Bueno, ¿pero cuánto terreno nos va a dar? Si nos tienes lástima, pues dánoslo.

No creas que no lo podremos trabajar. Tú eres rey y puedes decir hasta dónde llega nuestro terreno. Las tierras están desocupadas; no hay gente; sólo a nosotros nos pertenecen.

—Está bien, entonces vamos a hacer sus títulos para entregarles sus terrenos. Les doy desde aquí hasta Chiapa de Corzo; hasta San Bartolo Venustiano Carranza y, llegando ahí, subiendo, hasta San Ramón en San Cristóbal y hasta Zinacantán —dijo el rey.

—Está bien —dijeron los viejitos, pues ahora era de ellos todo ese terreno.

Los jefes españoles aliados recibieron también sus terrenos, por haber ayudado al indio rey. Es así que se crearon las haciendas que hasta la fecha tienen sin haberlas comprado. A los españoles les dieron sus terrenos porque dijeron que querían tener sus parcelas, criar caballos, ganado y hacer otras cosas.

—Sí se puede. ¿Cómo no se va a poder? —dijo el rey—. A ustedes les voy a dar aquí hasta donde están mis compañeros. Quédense a vivir allí; pídanlo prestado. Al fin que la tierra no se acaba.

En ese tiempo los ladinos y los españoles únicamente habían pedido prestado el terreno; parece que no lo habían comprado. Pero después se quedaron viviendo mucho tiempo. Hicieron sus casas, sus plantíos; hicieron sus planos e hicieron también sus títulos. Los españoles de por sí eran muy astutos. Ya después los viejitos se quedaron sin terrenos; se los quitaron. Los viejitos se quedaron viviendo en un poco, pero muy poco, de terreno.

Ya a salvo, el rey se puso muy contento. No se preocupaba más. Pero ese pleito había durado quién sabe cuánto tiempo. El rey ya había envejecido. Y decía a sus familiares, ya de viejo:

—Yo ya estoy muy viejo, ya no puedo hacer nada, ya no puedo luchar. ¿Quién me va a sustituir? Nadie quiere ocupar mi lugar. Pero pienso hacer algo que espero no digan a nadie; aunque sea mi amigo o quien sea, no digan a dónde fui. Voy a rejuvenecerme. Cuando vuelva de mi viaje regresaré muy jovencito.

Esto fue lo que hizo cuando ya se sentía muy viejo. Les dijo a sus hijos, a su yerno y a su esposa:

—¡Me voy a meter en este garrafón y de aquí voy a salir muchacho, muy joven, muy chamaco. Pero no quiero que nadie sepa dónde estoy. Si viene algún amigo o viene alguien, le dicen: “no está aquí, se fue lejos, se fue de viaje”. Yo voy a entrar allí seis meses. Al cumplirse seis meses voy a salir ya joven.

—Bueno —dijeron sus hijos y todos obedecieron.

El rey tenía una hija, al parecer la última de todos sus hijos. No tenía marido todavía, pero ya tenía novio. Unas personas vinieron de visita y preguntaron a dónde

se había ido el rey.

—No está aquí; se fue lejos, se fue de viaje —contestaban sus hijos.

Entonces el novio de la muchacha preguntó:

—¿Dónde está nuestro papá? ¿Por qué no regresa? Ya tiene meses que se fue. ¿Por qué tarda tanto en su viaje? Yo oí una plática, pero no sé si será cierta. Dicen que aquí mismo está, y que se quiere rejuvenecer, que quiere volver a ser joven. ¿Por qué no vamos a ver dónde está, qué está haciendo? Como nosotros lo conocemos no le pasará nada. Otras gentes, claro que no lo pueden ver. Pero nosotros somos sus familiares, vamos a ver cómo está, vamos a ver si es cierto lo que dicen.

Entonces la muchacha dijo:

—Sí, pues, pero él dijo que nadie lo podía ver, ni siquiera nosotros, porque si lo miramos es malo. Cuando pasen los seis meses va a salir más joven. Eso dejó dicho.

—Pero no. ¿Dónde está? ¡Vamos a ver! —insistió el joven.

Entonces la muchacha le enseñó dónde estaba.

—¡Mira! Aquí está en el garrafón —dijo.

No se veía lo que había adentro del garrafón, pues era negro. Entonces el muchacho lo destapó. Allí adentro se veía una cosita. Pero, al ser vista, desapareció de una vez y para siempre. Ya el rey nunca salió y nunca se rejuveneció. Así se terminó, así fue como desapareció el indio rey de antes. (*tzotzil*)⁴⁸

En nuestro país, Jesucristo es identificado con el sol —adoptando otro nombre— y se funde con los mitos que se refieren al primer amanecer del mundo. Pero también se le considera —y ya con su nombre propio, en tanto hijo de Dios con vida terrenal— como héroe cultural, fundador de pueblos, constructor de iglesias, iniciador de costumbres y rituales. Jesús sacraliza lugares, crea a su paso, con sus acciones o con fragmentos de su cuerpo —sus uñas, pelo, sangre— toda clase de accidentes en el paisaje, plantas y árboles sagrados; también enseña cómo sembrar milpa, hacer fiestas, tocar música.

Como los reyes nativos, es hijo de virgen, crece de manera acelerada —su peculiaridad es que vive y muere perpetuamente perseguido por el mal: judíos, fariseos, demonios del inframundo lo atosigan hasta lograr su sacrificio. Engaña hábilmente a sus enemigos hasta que al fin queda acorralado. Entonces, se inmola. Promete regresar, como todos los demás reyes nativos.

Sus relaciones con otras figuras cristianas —San José, María y santos— se apegan más a las historias de *La leyenda dorada*, de Santiago de la Vorágine o de los *Evangelios apócrifos* aún no censurados ni acallados cuando los españoles llegaron a nuestro país: los relatos sobre el matrimonio de la Virgen, el nacimiento del niño, el tablón de San José que crece al jalarlo Jesús, el niño que revive aves y baja las ramas con fruta para que coma su madre; el que castiga cruelmente a sus compañeros de juegos o maldice a las plantas deriva directamente de la cultura popular medieval europea.

La persecución de Cristo es uno de los motivos más recurrentes de la tradición indígena. En todas las lenguas y lugares hace crecer los plantíos a ritmos vertiginosos,

mientras él se adelanta y gana tiempo en la huida. La escapatoria mágica se repite y confunde con ardidés usuales en los cuentos maravillosos. El uso del alcohol para entretener a los judíos explica la asociación de la borrachera con el demonio. En todas las milpas se usa la trampa del maíz o los alimentos que crecen rápido —y de las piedras que cubren el terreno del que no contestó amablemente al fugitivo.

La conquista y evangelización de México no fueron homogéneas; en el norte fueron mucho más tardías que en el resto del país. En aquellos confines los jesuitas montaron representaciones masivas de la pasión de Cristo para incorporar a los pobladores al cristianismo y sustituir sus festejos paganos, en una verdadera cruzada evangelizadora. Cuando los *padres pardos* fueron expulsados del país —y de todo el reino— su herencia quedó en nuestras comunidades: las representaciones de la Pasión, en Semana Santa.

A cargo exclusivamente de los nativos, en muchos lugares —los franciscanos llegaron casi cien años después de la salida de los jesuitas a los lugares apartados—, la trama, diálogos y coreografía iniciales comenzaron a incorporar elementos nativos como el incesto entre el Nazareno y su madre. Hoy en día, las escenificaciones incluyen a grupos y contingentes como los Pascolas, la Judea, los Nazarenos, los Pasiones, los Centuriones y otros participantes en fiestas y procesiones multitudinarias diversas, que sólo en los nombres y algunos pasajes coinciden con la Semana Santa evangélica o entre sí.

ANTES DE LA PRIMERA PASCUA sólo había judíos, no había yaquis ni otra gente. El primer hombre nació en Navidad, en Belén, que está en alguna parte al norte, por ahí. Este primer hombre, Jesús, tenía una semana cuando empezó la Semana Santa. Era un angelito en los brazos de su madre. Jesús crecía más y más cada semana. A las tres semanas podía caminar y a las cinco tenía pelo en el pecho. A las seis semanas su cabello era blanco y a las siete semanas era tan viejo que casi no podía caminar cuando lo aprehendieron y lo mataron.

Antes de que Jesús naciera no había bailes, ni arpas ni pascolas. Todo estaba en la tierra y tenía que extraerse. Jesús sabía cómo hacerlo y lo hizo. A todo el mundo le enseñó estas cosas y desde entonces hay fiestas. Antes de este tiempo todo el mundo había estado muriendo, pero cuando Jesús trajo todas estas cosas y las enseñó, entonces todos vivieron y vinieron al río Yaqui. Las danzas de Pascua son más o menos por esa época. (*yaqui*)⁴⁹

YOMUMULI ERA UN CAZADOR que vivía cerca del pueblo de Huírivis. Era un hombre viejo, y tenía dos hijos gemelos que se llamaban *Yomumulim*. Un día el viejo, caminando por el monte, oyó el sonido de un tambor. A pesar de que se acercó donde se escuchaba el tambor, a pesar de que se esforzó por encontrar al músico, no pudo

ver nada. En esos días nadie conocía los tambores, ni las Pascolas. Así que Yomumuli estaba escuchando el primer tambor en la tierra de los yaquis. Al día siguiente regresó al mismo sitio y el tamborilero tocó una canción muy bonita. Yomumuli, que estaba encantado con la música, buscó al músico pero no lo encontró. Regresó a su huerto y habló de esto a sus gemelos, Yomumulim. Estos dos niños eran muy obedientes. Su padre les dijo: —Regresen al lugar donde estuvimos hace cuatro días, cerca de una pila de espinas. Ahí, no sé exactamente dónde, puede escucharse una cosa hermosa que hizo alegrar mi corazón. Vayan entonces para ver si también pueden oírlo. Pero no se acerquen a las espinas.

Los gemelos Yomumulim fueron al monte. Cuando llegaron al lugar, el tambor estaba tocando las piezas más bellas. Los Yomumulim escucharon. El tamborilero terminó y, detrás del montón de espinas, que eran de cholla, mezquite y pitahaya, apareció *Toli*. Toli es una especie de rata que a veces se llama *Bwiya Toli*, porque vive bajo una pila de espinas de cactus que le sirve como nido.

Toli salió saludando a los gemelos, dijo: —Vengan a mi casa.

—Gracias pero no podemos porque nuestro padre nos ordenó no acercarnos más a esas espinas.

—¿Y qué más les dijo su padre? —preguntó Bwiya Toli.

—Bien, nuestro padre nos envió para oír ese sonido que sale de tu casa.

—Se llama tambor —dijo Bwiya Toli mostrándoselos—. Y esto se llama flauta —dijo mostrándoles una flauta de carrizo.

—Ah, sí, gracias —dijeron los Yomumulim. Cuando llegaron a casa contaron esto a su padre, Yomumuli.

Unos días después nuestra madre Eva llegó a casa de Yomumuli. Le dijo al viejo:

—Desde ahora habrá fiestas religiosas. Desde ahora tú eres el moro *Yaut*. Tus hijos harán cohetes. Mañana deben ir a ver a Bwiya Toli y decirle que tendrán una fiesta y que debe venir a tocar. Después de eso, ve con el Diablo y que venga a bailar pascola.

Yomumuli hizo todo eso. Bwiya Toli aceptó presentarse con su tambor y su flauta, pero el viejo Satán dijo: —No iré a bailar, pero enviaré a mi hijo en mi lugar.

El Diablo dijo a su hijo: —Debes ir a la fiesta y hacer cosas divertidas para hacer reír a todos los yaquis. Pero hay una cosa: van a darte tres cohetes para quemar. No quiero que los enciendas.

—Muy bien —dijo el diablito, y se fue a la fiesta. Tan pronto como llegó le dieron tres cohetes.

—No puedo encenderlos.

—¿Y por qué no? —preguntó el fiestero.

—Mi padre no quiere que lo haga.

—Bueno, ahora eres un pascola, y es obligación de los pascolas quemar cohetes. Los cohetes son sagrados y se queman a la hora de la oración. Quemándolos, el Diablo y los otros espíritus huyen de las cosas santas. Por esta razón, el Diablo dijo a su hijo: —No quemes cohetes.

El Diablo quería ver a su hijo bailar pascola, así que estaba escondido detrás de unas ramas. Cuando le dieron los cohetes al diablito, los quemó y los lanzó directo hacia el viejo Satán. Satán corrió rápido como un pájaro. A las primeras horas del amanecer, regresó, pero otra vez quemaron cohetes y tuvo que huir. Desde entonces, el Diablo no puede asistir a las fiestas.

Bien, de esta manera, Yomumuli descubrió el primer tambor y la flauta, los de Bwiya Toli, quien hizo la primera fiesta. (*yaqui*)⁵⁰

KAUYUMARI PUSO a varios músicos a competir, para ver quién era el mejor de toda la región.

Había judíos y estaba un niño chiquitito, que se llamaba Nazareno, era hijo de una virgen y había nacido en el mar cuando el sol bajó por ahí. Le había pedido a Kauyumari que bailara con ella porque era el mejor músico.

Los judíos tocaron sus violines, pero no sonaron más que rechinidos. Luego pasaron los españoles y tampoco; luego los mexicanos: menos. Y así, todos los indios.

Al final pasó el Nazareno con un violín que le regaló Kauyumari, lleno de flores. Tocó tan bonito que la Virgen le pidió que no parara: que tocara y tocara. Entonces, la Virgen se vistió muy bonito, se adornó de flores y sacó a bailar al Nazareno; bailaron mucho y bien pegaditos, como esposos.

Cuando vieron eso, los judíos se enojaron mucho y quisieron matar al Santo Cristo, pero él pudo escapar gracias a un ventarrón que le mandó Nakawé.

Luego Cristo viajó por todos los rumbos, y encontró a muchos animales que sembraban espinas, luego piedras y hasta ladrillos. Pero él les dijo que les iba a dar maíz y música para que ya no comieran piedras ni espinas. Les dijo que si veían a los judíos, que no les dijeran dónde estaba, pues se escondería tras los pinos. Pero los judíos fueron a buscarlo y luego lo encontraron ahí. Pudo escapar.

Luego encontró a la Virgen, quien le dijo que si la acompañaba podía salvarlo. Pero Cristo dijo que tenía que hacer muchas cosas todavía para los mexicanos y para los españoles. Así se encontró un burro, le dijo que era mexicano, y le regaló los jitomates; luego se topó con un puerco, dijo que era español y le regaló melones. Así fue haciendo con todas las frutas.

Luego llegó a la Sierra, donde hizo la cabecera y San Andrés; ahí puso borregos, burros

y calles. Luego hizo una banqueta, una torre y un banco y levantó la casa de gobierno. Luego hizo otros pueblos con tiendas, hachas, pistolas, rifles y coches. Pero los judíos lo seguían: se fue para Wirikuta. Los judíos tenían un perro pinto que lo seguía a todos los lados; aunque el perro intentó atrapar a Cristo cinco veces, nunca pudo. Luego el Santo Cristo escribió una carta a Nakawé, diciéndole que iba a trabajar durante cinco días y que luego haría una cruz donde se iba a colgar. Nakawé le dijo que no podía tocar a ninguna mujer en ese tiempo y que tendría que ayunar. Cristo estaba bendito, entonces la Virgen se encontró en su casa. Estaban solos y ella le dijo: —Cierra la puerta y acostémonos juntos. Todos querían estar con la Virgen, porque era muy hermosa. San José, que era su esposo, fue a buscar rifles y pistolas para defenderla, pues ya habían llegado turcos, chinos y japoneses a querer robársela. Los judíos seguían buscando a Santo Cristo y la garza les dijo que se escondía tras un pino. Entonces los judíos corrieron a cortar el pino, pero Kauyumari ya había advertido al niño que lo buscaban los judíos y pudo escapar. Escapó a todos los rumbos, y por donde pasaba le decía a Kauyumari que tenía que traer bueyes para enseñarle a los mexicanos a domesticarlos y a curtir la piel. Dizque cuando Kauyumari trajo al buey, Cristo se disfrazó de charro negro para que los judíos no lo vieran. Entonces la garza graznó nombrando a Cristo *Teiwari Yuavi*, que quiere decir Nuestro Señor, el Charro Oscuro. Nakawé estaba muy molesta por la huida de Cristo, y decidió ir a hablar con el sol. Se convirtió en luna y se puso a platicar con él. Enojada, Nakawé decidió hacer un diluvio y tapar al sol con cinco nubes, que eran unas enormes serpientes. Kauyumari se enojó mucho y entonces fue a hablar con Nakawé para convencerla de que dejara libre al sol, pues ya no calentaba la creación de Cristo. Le prometió que Cristo iba a ser crucificado por haber despreciado el abrazo de la Virgen. Nakawé aceptó entonces detener las lluvias y el sol calentó nuevamente. Mientras tanto, Cristo enseñaba a los gringos a hacer fábricas y dólares, los enseñaba a herrar mulas. También les dio a los mexicanos instrucciones para que supieran tocar música de mariachi y ganaran dinero con eso. Luego, ya muy cansado se fue a la sierra de los huicholes, pero estaba tan cansado que ya no pudo hacer más cosas para ellos: solamente *el costumbre*, y por eso nosotros tenemos costumbres diferentes a las de los mexicanos. En el *tukipa*, Cristo ordenó al consejo de ancianos—los *kawiterutsixi*— que hicieran el pueblo, que debía tener *tenanches*, topiles, alguaciles y *tatoán*; cada uno tenía que cargar una vara de palo brasil. Cristo arrancó un rayo del sol y lo sembró en la iglesia. A los cinco días ya había un palo brasil y de allí tomaron las flores y palos para los

gobernantes. Luego, con el tronco hizo un poste que le llamó *arwasirin* donde serían castigados los mal portados, luego hizo el cepo.

Les dijo a los ancianos que ya estaba muy cansado y que iba a hacer una cruz para descansar. Los kawiterutsixi hicieron la cruz y, mientras la hacían, Cristo les dijo que había que hacer un carnaval: que los toros iban a ser sacrificados por un niño que no tuviera pecado. El toro iba a traer la lluvia, porque era en realidad una serpiente de Nakawé, que había que sacrificar. En el carnaval tenían que cantarle a Cristo y bailar el mitote con sus coronas. Luego salieron los santos de la iglesia y, para refrescarlos, Nakawé ordenó que se aventara *sotol* y que ella lo convertiría en lluvia.

Los santos rodearon al niño toro y lo sacrificaron. Cristo estaba ya muy cansado y decidió descansar. Con un santo llamado Nacario, mandó al Palacio Nacional una carta diciéndole al general Ramón Corona que no lo traicionara con los judíos, e hizo que en la mesa de poder escribieran: “Cristo rey Lozada, quien inventó la vida”. Y así hicieron la mesa de poder, y por eso tiene cinco cruces y la firma de Cristo rey Lozada.

Luego llegaron los judíos comandados por Ramón Corona y el Santo Nacario, quien por treinta monedas de plata le había dicho dónde estaba Cristo, quien tenía un ojo en la frente y otro en el mentón, los pies chuecos: ya no hablaba huichol, sólo español. Cristo se alzó sobre los cinco pinos que se habían convertido en una cruz. Luego compró unos clavos y los judíos lo atraparon. Con la ayuda del muchacho borrego, Cristo escapó y los judíos patearon tanto al borrego que lo dejaron hinchado para siempre.

El sol le dijo a Cristo que se tenía que entregar, y así lo hizo. Cuando iba de regreso, encontró a la Virgen quien quiso bailar con él, pero él corrió para que lo subieran a la cruz.

Así, fue clavado por los judíos en una cruz que medía ciento cincuenta mil metros. La Virgen entonces le enseñó las piernas y se le insinuó, pero Cristo no hizo nada. Cuando Cristo le iba a ver las piernas, entonces las madres de la lluvia, que estaban muy tristes por ver sufrir tanto al niño, mandaron a un ciego para que lo pinchara. El ciego le pinchó con un sable uno de los costados, de donde brotó sangre que le pintó los ojos y vio que había matado a su dios.

Entonces Cristo en su cruz se elevó tan alto, que fue a descansar arriba del Sol. También los santos murieron con él. Y así es la historia de Cristo. Gracias. (*huichol*)⁵¹

Se describen aquí los movimientos y acciones de la Judea —hombres pintados que persiguen a Cristo y representan el mal—, las autoridades, y público durante la Semana Santa —que aquí se identifica abiertamente con los rituales propiciatorios de

lluvias. La fiesta incluye la escenificación del Evangelio según lo recuerdan los nativos, la fundación del pueblo y de la iglesia, el nacimiento del sol, el reparto de bienes entre etnias, y personajes de un episodio histórico real en el cual participaron los indígenas de Nayarit: la rebelión de Manuel Lozada en el siglo XIX; Ramón Corona fue su principal contrincante. También lucharon en la Guerra de los Cristeros, de quienes adoptaron el estandarte y lema de Cristo Rey.

Mezclado con *Hatsikan* y las estrellas matutina y vespertina —atuendos y colores, delitos, tentaciones carnales—, el Cristo de los coras es perseguido por los *negros* —los borrados de Semana Santa. Lo que *borran* son sus nombres y personalidades reales, enmascarándose y tiznándose con carbón el primer día, con carbón y cal el segundo, con carbón, cal y rojo de pitahaya el tercer día —ahora, poseen una rica paleta acrílica multicolor venida del exterior. Solamente disfrazados, siendo otros, pueden capturar al Nazareno y matarlo, ejercer la maldad, apoderarse de la iglesia y desobedecer, imponiendo el caos al pueblo, anulando toda autoridad fuera de la suya. El Sábado de Gloria los miembros de la Judea se desborran, bañándose en el río y destruyendo sus máscaras y sables, volviendo a adoptar sus verdaderos nombres.

En el relato, para engañar a sus perseguidores, los aliados a Cristo responden que cuando pasó la vaca era sólo una y no muchas; que el árbol enorme estaba todavía chico —son variantes diferentes de las cosechas que maduran aceleradamente en todas las demás narraciones.

NACIÓ UN HIJO de Nuestra Madre. Cuando creció se fue, anduvo caminando. Nuestra Madre salió a buscarlo, caminó lejos, hasta el lugar arriba del oriente y allí preguntó.

—¿No ha llegado nadie aquí?

—Lo vieron en el poniente. Está allá, por allá lo vieron —le respondieron.

Dio la vuelta al saberlo y se encaminó al poniente. Allá volvió a preguntar:

—¿No ha llegado aquí nadie?

—No.

Le preguntó a su mismo hijo, sin reconocerlo:

—Nunca lo hemos visto por acá.

Engañó a su madre. Ella se fue hasta el norte y preguntó:

—¿No han visto a mi hijo?

—No lo hemos visto por acá —le respondió.

Dio la vuelta y fue caminando al lugar del sur, de los antepasados, porque alguien le dijo que allí estaba; preguntó en el sur, en el lugar de la lluvia.

—Anda por acá uno que va peregrinando por el mundo, camina sin rumbo. Roba y asesina.

Guardó su madre todo en la memoria, cuando se enteró. Caminó el mundo entero y lo buscó por la montaña, entre las flores, debajo del polen, entre los pinos. Allí encontró a su hijo, sin reconocerlo.

—¿No has visto a nadie? —le preguntó él.

—No vi a nadie —le contestó la peregrina—. Ando por el mundo pero no lo he visto.

—Ve a buscarlo y lo encontrarás; yo no te diré nada, porque a nadie he visto—. Así engañó a su madre.

Ella siguió buscando, casa por casa, preguntando a la gente. Anduvo preguntando hasta que por fin, sin hallar a nadie, buscó en el oriente. Se detuvo. Ordenó al guardián.

—Busca a mi hijo y agárralo, donde lo encuentres.

Había negros. Por eso se quejó con los soldados y ordenó que lo agarraran. Por todo el mundo lo buscaron, preguntaban por el camino: —¿Han visto a un niño con una prenda roja y amarilla?

—Vino hace mucho tiempo. Tenía yo una vaca cuando llegó y ahora ya son muchas. Continuaron su camino y preguntaron otra vez.

—¿Vino por aquí un niño? Lo andamos buscando.

—¡Seguro! Vino hace mucho, cuando estaba chico todavía este árbol.

Lo siguieron hasta llegar cerca del norte. Por allí andaba caminando y lo hallaron entre la yerba. Lo agarraron, lo amarraron, lo trajeron con su madre y lo entregaron.

—Aquí está el que mandaste a traer.

—Vayan y péguenle con correas de cuero.

Los negros no obedecieron, le pegaron con machetes. Se lo llevaron por el camino, regresaron con él para entregárselo a su madre.

—No les dije que le dieran con el machete —los regañó—. No cumplieron con mi encargo, así no lo recibo. Llévenselo de nuevo.

—No —dijo el mismo niño—. Háganme una cruz, que la hagan los artesanos. Que la hagan ellos para que allí me pongan. Que hagan unos clavos.

El que sabía hacer clavos los hizo, los entregó. Y el carpintero hizo la cruz que le encargaron y la entregó.

—Pónganme en la cruz, allí voy a morirme —volvió a decir.

Los soldados lo hicieron. Lo pusieron en la cruz, lo clavaron. Allí se quedó.

—Pongan atención, en cualquier momento vuelvo.

El Centurión lo mató. Allí murió. (*cora*)⁵²

TATA DIOS bajó al mundo. Tenía en su casa muchas grandes ollas llenas de tesgüino fuerte. Al otro lado del río Hueráchic, en las barrancas vivía el Diablo, que era muy pobre y sólo tenía un jarrito de tesgüino corriente. El Diablo y su hermano convi-

daron a Tata Dios para que fuera a beber con ellos. Aceptó. Le dieron el jarro y la jícara, y se sentó a beber; pero no pudo emborracharse porque no había suficiente licor. Cuando se vació el jarro, dijo Tata Dios: —Ahora vamos a beber tesgüino a mi casa; yo también tengo.

Aceptaron la invitación, se fueron todos juntos y Tata Dios les dio una grande olla llena de tesgüino y una jícara para beberlo.

No dejaron de beber, entreteniéndose al mismo tiempo en cantar como los mexicanos, hasta que rodaron por el suelo completamente ebrios. Ya muy entrada la noche, el Diablo se levantó y se acostó con la mujer de Tata Dios. Cuando ella despertó, se enojó muchísimo, despertó a su marido, quien peleó con el Diablo hasta que éste lo mató. Pero Tata Dios resucitó al rato y dijo al Diablo: —Ahora, ¡sal de aquí y vete lejos!

—Voy a mi casa por mis armas —contestó el Diablo; pero se fue primero a la habitación de Tata Dios, le robó su dinero y cuanto tenía, ocultándolo todo en su casa, a donde fue a buscarlo Tata Dios.

Nuevamente enojado, se puso otra vez a pelear hasta que volvió a quedar muerto; pero volvió a levantarse y ordenó al Diablo: —¡Húndete!

Y desde entonces se hundió el Diablo y ha permanecido debajo de la tierra, mientras que Tata Dios continúa en su casa.

Un día, al amanecer, se vieron todos los campos llenos de ovejas. Tata Dios pintó sobre una losa unas figuras semejantes a pisadas de venados, con lo cual dio origen a estos animales.

Cuando Tata Dios volvió al cielo, llevaba en la mano derecha un gallo que colocó arriba de una palma. El ave cantó tres veces, mientras que Tata Dios ascendía al cielo. Desde entonces, siempre que sale el sol, los gallos que hay en la tierra responden, cuando oyen cantar a los que están en el cielo.

Desde que Tata Dios se fue al cielo, nunca ha vuelto, pues está disgustado con los tarahumares y quiere destruir el mundo, pero la Virgen le dice: —No te metas con ellos; me da lástima la familia que dejamos—. Por esta razón, subsiste el mundo.

Cuando Tata Dios se fue, dijo: —Voy a dejar aquí dos cruces—. Y colocó una cruz en el extremo del mundo donde nace el sol, y otra donde el sol se pone. Usa la del oriente cuando sube al cielo y cuando viene a visitar a los tarahumares; y deja la del oeste para que al morir los tarahumares vayan al cielo. Los tarahumares viven entre estas dos cruces, y aunque quisieran ir a venerarlas no pueden porque los separan de ellas los mares. Por lo mismo clavan frente a sus casas pequeñas cruces, ante las cuales celebran danzas. Y Dios baja a comer junto a las cruces. Sólo se come el alma o sustancia de la comida, cuyos restos deja para los pobres. (*tarahumara*)⁵³

UNA MUJER TENÍA tres hijas. Una de las muchachas no quería casarse. Entonces, el hombre que la pretendía buscó un remedio para enamorarla: dejó tres flores allá en el arroyo.

Cuando la muchacha bajó al arroyo, recogió una flor de sural y la guardó en su camisa. Luego regresó a su casa, donde estaba su madre.

—¿Qué crees que traigo aquí?—. Buscó debajo de su camisa, pero ya no encontró nada. Ya no encontró la flor y no la pudo sacar, no sabía dónde se había caído.

Cinco días más tarde estaba enamorada y se casó. Otros cinco días después ya estaba embarazada. Entonces su esposo la dejó, se fue. Cuando caminaba muy lejos, descansó, cortó la corteza de un palo, se durmió y tuvo un sueño. Cuando despertó encontró una carta en su sombrero, la miró, y regresó después con su esposa.

Ella le encargó conseguir una choza, porque ya estaba para parir. Entonces, él fue a una casa a pedir posada pero no se la dieron. Dondequiera que fuera, no le daban permiso. Por eso construyó una choza de carrizo para que ella pudiera parir.

En la casa grande no les permitieron quedarse. Por eso, se cuenta que el hombre que vivía en este lugar se durmió y al día siguiente, cuando amaneció, ya todos se habían convertido en puercos.

Cuando cantó el primer gallo, la mujer llamó a la gente para que cuidaran al niño, pero no quisieron venir.

A los cinco días el niño ya estaba bastante grande, otros cinco días después ya caminaba; se alejó bastante y se fue a jugar a orillas del río.

Más tarde, los diablos quisieron agarrarlo. El niño ya estaba grande y se fue muy lejos. Entonces encontró a un hombre que trabajaba en la milpa y le preguntó: —¿Qué vas a sembrar?

—Voy a sembrar puras espinas —le contestó el labrador y, cuando se volteó, vio que había puras espinas.

Se fue más lejos, luego encontró otro labrador.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó.

—Estoy arando —contestó.

—¿Qué vas a sembrar?

—Voy a sembrar puras espinas.

Siguió adelante y encontró a otro labrador.

—¿Qué estás sembrando? —le preguntó.

—Siembro puras piedras —le contestó. Cuando volteó, vio que había puras piedras.

Caminado más adelante, encontró otro labrador.

—Estás trabajando. ¿Qué estás sembrando?

—Lo que Dios me mande.

Cuando volteó, vio que ya había frijol y maíz.

Mientras que el niño cada vez caminaba más lejos, le dijo a la gente: —En caso de que pasen por allí unas personas, díganles: “Aquí pasó cuando apenas estábamos sembrando”.

Siguió más adelante, llegó a un lugar donde había otra persona trabajando, y preguntó: —¿Qué estás sembrando?

—Puras espinas.

Le dijo: —Si te preguntan por mí, diles: “Por este camino lo pueden alcanzar, por aquí pasó cuando las espinas todavía estaban chiquitas”.

Caminó más adelante, ya casi lo alcanzaban. Pensó el niño: “Voy a esconderme en una palmera, si preguntan a dónde se fue el niño, ella va a responderles que nadie lo ha visto”.

Lo buscaron, pero no lo pudieron encontrar. Entonces, uno de ellos dijo: —¿Por qué no tumbamos la palmera? —y la abrieron. Adentro estaba el niño, pero no lo pudieron agarrar, escapó.

Entonces fue y se escondió en una mata de plátano. Lo buscaron, pero no lo pudieron encontrar. Lo buscaron y buscaron, sin encontrarlo. Al fin, les dijeron que se había escondido en un plátano. Ellos tumbaron el árbol, agarraron al niño, le pegaron y luego lo dejaron ir.

Se fue de este lugar y dijo a una persona: —No le vayas a decir a mi mamá que ya me fui —porque lo andaba buscando, supo que le pegaron.

No llegó lejos, cuando lo alcanzaron le dijo a un borrego: —Quédate aquí, yo voy a ir más lejos.

El borrego se quedó allí, pero el niño no llegó muy lejos. Lo agarraron y le pegaron. Su madre lo alcanzó: —¿A dónde vas? —le preguntó.

—Voy para allá —respondió.

—No te vayas —le dijo. Entonces el niño regresó y llegó a donde había dejado al borrego.

—Vine, pero no me voy a quedar —le dijo al borrego—. Me quieren matar, quédate tú aquí. No llores si te golpean. Si te matan, no vayas a maldecir el nombre de Dios. Vinieron los hombres y golpearon al borrego, sin que llorara. El niño se fue. Siempre querían matar al niño, al borrego lo dejaron ir.

Entonces el niño le dijo a su madre: —Estos hombres me quieren devorar. Mejor hazme una cruz; si estoy en la cruz, ahí no podrán atraparme.

Ella mandó hacer una cruz y se la hicieron.

—Aquí me voy a quedar —dijo el niño a su madre. Ya sabía dónde se iba a quedar él—. Para que no me devoren los diablos, háganme una cruz.

Quería que ellos levantaran la cruz, pero los diablos no la querían ver, tuvieron mucho miedo. Nunca la levataron, y él encargó otra. Le hicieron otra cruz.

Así habló ahora: —Ya no me pueden devorar, porque los vencí.

Después de que ellos hicieron la cruz y la levataron, dijo: —Me ganaron.

Lo hirieron y después de que levataron la cruz él se quedó allí. Lo llevaron y lo dejaron en la iglesia. Allí levataron la cruz.

Buscaron a un ciego y le dijeron: —Parte una sandía—. Le dieron un cuchillo para cortar la sandía, y lo clavó en la sandía. Salió sangre y salpicó a todos; y la sangre roció su ojo, entonces el ciego pudo ver y dijo: —¡Dios me ayude!, porque maté a mi amigo. (*mexicanero*)⁵⁴

CUANDO ANDUVO CRISTO, los demonios lo persiguieron. Si en algún lugar estaban sembrando, Cristo pasaba y al día siguiente ya se podía cosechar. Pasó Cristo por un lugar donde estaban sembrando un palo de manzanas; a la mañana siguiente cosecharon manzanas. Después pasó donde estaban sembrando maíz; también, al día siguiente pudieron pizcar mazorcas. En otro lugar estaban sembrando piedras; al siguiente día ya estaba la montaña. Finalmente pasó donde estaban sembrando caña. Le ofrecieron a Cristo una jícara de tepache para calmar la sed. Cristo bendijo el tepache con la zurda y siguió caminando. Cuando llegaron los demonios, se emborracharon con el tepache, ya convertido en aguardiente. (*cuicateco*)⁵⁵

NUESTRO SEÑOR PASÓ por Zinacantán cuando lo perseguían los judíos. Un paisano nuestro sembraba maíz.

—¿Qué estás plantando? —le preguntó Nuestro Señor.

—Planto árboles, planto piedras —le contestó el hombre.

—Ah —dijo Nuestro Señor—. Bueno, si alguien pregunta por mí le dices que cuando pasé apenas estabas sembrando los árboles y las piedras.

—Está bien, eso les diré.

Ese mal hombre no sabía que era Nuestro Señor a quien le había echado mentiras. Pasaron entonces los diablos. —¿No has visto pasar a un hombre? —le preguntaron.

—Pasó cuando yo estaba sembrando árboles y piedras—. Y su terreno estaba de veras lleno de piedras y de árboles. No salió maíz donde lo había plantado.

Siguió Nuestro Señor y se encontró a otro sembrador.

—¿Qué haces? —le preguntó.

—Planto maíz. A saber si crezca...

—Ah —dijo Nuestro Señor—. Bueno, si alguno pregunta por mí le dices: “Pasó cuando estaba sembrando mi milpa”. Les dices eso a los que me vienen persiguiendo, por favor.

—Está bueno —dijo el paisano.

A los tres días llegaron los perseguidores. El maíz ya estaba alto y maduro; algunas matas hasta tenían mazorca. El maíz creció inmediatamente porque el campesino respondió correctamente.

—¿No has visto pasar a un hombre? —le preguntaron esos diablos, los Júdases.

—Pasó cuando estaba sembrando mi milpa. Pasó hace tiempo, ya maduró mi maíz.

—¡Ah, carajo! —dijeron los Júdases—. Vamos a ver si lo podemos encontrar.

Siguió Nuestro Señor. Cuando los Júdases estaban por agarrarlo, apareció un ángel en el camino. Defendió a Nuestro Señor con una espada y los Júdases se devolvieron. Pasaron los años, Nuestro Señor creció, se hizo hombre. Nuestro Señor ya estaba viejo cuando lo agarraron. Él mismo se entregó. No le importaba si lo castigaban. Llevaba su cruz, una cruz muy pesada. Los Júdases lo picaban por atrás, con un palo. Ya no le quedaban fuerzas a Nuestro Señor. Ya había llegado hasta donde podía, había logrado engañarlos mientras le fue posible.

Lo colgaron de la cruz, los Júdases fueron quienes lo colgaron. Y lo enterraron; lo pusieron bajo unas lápidas. Y allí se estuvieron, acucillados, cuidándolo. Tres noches lo velaron, pero a los cabrones les entró sueño y se quedaron dormidos. Nuestro Señor se salió de la tumba, aventó la piedra y la lápida se convirtió en el cielo. Se levantó cuando se creó el firmamento.

Y los cabrones Júdases no lo hallaban por ninguna parte.

Salieron varios a buscarlo, pero ¿cuándo lo iban a hallar? Ya Nuestro Señor estaba sentado en la Gloria.

Y entonces cayó una tormenta terrible sobre los diablos. Trataron de agarrarse de las rocas, trataron de treparse a los árboles. ¡Ay, Dios!, algunos fueron alcanzados por los rayos. Algunos murieron por el relámpago y otros se ahogaron.

Los diablos que estaban cuidando cuando Nuestro Señor escapó caminan desde entonces, con la idea de volver a hallarlo. Aunque viajen, nunca lo encuentran.

Esos Júdases van errantes, para siempre, porque no mueren. A la fecha, caminan y así caminarán hasta que se termine el mundo. (*tzotzil*)⁵⁶

ANTES, HABÍA UNA PRINCIPAL que era una virgen, y el gobierno dijo que a ver quién se casaba con ella. Para poder casarse con ella, se les iba a dar a todos un palo; si floreaba cuando alguno lo agarrara, ése se iba a casar con la virgen. Primero pasaron todos los ricos, pero a nadie le brotó la flor. Al final dijeron que trajeran al que cortaba pinos, al carpintero José. Cuando tomó el palo de la punta dizque salió una flor llamada sural, muy bonita. Entonces él se queda con la principal.

Así nació un niño que al principio se llamaba Nazareno. Pero la principal dijo que

San José no la había tocado. Entonces el gobierno dijo que mataran a San José por no cumplirle, pero el Nazareno dijo que no mataran a su papá. Entonces, para que no lo mataran, él se vistió como su papá. Cuando su mamá estaba dormida, llegó y se acostó con ella. Pero ella no supo que no era San José, sino su hijo. Cuando se dio cuenta se enojó mucho y acusó a su hijo con el gobierno; entonces ellos lo fueron a buscar.

Pero, para entonces, ya el Nazareno había huido. Se transformó en varias personas y entonces creció. Fíjate: entre Navidad y Carnaval, el Nazareno ya había crecido como hombre. Entonces, en las Pachitas anduvo bailando con su mamá y ella no se daba cuenta con quién *pachiteaba*. Pero luego se dio cuenta y entonces lo delató.

Él pudo escapar durante catorce años, convirtiéndose cuando llegaba a cada uno de los cuatro rumbos cardinales. En cada rumbo se convertía en algo diferente: en un buey, en un caballo, en un burro, en un árbol. Vio muchas cosas cuando escapó. Vio a un señor que estaba arando, quien le dijo que puras espinas iba a sembrar. Luego otra vez se encontró a otro hombre que le dijo también que estaba arando puras espinas. Luego encontró otro hombre y le dijo que estaba arando puras piedras. A cada uno que encontraba, le pedía que dijeran que no lo habían visto, y que él convertiría sus espinas y piedras en frijoles y maíz. Que si venían unos diablos llamados Judíos no les dijera que se iba a esconder detrás del pino.

Una vez, cuando los diablos estaban muy cansados, pensaron en descansar bajo un árbol de chalate, donde había un buey amarrado. Ahí se tiraron y cuando despertaron ya no había ni árbol ni buey: el Nazareno los había engañado. Luego lo vieron como un burro, pero se les escapó.

El Nazareno se convirtió en un tigre, que es la fuerza, y en el camino se encontró a una ancianita con un bastón. El tigre le preguntó si tenía tabaco para chupar, y la anciana le dijo que sí tenía, que si quería le daba. Pero la anciana le mintió y le dio marihuana. Entonces el tigre empezó a chuparla y se emborrachó, quedándose dormido. La anciana tomó un machete y le rebanó el pito que envolvió en una hoja de maíz.

Luego vio grande la luna y dijo que iba a ir ahí para cocer aquello. Tocó en la luna, que era la casa del diablo, y cuando le abrió el diablo, la anciana pidió que de favor la dejara cocer su tamal. El diablo la dejó pasar.

Cuando la anciana quitó las hojas, el diablo vio entonces la cabeza del Nazareno, que ya era la de un tigre. Se asustó muchísimo y salió corriendo. Luego llegaron otros diablos y vieron aquella cabeza de tigre, se dieron cuenta de que era lo que andaban buscando.

Cuando lo quisieron agarrar, el Nazareno saltó hacia el cielo y entonces toda la tierra les cayó encima a los diablos. Esto duró cinco días. Luego, al final, el Nazareno se dejó atrapar, porque así lo quiso el Sol.

Cuando lo atraparon, hicieron una cruz de madera de pino y ahí lo colgaron. No se quería morir y nadie lo quería matar. Entonces, se acordaron de un ciego, y lo fueron a llamar. Le dijeron que si quería matar a ese hombre que estaba colgado en esa cruz. Pero él dijo que no, que no le había hecho nada. Entonces los diablos le pusieron la lanza en una mano, lo empujaron y clavó al Nazareno. Al clavar la lanza, de los ojos del Nazareno brotó un gran chorro de sangre, y en ese momento el ciego pudo ver. Entonces se dio cuenta de que había matado a su Padre Jesús. Los diablos se volvieron locos y entre ellos mismos se mataron. (*cora*)⁵⁷

CUANDO SE ABRIÓ el mundo, primero el Padre Eterno creó a los demonios y a las serpientes. Bajó la Virgen del cielo, el Espíritu y el niño Jesús. Todo estaba oscuro. Cuando se movió el vientre de la virgen, San José se avergonzó y se fue. Descansó en un loma, cuando bajó del cielo el ángel de la guarda. Mandó a José a que regresara con María. Le dijo que bajó el dueño del mundo. José regresó.

María y José anduvieron nueve noches y al final les dieron un corral. El niño no nació del vientre, sino que bajó y se paró al pie de la Virgen. Entonces se abrió el mundo y se quitó la oscuridad. Las serpientes que estaban paradas, se tiraron al piso y se escondieron dentro de las cuevas. Se quedó Sol, Luna y Estrella, pero los demonios se escondieron en el suelo.

Los judíos persiguieron al Niño, también los demonios y el aguardiente. Cuando los judíos preguntan por el Señor, les dicen que no ha pasado, y en lugar de agua les dan aguardiente. Así los judíos no lo alcanzaron.

Jesús entregó su cuerpo en Jerusalén. Los judíos enterraron a Jesús para que no saliera, pero a los tres días salió. Dios es como una mariposa. (*cuicateco*)⁵⁸

EL SEÑOR HIZO LA LUZ del día y vio que todo era bueno; la gente, los hombres que había hecho eran buenos. Pero la gente que creó Caifás era como él; los hombres salieron como él: es decir, malos.

Itom Acai hizo los templos y fijó seis mil años de prueba para ver si el mundo volvía a Dios o a Caifás. Durante esos seis mil años el diablo hará todo lo posible por ganar. Aún nos quedan cuatro mil años. [...]

Hace mucho tiempo vivían dos esposos, José y María. María estaba preñada. José sabía su culpa en ello y los dos estaban muy avergonzados. Pero se le apareció un ángel a María; le dijo que no temiera, porque iba a dar a luz a Jesús. El ángel les dijo además a José y a María que no se avergonzaran, pues era obra del Espíritu Santo. Después, tomó aparte a José, y sólo a él le dijo que no por eso abandonara a María. María y José regresaron a Belén. Como no había alojamiento para nadie, tuvieron

que ir a un establo, donde nació el niño. A este lugar llegaron los *Bahi Reyesim*, los Tres Reyes, a ver al niño Jesús. Estos Bahi Reyesim que venían del Oriente, trajeron regalos y adoraron al niño.

Entonces, Poncio Pilatos se puso a perseguir al niño Jesús y a su familia porque tenía miedo; pensaba que el niño debía ser muy importante si tres reyes habían venido a visitarle desde tan lejos. Durante algún tiempo, el ejército de Poncio Pilatos persiguió al niño Jesús hasta que finalmente lo mató. Sin embargo, al final Itom Acai aparece y los Bahi Reyesim, triunfan. El ejército de Poncio Pilatos es destruido. De ese modo, la voluntad de Itom Acai es suprema y los judíos, *pariserom* (los fariseos de la Semana Santa), lo deben matar por haber desobedecido su voluntad. Los *pariserom* tomaron el poder y olvidaron que sólo Itom Acai manda.

Itom Acai enseñó, curó, fue perseguido y crucificado y apareció en el valle del río Mayo, como en todas las demás partes del mundo. Cristo viajó por el valle curando a los enfermos y enseñando. Los *pariserom*, al final, lo persiguieron hasta el desierto, hasta los bosques de mezquite. Ahí lo apresaron y lo llevaron por el río al bosque de álamos, donde lo crucificaron.

El Sábado Santo los *pariserom* son bautizados redimiendo a los hombres; sus máscaras y espadas de madera son destruidas. El domingo de Resurrección, los *pariserom* son alimentados con pan y vino por las *Bahi Mariam*, las Tres Marías. Ellos se resisten, porque esta alimentación de la Iglesia y de Dios simboliza su último castigo de Dios por haber crucificado a Itom Acai. Los *pariserom* se convierten nuevamente en hombres. (*mayo*)⁵⁹

NAGUALES, SANTOS Y QUERELLAS

Al hablar de nagueles, el relato tiene más un tinte testimonial que narrativo. Tal vez el carácter de los textos se deba a que semejantes seres extraordinarios son ajenos a la cultura de quienes recolectan las historias, por lo cual se considera que debe explicarse exactamente un concepto tan ajeno al oyente. No deben tener ese tinte al contarse entre pares. Tanto los narradores como los recopiladores quieren dejar claro de qué hablan, y no ser juzgados con el mismo prejuicio religioso que durante cuatro siglos trató estos asuntos como heréticos y los calificó como hechicería o superstición. Dada la ausencia de algún ser equivalente en la cultura no india de México, la palabra *nagual* o *nahual* ha sido objeto de muchas confusiones. Comenzaré con la amplia explicación que me dieron en San Mateo del Mar, para aclararme el panorama, hace casi cuatro décadas:

LOS *MONTIOC* SON NAGUALES, son rayos, lluvia, vientos. Hacen milagros, son los que rápidamente forman nubes y tempestades. Antes, la mayoría fue montioc; cuidan y defienden el pueblo, curan todo. Ellos trajeron las campanas y las piedras de la iglesia. También se les llama *neombas iok*: los que tienen doble de nube. Sueñan sin decirle a nadie; pero empiezan todo, inventan todo; así se aprendió a tejer y a hilar, a sembrar y a pescar.

Los nagueles hacen muchos sacrificios, ayunan, no tocan a sus mujeres cuando tienen un trabajo. Antes, las autoridades eran montioc y los nagueles vigilaban a las autoridades y las castigaban si no cumplían. En el juego del Garabato se hace una representación de estas autoridades-nagueles peleando contra del diablo.

Cuando son viejos, se acuestan en su cama de penca, los tapan con una sábana y en un rato vuelven a hacerse niños; se sienten nuevos. Con su pura mente se purifican, con su pura fe se sienten otros, con su pura creencia ven y sueñan.

El montioc que dice cuál es su poder, lo pierde; es delicado. No pueden pelear con sencillos, sólo deben ocupar su poder para ayudar a su gente, no debe desperdiciarse en cosas que no valen la pena; pero cuando se pelean como personas, no acaba allí el pleito; tienen que pelear como naguales.

Para viajar, usan cabrestos de caballo y un saco o cobija de lana negra de borrego. Cuando quieren viajar para hacer algún trabajo tienden su saco y se paran en medio. Entonces hacen milagros y el saco se vuelve nubes y con ayuda de la mujer que es viento del sur, se van en esa nube.

Los naguales del Valle, del oriente, presumen mucho. También hay naguales *möl* —fuereños— pero les ganan los rayos huaves. El último nagual del pueblo fue Luis Pérez. Ya no hay naguales, ya nadie cree, ya no hay respeto.

El *ombas* es el doble, el animal compañero —de monte, de aire o de agua. Dios lo escoge. Cada persona tiene tres naguales: uno es el principal y los otros dos no son tan importantes. Una persona muere verdaderamente sólo cuando se muere su nagual principal; por eso hay algunas personas que se pueden morir hasta tres veces; pero a la tercera vez ya no lo van a tratar de levantar, ya está ganado. Si alguno se muere y vuelve a revivir, quiere decir que el nagual que cayó no fue el principal. Los que hacen las diligencias para levantar el nagual, a veces sueñan qué animal es y en dónde está el peligro: así van a poder curar mejor al enfermo.

El que ve la cara de su nagual va a tener mucho poder. Antes se podía saber cual era el nagual más fácilmente, porque la gente tardaba para bautizarse; ahora ya no, ya no se dejan ver cuando la persona lleva agua bendita. El nagual no puede ser un animal cualquiera que no puede defenderse; tiene que ser un animal que tenga aunque sea un poco de poder.

Las madres ven a sus hijos para saber qué animal es su nagual: cuando el niño duerme sin cerrar los ojos, quiere decir que su nagual es culebra. Cuando a una persona le ladran mucho los perros y lo siguen siempre, su nagual es el tlacuache o cualquier otro animal del monte. Cuando una persona no se puede estar quieta y de cualquier cosa brinca, su nagual es tigre. Se sabe que una mujer es viento del sur o es culebra, por la manera como se mueve al caminar. Un hombre es culebra si camina agachado, por abajo.

Los *nea wüiy neai* son personas que se transforman en animales. Cuando la campana toca a las ocho, da primero ocho repiques, es la licencia para los que se transforman; luego da otros dos repiques, es la licencia para los muertos que no son muertos ver-

daderos. Cuando la campana toca a las cuatro o cinco de la madrugada, los que salieron a pasear deben volverse a transformar en personas, si no, se tienen que quedar de animales hasta el día siguiente. Los nea wüy neai se transforman en la casa de la cruz, allí dejan su ropa. Si de día se ve por las cruces alguna ropa o algún animal, no debe de tocarse porque tal vez ese animal sea un brujo y si se le molesta, puede vengarse: te va a meter un camarón o sapo en la barriga.

Pero no todos los que se transforman son brujos; otros se transforman nada más para ir a pasear de noche o para hacer alguna cosa con otro nea wüy neai, o para divertirse. El que se transforma debe juntarse con un viejo que ya sabe, para que le enseñe; debe seguirlo de aprendiz. Al nea wüy neai se le puede distinguir fácil de un animal cualquiera porque tiene el culo más alto que un animal de verdad. Así se les conoce. (*huave*)⁶⁰

No siempre hay tres animales compañeros, como sucede en el caso de los huaves; no es lo más común. Quienes se transforman para hacer mal suelen considerarse brujos, a diferencia de los nahuales, que suelen ser buenos —si bien enormemente poderosos. El tonal o tono es también el acompañante animal del alma; es energía vital también. El concepto es muy complejo y la literatura al respecto es abundantísima. Los nahuales comparten rasgos, espacios y acciones con dioses y héroes mitológicos, santos y vírgenes que fungen como patronos en los pueblos, ancestros civilizadores, grandes benefactores y líderes, chamanes, curanderos o rezanderos poderosos —o maleantes notables, malévolos e irreductibles. Sus hazañas casi siempre son para defender al pueblo contra vecinos perversos o enemigos poderosos; las campanas robadas, los santos que se mudan de lugar, las iglesias levantadas de momento son proezas de nahuales.

Pueden encontrarse, por pilas, las historias de mujeres y hombres que se transforman. Se narra también la manera en que se transforman, cómo esconden los pies o las piernas y vuelan con alas de petate y cómo se termina con aquellos que, arrepentidos, son vencidos por el bien y aniquilados con agua bendita. La contaminación de la voz evangélica y moralizadora es universal en todas las etnias; los sacerdotes —en la narrativa indígena— pasan gran parte del tiempo, al parecer, exorcizando criaturas malévolas —la otra parte se les va engañando a sus feligreses, seduciendo mujeres o batallando con pícaros.

MÁS ANTES, por la Huasteca había muchos nahuales que se transformaban en tigres cuando querían agarrar a una persona y comérsela. Un día dos arrieros se quedaron en una casa para dormir y el dueño de la casa les dejó el tapanco para acostarse.

Uno de los ellos no podía dormir y vio que las mujeres de la casa estaban moliendo

el nixtamal. De repente, en la madrugada, vio al dueño de la casa que regresaba con una mujer desnuda, güera y muerta. La destazó y las mujeres de la casa prepararon tamales con la carne. El arriero había visto todo, y pensó: “de seguro este hombre es un nahual”.

Rechazó la oferta de tamales que le hizo el dueño. Su compañero, que estaba dormido cuando sucedió todo, sí se comió esos tamales. A la mañana siguiente, los dos arrieros se fueron. En la noche se pararon para dormir. El arriero que se había dado cuenta de lo que había hecho el nahual, se cuidó. Puso su cobija y la relleno de yerbas y piedras para hacer creer que él dormía adentro. Después se sentó en un lugar oscuro, con un cuchillo en la mano. Cuando dieron las ocho de la noche, se oyeron gritos en el monte que se acercaban cada vez más. Pensó que era el tigre. Y sí: salió de repente y brincó sobre la cobija, pero no había nadie. Entonces el arriero se lanzó sobre el tigre y lo apuñaló en el corazón. El tigre se fue corriendo y los arrieros siguieron las huellas de sangre. Llegaron hasta una cueva y ahí encontraron un señor herido de una puñalada en el pecho. Cuando amaneció, los dos arrieros se fueron al pueblo y le avisaron al sacerdote. Éste los llevó a la presidencia municipal para poner la queja. Ahí les preguntaron sobre el refugio del nahual. Los arrieros lo indicaron y, acompañados por los representantes eclesiásticos y municipales, fueron hasta la cueva. Encontraron al nahual todavía con vida, lo mataron y enseguida le quitaron la piel. En el pecho hallaron una bolsita de manta con tabaco, que se llevaron. El padre ordenó después a la presidencia municipal del pueblo de Aquismón matar a todos los nahuales de la región; de esta manera se quemaron casi todos los nahuales de la Huasteca. Pero, parece que todavía existen unos pocos, con dientes largos y ojos horribles. Los nahuales pames actuales ya no comen carne humana, sino carne cruda de gallinas, pollos y otros animales domésticos. (*pame*)⁶¹

CUANDO HICIERON el mundo, los padres creadores le dejaron una campana a Nuestro Santo Padre San Lorenzo. ¡Y qué campana! Cuando repicaba, se oía hasta Chiapa, hasta Tuxtla. Los de Chiapa le decían a los zinacantecos, a los hijos de San Lorenzo: —Tráiganse para acá la campana, vengan a colgarla acá.

Los ancestros, tontos, se juntaron y hablaron. No se sabe si fue regalada o comprada; a saber cuánto les pagarían por ella, porque de esto, hace ya tiempo.

¡Puro mano peluda, tiñosos eran los chiapanecos! Tenían los hombros, los brazos, las piernas llenas de pelos. No vayan a creer que tenían las piernas como las nuestras; tenían las piernas peludas, manos peludas. Eran criaturas de lluvia.

Los zinacantecos tenían a Trueno, Viento y Arcoiris. Viento alzó la campana;

Trueno la golpeó y Arcoiris hizo una bóveda sobre ella. Estaba colgada en Chiapa de Corzo, pero al día siguiente amaneció en Zinacantán. Sonaba ya en el centro. Los antiguos se llevaron la campana otra vuelta a Chiapa pero al otro día volvió a amanecer en su lugar. La campana santa no se *halló* en aquel lugar, no estaba a gusto. Por tercera vez se la llevaron a Chiapa.

—¡Cuidado!, a ver cómo les resulta —dijo Nuestro Santo Padre Campana—. ¿Creen que van a poder colgarme?

Nunca pudieron. Los chiapanecos tiñosos de manos peludas eran fuertes, pero no pudieron colgarla. Le construyeron su casita en el atrio; cuando se le mira, echa agua. ¡Cuidado!

Desde entonces la tienen allá, boca abajo, porque ya no se afaná en volver. Perdió Viento, perdió Trueno, perdió Arcoiris. Por su culpa se fue la campana santa.

Pero tampoco a los chiapanecos les resultó. Unos son pobres, otros son asesinos. Otros quisieran siquiera poder comer. La santa campana se enojó y por eso se hicieron pobres los de Zinacantán, como los de Chiapa, por robarse la campana.

Desde entonces viene el castigo, para jóvenes y para viejos. Por eso algunos agarran a las mujeres, otros echan mentiras, ahora otros tienen aparatos de sonidos, son taberneros. ¡Qué bárbaros! ¡Ni para un carajo valen! Nada pueden lograr algunos zinacantecos desde que se desarregló todo. Ese es el castigo hasta ahora de la santa campana. (*tzotzil*)⁶²

LOS HUAVES IBAN MUCHO a Juchitán a vender sus cosas, hacían sus viajes. Un día vieron en el camino que los juchitecos trataban de levantar una campana que habían encontrado. Pero no la habían encontrado, la habían robado. Pasaba un barco para Centroamérica cuando en un de repente se levantó un viento muy fuerte que lo sacó hasta la orilla de la Barra de San Francisco; como el barco era de pura vela, sus dueños tuvieron que bajar el *pesor*. Escondieron las campanas en un palmar, pero los tecos vieron. Las campanas estaban en el Cerro de las Maravillas.

Los juchitecos no podían levantarlas; traían carretas para levantarlas, traían burros, traían caballos para levantarlas. Pasaron entonces por ahí los mareños y vieron que había mucha gente, se acercaron para ver qué estaban haciendo y vieron toda esa gente trabajando, tratando de levantar las campanas.

—Y esas campanas, ¿de dónde salen?

—Son nuestras; las encontramos.

—¿Qué hacemos, vamos a nuestro mandado o nos regresamos?

—Vamos a regresar, a hablar con otros compañeros; estas campanas nos van a tocar a nosotros —dijo el mayor de los huaves.

Se regresaron al pueblo. Llegando, se reunieron todos los naguales y dijeron que iban a traer esas campanas. Y nombraron a otras mujeres, que también eran naguales: eran ciclón y viento del sur. Se fueron a traerlas, ya era de noche y los tecos estaban descansando, porque estaban rendidos. Y se trajeron las campanas entre nubes, con mucho viento, agua, lluvia y relámpagos. Cuando vieron todo esto, los de Juchitán salieron pero las campanas ya no estaban.

Al llegar a San Mateo mandó el Juez de Mandado que salieran a avisar y fueron los pregoneros a llamar a todos. Les empezaron a hacer su casa de palma a las campanas. Y allí siguen escondidas en su casa de palma. No las subieron al campanario, las dejaron abajo para poder cuidarlas mejor, para que estén a la mano, para poder llevarlas a otro lugar en cualquier momento. Y los de Juchitán no las podrán tener jamás ni nunca. Y por eso esa campana no es de este mundo, sino del cielo. Y por eso no se puede tocar por tocar, lo debe mandar el Maestro de la Capilla. La adoran mucho porque es sagrada. (*huave*)⁶³

El pleito fue famoso en la región. La versión juchiteca, de la pluma cristalina de Andrés Henestrosa en *Los hombres que dispersó la danza*, cuenta que los huaves robaron a los zapotecos las campanas. Los chontales relatan la misma historia, junto con la del pleito entre los naguales de ambos pueblos. Lo cierto es que, hasta los años ochenta, las campanas no estaban en lo alto de la torre —suele ser el designio de los campanarios— sino en una casita de palma, en el atrio de la iglesia de San Mateo del Mar.

UNA VEZ, los mareños de San Mateo llegaron al pueblo de Santa Lucía a vender pescado seco y camarón. Les fue bien y cuando regresaron, quisieron subirle el precio. Las autoridades se enojaron y les exigieron que vendieran al precio anterior, mejor se fueron.

Uno de los mareños viejos, enojado, amenazó:

—Se ponen contra nosotros como si fueran muy hombres, porque son muchos y están en su pueblo. Pero espérense a las primeras lluvias de mayo, vamos a regresar y verán cómo les va a ir.

Por eso fue el pleito.

En mayo, con las primeras lluvias, cayó una tempestad terrible. Con el primer aguacero cayeron muchos rayos; uno pegó en la campana de la iglesia y la rajó. Se quemaron el templo y algunas casas. Se deslavó la tierra y el río arrastró varias casas. Allí se hubiera terminado el pueblo, si no es porque los defendió una viejita. Esa mujer era nagueal; su doble era un cometa. Convocó a una reunión y les avisó:

—Voy a llamar a otros compañeros.

Comenzó a hilar su algodón y mientras hilaba se comenzó a levantar una nube. La vieja hiló, hiló y el algodón subía, subía. Se formaron nubes. Así trabajó durante horas.

Paró la lluvia y comenzó la lucha: toda la noche hubo truenos y relámpagos; se oía un rayo seco. Al amanecer volvió la calma.

Los chontales fueron a ver tres manantiales junto al cerro, cerca del pueblo. En el primero había un enorme sapo muerto; en el otro, una culebra, y en el tercero un lagarto. —Ésos son los mareños —dijo la vieja—. Ya ganamos. Si no los hubiéramos matado, acaban con nosotros.

—Ahora, vamos todos a desquitarnos.

Recorrieron los pueblos buscando aliados para pelear con los mareños. Les mandaron un recado:

—Estén listos tal día en tal lugar, para que se vea quiénes son más fuertes: ustedes o nosotros.

Los de San Mateo ya no quisieron pelear; mandaron a tres viejos al pueblo para hacer un trato.

Y desde entonces todos estuvieron en paz, y se tratan de compadres. Y así siguen diciéndose: compadre. Y viven tranquilos. (*chontal*)⁶⁴

Esta otra campana también es motivo de rivalidades entre dos pueblos; aún logra entreverse, en lo alto de la cúpula de una iglesia que quedó sumergida al construirse la presa de Mal Paso, en Chiapas.

HACE MUCHÍSIMO TIEMPO la gente de Tecpatán y la de Tierra Colorada tuvieron una larga y cruel batalla. Tecpatán ganó y obligó a Tierra Colorada a pagar tributo: una campana enorme que serviría para mantener la paz.

La campana fue llevada hasta Tecpatán por los de Tierra Colorada quienes, después de dejarla en el pueblo vencedor, regresaron inmediatamente a su tierra.

Como la campana no pasaba por la puerta de la iglesia no fue posible colocarla en la torre. La gente de Tecpatán decidió por eso que la campana no servía para nada y que sería mejor devolverla a Tierra Colorada.

La gente emprendió el viaje hacia aquel lugar, cargando la campana en largos y pesados palos cargados en la espalda por todos los hombres del pueblo.

No la habían llevado lejos cuando se cansaron. La dejaron en un lugar bajo y regresaron a Tecpatán. Comenzó a formarse un lago alrededor de la campana, que se fue hundiendo poco a poco.

Algunos viejos le contaron a don Irenes que había visto la parte superior de la cam-

pana asomándose fuera del agua cuando eran jóvenes. Se dice que hoy la campana tañe cuando va a haber cambios en el tiempo. (*zoque*)⁶⁵

LOS NAHUALES DE TATALTEPEC de Valdés tuvieron una competencia contra los nahuales del pueblo mixteco que se llama Juan Colorado. La competencia era para ver quién sabía más de la creencia; si sabían más los chatinos de Tataltepec o los mixtecos de Juan Colorado: para ver cuáles nahuales sabían más.

Los nahuales de Juan Colorado tenían un maestro que les enseñaba; también los chatinos tenían su maestro que le enseñaba a sus alumnos. Entonces los nahuales de Tataltepec mandaron un alumno, un muchacho, con un mensaje para los de Juan Colorado. Llegó allí y entregó su mensaje a un grupo de nahuales mixtecos. Después de entregar el mensaje emprendió el camino de regreso a Tataltepec; a mitad de camino se encontró con un señor gordo, el señor habló con el muchacho y le dijo:

—Te voy a alcanzar en el camino; cuando estés caminando te voy a alcanzar.

Ese gordo era uno de los nahuales de Juan Colorado; el muchacho dijo que no le tenía miedo, que lo esperaba en cualquier lugar del camino. El muchacho siguió su camino y llegó a una casa sola, una casa deshabitada; y como ya llegaba la noche se quedó a hacer noche allí. Al rato de estar allí escuchó el rugido de un tigre, un rugido tan fuerte que parecía que se movía la tierra. Pero el chatino no tuvo miedo del nahual mixteco que venía transformado en tigre, enseguida se preparó para recibirlo. Primero cogió una jícara nueva que llevaba en su bolsita de red, y le echó un poco de orín. Después puso un poco de esa orina en cada una de las cuatro esquinas del jacal. Después reunió un poco de zacate en el centro de la casa y se quedó esperando. Cuando el nahual tigre ya estaba cerca, cuando ya estaba por arrojarse sobre el muchacho para comerlo, para matarlo, el chatino prendió un poco de lumbré y encendió el zacate. Cuando prendió el fuego la jícara nueva voló y el tigre quedó encerrado dentro de la casa. Al día siguiente el tigre amaneció muerto y el chatino siguió su camino. Así es como se hace para detener a un nahual, y así se demostró que el chatino sabía más que el mixteco. El chatino ganó la competencia. (*chatino*)⁶⁶

HACE MUCHO, la gente de Guatemala era muy mala. Hace mucho, la gente de Zinacantán iba hasta allá a mercar. Iban a Tabasco a comprar tabaco y lo llevaban a vender a Guatemala.

La gente de Guatemala agarraba a todos los comerciantes y los metían a la cárcel. Les daban licor de caña para que bebieran. Cuando los zinacantecos bebían cuanto

podían beber, caían en una pila. Entonces les cortaban los *huevos*. En la borrachera, no se daban cuenta de que les quitaban los huevos. Los volvían castrados, los convertían en aceite, los engordaban en la cárcel. Así fue como desaparecieron muchas personas.

Cuatro ancianos se sentaron a platicar, porque veían que la gente desaparecía en Guatemala. Lo estuvieron pensando para ver si se podía hacer algo, si cada uno de ellos tenía algo en su corazón.

—¿Cómo puede ser que todos nuestros paisanos mueran en Guatemala? Tú, ¿qué, no sabes algo? ¿Qué, no podremos defendernos? ¿No podemos saber por qué mueren?

—Bueno, yo sé un poquito —dijo uno.

—¿Pero qué es lo que sabes? —preguntaron los otros.

—¿Yo? Yo soy Remolino.

—Aah —dijeron los otros.

—Y tú, ¿tú no sabes algo?

—Yo sé un poquito. Soy Trueno, seguro.

—Y tú, ¿tú qué sabes? —le preguntaron al siguiente.

—¿Yo? Yo soy Halcón.

—Bueno, con eso ya se puede —le dijeron.

—¿Y tú?

—Yo, yo soy un Moscardón.

—¡Carajo!, está bueno para jugar con ellos. No tenemos nada de qué preocuparnos. Vamos a ver si se los están comiendo, o que cosa es lo que les están haciendo a nuestros paisanos, que siguen desapareciendo.

Ahora ya era cosa seria. Los cuatro ancianos se fueron juntos a buscar un buen lugar. Encontraron una cueva grande bajo un barranco. Ocuparon esa cueva como casa. Primero mandaron a la Mariposa: —Ve, Mariposa —le dijeron Trueno y Remolino—. Fíjate lo que le están haciendo a nuestros paisanos.

Mariposa voló por la puerta de las barracas. Vio a los soldados.

Se asomó por la puerta de la cárcel. Todos nuestros paisanos se amontonaban en la cárcel. Voló de regreso.

—¿Qué viste? —le preguntó Trueno.

—Los soldados andan regados por todos lados, divirtiéndose. Nuestros paisanos están allí, es cierto. Los tienen amontonados en la cárcel.

—¿No pasa nada? ¿No hay guerra?

—No —dijo Mariposa.

—Ahora ve tú, Halcón. Levanta sus gallinas y gallos más gordos, haremos una comida. Antes de irnos comeremos —dijeron Trueno y Remolino.

Halcón fue a cada casa y escogió los gallos más grandes y las mejores gallinas. Seguía recogiendo pollos y llevándoselos a la cueva. Trueno, Remolino y Mariposa preparaban la fiesta.

Los guatemaltecos no se afligieron. No se habían dado cuenta todavía de que tenían enemigos; creían que se trataba solamente de un halcón que les había robado los pollos. Después de comer, los viejos mandaron al Moscardón para ver qué hacían los soldados.

Llegó zumbando hasta la puerta de las barracas. Hervían allí ollas de comida.

Moscardón puso huevos en los peroles donde hervía la comida. Cuando los cocineros menearon el caldo, salieron larvas flotando. Ya no podían comer. Estaban enojados. Los soldados soplaron sus cornetas, dando la alarma. Se gritaban entre ellos: —Llegaron los enemigos.

Moscardón regresó a la cueva para avisar a Trueno y Remolino.

—Los soldados andaban fuera, muy campantes. Se estaba cocinando su comida, no tenían preocupación. Puse mis huevecillos en el caldo y los cocineros lo menearon. Subieron las larvas. Se enojaron mucho. Tocaron sus cornetas. Todos los soldados se reunieron en las barracas. Todo el pueblo se juntó, ya están listos —dijo Moscardón.

—Bueno, no tenemos nada de qué preocuparnos. Vámonos.

Trueno y Remolino entraron a Guatemala.

—¿Qué vinieron a buscar? —les preguntaron los guardias.

—Sólo venimos de viaje —dijeron los ancianos. Habían traído algo de mercancía, para parecer comerciantes.

—Queremos hablar con nuestros amigos que vemos encerrados en la cárcel.

—Está bien, hablesen.

—¿Qué pasó, amigos? ¿Qué les sucedió? —les preguntaron al llegar a la cárcel.

—Nos encerraron aquí pero nos van a matar, nos van a hacer aceite. Nos cortaron los huevos. Ustedes, morirán con nosotros, ya es demasiado tarde. Cada uno de los paisanos que entra aquí, muere. Antes de morir los castran.

—No se preocupen, saldremos —dijeron Trueno y Remolino—. Tenemos modo de perseguirlos.

—¿Pero qué pueden hacer? No hemos podido vencer. Quién sabe si ustedes puedan —dijeron los prisioneros que abarrotaban la cárcel.

—Ya verán el juego que jugaremos hoy —dijeron Trueno y Remolino—. Nomás vean la función. No se asusten.

—Ustedes dos, van a ir a la cárcel —les dijeron a Trueno y Remolino.

—¿De qué somos culpables? —preguntaron.

—No se les acusa de nada, pero descansen; quédense con sus compañeros —les dijeron los soldados.

—Está bien, pero primero queremos vender nuestras cosas.

Las vendieron. Y se quedaron platicando con sus amigos tanto como se los permitieron. Luego los metieron a la cárcel. Pusieron delante de Trueno una jarra de *posh*. Bebió y bebió hasta terminarse la jarra. Le trajeron otra. Se la terminó. Otra. Se la terminó. —¿Por qué no se emborracha? Algo especial debe tener —decían los soldados.

Le dieron otra jarra. Trueno pensó: “Ya fue suficiente, voy a hacer como que me voy a caer”. Y cayó.

Llegaron los soldados. Había un hoyo debajo de donde estaba sentado Trueno. Cuando bebía el licor, nomás pasaba a través de él, lo orinaba en el hoyo.

—Miren que clase de trampa estaba haciendo este indio. No se le quedó en la barriga, todo se regó en el piso.

—Pero no importa, porque de todas maneras se emborrachó. Ahora le vamos a cortar los huevos.

Como había caído al piso, parecía que Trueno no escuchaba.

Los soldados sacaron una navaja. Cuando le agarraron los huevos, bien que lo sintió. Los soldados estaban acucillados a su alrededor. Le pusieron la navaja sobre los huevos.

Trueno soltó un pedo: grandísimo. Terminó con quienes lo iban a castrar. Por fin tronaba el Trueno. Tumbó toda la cárcel.

Entonces vino Remolino. Aplastó todas las barracas. Remolino recogió todas las armas. Recogió a todos los soldados y los hizo dar vueltas en el aire y los aventó. Cayeron muy lejos, boca arriba. Tumbó todas las casas. La plaza entera y todos los edificios quedaron destruidos.

Nuestros paisanos fueron liberados.

Regresaron juntos, pero ya habían comenzado a hincharse. No pudo hacerse nada porque ya estaban castrados.

Así terminó la cosa. Desde entonces ya no han habido guerras con Guatemala.

Ahora no nos hacen nada porque nuestros ancianos poderosos nos defendieron entonces. Es por eso que algunos dicen todavía que Zinacantán es tan, tan, tan, tan fuerte, porque los zinacantecos pueden volverse truenos y remolinos.

Saben el cuento de tiempos antiguos hasta ahora. (*tzotzil*)⁶⁷

HAY UN HOMBRE Y UNA MUJER. Son amantes, son naguales.

El hombre siempre quiere a la mujer; la mujer quiere probar al hombre, porque no sabe quién es. La mujer creía que era un hombre cualquiera, y quiere pelear con él

siempre; siempre busca pretextos para pelear.

Al fin se pelearon, pero como el hombre no quiere pelea, la mujer dice:

—Ya no quiero; si eres tan hombre, pasa a mi casa.

—¿Cómo?

—Si quieres, pasa a mi casa, a ver cómo salimos.

El hombre no entendió qué iba a suceder y fue a ver a un viejito.

—Pues tengo un asunto muy grave.

—A ver, hijo, ¿qué cosa?

—Me *pleitié* con la mujer, pero la mujer es mujer brava, me dijo que fuera a su casa. Como yo no entendí, me dijo que me fuera al gallinero de mi mamá para crecer un poco, por eso vengo a preguntar.

—Hijo, esa mujer no es cualquiera, ella es Volcán, es de lumbre, por eso se calienta luego.

—¿Qué voy a hacer ahora?

—Yo te voy a decir cómo vas a hacer.

—Yo también no soy cualquiera, soy un Rayo.

—Pues así sí, puedes pelear con ella.

—Vete a buscar a la mujer del sur —dice el viejito—, que te acompañe para que lleve muchos árboles, mucha tierra, mucha piedra. Y tú vas con bastante agua, porque ella se va a calentar más. Tú, mete en la boca de ella todo ese árbol, esa tierra, esa agua: hasta que se apague. Si no se apaga, te va a quemar, te va a ganar. Si le ganas, entonces al otro día puedes encontrarla en la calle y decirle: “Ya crecí otro poco.” Y en adelante ya tú vas a mandar; tú ganas, ya nunca se va a enojar otra vez. El hombre se fue a ver a la mujer del sur.

—Madre, vengo a pedirle un favor.

Cuando llegó allí:

—Anjá —dice la señora— ¿qué favor vas a pedir?

—Pues yo tengo un problema muy grande. Me dijo un viejito que le venga a pedir un favor a usted para que se arregle mi asunto. Yo estoy peleando con una mujer, la mujer es volcán de fuego.

—Sí, cómo no, te voy a ayudar. Es fácil para vencer a esa mujer, así son las mujeres —dijo la mujer del sur—. Vamos a ver a la mujer volcán; tú le vas a echar bastante agua en la boca, yo le voy a echar bastante tierra, y árboles y piedras. Vamos a pasar una vez, echándole todo eso en la boca; la primera vez se va a poner más caliente. Luego una segunda vez, y si no se vence, pasamos por tercera vez. Cuando veas que comienzan las nubes te preparas, te voy a ir a traer a tu casa.

Cuando el hombre vio que había muchas nubes y que soplaban al sur, se fueron.

Cuando llegaron donde estaba la mujer volcán, estaba caliente como un horno, estaba ardiendo.

Viene un gran viento, como un ciclón, y el agua. Hay un sur muy fuerte; de una nube salió una cinta, como culebra, como remolino.

Llegaron hasta el volcán y le echaron en la boca agua, árboles, piedras y tierra; todo lo que traen, a la boca del volcán.

Así hicieron otra vez.

Dice el sur: —A la tercera vez, se apagó el volcán —ya está vencida.

Así fue como el rayo venció al volcán.

Desde esa vez, ya no van a tener más pleito.

* * *

Una mujer bonita, una mujer guapa. Es una mujer famosa, es nagual, siempre gana todas las apuestas. Todos los hombres la quieren, todos los mujeriegos la buscan para platicar con ella, ella nunca se niega; cualquier hombre le platica. Ella les pregunta qué quieren. Si le dicen que están enamorados de ella, nunca les contesta mal, les dice: —Sí, estoy dispuesta, todo usted quiera.

La mujer pregunta dónde se van a ver y al hombre que le gustan las mujeres escoge un lugar bien apartado en el monte, donde se pueda platicar, donde pueda usar a la mujer. Y va allá a esperarla. La ve acercarse, la ve venir de lejos con su ropa buena, con sus trenzas bonitas, perfumada. Y se pone contento y voltea a ver a la mujer, la señora está llegando más cerca y él está más contento.

Y la mujer se transforma en serpiente. Ahí, el hombre se espanta y se va corriendo, ahí pierde su cita. Y a todos los enamorados les pasa lo mismo, ninguno se aprovechó, por miedo. Así perdieron su palabra, así perdieron su apuesta.

Un día, el hombre más triste del pueblo, chaparrito, delgado, con su vestido muy pobre y remendado, al que nadie le hace caso, se encontró a la mujer en la calle.

El hombre empezó a enamorarse de ella y quería platicar con ella. La mujer le decía: —Qué vas a servir, si eres un pedazo de gente. Mejores hombres han venido a platicar conmigo y quisieron conocerme, pero nunca.

—Aunque me ves así, yo sí cumplo; yo te quiero, acepta mi palabra, voy a cumplir. Entonces la mujer le dijo un lugar, el lugar de siempre, y la mujer, a la hora de la cita, vio venir al hombre; y a la hora de la cita vio desde lejos venir a la mujer con su pañuelo blanco y su ropa buena.

El hombre se puso contento y, de repente la mujer desapareció y luego apareció convertida en una gran serpiente brava. Y ya estaba cerca y él, ¿qué iba a hacer?

Y el hombre, se sentó, agarró su sombrero y se lo puso en la espalda. Se transformó en armadillo.

Le dio un piquetazo en la espalda la serpiente. Le dio otro piquetazo, hasta tronó la cáscara, no le hizo nada; no lo pudo quebrar ni con un tercer golpe.

Entonces el armadillo levantó la cola, le dio un coletazo que hasta se dobló la culebra. Y dio un salto para darle otro colazo y se lo dio; se volvió a doblar la culebra.

Ya tenía la cola preparada para el tercer coletazo, cuando la culebra se transformó en gente. Y empezaron a hablarse de conformidad. Así se hicieron amantes.

Una vez fue la mujer a una fiesta a la casa del mayordomo y también fue el hombre. Los demás hombres ya saben que el chaparrito ganó a la mujer. Y cuando entró a bailar lo empezaron a molestar. La mujer está viendo, la mujer dirige entre las mujeres, es la madre del atole de espuma.

Y ella dijo que lo conocía bien, que iba a hacer que los otros se cagaran. El hombre se enojó, se volvió armadillo y les empezó a pegar coletazos a todos, hasta que se cagaron. Ahí toda la gente se admiró; conocieron que el hombre no sólo es hombre sino que también es nagual. (*huave*)⁶⁸

NUESTROS ANCESTROS de Bachajón vivían muy bien, pero un día llegaron a pelear con ellos los lacandones. Cuando ya casi llegaban, vinieron los naguales.

Nuestros ancestros colgaron en el centro un canasto, con una viejita dentro. Los caribes dispararon muchas flechas pero ninguna le atinó.

En la selva había un pájaro que puso su cola en el camino para que la pisaran todos los que pasaban. Así contaba cuántos pasaban en un día: —¡Cincuenta y seis mil! —gritó.

Los lacandones vieron que los habían descubierto, porque era el número de los indios de su tribu. Se regresaron.

Tiempo después los lacandones visitaron Bachajón de nuevo y les hicieron una comida. Comieron mucho y así fue fácil matarlos. Sólo dos que se tiraron al suelo y lograron escapar, luego se fueron muy lejos y allá viven hasta ahora. (*tzeltal*)⁶⁹

SAN MATEO, San Francisco y San Dionisio tuvieron pleito por un cerro. Ya habían tenido pleito con los de Juchitán por las campanas, y vino San Vicente a decirle a los huaves que se fueran, porque iba a venir una inundación, porque una mujer los iba a traicionar.

Pero no salió cierto, sólo fue una amenaza.

Les dijo San Vicente que una señora nagual les iba a hacer un ciclón y que tenían que buscar un lugar más alto.

San Dionisio y San Francisco corrieron al cerro de Santa Teresa, al de Pueblo Viejo y al Cerro de las Flores, que eran cerros que había hecho el huérfano. Y dejaron a San Mateo en la playa, sin cerro.

Se enojó San Mateo y de acuerdo con un rayo, quiso hacer venganza para matar a los de San Dionisio.

San Mateo mandó al rayo para que fuera a cortarle la cabeza a San Dionisio, pero San Dionisio tiene una pluma en la mano, con la que escribe. Cuando el rayo iba a cortarle la cabeza, San Dionisio levantó la pluma y el rayo no le pudo cortar bien la cabeza; le cortó sólo un pedazo.

Y por eso hasta la fecha San Dionisio tiene las manos en la cabeza, para agarrársela, para que no se le caiga.

Así está, hasta ahora. (*huave*)⁷⁰

Casi todos los pueblos cuentan qué significa su nombre, cómo fueron fundados, por qué tienen algún santo como patrón, cómo mudaron de residencia en tiempos muy antiguos —el santo no se *hallaba*, o el santo se detuvo y se volvió pesado, se regresó, cambió de lugar, tuvo querellas con vecinos hostiles.

Grandes peligros se cernían sobre aquellos pueblos y los amenazan aún —además de todos los que se han ido acumulando, puesto que muchos más han aparecido a través de los años.

Los ancestros fundadores debían enfrentarse a terribles enemigos; algunos de ellos eran las enormes águilas devoradoras —que tenían perversa apetencia por las criaturitas tiernas. La historia se cuenta en lugares muy diversos.

En los cuentos de hadas —y como personaje ultramarino— un águila enorme —reina, jefa, principal— lleva al héroe a un lugar remoto, para rescatar a su amada, montado sobre el lomo. La condición es que la vaya alimentando mientras vuela, con grandes cantidades de carne cruda de una vaca entera —pero no es ese el caso aquí.

LOS ALDEANOS de San Andrés Teotlalpan cuentan que hubo un águila que vino del río de Mazatlán, donde hay una cueva. Quién sabe a dónde se haya ido el águila. Devoraba a los niños a los que se tenía que proteger con *chiquihuites*.

El águila era enorme. Llegaba a Chiquihuitlán, Cuyamecalco y Tlalixtac Viejo. Se llevaba a los niños pequeños. Subieron con rifles y machetes para acabar con el águila. Encontraron su cueva cerca de Mazatlán de las Flores. La cueva estaba llena de huesos. El águila nunca llegó al pueblo de San Andrés Teotlalpan.

El pueblo de Chiquihuitlán es un pueblo viejo que se fundó en tiempos muy antiguos. Había una laguna antes, en el lugar adonde ahora llegan los camiones. Los

habitantes iban allí a traer su agua. Pero salía un cóndor que cazaba a la gente. Aquellos hombres idearon para defenderse y compusieron unos canastos para taparse las cabezas. Cuando llegaba el animal, se llevaba sólo el canasto. Allí está el origen del nombre de Chiquihuitlán, lugar donde se fabrican los chiquihuites. El animal habitaba en la Cueva del Diablo, que se encuentra allí donde se unen dos cerros, cerca de Mazatlán de las Flores.

Durante algún tiempo quisieron desaparecer la laguna y consultaron a los hechiceros; entre sus estudios descubrieron que había que buscar una criatura desamparada, una huerfanita, y debían conseguir siete gatos, siete perros de caza y siete metates. Ya que reunieron todo aquello, había que escoger un día del año, un día de fiesta, para arrojar todo a la laguna. Llegado el día, vistieron a la niña con su mejor ropa y la adornaron con muchas flores. Junto con los siete perros, siete gatos y siete metates la arrojaron en la laguna. Con el tiempo la laguna desapareció. Hacia el sur del lugar reventó una salida de agua donde aparecieron los siete metates. Antes de la desaparición de la laguna hubo un guerrero que combatió con aquella fiera, el cóndor. Lo mató a machetazos; iba cubierto con un chiquihuite. (*cuicateco*)⁷¹

Son conocidos los sacrificios de hombres que deben hacerse al construir iglesias o puentes: deben enterrarse en los rincones para amacizar los cimientos. Lo mismo se hace con gallos o sangre de pollo, que se ofrendan cuando se construye una casa. Pero regresemos a las águilas.

ESTA LEYENDA es lo que realmente sucedió en mi tierra en tiempos remotos. Me lo contó mi abuelito, el maestro Neftalí Morelos, de la Sorpresa, Jalapa de Díaz. Las gentes que había antes eran chaparritas y cuando se iban a trabajar desaparecían. Ya después se dieron cuenta que iba y venía un águila muy grande. Cuando ellos trabajaban, se los llevaba el águila; entonces hicieron una canasta que se ponían en la cabeza y cuando venía el águila agarraba la canasta y se la llevaba. Ya después, un señor no traía su canasta en la cabeza cuando llegó el águila y en seguida se lo llevó. El señor llegó vivo y el águila empezó a dormir en su barranca. El señor pensó: “mejor la matamos” y agarró un hueso largo y le pegó en el pescuezo y el águila murió en seguida. El señor buscó su camino y vino a su casa nuevamente y entonces hicieron una pequeña iglesia y allí rezaba para que no sucediera de nuevo y el águila no volvió. (*mazateco*)⁷²

LOS PRIMEROS IXCATECOS nacieron en un lugar que se llama Cabeza de Tilpan. Cuanta gente nacía era devorada por una gran cantidad de gusanos que salían, porque no querían que esos lugares fueran habitados. Eso sucedió durante varias generaciones. Pero descubrieron unas hierbas para curarse de los gusanos. Otra vez desaparecían misteriosamente: se desató una plaga de águilas que se llevaban a los niños y herían a los adultos, pues gracias a su peso no aguantaban a llevárselos. Toda la gente se ocultaba y vivía entre los árboles, y era tan feroz el ataque de estas aves que no les daba valor ir a buscar la hierbas de los animales, para curar a los heridos. Con los días se les agusanaban las cabezas. Entonces los más viejos se reunieron por la noche, que es cuando más se podía andar sin cuidados, y acordaron nombrar una organización entre los más jóvenes y valientes para cortar bastantes juncos y descamarlos. Y las señoras más jóvenes y unos ancianos expertos hicieron unas canastas grandes que taparan la cabeza para cuando salieran las águilas. De manera que cuando salieran las águilas únicamente se llevaban las canastas. Pero entonces apareció una águila gigante de siete cabezas. Para que ésta no acabara con la gente le ofrecían un niño, hasta que los niños se acabaron. Entonces empezó con la gente grande y así muchos sufrieron crueles ataques de la extraña águila, hasta que cierto día se llevó a cabo otra reunión de los señores que sabían del problema y entonces le informaron a un señor muy viejo que era como rey que ya no había gente qué ofrecer. Entonces el rey ofreció a su hija para que el águila los dejara en paz, amarrándola a un árbol para que viniera y se la llevara. Hasta que se apareció un santo que venía montado en un caballo y además traía un perro y venía a salvar a la muchacha. Le preguntó a ella que de dónde venía el animal que quería comerse a la muchacha y se fue a su encuentro volando. Cuando se lo encontró en el aire allí pelearon cuatro días y cuatro noches hasta que lo mató. Como el animal tenía siete cabezas y siete lenguas las cortó y las guardó. Entonces se apareció un señor al que llamaron Negro, que venía de lejos y cuando vio el animal le cortó las cabezas y se las llevó al padre de la muchacha diciéndole que él había matado al animal y que se quería casar con la muchacha. El rey dijo que con el Negro iba a haber boda. El día de la boda, el Santo mandó al perro que tenía para que fuera a traer el plato del novio y de la novia y los mandó con las lenguas. El papá de la muchacha no se dio cuenta hasta que el Santo habló con él y le dijo que él había matado el animal, enseñándole al animal, las lenguas. Cuando el rey se dio cuenta de cómo estaba la cosa, preguntó al Negro que por qué se le había engañado y como castigo se amarrara al Negro de la cabeza para que fuera arrastrado por una bestia hasta que muriera, quedando libre la muchacha y de ahí en adelante vinieron creciendo las familias. (*ixcateco*)⁷³

El mito donde los hermanos Sol y Luna suben a la peña y luchan contra el águila devoradora se mezcla inmediatamente con la saga de San Jorge y el dragón, tal y como se contaba en *La leyenda dorada*, y remata con el cuento europeo donde se rescata a la princesa del dragón y se desenmascara al impostor que pretende casarse con ella.

EN EL CERRO de Otam Kawi vivía un enorme pájaro. Agarraba hombres, mujeres y niños y se los llevaba a Otam Kawi para comérselos. La gente debía andar con mucho cuidado en aquellos tiempos, no podían celebrar fiestas porque cada vez que había pascolas el enorme pájaro se llevaba a dos o tres personas. Los yaquis vivían en casas hechas de lodo y carrizo porque tenían miedo del ave enorme; parecían madrigueras de ratón.

Había un viejo que se ganaba la vida cazando venados, era lo único que hacía y tenía una hija que ya estaba para dar a luz cuando el pájaro se llevó a su marido. Quedaron solos el viejo, su mujer y la hija embarazada. Esa misma tarde nació el niño. El viejo abuelo siguió cazando venados. Más o menos un año más tarde, la abuela salió a traer agua y se la llevó el ave. El abuelo y la hija siguieron criando al niño, pero el pájaro se llevó también a la madre; el abuelo tuvo que criar al nieto con leche de vaca. Ya había vacas en ese entonces, pero no animales de pezuña. El niño caminaba por todo el monte cazando pero nunca creció, todavía era muy pequeño al cumplir los diez años.

Una tarde estaba sentado fuera de su casa y le dijo a su abuelo:

—No tengo madre.

—Ah —le dijo—, el enorme pájaro se llevó a tu padre, luego a tu abuela, luego a tu madre.

—¿Y dónde está ese pájaro? Voy a crecer y voy a matarlo.

El viejo se rió.

El abuelo le hizo a su nieto arco y flechas tiempo después y todos los días salía a practicar. Era muy fuerte pero seguía siendo muy chico. Al cumplir quince años medía apenas un metro. A todas partes iba con su abuelo, el viejo cazador de venados.

Un día, el muchacho anunció: —Voy a matar al pájaro, estoy enojado.

Todavía no acababa de criarse y ya andaba solo, caminando por el monte, mirando hacia el cielo.

Al oriente de Pótam hay una planicie. Por allí andaba el niño, había estado cazando durante tres días. Llevaba muchas flechas en su funda de cuero de pecarí. Y vio entonces al pájaro y de prisa brincó a un agujero. Todo el día se quedó allí, viendo al enorme pájaro que estaba en el palo de mezquite. El enorme pájaro se estuvo en el palo de mezquite esperando a que saliera de su agujero. Se fijó en todo:

su tamaño, los colores de sus plumas, los grandes ojos, todo. Al anochecer se metió más adentro del agujero y se quedó dormido. Ya era tarde cuando despertó, el pájaro se había ido al caer la noche.

Tres días después, ya muy tarde, llegó a su casa y vio que su abuelo no estaba. El muchachito llevaba dos varas oscuras donde había puesto muchas pitahayas, las colgó cerca de la puerta por donde pasaría su abuelo. Cuando el viejo regresó vio las pitahayas, el muchacho estaba dentro, cocinando carne de venado. Entró preguntando —¿Dónde andabas, mi'jo?

—Por el monte.

—¿No le tienes miedo al pájaro enorme?

—Lo vi; le vi todas las plumas de colores y los ojos grandes. Me metí en un agujero. Solamente regresé para pedir permiso de matarlo. Nunca podré matarlo con este arco, porque está muy chico. Quiero que me hagas uno de madera *kunwo*. Y necesito otras flechas hechas de *wo'i baka*. Tan pronto como las hagas, me voy.

—¡Pero estás tan chiquito! ¡Te va a matar el pájaro!

Muchos yaquis vivían por allí y llegaban todos a platicar en las noches. Le preguntaron al niñito si de veras había visto al pájaro enorme.

—Sí lo vi. Tiene plumas de muchos colores, un gran cuerpo y garras largas. De ese pájaro pueden hacerse muchos animalitos.

—El muchacho está loco —dijo el viejo. Y eso mismo creyeron muchos de los viejos.

—Vamos a ver —dijeron. Y se regresaron a sus casas.

El viejo abuelo le hizo tres clases de pinole: pinole de maíz, pinole de trigo y pinole de garbanza. Cuando se lo dio, con su arco y su flecha, el niño le pidió: —Llama a la gente. Se reunieron todos: principales, soldados, mujeres y niños. Todos llegaron, de los ocho pueblos.

—¿Tú eres el niño que va a matar al pájaro enorme? —le preguntaron.

—¿Tú eres ese hombre? —se burló un principal.

—Sí.

Un viejo que vivía cerca de Otam Kawi le dijo: —Espera al pájaro cerca de Otam Kawi. Es allí donde vive, sólo sale para agarrar gente. Siempre regresa, verás que allí hay una pila grande de huesos.

La gente se despidió esa noche del niño, que le dijo a su abuelo:

—Ahora sí sé que puedo matar al pájaro. En tres días regreso.

Todos estuvieron conformes: —Si lo matas, podremos tener pascolas otra vez.

Antes de que amaneciera, el niño y su abuelo salieron. Cuando clareaba vieron al pájaro en lo alto, pero estaban resguardados bajo los mezquites. Caminaron por el monte hacia Otam Kawi.

—Hasta aquí llegas —dijo el muchachito—. Aquí déjame. Voy a ver dónde anida el pájaro enorme.

Esperó todo el día y por fin vio llegar al pájaro que se posó en un árbol alto. Se hizo de noche y el pájaro se durmió. Entonces el muchachito se acercó al árbol sin hacer ruido. Allí se arrodilló y rezó. Y comenzó a sacar medidas: siete metros desde el pie del mezquite hacia el poniente. Allí cavó un hoyo de más de tres metros; cuando amaneció, buscaba todavía troncos y ramas para cubrirlo.

Cuando lo vio el pájaro, se enfureció. El muchachito se metió hasta adentro del pozo y preparó bien su arco. El pájaro bajó y fue hasta la cueva. El niño estaba dentro, mirándolo. Le tiró una flecha al pájaro en el ojo.

El pájaro se remontó hasta la punta del mezquite. El niño le lanzó tres flechas más y el pájaro cayó.

El muchachito estuvo mucho rato sin salir de la cueva. Quería estar seguro de que el enorme pájaro había muerto. Ya que se aseguró salió y fue hasta donde estaba. Le quitó un puñado de plumas y las aventó al aire, donde se convirtieron en búhos. Luego con otro puñado hizo a las lechuzas. Con cuatro puñados de plumas hizo cuatro clases de búhos. De igual manera hizo toda clase de aves con las demás plumas: cuervos y correcaminos. Aventaba las plumas y se convertían en aves de distintos colores.

Cuando terminó con las plumas, le cortó un trozo de carne al ave muerta. Lo aventó y se transformó en puma. Con otro hizo al *topol*, con otro al gato pinto. Así hizo cuatro clases de felinos grandes. Después hizo a cuatro felinos más pequeños. Con más carne hizo a las zorras y los mapaches y también cuatro clases de coyote. Hizo toda clase de serpientes y animales que tienen garras.

Terminó la carne y ya sólo quedaron los huesos. Arrastró los huesos hasta debajo del mezquite y se fue a su casa. A los dos días llegó, muy contento, vestido con un traje que había hecho con plumas del pájaro y un sombrero con cuatro plumas, dos a cada lado.

Su abuelo se asustó mucho al verlo, pues venía cubierto de la sangre del animal. El viejo se espantó: —¿Qué te sucedió?

—Maté al enorme pájaro, ahora ya podrán caminar por el mundo.

El viejo salió de la casa y fue de prisa a hablar con los vecinos, que avisaron a los de otros pueblos, que a su vez pasaron la noticia.

Llegó gente de los ocho pueblos. Caminaban solamente de noche, como antes, porque no creían que hubiera muerto el ave enorme. Llegó el gobernador y cuando todos estuvieron reunidos, los viejos preguntaron: —¿De verdad lo mataste?

—Sí, señores. Hice muchos animalitos con las plumas y con la carne. Hice cuatro

clases de búhos, cuatro clases de coyote, cuatro clases de felinos chicos, cuatro clases de leones, todos los animales con garras.

—Bueno. Vamos a ver si es cierto. Mandaremos hombres de cada pueblo: de Pótam, de Vícam, de Torin, de Bácum, de Cácorit, Rájum, Juirivis y Belem para que vean las pruebas.

—Allí están los huesos —dijo el muchachito—. Y si no es cierto, pueden cortarme el pescuezo.

Los guió, montado a caballo. Al llegar les mostró el hueco que había hecho. —Desde aquí le disparé en el ojo.

En el camino, veían toda clase de animales y de pájaros. El muchacho les decía: —Estos pajaritos no nos harán daño. Pero de los animales que hice con la carne, debe tenerse cuidado, porque a partir de hoy, ya no serán mansos. Ya no tenemos peligro en las alturas, ahora debemos cuidarnos de los de abajo. Estos animales no sirven para comer, sólo para vestirnos. Y los pájaros sólo valen la pena por sus plumas.

Los hombres vieron los huesos de la enorme ave y se retiraron conformes. Y en cada pueblo comenzaron a hacer una fiesta enorme. (*yaqui*)⁷⁴

SERES EXTRAORDINARIOS

CRIATURAS DE AGUA

La lluvia

Chamanes y sacerdotes, en todas las culturas, alegan tener la capacidad de hacer llover mediante cantos, plegarias, ofrendas y oraciones para llamar el agua, atajarla, regularla. Es claro que en lugares más secos la lluvia es más preciada. Vivimos, desde siempre, en un país donde una estación lluviosa y otra seca son las grandes determinantes climáticas. Todos los calendarios rituales, de fiestas, danzas y rezos, de peregrinaciones a las cuevas, montes y atrios están regulados por la alternancia de las temporadas de lluvia y de sequía. Zingg clasificó a los dioses, fiestas y vida ritual de los huicholes en un calendario con dos grandes bloques, de temporada húmeda o de temporada seca —que rigen sobre los ciclos de las dos plantas más relevantes para los *wirrárica*: el maíz y el peyote.

SE CASÓ. Después tuvo un hijo que lloraba todo el tiempo. Los padres no querían a su hijo y lo echaron de la casa. —¿Por qué chillas? Te vamos a matar.

Lo echaron de la casa. La madre lo dejó atrás de la choza y se metió. Su hermano mayor no estaba. Por la tarde vino y preguntó dónde estaba su hermanito.

—Lo eché de la casa —le dijo la madre.

—¿Por qué hicieron eso?, ¿por qué lo echaron?

Salió a buscarlo, no encontró a nadie.

—¿Dónde dejaste a mi hermano menor?

Lloró. Había huellas de su hermano menor, pero no lo encontró. También la madre fue a buscarlo pero tampoco lo halló.

—¿Qué le pasó?

Como no lo encontró, se sentó. Se fue y siguió siempre las huellas hasta que lo vio en una laguna y le habló:

—Hermano, te estoy buscando, aquí estás; ven, hermano. ¿Por qué te fuiste tan lejos?

—Nuestra madre me echó de la casa. No regresaré. Me regañaron. No volveré. Regrésate tú, hermano.

Lloró porque el otro no quiso volver y se fue. Llorando, el hermano mayor llegó a casa.

—¿Dónde está tu hermano? —preguntó la madre.

—Se fue y no quiere volver. Le rogué, pero no quiso. Dijo: “Me regañaron y me corrieron de la casa”.

Nuevamente salió a buscarlo:

—Voy por él.

Ya no había nadie en el lugar donde lo había encontrado. Siguió siempre las huellas y lo encontró jugando en una laguna.

—Regresa hermano, no quiero que te quedes tan lejos; ¡vámonos!, ya no te van a regañar.

—No, jamás volveré, ya me fui. Ahora hazme mi silla, mi jícara, mi flecha, mis huachaches y mi pulsera —dijo—. Después espérenme uno, dos, tres, cuatro, cinco noches. Apareceré blanco, en la cumbre de un cerro.

El día indicado apareció como nube. El padre, la madre y el hermano pusieron velas y lo esperaron.

Se subió al cielo y soltó truenos, luego visitó a sus padres y les habló.

—No entendemos lo que dices —le dijeron. Entonces cayó sobre ellos y los mató, mató a su madre y a su padre. Solamente quedó vivo el hermano.

—Ahora están muertos —dijo—. Aquí está cayendo Nuestra Madre lluvia. (*huichol*)⁷⁵

Tal vez uno de los cuentos de animales más frecuentes es aquel donde el sapo y el venado —o algún otro animal veloz— echan carreras. El sapo gana, pues coloca a todos sus compañeros, a intervalos, en el camino donde corren y se van ocultando y relevando. El sapo es el mensajero enviado para traer la lluvia y usa una treta idéntica para ganar; comprendemos así el trasfondo mítico del cuento: los sapos o ranas llaman a la lluvia, pues es el agua la que los hace salir y sólo entonces se les escucha y se les ve. La chicharra también llama la lluvia, se le invoca y celebra —entre los coras— como mensajera que anuncia, con su agudísimo chirrido, la proximidad del agua.

COMO NO *QUERÍA* LLOVER, los cinco principales enviaron al colibrí al oriente, al lugar donde habitan las nubes, para rogarles que vinieran. Las nubes llegaron muy rápi-

das, mataron al colibrí y luego se volvieron a su casa. A poco resucitó el pájaro y contó a los principales que las nubes se habían ido. Enviaron entonces a la rana con sus cinco hijos, los que fue dejando en cada montaña, al encaminarse al oriente. Llamó a las nubes para que bajaran, y la siguieron y alcanzaron en el camino, pero la rana se escondió debajo de una piedra, y las nubes se siguieron de largo. Entonces el quinto hijo de la rana las llamó, y cuando lo alcanzaron también se escondió bajo una piedra. Entonces el cuarto hijo llamó a las nubes y se escondió. Hizo lo mismo el tercero, y luego el segundo, y finalmente el primero, que había sido colocado en una montaña desde donde se divisaba el mar, al poniente de la sierra. Cuando las nubes se volvieron a ir, las ranas comenzaron a cantar alegremente, como siguen haciéndolo después de la lluvia, y todavía se esconden debajo de las piedras cuando cae el agua. (*cora*)⁷⁶

Preuss recopiló un texto donde los sabios ordenan con estas palabras: “Rana, tú lo vas a hacerlo; vas a traer la lluvia desde allá, directamente desde más allá —del extremo del mundo en el oriente—, para que baje a la Tierra.” La rana les contestó a los viejos que lo que pedían era imposible: “no tengo pies ligeros”.

NO TUVO MÁS REMEDIO que obedecer. Fue con sus hijos hasta la roca de la lluvia cerca de San Blas, en el Océano Pacífico. Fue dejando a los hijos en la montaña, en la Sierra, ordenándoles: —Tú vas a croar cuando los dioses de la lluvia lleguen a la otra montaña.

Llegando a casa de las lluvias llamó varias veces a la puerta, hasta irritarlos. Ordena el mayor: —¡Agárrenla!, ¡maten a la rana!

Entonces la rana se escondió muy bien en la tierra. Ellos salieron furiosos gritando: —¡Síganla, alcáncenla! —Entonces el hijo de la rana empezó a croar y los dioses de la lluvia llegaron hasta el poniente. (*cora*)⁷⁷

* * *

Aquí se acuerdan los pensadores, nuestros ancianos,
aquí se acuerdan de los dioses que se llaman *Danzantes*,
aquí les hablan a los danzantes con sus palabras, con sus pensamientos;
ellos están muy lejos, en medio, del cielo.
Allí les hablan a los danzantes que están allá y se adornan con agua.
Ellos escuchan los pensamientos de nuestros ancianos;
se disponen bajar; se adornan con sus trajes, con su vida,

con sus hermosas coronas de la vida, con sus bellas plumas de la vida,
con sus preciosas plumas nocturnas, con sus hermosas plumas de nubes.
Las caras son muy bonitas, adornadas con chaquiras, adornadas con el trueno y el rayo; aquí piensan bajar; traen sus bonitas coronas, traen bonitas sonajas. (*cora*)⁷⁸

Preuss explica este canto. Los copos de algodón de pochote esponjados son ofrenda para los dioses, frecuente entre los coras; a semejanza del humo o el vapor, ascienden hasta el cielo donde se convertirán en nubes.

...EXISTE LA CREENCIA de que los muertos se convierten en deidades. Específicamente son los viejos los que vuelven como dioses de la lluvia después de su muerte; por otra parte, también son los niños que mueren cuando todavía son muy pequeños, y aún no han aprendido a caminar, los que se convierten en deidades de este tipo. Esta creencia se refleja en la costumbre de enterrarlos con coronas y palmas en miniatura, pero del mismo tipo de las que usan los danzantes, solamente que las palmas son hechas de hojas de palmera. Los cuerpos de los pequeños se entierran envueltos completamente en algodón. (*cora*)⁷⁹

EN TIEMPOS ANTIGUOS la lluvia escaseó durante mucho tiempo en tierra de los yaquis. Sufrían una sed terrible; los aguajes se secaron y aunque cavaran pozos, no encontraban agua. Las rocas parecían tizones encendidos y toda la región se inflamaba con la sequía. La gente aplacaba la sed chupando algunas plantas medio marchitas. Tales eran sus penurias, que intentaron mandar un mensaje a *Yuku*, rey de la lluvia. Mandaron primero a un gorrión. Llegó hasta donde estaba el rey y después de saludarlo de parte de los ocho pueblos explicó: —Me dijeron que te pidiera por favor algo de lluvia.

—Con gusto, vete sin cuidado —le dijo el rey—. Dile a los jefes que ya va a llover. Bajó el gorrión rápido como rayo, pero antes de llegar con los yaquis el mundo se nubló. Comenzaron los relámpagos, un huracán arrastró al gorrión y la lluvia nunca llegó hasta las tierras yaquis.

Al ver que no volvía, le encomendaron la misma tarea a la golondrina. Voló hasta donde estaba el rey de la lluvia suplicándole, de parte de los jefes, que les mandara una poquita de agua, pues estaban muriéndose de sed.

De muy buen humor, el rey le respondió: —Ve sin cuidado con tus jefes. Detrás de ti llegará la lluvia.

Voló la golondrina y fue destruida por el viento y el rayo, igual que el gorrión. No tocaron el suelo ni el mensajero ni el agua.

A los jefes, desesperados, ya no se les ocurría a quién mandar. ¡Y que se acuerdan del sapo! Trataron de encontrarlo y por fin lo hallaron. Estaba en un lugar llamado *Báhkwwam*, que quiere decir aguaje y que ahora es BÁCAM. Allí hallaron a *Bóbok*, el sapo.

Le dijeron que llegara a una gran asamblea que se haría cerca de VÍCAM, donde se reunirían los principales de los ocho pueblos. Se presentó el sapo y le dijeron: —Debes ir a pedirle agua al rey de la lluvia, de nuestra parte.

—Muy bien. Con su permiso me retiro para preparar mi viaje, salgo mañana. Espérenme junto con la lluvia.

Salió al aguaje y visitó a un amigo mago que podía convertirse en murciélago. Le pidió prestadas sus alas.

Al otro día *Bóbok* voló hasta el cielo y se reunió con el rey. Tras saludarlo a él y a sus jefes, le dijo: —Señor, no maltrate así a los yaquis. Mándenos un poco de agua para beber, nos morimos de sed.

—Muy bien. Adelántate, no tengas cuidado, la lluvia caerá muy pronto.

Bóbok hizo como que regresaba, pero cavó un agujero en la puerta de la casa del rey. El cielo se nubló, se vio un relámpago y se escuchó un trueno. La lluvia comenzó y casi llegó hasta la tierra, pero no encontró a *Bóbok*. Se detuvo, corriendo por arriba del viento.

Entonces *Bóbok* corrió por encima de la lluvia gritando: —Kowak, kowak, kowak. Al oír al sapo, la lluvia comenzó a caer; de nuevo el sapo dejó de croar. La lluvia creyó que se había muerto y de nuevo se calmó. Otra vez comenzó a cantar *Bóbok* por encima de la lluvia, rumbo a la tierra. Por fin la lluvia llegó hasta la tierra de los yaquis, buscando al sapo para matarlo.

Llovió mucho sobre la tierra y aparecieron de pronto muchos sapos, cantando. *Bóbok* le regresó a su amigo las alas de murciélago y vivió en paz en su aguaje. (*yaqui*)⁸⁰

DESDE EL ORIGEN, desde un principio, cuando todo estaba oscuro, aparecieron las plantas, los animales, las flores. También aparecieron una señora y un hombre. Ellos, ya venían de atrás. [...]

Como no llovía, entonces se organizó la gente para llevar una canasta de huevos. Es porque ella, en un principio, estaba en el poniente. Ahí hay una entrada al cerro, como un zaguán y una bóveda grande. Pues ahí iba la gente para que lloviera. En ese lugar están guardados los rayos. Ahí viven, en los cerros. Pues desde ese lugar se distribuyeron los peces y los caracolitos. Es por ahí, donde sale de una cueva uno de los ríos que va a dar al río Tonto. Ahí entregaron el huevo. Entonces de las chiches de la señora comenzó a brotar el agua y se llenaron los ríos, los lagos y el mar.

Era tanta el agua que se inundó todo. La gente buscó la forma de que parara aquella inundación, a alguien que la atajara. Entonces buscaron a un joven llamado *Kohu*, y él aceptó subir al cielo y partió con sus rayos las nubes. Entonces se fueron a vivir a Do Asean, allá en el oriente. Dicen que la señora viene todos los años y que todos los días, cuando amanece, nace y crece, se pone joven durante la mañana y se vuelve viejita en la tarde, para renacer al día siguiente.

En un principio esa señora fue quien trajo las plantas, las flores, los animales. Kohu, al rascarse la pierna, se sacó unas como costritas y cayeron al agua. Por eso vemos ahora unos peces que se llaman pepescas.

La lluvia nos iba a acabar si no fuera por el trueno, porque la lluvia iba caer como tromba. Pero nuestro Padre puso el trueno para que cortara la lluvia, porque el trueno quema el agua. Lo que pasaba anteriormente es que la tromba afectaba la siembra y se caían las hojas. El trueno corta el agua. El trueno y el rayo suben de abajo para arriba, y por eso truena. Porque si cayera el rayo de arriba, la tierra se partiría. Cuando la nube viene cargada de agua, el rayo sube con el trueno y así se divide la fuerza de la lluvia. Así se distribuye el agua para que la siembra tenga suficiente agua, ni poca ni mucha. (*mazateco*)⁸¹

Rayos y centellas

El rayo está íntimamente asociado al maíz —como dueño que es de la lluvia. En el mito, niño-maíz y Huracán compiten; las pruebas son semejantes a las que escuchamos en los cuentos picarescos o maravillosos, donde se engaña y se hace trampa a gigantes o fortachones —sacar jugo a las piedras, trozar árboles, lanzar piedras que en realidad son pájaros al otro lado del mar.

Generalmente los rayos aparecen con sus pares, no aislados. Rayo —relámpago, trueno o huracán— es el dueño de la lluvia; está casado con rana o sapo, tiene hijas también ranas y mozos que le ayudan en la difícil tarea de apaciguar y repartir la lluvia y la humedad. Pelea con los sapos que llaman la lluvia, monstruos devoradores que lo atacan desprevenido, serpientes que horadan los cauces de los ríos o culebras que bajan desde el cielo como trombas y remolinos.

Los humanos conocen al rayo de diversas maneras: viajan a su casa como el joven inexperto o descontentadizo que se convierte en su torpe ayudante —ya los hermanos que iban a ser sol y luna estuvieron en su casa y los echó, por hacer estropicios con las ollas que contienen agua y granizo — o lo encuentran atrapado y le ayudan a liberarse.

LOS RAYOS VIVEN en medio de los mares, en el borde del cielo. Dios tiene un lugar ahí, como una casa larga. Ahí tiene muchísimos baúles donde están guardados los espíritus de los rayos. Otros espíritus están a cargo de ellos y no los liberan a menos que Dios lo ordene.

Una vez un hombre chontal fue a las orillas del mar. Le gustaba ver los peces, y pescó un rato. De repente un lagarto llegó, un enorme animal que se lo tragó y se lo llevó lejos. El lagarto era enorme y no mató al hombre, lo vomitó en algún lugar muy lejano y ahí lo dejó. El hombre no encontraba nada qué comer; caminó para un cerro y llegó a unas casas muy hermosas. Había por todas partes tortillas, mazorcas y otras clases de comida. El hombre vio eso y pensó: “Hay mucha comida”. Trató de comer algo. Entonces un hombre le habló, le dijo que no comiera eso porque eso era suciedad: la suciedad de los rayos.

—¿Dónde estoy? —preguntó el hombre.

—Aquí es donde descansan los rayos —le constestó el otro hombre, y lo llevó a ver varias casas donde estaban los rayos—. Si quieres verlos, tengo el poder de llevar algunos rayos para que destruyan algún pueblo.

El hombre lo siguió y vio cómo abría una caja larga llena de nubes. Las nubes salieron enseguida y la caja quedó vacía. Los espíritus de los rayos fueron a causar una gran pérdida en el pueblo, matando muchos animales. El hombre le mostró varias cajas.

—Aquí está la caja del fin del mundo, nadie puede abrirla a menos que tenga un orden de Dios. Esta otra —le dijo el guía— tiene buen tiempo de lluvia. Esta otra es para dos o tres chubascos. Y ahora, vas a tomar varias clases de semillas.

Le regaló al hombre semillas de calabaza, frijol, calabacita y chile —de maíz no. Le ordenó que se fuera a dormir para poder regresarlo a la tierra. Quedó profundamente dormido y despertó en su cama, en su casa. En el cinturón tenía la bolsa de las semillas que le habían dado: y ésta fue la semilla que sembró en su tierra.

Cuando el hombre estuvo en el país de los truenos, vio el secreto. Cuando se quemaban ofrendas en el campo, el humo llega hasta el país de los rayos y se convierte en las tortillas y otros alimentos que comen los rayos. (*chontal*)⁸²

El rayo toca los pinos y los robles que son su comida; se alimenta también del aroma del copal y otras ofrendas; las plegarias lo atemperan y conmueven.

Cualquiera puede encontrarse con los rayos accidentalmente, cuando se quedan en la tierra porque tienen algún percance o, como niños inexpertos que son a veces, se atorán en la madera al golpearla. Si el afortunado se apiada de ellos y los libera, a cambio recibe riquezas —como el que salva a la culebra en los cuentos y recibe un don, al regresarla con sus familiares.

LOS MOYÓ son rayos que viven en las cuevas de las montañas. Son muy viejos, pero parecen niños de diez años. Llevan látigos que son culebras de verdad.

Una vez un niño regresaba de la milpa cuando alguien lo llamó. Al voltear, vio a un moyó sentado en un árbol, le pidió: —Dame mi látigo.

Se lo pidió al niño, porque no podía regresar volando sin él y está prohibido que un moyó toque el suelo. Por eso no podía alcanzarlo él mismo.

El niño lo buscó y en vez de látigo vio una culebra grande. Se asustó mucho y le dijo al moyó: —Eso no es un látigo, es una culebra.

—Es mi látigo— y le suplicó y rogó—. Si me lo das, te limpio tu terreno. Te lo limpio muy bien: pero no vayas mañana, porque voy a estar trabajando.

El niño agarró un palo largo, enganchó con cuidado a la culebra y se la pasó al moyó.

Cuando el moyó la agarró, desapareció rápido, el niño ya no supo qué pasó. Al regresar a su terreno, el niño vio que ya estaba bien limpio.

Los moyó y los truenos, con sus látigos, hacen huir a la *Tsahuastán* —una serpiente enorme de siete cabezas que vive en la cima de las montañas— de un lugar a otro. Cuando ésa anda por el aire, viaja con nubes grandes y hace un ruido como de chiflido. Donde cae, se forma un lago. Su camino más frecuentado es entre Mactumatsá y el Sumidero. Cuando el moyó corretea a la serpiente, se forma una tormenta fuerte. (*zoque*)⁸³

CUENTAN los que vivieron hace tiempo, nuestros viejos abuelos, que había un hombre que no creía en las palabras de sus antepasados. Le contaban que cuando empieza la lluvia, cuando cae una tormenta con rayos, truenos y relámpagos salen unos niños pequeños y desnudos, llamados *xocoyotes*. Son chamaquitos que murieron antes de ser bautizados o que murieron al nacer, a éstos, les salen alas y andan sentados encima de los cerros y los peñascos. Cuentan que estos pequeñitos trabajaban muy bonito: unos regaban agua con grandes cántaros para que lloviera sobre la tierra; otros hacían granizo dentro de unos chatanates grandes y los regaban, como si fueran maicitos, para que granizara; otros andaban jalando un mecate hecho de unos cabellos largos y al florearlo, darle vuelta y azotarlo hacían su trabajo de rayo, trueno y relámpago. Por eso oímos ese ruido tan fuerte y nos espantamos. Cuando cae un rayo, son los xocoyotes que vienen a traer a un niño que fue enterrado a escondidas, para que los acompañe.

Aquel hombre no creía esto; un día, se fue a cortar leña a un cerro de ocotes y encinas. Había pasado apenas una gran tempestad; al llegar al bosque, volteó para arriba y vio a un niño desnudo con alas, atorado en una rama de ocote. El hombre se sorprendió: ¡cómo era posible! Más se sorprendió cuando el niño le habló:

—Si me das mi mecate que está tirado ahí en el suelo, te leñaré toda la madera que salga de este ocote.

—¿En verdad lo harías? —le preguntó el hombre.

—Sí, en verdad lo haré.

Como pudo fue uniendo garrocha tras garrocha y cuando acabó de unir las puso el mecate en la punta y se lo dio.

Cuando el chamaquito tuvo el mecate en las manos, le dijo al hombre: —Ahora vete tranquilo a tu casa, mañana vienes a traer la leña.

El hombre se fue. Cuando el xocoyote vio que se había ido, comenzó a girar su mecate y a chasquearlo, empezó a hacer truenos, rayos y relámpagos y el ocote se rompió y se hizo leña.

Cuando el niño terminó su trabajo, se fue volando al cielo a alcanzar a sus hermanos xocoyotes.

Al día siguiente el hombre llegó al bosque y vio mucha leña cortada y amontonada; buscó al xocoyote y no lo encontró por ningún lado. A partir de ese día les creyó a sus abuelos todo lo que le decían. (*náhuatl*)⁸⁴

UNA VEZ, una mujer fue al bosque a buscar hierbas medicinales. Llegó hasta un pino alto y allí vio a un muchacho atrapado. El niño le pidió que lo liberara.

—No sé hacer bien mi trabajo— dijo el muchacho—, es la primera vez que salgo y por eso me pasó esto. No caí con suficiente fuerza y por eso me quedé atrapado en esta rama. La mujer regresó al pueblo para decirle a los hombres. Su esposo fue y llegó hasta donde estaba el muchacho; cortó el árbol para liberarlo. El muchacho rayo quedó agradecido y le dijo al hombre que podía sembrar cualquier tierra que deseara. El rayo le dio al hombre un cuchillo-rayo —quién sabe cómo será eso—, y le dijo: —En cualquier lugar que quieras trabajar debes tomar este cuchillo y clavarlo en medio de un claro o a un lado, porque este cuchillo hará llover en tu terreno, aunque haya sequía.

El hombre hizo así: donde quiera que sembraba, clavaba el cuchillo sin decirle a nadie. Llovía bien en su tierra y recogía buenas cosechas mientras que otros perdían su cultivo. La gente se preguntaba por qué sus siembras nunca recibían la lluvia y empezó la envidia. Finalmente, el hombre le dijo a la gente, pero tan pronto como explicó la causa, el cuchillo desapareció. (*chontal*)⁸⁵

Quienes ven al rayo o son tocados por uno de ellos sin morir, o sobreviven las quemaduras de un relámpago, tienen dones especiales para curar, adivinar, ver cosas ocultas a los simples mortales —en el Altiplano mexicano se convierten en granice-

ros. Si acaso el rayo cae en un árbol donde duermen gallinas, por ninguna razón pueden comerse, aunque estén ya muertas y sin enfermedad: hay que echarlas al río Jesús María —dicen los coras— porque son comida del río, puesto que el rayo ya bajó hasta el patio, a cocinarle su cena.

HACE ALGUNOS AÑOS un hombre salió a buscar maíz con su hermano. De pronto los agarró un fuerte aguacero y cuando ya se regresaban vieron un rayo sentado debajo de un árbol.

—Allí está un rayo —le dijo el hombre a su hermano. Y el otro también lo vio. Mientras regresaban escucharon un trueno y ambos cayeron al suelo, sin sentido. Sus espíritus fueron a buscar al rayo que habían visto antes. Pero ya no estaba allí el árbol, se había derrumbado y hecho pedazos. El hombre dijo a su hermano:

—Es el rayo, su camisa es una parte verde y la otra roja. ¿Vieron que el rayo era un hombre alto?

Se preguntaban: “¿Cómo será el Rayo?”. Fueron a ver y ya no quedaba nada del árbol bajo el cual le habían visto antes. (*popoluca*)⁸⁶

El ‘*Anjel* es un rayo, es el esposo de una rana o sapo en el mito *tzeltal*, donde también es padre de la muchacha-maíz.

ES EL DUEÑO de los cerros y vive en las cuevas. El ‘*Anjel* es el dios de la lluvia, el señor de las montañas, el que nos da el maíz, el dueño de los animales y la divinidad de las aguas. El rayo le pertenece. El ‘*Anjel* cuida las milpas plantadas al pie de los cerros. Es el señor de los animales de monte y de la selva.

Cuando se lo comía el *tsorsk’oh*, animal que vive en la laguna, pidió de favor a *Yusumprum* que fuera a su casa dentro del cerro a pedirle a su esposa su tambor.

Encontró allí el muchas mujeres, señoras que parecen ladinas y niños. Familia del ‘*Anjel*. Llegó a decir que pide su tambor el ‘*Anjel*. Lo dio la señora. Ahora llegó. Recibió el ‘*Anjel* el tambor.

Después de muchas peripecias —sus hijos se convierten en ardillas, su esposa lo abandona— su suegro, el rayo liberado por *Yusumprum*, lo convierte en relámpago. (*tzeltal*)⁸⁷

Los rayos se casan también con humanos. Este rayo-culebra, combina la explicación etiológica —por qué hay culebras en el mundo— con las historias de mujeres que se

aparejan con seres de agua y la idea de que las trombas son culebras despeñadas desde el cielo.

CUENTA LA GENTE que una vez un hombre de Camotlán tuvo una hija. Ya había muerto la mamá de la muchacha, y el hombre se había casado con otra mujer. Pero esta mujer no quería a su entenada.

Según cuentan, una vez, cuando la muchacha salió de la casa, su madrastra destapó un jicalpestle que la muchacha tenía bien tapado y que dentro había cantidad de culebritas. Luego que lo destapó, se salieron las culebras.

Cuando la muchacha regresó, luego se dio cuenta de lo sucedido y recogió todas las culebritas que pudo encontrar. Pero no las juntó todas. Después de eso, dicen, la muchacha se enojó mucho y salió de su casa de una vez, llevándose su jicalpestle. Fue a entrar donde se llama Cueva de la Muchacha y salió allí abajo en un lugar que se llama Cueva del Mar. Cuando vino su papá y no la encontró por ninguna parte, salió a buscarla. Después de tres días la encontró allí donde está Cueva del Mar. La saludó:

—Hija, ¿qué haces acá? ¿Por qué me dejaste?

Entonces, su hija respondió: —Papá, tú no tienes la culpa. Esa mi madrastra así quiso. No quiere a mis hijos, por eso es que salí. De aquí a ocho días vendré con tu yerno. Entonces, dicen que su papá le dijo: —¡Qué! ¿Te casaste ya?

La muchacha respondió:

—Mi marido es Rayo. Por eso, cuando venga a tu casa, vas a poner dos petates y cinco cajas grandes para que tengas dinero. Y no tengas miedo cuando veas que tu yerno es culebra, pero después se va a transformar en gente.

Entonces regresó el hombre y llegó otra vez a su casa y comenzó a comprar cajas. Después de ocho días, llegó la muchacha con su marido. Y de veras, su marido parecía una culebrota grande, pero después se transformó en un hombre. Y, según dicen, dejó cinco cajas de dinero.

Regresó a su lugar y allí está viviendo todavía hoy.

Por eso, dice la gente, tenemos culebras ahora: porque esa mujer destapó el jicalpestle. Si no lo hubiera destapado, no tendríamos culebras. Así dice la gente, y así se termina este cuento. (*mixe*)⁸⁸

HACE MUCHOS AÑOS vivió en este pueblo una señorita, y aunque ya estaba en edad de casarse rechazaba a todos los jóvenes que la pretendían, a pesar de los deseos de su padre. Nadie sabía por qué no le interesaban los hombres y los admiradores seguían pidiéndola a su padre, como se acostumbra en el pueblo, sin que aceptara a ninguno.

Es que ella ya había aprendido a estar con el Rayo.

Todas las noches salía de su casa y se dirigía a un cerro cercano, en el extremo del río Guansuntán, como a cuatro kilómetros de Soteapan. Llegaba hasta una piedra embutida que se levanta desde la orilla izquierda del río. El lugar se llama Tyukang, y se cree que es la casa grande de los rayos. Ella iba a ese lugar todas las noches, para reunirse con sus compañeros.

Pero el padre insistía en que su hija debía casarse; pasaban los años y tenía miedo de que quedara soltera para siempre. Cuando un hombre venía a pedirla, le decía:

—Por lo que más quieras, ¿te gusta este hombre?

Y ella siempre respondía:

—No me gusta.

Por fin el padre decidió casarla a la fuerza, pues ya se había convencido de que nunca iba a encontrar un pretendiente que le gustara. Lo hizo. Después de decidirlo, la casó con el primer hombre que la pidió, sin hacer caso a las protestas de su hija.

Ya casados, la muchacha se negaba a dormir con su esposo, lo dejaba a solas. Cuando veía que estaba dormido, salía y se iba hasta la punta del cerro encantado de los rayos.

Una noche el hombre la escuchó trajinar y le preguntó:

—¿A dónde vas?

—¡Qué te importa!

—Dime, ¿qué clase de persona eres?, ¿qué es lo que haces?

—No insistas, no te voy a decir nada —respondió ella.

El esposo estaba intrigado por el extraño comportamiento de su mujer, tuvo sospechas y comenzó a vigilarla. “Voy a seguirla hasta descubrir qué hace; tal vez se cita con algún hombre”. Esa noche se quedó despierto y vio que salía de la casa. Se levantó rápidamente y se fue tras ella. La siguió hasta el arroyo de Temolapan, que pasa a orillas del pueblo, por el camino que lleva al río Guasuntlán y vio que cruzaba, volteando a ver si alguien la seguía. Subió al cerro y el marido la vio treparse a una gran roca. Allí estaban ya reunidos otros rayos. Cuando llegó hasta arriba la mujer vio al marido que venía tras ella.

—¿Por qué me sigues? —le preguntó.

Hasta entonces se dio cuenta de que su mujer era rayo. En ese momento se abrió la piedra y salieron otros rayos.

—Es mi marido —les dijo ella.

—Yo también quiero aprender a ser rayo —dijo él.

—Bueno, déjalo que entre —le dijeron los otros rayos a la mujer.

Le dijo a su marido que la siguiera y entraron a través de la piedra a un gran cuarto,

muy bien iluminado; en el centro había una piedra rectangular y grande que servía como mesa para que los rayos comieran allí.

—Debes aprender a ser rayo también. Te enseñaremos, pero primero vamos a brincar. Espéranos, no tardamos.

Y se fueron a dos rocas grandes, de cuatro y de tres metros más o menos. Allí se quitaron las ropas que eran brillantes, como de seda roja, amarilla y blanca, y comenzaron a brincar sobre las piedras, varias veces sobre cada una. En la tierra, al mismo tiempo, se escuchaba el eco del trueno.

Pero a algunos rayos les molestó la presencia de un visitante no invitado y decidieron matarlo. Lo levantaron para llevárselo al mar y ahogarlo.

—Creo se están llevando a mi marido —dijo la mujer, y al verlo, se puso su vestido y salió tras él. Lo siguió hasta la medianía del mar, donde lo soltaron. Lo rescató y lo trajo nuevamente al cerro. Allí le dijo:

—Muchas veces te advertí que no era la persona que te haría feliz. Regrésate a la casa y encuentra otra esposa —le dijo—, pues yo debo quedarme aquí y vivir tal y como he vivido con mis compañeros, desde hace tantos años.

—Eso es imposible —le dijo el hombre —debo quedarme aquí contigo.

A pesar de sus ruegos, ella seguía rechazándolo. Uno de los rayos le dijo a la mujer:

—Podríamos traer unas campanas para celebrar nuestra fiesta y él podría cuidarlas. Así podría estar contigo.

—No, no sabe hacer ese trabajo, perdería mucho tiempo aprendiendo. Más útil le sería a su pobre madre, que no tiene quién vea por ella.

El marido, rechazado y profundamente dolido, regresó a su casa. Sin poder librarse de su amor, la visitaba cada noche en el cerro.

Hasta la fecha, cuando los rayos salen a jugar en junio y julio, recibe la visita de muchos rayos que se acercan a su casa, entre relámpagos y truenos. (*popoluca*)⁸⁹

HABÍA UN HOMBRE MUY POBRE; vivía con su esposa y su hija, tierna todavía, en la casa de un familiar. Trabajaba en el campo pero no se le daba la cosecha, perdía todo y seguían pobres.

Su mujer lavaba ajeno y echaba tortillas de la gente.

Una vez salió el hombre de su casa sin rumbo. Ya cansado, se sentó pensativo a orillas del camino. En eso pasó un hombre güero, alto, bien trajeado. Iba muy elegante, montado en un caballo blanco que tenía freno y espuelas de oro. Era el Rayo.

Cuando el Rayo estuvo frente al hombre, le preguntó:

—Hombre, ¿qué haces aquí? ¿A dónde vas?

El hombre pobre alzó la vista y dijo:

—No sé qué hago aquí ni a dónde voy; la pobreza me ha vuelto loco.

—Yo te ayudaré —dijo el Rayo— pídemelo lo que quieres, sólo te pondré una condición. El pobre pidió dinero, animales y que se le diera su cosecha.

—Te doy todo —concedió el Rayo—, pero me llevaré a tu hija cuando cumpla quince años.

El Rayo le dio al pobre una moneda de oro y le dijo que la guardara en una esquina de su casa; le dijo que hiciera un corral muy grande y que rezara un poco antes de sembrar una jícara chica de maíz.

El hombre recibió la moneda, se fue a su casa y le contó todo a su mujer.

Hizo lo que le había dicho el Rayo y tuvo mucha cosecha, mucho ganado. Se volvió muy rico.

Cuando su hija tuvo quince años, llegó el Rayo y se llevó a la muchacha.

Por eso dicen que es el Rayo quien cuida el campo y a los animales. (*mixe*)⁹⁰

El maíz llegó al mundo con ayuda del rayo, que lo pintó de colores al quebrar el cerro donde se encontraba guardado. También lo regala, de manera más directa, a su cuñado —pues se había casado con la hermana de un mortal. Otro rayo, atrapado en un árbol, regala también el maíz al hombre que lo libera. La pérdida de la abundancia del maíz y del frijol, también se asocia al rayo: los aprendices desobedecen las órdenes y desperdician la lluvia, la comida y los dones de su patrón. Por su juventud, impaciencia, holgazanería perjudican, confunden, causan estropicios, pierden las propiedades de los alimentos echándole más que la medida solicitada.

ANDABA UN MUCHACHO buscando leña. Andaba en el cerro cuando entró a la casa de los nichos. Los nichos son truenos. Los truenos dejaron al muchacho en la casa, para que la cuidara, y se fueron a trabajar. Eran muchos. El muchacho se quedó solo en la casa y sacó la ropa de los truenos, que tienen un traje especial para hacer el viento y el huracán. El muchacho se puso el penacho, vistió la capa y tomó el bastón, el hacha y el tecomate.

Con esas cosas hizo rayos y truenos. Movía la mano y hacía más rayos. Como él no era trueno, nomás se puso el traje que permitía subir, sintió que se iba a caer. Entonces hizo más movimientos con la mano, pero así subió aún más alto con la fuerza del bastón, haciendo más rayos y tormentas. Cuando los truenos regresaron a casa, para agarrarlo, se metieron en una gran nube negra para que no los viera el muchacho. Lo agarraron y lo pusieron en el norte.

Hoy, cuando no llueve, se ven los grandes rayos de ese lado. Hoy el muchacho está en el mar, y cada vez que pasa el veinticuatro de junio, que es su tiempo de tronar,

le dicen: “Todavía falta mucho”. Y después pasa la fecha, y así no hay demasiada lluvia. (*teenek*)⁹¹

PEDRO ERA UN NIÑO huérfano de madre; al volver a casarse su padre, la madrastra no quería a Pedro. Lloraba todos los días junto al arroyo, lamentándose de no tener la manera de vivir solo. Sus llantos y quejas eran oídos por el mal espíritu, que era hombre-rayo. Ya cansado se lo llevó a vivir con él y allí creció.

Cuando el hombre rayo salía a trabajar, le encargaba a Pedro que hiciera la comida. Para hacerla, tenía una medida para el maíz y otra para el frijol, pero eran demasiado pequeñas y a Pedro le pareció que con una sola medida no se iba a llenar.

Le había pedido a Pedro que cocinara una sola medida de frijol, pero él puso dos. Cuando el hombre volvió, los frijoles estaban saliéndose de la olla. Le preguntó a Pedro: —¿Cuántas medidas echaste?

Pedro tuvo miedo y mintió, diciendo que solamente había echado una medida, pero no pudo engañarlo, porque el hombre sabía que en la olla sólo cabía una medida. Después le encargó que cocinara una medida de maíz y volvió a desobedecerlo, puso nuevamente dos. Entonces lo regañó.

—¡Qué Pedro éste!, eres malo; te dije que usaras solamente una medida en vez de dos. Entonces el hombre rayo le ofreció un plátano guineo y le dijo:

—Baja uno o dos de la penca, pero no vayas a comerte todos.

Al mediodía Pedro fue con el guineo y le dijo: —Dame un plátano—, pero el guineo no le daba nada, entonces Pedro le pidió que bajara toda la penca.

Cuando el hombre rayo volvió a la casa, encontró todos los guineos regados y lo volvió a regañar:

—Caramba, Pedro, si demasiado te estoy diciendo que si uno quieres comer, uno le hubiera pedido. ¿Cómo lo fuiste a bajar todo?

Volvió a subir los guineos y Pedro comió sólo uno.

Al día siguiente salió el viejo a trabajar con su rayo. Pedro no sabía quién traía la comida. Vio venir un sapo muy grande: era la mujer del viejo. Ésta los mantenía pero no les daba tortillas, les decía que era tortilla pero no era eso, era mierda de ganado, pura mierda de ganado.

Pedro le preguntó al sapo: —¿Es miel?

El sapo le contestó:

—No, es mierda.

—¿Y quién la hizo?

—El sapo.

—¿Para el hombre rayo?

—Sí.

Pedro mató al sapo y con él hizo un tamborcito muy pequeño. Se puso a tocar con él: tam-bi-di-qui, tam-bi-di-qui. En ese momento llegó el hombre rayo y le dijo:

—Y tú Pedro, ¿qué tambor hiciste?

—Pues hombre cuando vino el sapo lo maté, lo pelé y con su piel hice este tamborcito.

—Bárbaro, Pedro, todo me lo estás acabando, si ese sapo es mi mujer. Ésa nos está manteniendo a nosotros. ¿Cuándo te vas a fijar, hombre? ¡Carajo!, ella nos estaba dando la comida.

—Yo no sabía, yo la maté, la hice tamborcito.

—Pedro, eso está muy malo.

Al día siguiente el viejo se fue a trabajar vestido de rayo y Pedro se fijó cómo iba, se vistió, cogió el cable del viejo, con el que anda de rayo.

—¡Hijo la chingada! —le gritó el viejo al verlo salir como rayo, y empezó a correr tras él. Pedro corrió hacia el mar y cuando casi lograba llegar, el viejo lo atajó.

—¿Y tú, qué es lo que estás haciendo? —lo regañó el viejo. —Si yo no te dije que salieras, hombre, sino que cuidaras la casa. ¡Ay Pedro! ¿Cómo te volviste tan mal hombre? Ya puro perjuicio me estás haciendo.

Lo regresó a la casa y le dijo:

—Cuando quieras andar de rayo, coge la vara al revés.

Bueno entonces así hacía Pedro. Pedro fue a ver a su familia vestido de rayo y encontró que están retocando la iglesia del pueblo, le estaban poniendo vigas nuevas, pero la madera era muy pesada y los hombres del pueblo no podían subirla. Entonces Pedro les dijo:

—Caramba, ustedes no aguantan esa madera, yo solito la puedo subir.

Agarró la madera y la fue colocando en el lugar donde los procuradores le iban diciendo. A la gente le dio envidia ver que Pedro tuviera tanta fuerza, para cargar él solo las vigas que todos los hombres del pueblo no pudieron levantar. Lo amenazaron. El viejo procurador pidió bejucos para amarrar a Pedro, pues pensó que era mejor matarlo, que era una amenaza para el pueblo, porque haciendo él solo todo, ellos no tendrían más trabajo.

Al subir las últimas vigas, Pedro se dio cuenta que lo iban a matar y se convirtió en águila y se alejó volando hacia el Cerro Tres Picos que se encuentra cerca de Rayón, y desde entonces ahí vive en forma de águila. (*zoque*)⁹²

Pedro hace enojar al Rayo que lo adopta, como los pícaros de los cuentos hacen con sus protectores. La cercanía entre lo mítico y los cuentos se ve en las relaciones y acciones, más que en los personajes.

HABÍA UNA VEZ en ese cerro un maestro sabio, muy inteligente, que había hecho muchos estudios, era un licenciado. Había aprendido a hablar con el agua y con los animales. La gente decía que con su presencia el día empezaba bien. Este maestro entraba al agua con su capa y hablaba con el agua y con los animales. Un día el viento vino con una caja y un caballo, y el maestro se dejó llevar por el viento hacia el otro lado del mar.

La gente se lamentaba y el hermano del maestro se fue a buscarlo. Cuando regresó, les dijo a todos que el maestro iba a regresar pero que para ello era necesario reunirse delante de la iglesia. Toda la gente se congregó frente a la iglesia juntando mucha leña. Cuando el maestro regresó, se prendió la lumbre y fueron llevados todos. Esto es porque el Trueno no quiere estar solo, necesita tener peones para hacer sus aguaceros, y por eso siempre andan juntos los truenos; nunca vienen solos.

El maestro se llamaba Elías, el profeta. Esto pasó hace mucho tiempo. Su hermano se llamaba Eliseo. Era el mayor, pero menos sabio que su hermano. Elías es el mero Trueno. (*teenek*)⁹³

MIREN, SEÑORES Y NIÑOS, ahora les explicaré el consejo de por qué no es bueno ser flojo. Por qué la flojera perjudica. Con la flojera tomamos otras costumbres: te haces borracho o tomas el vicio de beber y te peleas o robas. Y para que no suceda esto, escuchen que no es bueno ser flojo.

Porque una vez un muchacho trabajaba cuando estaba con su papá, pero una vez que se casó, dejó el trabajo. Por esto, de rabia, su papá alejó a su hijo, le dio una casa para él, para que se mantuviera, porque no quería trabajar.

Desde que lo alejó, estaba todo el día sin hacer nada, solamente iba a jugar, salía a vagar por ahí, se divertía y no le compraba nada a su esposa, ni le daba dinero para mantenerse.

Por eso, la muchacha iba a moler para otros o a hacer trabajos en casa ajena, pues allá le ofrecían tortillas y le daban qué comer, para poder darle a su marido en casa. Después, cuando llegó el mes de enero, la mujer le dijo: —Mira, tú, ¡debes trabajar!, ¿qué comeremos? Somos muy pobres; y no ganas jamás un centavo para mantenerme, nuestros padres nos han abandonado por la rabia de que eres un flojo. Yo quisiera que trabajaras, que hicieras cualquier trabajo para ganar dinero y mantenernos.

—De verdad yo no quiero trabajar, no me gusta trabajar; pero como mi papá me dejó el terreno para que yo lo trabaje, como me lo regaló para que siembre, está bien, iré a trabajar.

Entonces, como era muy flojo, ya no quería tomar el azadón y el machete; trabajó solamente un momento y se acostó a dormir. Durmió y descansó. Después de un rato,

se despertó y vio que ya venían los rayos, ya venían las nubes, ya caía la lluvia. Entonces pensó: mejor sería que yo fuera un rayo, como éstos que llegan relampagueando, así me iría muy contento porque no tendría que trabajar. De verdad, de corazón, no quiero hacer ningún trabajo. Y ahora que me queda sólo limpiar el terreno para dos litros medidos de lo que he rastrillado, voy a decirle a mi esposa que me dé la semilla y comenzaré a sembrar, pero no mucho, porque es mejor que me vaya. Entonces, su esposa buscó la semilla y él fue a sembrar lo de dos litros de medida. Apenas había avanzado medio litro de semilla, cuando tomó la semilla que quedaba, excavó profundo, la enterró y esparció la tierra para que no naciera la semilla y después se durmió otra vez.

De nuevo llegó el relámpago.

—Mejor, Dios omnipotente, que yo fuera un relámpago, que yo me convirtiera en un rayo, porque no quiero trabajar, así no me cansaría para comer, porque sólo me iría volando y lloviendo, y ya está.

Como nuestro Dios lo estaba escuchando, tal vez se dijo: “Este hijo mío no quiere trabajar; pues bien, que sienta lo que es bueno y lo que no es bueno; si está bien lo que piensa en su flojera, o si sería mejor que trabajara”.

Entonces, un día después vino otra vez el relámpago y cuando llegó le dijo: —¿Qué haces, amigo?

—Nada, estoy aquí reposando.

—¿Por qué no trabajas?

—No quiero trabajar, soy flojo de verdad. ¿Cómo me voy a mantener? Estoy pensando mejor irme a otra parte.

—Está bien, si quieres te irás. ¿Qué dijiste ayer?

—Dije: “¡ojalá fuera un relámpago!”

—¿Y por qué has sembrado ahí estas semillas? Tal vez te des cuenta de dónde viene esta semilla, hay mucha en el Talocan, donde está la madre-padre Tierra; de allá viene toda la semilla con la cual sobrevivimos. ¿Y por qué la desprecias? Porque ésa se va a podrir. Y si crees que puedes ir por el aire, ve a avisarle a tu esposa que vas a trabajar a otro lado, y yo voy a hablar allá donde están mis hermanos, porque mis hermanos son los relámpagos; voy a hablarles y si dicen que quieren que tú seas su compañero, te lo vengo a avisar mañana.

—Está bien, así quedamos. Me da mucho gusto, de verdad estoy contento de corazón, porque yo me voy, no voy a trabajar más.

Entonces, en la tarde llegó y le dijo a su esposa: —Me voy a ir, he pensado que no quiero trabajar con el azadón, quiero trabajar donde se gana mucho dinero; no te preocupes, no regresaré luego. Pasados tres meses, te mandaré dinero para que

comas y tú, pasado un mes, limpiarás la semilla que yo he sembrado.

Entonces, su señora se puso contenta porque su esposo iba a ganar dinero. Le dijo:

—Está bien, ganarás dinero.

—Sí, mañana me iré, voy a alcanzar a mis compañeros, voy a trabajar lejos, con otros. ¡Qué lejos!, se fue a su campo y allá limpió un poco y otra vez se durmió: después se despertó. Cuando llegó aquel hombre amigo suyo, le dijo: —Ya llegué, ¿has pensado bien si vas a irte con los relámpagos?

—Sí, ya lo pensé bien y ya hasta le avisé a mi esposa que me voy al campo, que voy a ganar dinero.

—Está bien, entonces vámonos. Allá me esperan los relámpagos. Ya salieron y allá te van a aconsejar.

Pero en realidad no era un hombre el que le hablaba, era un relámpago.

Se lo llevó al Talocan, donde tienen las cosas; donde reside verdaderamente nuestra raíz. Entonces lo condujo allá a una casa y allá lo vieron, lo rodearon: —Tú de aquí no sales, aquí te quedarás siempre. Prepararás el nixtamal, hervirás los frijoles, todo lo que comeremos; allí cocinarás y traeremos a las muchachas que vendrán a hacer de comer. Tú sólo hervirás frijoles.

Bien, pasaron tres días y entonces preparó el nixtamal, pero no le dijeron cuánto maíz debía preparar, sino que se lo dijeron sólo después que hizo lo que quiso, hasta que se le cayó el maíz y se esparció, pues midió en un tarro como de un tazón y medio de maíz y solamente debía poner cinco granos de maíz y con esto se llenaría la olla. En aquella cacerola para los frijoles, cacerola de un cuarto, si le ponen diez frijoles, con eso se llenaría, pero él puso mucho.

Entonces se empezó a esparcir y a caer. Él tomó todos los platos para repartirlo y que no quedara nada en la cacerola sino lo que fuera necesario; llegaron sus compañeros y le dijeron: —¿Qué estás haciendo?

—He visto que se derrama y se derrama y así lo tomé y lo repartí, se volvió un montón.

—¡Es verdad que se multiplica!, ¿por qué? Porque aquí se origina todo aquello con lo cual debemos mantenernos, por eso aquí no se necesita mucho, no se ve mucho. Después de tres días le dijeron: —Ahora vámonos, te llevaremos con nuestra madre Tierra y con nuestro padre Tierra. Ella te recibirá y ahí tú debes ayudar, ahí verás que no es bueno ser flojo y desperdiciar, porque ahí vive la que manda.

Entonces se lo llevaron y se lo presentaron a nuestros padres y ellos le dijeron:

—Aquí te debes quedar. El tiempo de un año aquí es un día, si te quedas aquí dos años son dos días, porque aquí hay mucho trabajo con el cual asistimos a nuestros hijos; de aquí viene el agua que hace germinar todo y viene el calor para que dé cada fruta de nuestros hijos. Sí, aquí vas a estar, también ayudarás.

Entonces lo llevaron a ver todo: donde están todos los que habitan allí. Fue a verlos como son todos. Vio dónde hacen el alimento, dónde muelen para comer. Tan sólo al terminar los cuatro días le encargaron lo que debía hacer.

Entonces, él espío cuando aquellos muchachos se metieron en una estancia. Después, los vio vestirse bien ahí y los vio irse volando. Volaron en el aire. Cuando se fueron y ya se alejaron, él vio que se vistieron muy bien y volaron: —¡Bah!, si éstos son los relámpagos, también yo voy a ver qué hay en la estancia.

Entonces entró a la estancia, buscó y encontró un traje nuevo, que todavía no había usado ninguno. Se vistió y también él se fue; también él voló. Y voló más, porque llevaba el vestido más nuevo. Entonces, se fue por otro lado; los otros tres salieron y él se fue solo. Y por allá por donde él se fue sopló un viento impetuoso, se abatieron las montañas y cayeron las casas, porque él hizo un desastre siendo pecador, no como los otros.

Ellos se dieron cuenta que andaba por el aire: —Siéntanlo —dijeron—, miren a aquel hombre, tomó la ropa, la que cuidábamos y ahora así va, y está provocando muchas desgracias. ¿Cómo lo detendremos?, ¿cómo lo controlaremos?

Lo detuvieron entre tres hombres, lo pusieron en medio y lo calmaron, llevándoselo de allí. La madre-padre Tierra que lo estaba escuchando sabía qué desgracia estaba sucediendo.

Cuando llegaron los otros lo regañaron de verdad, lo reprendieron, le echaron la culpa, ya que era un hombre pecador y no debió hacer este trabajo. Por su culpa sucedieron muchas desgracias, mucha gente murió y también muchos animales. Donde él pasó todo terminó.

Entonces les dijeron: —Vayan a dejarlo donde lo encontraron. [...] (*náhuatl*)⁹⁴

Después, el flojo se convierte en zopilote —es más común esta metamorfosis a la que ocurrió aquí— y no encuentra recompensa alguna a su holgazanería, como sucede en algunos cuentos.

HUBO DOS COMPADRES, uno se llamaba Sebastián y el otro Pablo. Sebastián era compadre del Rayo y cada año cosechaba bastante. Entonces Pablo le preguntó:

—Compadre, ¿cómo es que cosecha tanto? Yo siembro igual que usted pero nunca cosecho tanto.

—Compadre, ya sabe usted que yo voy a la cueva del Rayo, es mi compadre. Por eso tengo segura la cosecha.

—Compadre, ¿no me haría usted favor de llevarme a esa cueva?

—Con gusto —dijo Sebastián—. Pero no se vaya a asustar cuando lleguemos a la cueva. Traiga dos velas y mañana temprano nos vamos para allá.

Al otro día los dos compadres se fueron a la cueva del Rayo y él les ofreció un asiento. Entonces Sebastián le dijo al Rayo:

—Compadre, vine a verlo porque ya me hizo usted un gran favor. Aquí le traigo a mi hermano, también él es compadre. Venimos para que le dé buenas cosechas, algo de fortuna.

—Muy bien, compadre —contestó el Rayo—. Después de desayunar lo arreglamos. El Rayo le sirvió a Sebastián una tortillita y una jicarita de atole.

“Ay, Dios mío”, pensó Pablo, “¿cómo vamos a llenarnos con esa tortillita y esa jicarita. ¡Y con el hambre que traigo!”

El Rayo sabía lo que estaba pensando. Le sirvió su jicarita y su tortillita y comenzaron a comer. Sebastián comió y se llenó, Pablo no pudo terminárselo.

—Gracias por su comida, compadre —dijo Pablo.

—Pero tiene que terminarse el atole y la tortillita que le di.

—Compadre, ya no puedo, estoy muy lleno.

—No, compadre —le dijo el Rayo—, se lo tiene que terminar; antes de recibir el *carriño* se le hacía que no se iba a llenar.

—Sí, compadre, ya entendí.

—Ahora que ya entendió, para otra vez ya no piense que no le va a alcanzar —dijo el Rayo, y recogió la jícara y la guardó en la cocina.

El Rayo trajo dos jarras con dos flores y de allí salieron dos muchachas. Una de ellas era ciega de un ojo y muy pálida. La otra estaba chapeada y muy simpática. Le preguntó a Pablo:

—Ahora, ¿cual de las dos muchachas escoges para llevártela? Ellas son las cosechas. Pablo decidió llevarse a la que era simpática y Sebastián se llevó a la tuerta.

—Bueno, compadre, ya le cumpliste a tu hermano su deseo de venir hasta acá. Va a tener poca suerte siempre porque escogió a la bonita y no a la fea. La tuerta es riqueza, maíz y frijol. La bonita es puro acahual.

Sebastián le dijo al otro:

—Pues ya ves, hermano, luego no digas que fue culpa mía. Tu suerte es ser siempre pobre. Y se separaron. El Rayo le dijo a Pablo:

—Para que el viaje no sea de balde, te voy a dar unos granos de maíz blanco, amarillo, morado y *vela tobo* —menos oscuro. Los vas a plantar el mismo día que tu compadre empiece a sembrar.

Cuando los compadres regresaron a su pueblo se separaron y Pablo fue para su casa. Agarró unos costales y puso un grano en cada costal. Al otro día, cuando despertó, los costales estaban llenos de maíz. Se puso tan contento que se fue a ver al otro.

—Ahora cuida mucho ese maíz, y si algún día vas a ver al Rayo solo, ten cuidado de no pensar nada malo.

—¿Y cuándo vas a sembrar? —le preguntó Pablo.

—¿Qué no oíste que el compadre nos va a avisar cuándo? Lo que has de hacer es preparar tu terreno, para cuando llueva.

Plantaron cuando comenzaron las lluvias. En pocos meses la milpa de Sebastián estaba bonita, pero en el terreno de Pablo se dio pura yerba, nada de maíz. Pablo trató de hacer que la tierra diera, pero nunca logró desyerbarla.

* * *

Cerca de un pueblo había una cueva y en la cueva vivía una persona de mal, un demonio. No soltaba la lluvia. Cuando las nubes salían para llover, salía él de su cueva, veía las nubes y se iban corriendo para otra parte. Se juntaron los rayos, doce rayos y dijeron:

—¿Qué haremos para que llueva? Porque no ha llovido.

Comenzaron a recoger vapores para hacer una tormenta.

—Vamos a matar a ese demonio —dijeron—. ¿Cómo haremos? Vamos a formar una granizada fuerte.

Sacaron las nubes de tres ollas que estaban al pie de la cueva. Dijeron:

—Cuando caiga uno, que caiga luego otro y otro, hasta que logremos matarlo.

El primer rayo cayó en los cuernos del diablo, que tenía cuatro cuernos. Murió. Cayó otro y agarró un trozo de la cabeza del diablo. Lo mató. Cayó otro, también lo mató. Al cuarto también lo mató. Igual al siguiente. Cayó otro y lo hirió. Todos los rayos cayeron haciendo gran ruido. Por fin mataron al diablo y le machacaron la cabeza. Murieron seis rayos y sobrevivieron seis. Y entonces comenzó a llover lluvia buena.

* * *

El rayo se encontró con dos niños y les preguntó a dónde iban.

—Vamos a buscarnos la vida —le contestaron.

Eran dos huerfanitos, una niña y un niño. Se los llevó a su casa el rayo. Cuando llegaron les dio de comer tortillas y frijoles. Vieron que hacía su nixtamal con un solo grano nomás y que ponía nomás un frijol en su olla. Le dijo:

—Mira, chamaca, así harás: con esto alcanza para dos días.

La niña preguntó: —¿Por qué nomás pones un grano, papá?

—De un grano sale mucho maíz. Si pones dos, no te van a caber en la olla.

Les estaba enseñando a los niños cómo mantenerse. Le dijo a la niña:

—Mañana voy a salir a trabajar. Pondrás un grano para que estén listos los frijoles cuando regrese.

Sacó unas cuantas nubes que guardaba en una olla grande. Era un rayo nuevo, es por eso que sacaba poquitas. Las nubes subieron al cielo. Rayo les dijo a los niños:

—Voy a trabajar ahora, porque Dios me dijo: “Voy a mandar agua al mundo porque la gente ya fue a trabajar la tierra”.

Subió al cielo y pegó un grito. Las nubes le entendieron y comenzaron a llover. Fue un aguacero fuerte, el tres de abril. Cuando pasó la lluvia, Rayo regresó a su casa.

Al volver vio que la olla estaba rota porque la niña había echado dos frijoles.

—¿Cómo sucedió? ¿Por qué pusiste dos frijoles? —le preguntó el Rayo.

—Es que con un solo frijol no iba a completarse la cena.

—Te dije que pusieras uno. Mañana pones un grano de frijol y otro de maíz.

—Sí —dijo la niña.

Rayo le dijo al niño: —Mañana te voy a enseñar a trabajar.

Al día siguiente despertaron y Rayo le dijo al niño que sacara unas cuantas nubes.

—Ya me voy.

Y se fue al cielo con las nubes. Le dijo al niño que ya no destapara las ollas, pero el niño las abrió. Rayo vio que subían al cielo más y más nubes.

—¿Qué está haciendo?

Rápido se regresó y tapó las ollas porque ya se habían vaciado hasta la mitad.

—Las nubes ya formaron un lago. Va a llover muy fuerte, con granizo —le dijo al niño.

Sacó una nubecita de viento y salió un remolino, un viento fuerte. Rayo le gritó a la lluvia, para que escampara. Llovió durante cuatro horas, luego Rayo dominó la lluvia, pero la tormenta ya había barrido el pueblo hasta el río. Rayo regañó al niño por destruir el pueblo.

—No sirves para este trabajo, no debes destruir a la gente. Mejor vete al pueblo, te voy a dar unas cenizas para que te mantengas.

Le dio unos frijoles y algo de maíz.

—Vas a sembrar esto. Busca una tierra y cuando barbeches, echa estas cenizas.

El niño buscó un terreno, echó las cenizas y plantó. Hubo buena lluvia y se le dio muy bien la milpa. Sembró solamente un almud y sacó mucha mazorca. Su hermana exclamó: —¡Ya tenemos maíz!

Al año siguiente plantaron tres almudes y al final del año cosecharon bastante.

—¡Ya somos ricos! —dijo la muchacha.

—¿Por qué su milpa se da tan bien y de la mía no sale nada? —le preguntó su tío.

El muchacho le contó que el rayo le había dado ceniza, que por eso se daba tan bien.

—Bueno, entonces ya pueden vivir solos. No vendan esa tierra porque es buena, cuídenla.

Y así se volvieron ricos. (*zapoteco*)⁹⁵

UNA VEZ UN HOMBRE se fue adonde viven los *viejos*, y al llegar a ese lugar fue bien recibido. Nada más le dieron un consejo, le dijeron: —Te dejaremos aquí, nada más que mucho cuidado, no vas a agarrar estos trajes que están colgados. Vas a hacer de cocinero, vas a poner cuatro frijoles en la olla, porque éstos rinden mucho.

Los viejos se fueron a trabajar, y aquel hombre quedó pensativo y dijo: —Bueno, si pongo cuatro frijoles para mí no va a haber nada—. Entonces, empezó a espulgar los frijoles y que echa en la olla un montón, y que empiezan a hervir y rindió demasiado. Al llegar aquellos viejos encontraron la casa llena de frijoles. Entonces, aquellos viejos ya no quisieron dejarlo solo, pero al otro día a fuerza tuvieron que hacerlo así porque tenían mucho trabajo. Volvieron a aconsejarle: —Cuidado con que agarres el traje y el bastón porque es muy peligroso para ti.

Él dijo que no los agarraría; pero como siempre veía cómo hacían aquellos viejos, entonces hizo lo mismo cuando estuvo solo. Cogió la *manga* y que se la pone, agarró el bastón y se lo puso en la punta de los pies y en seguida que sube. Entonces aquellos viejos andaban lejos, pero en el momento que le oyeron se fueron corriendo a la casa y vieron que no estaba el hombre. Y que se van corriendo, volando entre las nubes y con trabajo lo alcanzaron, lo agarraron bien muerto porque había volado mucho ese hombre. Ya en el mundo faltaban unos cuantos minutos para que se acabara. Entonces a aquel hombre lo enterraron y ya nunca volvió. (*tepehua*)⁹⁶

Culebras

Penetrar a las entrañas del monstruo de la tierra —culebra, lagarto, cocodrilo— es una acción común a dioses, héroes e incluso tontos de cuentos o *mentiras* nativas. Por otra parte, las pruebas que se requieren en los cuentos maravillosos europeos incluyen matar a la enorme serpiente o al dragón que amenaza a alguna princesa; igualmente son tarea de los dioses creadores en el norte del país o de los gemelos que serán sol y luna en el sur. Se le mata quemándola o penetrando a su interior y cortándole desde dentro el corazón —en los cuentos, vomita a quien se ha tragado al sentir la punzada de la navaja en el estómago y sigue su camino acuático.

Las culebras son compañeras, antagonistas, hermanas y contraparte de los héroes: horadan la tierra y forman hondos cauces.

La asimilación de relatos exógenos es posible donde hay coincidencias: de allí que la culebra de siete cabezas o San Miguel sean tan comunes en las narrativas autóctonas; así se hicieron nativos también Cristo y los santos patronos.

Las culebras habitan *encantos* o cerros acuáticos y poseen grandes riquezas. Premian a sus benefactores, aunque rara vez el dinero de su mundo es útil o permanece como tal en el nuestro: como en todos los mitos y cuentos, al tocar el aire mundano se convierte en basura, podredumbre, desperdicio.

No así la lluvia que fertiliza los sembradíos. Una culebra de agua es una tromba o remolino de agua, un golpe de aguacero.

UN MUCHACHO que hacía toda clase de travesuras fue enviado por los ancianos para matar a Dios. Se paró, armado con un arco, en un campo abierto y le tiró una flecha a Dios cuando llegó, pero no le atinó. Dios se agachó y todo se volvió noche.

Entonces los ancianos dijeron: —Lo va a matar— y le enviaron un mensajero para que se regresara.

Le encargaron que matara a la serpiente. Cuando la encontró, le disparó y penetró con su arco al cuerpo de la serpiente, por las fauces. Para hacer fuego, cortó el hígado a la serpiente, creyendo que era yesca y la serpiente, al sentirlo, abrió sus fauces y dejó salir al muchacho.

Entonces los viejos lo mandaron al cielo, para que fuera mensajero de Dios. Dios estuvo de acuerdo y le puso por nombre Miguel. Le ordenó que se quedara allí, que cuidara el mundo y el agua; y que si veía que se acercaba el *animal*, diera aviso a los otros mensajeros.

Cuando apareció, Dios los envió a matarlo. Sin embargo, no pudieron y le pidieron ayuda a San Miguel, quien lo mata pisándole la frente. Luego le informó a Dios que el animal ya estaba muerto.

Ahora el santo Miguel cuida el mundo. Si no fuera por él, el mundo estaría lleno de agua. Ahora Miguel cuida a la serpiente, para que no se acerque. Si él no estuviera, ya no habría gente en el mundo. (*cora*)⁹⁷

Como el hermano de Condoy, que horada túneles bajo la tierra, la culebra yaqui también es atajada con rezos, antes de destrozar el mundo.

EN UN AGUAJE GRANDE al pie del cerro Nohme vive una culebra enorme que tiene una cruz en la frente. Se mantiene de los animales del agua, pero a veces come ganado, cabras y hasta personas; al inhalar, forma un gran viento y los jala hasta su boca. Esta culebra es Acencio y alguna vez fue *maestro* de la capilla. Pero esa per-

sona hizo cosas malas y, al morir, en el momento mismo en que lo enterraban, su sepulcro se comenzó a hundir. El cielo se nubló y todo quedó oscuro. Del agujero que se hizo en la tumba salió un sonido como el de los leones cuando gruñen. Vino un cura que sabía el yaqui y le dijo: —Vete, Acencio, vete para un lugar donde no haya cristianos.

Ese animal comenzó a cavar la tierra y a irse por debajo del suelo de inmediato. Muchas gentes seguían el rastro que hacía sobre la tierra y rezaban, para que no fuera a quedarse en el pueblo. También el cura iba detrás, rezando. Hasta que llegaron al pie del cerro de Nohme. Quebró la piedra y se hundió en el agua que hay al pie del cerro. Y se dice que allí vive Acencio todavía. (*yaqui*)⁹⁸

HAY UNA PIEDRA con cuernos, sale los miércoles y los jueves.

Fue un hombre a ver por qué tenía cuernos. La roca se movió, la roca habló.

Dijo que se llamaba *Xul Vo' Ton*. Debajo de la roca vivía una enorme culebra que araba la tierra con sus cuernos; y había un manantial que brotaba desde la piedra hacia el bosque: era el camino de la culebra.

El hombre corrió a decirles a los demás lo que había visto. Vinieron todos a vivir al surtidor. Le llamaron a la roca *Culebra con cuernos*.

Pero el Señor de la Tierra no quería que tomáramos esa agua. La culebra se arrastró por la tierra, las milpas se desbarrancaron, la tierra tembló.

Todos rezaban, allí sobre la roca celebraron el día de la Cruz. Se aplacó el Señor de la Tierra, se conformó.

—Gracias por rezarme —dijo la roca—. Ocultaré a la culebra cornuda. Ya no cavaré la tierra.

Vino el Rayo, golpeó la piedra, se le cayeron los cuernos.

La gente que vive allí sigue bebiendo esa agua y nunca se abandonó la fiesta de Mayo. (*tzotzil*)⁹⁹

HACE MUCHO TIEMPO había serpientes de siete cabezas, vivían al noreste de Guaymas, cerca de un cerro que tiene dos crestas llamado Takalaim. También había serpientes de siete cabezas en el cerro So'ori, río abajo, cerca de la playa.

Quienes vivieron hace tiempo, decían que si un yaqui se casaba con un pariente se convertía en culebra. Se iría al cerro como gusanito y al año ya tendría una cabeza, a los dos otra, tres a los tres años. Así: hasta completar siete. Entonces ya estaba listo para salir.

Cuando salían estas culebras había un viento terrible, inundaciones. *Suawaka* está hasta arriba, vigilándolas. Sabe que salen cada siete años, y que su cabeza de enme-

dio es la primera que asoma. Entonces Suawaka les tira su arpón de fuego y esa es la estrella fugaz que vemos en la noche.

Suawaka levanta a la culebra que mató para llevarla con sus suegros y su esposa. *Yuku*, dios del trueno y el relámpago, es su suegro y la esposa de *Yuku* es la lluvia. Suawaka va cada siete años a los cerros por una culebra y así tienen bastante carne, porque eso es lo que comen ellos.

Si Suawaka no las mata, las culebras saldrían del cerro con mucho aire y lluvia. Una vez un hombre estaba pescando cerca de Guaymas cuando Suawaka bajó a matar a una culebra de siete cabezas.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó.

—Matando culebras.

—¿Dónde vives?

—Allá arriba.

—Llévame a tu casa.

—Está bien —dijo Suawaka. Se echó la carne de culebra en el hombro y puso encima al pescador.

—Cierra los ojos.

Los cerró. Volaron hasta otro mundo. Cuando el pescador volvió a abrir los ojos, estaba rodeado de carne de culebra. No le gustó, estaba cubierta de escamas y las escamas eran muy grandes.

—Prueba —le ofreció la esposa de Suawaka—, esta carne es deliciosa.

No pudo. Como no había nada más que comer, la esposa le dijo a su marido:

—Creo que se va a morir, no puede comer. Mejor regrésalo, Miguel.

Porque aunque se llame Suawaka, a veces le dicen san Miguel.

—Llévame de nuevo a la tierra —suplicó el pescador.

—Muy bien. Llévate cuando menos esta escama, para que tu gente la vea; así nadie va a querer subir para acá. Cierra los ojos.

Regresaron, llegaron muy aprisa,

El pescador enseñó a los yaquis la escama y se asustaron mucho.

Dizque *Yuku*, el suegro de Suawaka, le tiene rencor; cuando va hacia la tierra, el viejo tuerto le avienta truenos. Esa es la historia, aquí termina. (*yaqui*)¹⁰⁰

DOS GRANDES CULEBRAS acostumbraban subir del río hasta una pequeña meseta situada entre Hueráchic y Tuaripa, y después de matar y devorar *cocoyames* (antiguos y primeros habitantes), se volvían nuevamente al río, haciendo lo mismo siempre que tenían hambre. Un viejo, al cabo, reunió a todo el pueblo en el lugar a donde acostumbraban subir las culebras; abrieron allí un gran hoyo, llenáronlo de grandes

piedras y de leña, le prendieron fuego a ésta y calentaron las piedras hasta el rojo vivo. Cuando vieron a las serpientes que ascendían a la montaña, los hombres fueron cogiendo con estacas las piedras y arrojándoselas a sus desmesuradas fauces abiertas, hasta que los monstruos, una vez llenos, quedaron abrasados y cayeron muertos al río. Hasta el presente pueden verse en la roca las señales del paso de las serpientes por donde subían a la montaña. (*tarahumara*)¹⁰¹

DICEN LOS MÁS VIEJOS que hay una culebra, la Culebra Venado, que da dinero. Las había tiempo atrás. Esa culebra regala dinero.

Si alguien llega a encontrar a esa culebra, se transforma en mujer; si acaso la encuentra una mujer, se convierte en hombre.

Una vez un viejo se encontró a una culebra de esas en su rancho. La culebra le pidió al hombre que se la llevara a su casa.

—Bueno. ¿Y qué te voy a dar de comer? —le preguntó él.

—Llévame. Trae algo para cargarme: un huacal o una caja. Y ponle bastante algodón para que pueda acostarme allí.

El viejo se llevó la culebra a su casa. Alguien había matado un pollo y el hombre y la culebra comieron juntos —como mujer ella.

Y después de comer, se enroscó en su nido. Cada vez que comían juntos la culebra le dejaba dinero al viejo en su tecomate.

Después de un tiempo el viejo se fastidió de tener a la serpiente y de cuidarla. Un día salió con ella y la aventó al cielo cuando apareció el lucero de la mañana y, al golpearlo, también la culebra se convirtió en lucero. (*totonaco*)¹⁰²

HACE MUCHOS AÑOS salía un anciano en busca de colmenas por los alrededores del cerro Canelar, que queda al oriente de Rayón. Un día de Semana Santa. Por más que buscó, no encontró ninguna colmena, aunque pasó buscando casi todo el día. Encontró, en cambio, la entrada de una cueva que está en la colina y se decidió a explorarla. Después de entrar vio a una víbora muy grande que tenía dos cuernos, como si fuera vaca. Siguió caminando, dejando la víbora tras él; en la parte más profunda de la cueva encontró una tienda llena de mercaderías en venta, igual que cualquier comercio del pueblo. El hombre que la atendía le preguntó:

—¿Qué deseas?

Y él respondió que solamente estaba mirando. El vendedor, sin embargo, le regaló dos pantalones, los aceptó. Al salir de la cueva y llegar al lugar donde había visto la víbora con cuernos ya no vio a la culebra, sino a un gigante que llevaba cuernos parecidos a los de la víbora.

Al salir, el anciano tapó la entrada de la cueva. En el camino de regreso a su casa, se detuvo a descansar cerca de un pequeño arroyo y puso a un lado los pantalones mientras tomaba su pozol. Apenas terminó de beber buscó los pantalones, pero ya habían desaparecido. (*zoque*)¹⁰³

EN LA TIERRA HUASTECA hay quienes ven a la Serpiente que tiene sus cuernos de oro, de metal amarillo y brillante. Hay quienes quieren ser ricos; quieren tener mucho dinero. Uno piensa, sentado al sol, y si es su suerte, su destino, aparece a mediodía. Cuando uno ha descansado, de repente ve que viene la Serpiente. Entonces el que quiere tener mucho dinero echa al suelo un mantel por donde va a pasar, muy mansa. Cuando se acerca al mantel, ella quiebra sus cuernos, y allí los tira. Y entonces el hombre o la señora los levanta, los envuelve bien con el mantel, y los guarda en el cajón. Los deja allá hasta que después de mucho tiempo el dinero va a aumentarse mucho.

Ese hombre o señora ya no va a poder casarse. La Serpiente es la que va a venir a acostarse entonces con el que quiere el dinero. Si es hombre, viene una señora; y si él busca otra señora para dormir con ella, entonces la Serpiente va a morder al hombre para que muera, así es de celosa. Igualmente la señora, si buscara a un hombre, lo mismo le hace. Van a tener mucho dinero, pero ya no va a poder tener señora si es hombre. Si es mujer, no va a poder tener hombre.

Es muy celosa aquella Serpiente cornuda; muy mansa, pero muy mala. Y no es larga, ni gruesa, sino corta, dicen: su *largura* es de una brazada. Eso es el relato de la Serpiente con Cuernos. No todos la ven, sólo si es su destino y si quieren dinero. (*huasteco*)¹⁰⁴

DICEN QUE así le pasó a un pobre hace mucho tiempo. Era pastor y andaba cuidando chivos por el cerro; así andaba y un día se le perdieron sus animales. Fue a buscarlos, y mientras los buscaba se le hizo de noche, oscureció.

Serían más o menos las nueve de la noche. Andaba tras sus chivos y llegó a una loma. Allí vio una llama que ardía. “¿Qué será aquello?”, se preguntaba. La llama empezó a decirle: —¿Quién eres? Ven para acá —lo llamaba.

Bajó y llegó hasta allá. Dizque era de una culebra, dicen. Empezó a hablarle:

—Hermano, ven. ¿Por dónde apareciste? Llévame a mi casa. No soy alguien que pueda hacerte mal, también soy gente. Soy gente-culebra, no brujo ni salvaje, ni montaraz que pueda hacerte daño. ¿Qué quieres que haga si así es mi ropa? Ven, haz el favor de llevarme a mi casa; estoy perdido, hermano. Ando buscando; ya no sé por dónde queda mi casa; no puedo regresar. Ven, hazme ese favor.

—Está bien, pues.

El pastor cargó al animal y se fue. A poco de andar llegó a una barranca. Allí estaba colgado un manojo de zacates. —Aquí es mi casa —dijo la culebra.

El pastor levantó los zacates y apareció un hueco grande; parecía una tienda.

—Vamos, pues.

Volvió a cargar a la culebra y bajó hasta adentro. Allí estaba el mero anciano, el papá de la culebra perdida.

—¿Dónde apareció mi hijo? Hace años que salió de aquí.

—Papá, aquí estoy. Si no hubiera sido por este pobre hombre que me recogió y me vino a dejar, no hubiera regresado. Andaba él por allá y le hablé —le dijo la culebra a su padre.

—Dios te lo pagará, señor. ¿De dónde saliste? Recogiste a mi hijo y me lo viniste a dejar. Hace años que se había ido y no lo veía; hasta ahora vuelvo a verlo. Ahora dime, ¿qué quieres, qué vas a llevarte?

—No me llevaré nada. Si quieres pagarme por haber traído a tu hijo, dame tan siquiera una medalla de oro. Es todo lo que pido —dijo el pastor.

—Está bien, podrás llevarla, pues ya me hiciste el favor de traer a mi hijo.

Y le dio una medalla de oro. El hombre se la llevó.

—Vete. Primero haz una casa. No te preocupes, nosotros sabremos cuando la termines; allí llegaremos, sábetelo —le dijo el anciano.

El hombre regresó. ¿Dónde iba a poder hacer una casa? Sin darse cuenta, ya estaba hecha. Pasó una noche, amaneció, y la casa ya estaba hecha solita: grandota era la casa. Pasó un jueves, pasó un viernes, y la casa se llenó de cosas.

Además, aparecieron cajones de dinero; en cada esquina de su casa había un cajón. Un metro medía cada cajón, y había uno en cada rincón de la casa. Y allí puso su medalla de oro. Su mujer se dio cuenta, vio cuando la metía en uno de los cajones.

El hombre se hizo rico. Tuvo mucho ganado: vacas, chivos, burros, caballos y mulas. Se hizo rico y ya no sufría. Así pasó. Él andaba trabajando y su esposa se quedaba en la casa.

Un día, llegó hasta la casa una viejita. Estaba espulgando a la mujer cuando le preguntó: —Muchachita querida, ¿cómo hicieron para volverse tan ricos? Ustedes eran pobres, muy pobres, y ahora ya son ricos. Nosotros andamos así hace mucho tiempo y no podemos hacernos ricos. Y ustedes, ¿cómo hicieron para ser tan ricos?

Y así la aconsejaba: —Muchachita querida, pláticame qué hicieron para hacerse tan ricos.

La muchacha se resistía, no quería contar. Pero por fin la convenció.

—Platícame. ¿Qué es lo que tienen, pues, para que yo me lo lleve, tontita?

—No tenemos nada, señora; lo único que tenemos es una medalla de oro —le contó a la viejita.

—Sácala, véndemela; te doy dinero.

—A lo mejor mi marido se enoja; si se da cuenta, me va a regañar mucho; a lo mejor hasta me pega.

—No, no se va a dar cuenta. Sácala a escondidas, al fin que está abajo del cajón. Sácala; ni se va a dar cuenta.

La mujer sacó la medalla y se la dio a la vieja; ella se la llevó. Pasó la noche, amaneció el día siguiente y dicen que ya no había nada en la casa, de pronto se vació toda la casa, ya ni cajas había. Los animales empezaron a morir: murieron las vacas, murieron los chivos, murieron los burros, murieron los caballos. De momento se murieron todos los animales y ellos volvieron a quedar muy pobres. El hombre le preguntó a la mujer: —¿Qué fue lo que hiciste? ¿Dónde fuiste a dejar la medalla de oro? No eres buena, y estás en mi casa. Vendiste la medalla de oro; por eso nos quedamos pobres. Creí que eras buena, creí que tendrías lástima, y no: eres malvada. De nuevo me hiciste pobre.

Le pegó a su mujer, la corrió. Ella se fue y él se quedó pobre; todo triste se quedó. Quién sabe por dónde se fue. Esto cuentan del hombre que cuidaba chivos, del que era pastor. (*mixteco*)¹⁰⁵

Mujeres de agua y bodas inusitadas

Las sirenas indígenas rara vez son seres mitad mujer, mitad pez, como los que existen en las representaciones plásticas, las canciones, las artesanías y la tradición popular. Las sirenas son mujeres del agua —a veces fundidas con las vírgenes o las lloronas, las dueñas del agua, o las esposas de las culebras.

HABÍA UNA VEZ dos hermanos, un varón y una niña: eran huérfanos de madre. Su madrastra les pegaba mucho. Tenían cuatro borregos de la finada, que cuidaban los niños: los llevaban a la orilla de la mar viva. La niña dijo que quería llamar a la sirena y se fue por la orilla del mar, mentando a la *Juanita*. En la tarde la llamó de nuevo. El hermano andaba por otro lado, pidiendo comida a los que pasaban por la playa, porque la madrastra no les daba de comer. El niño se fue con los borregos y la niña seguía llamando a la sirena. Esta vez empezó a soplar un poco el viento sur, y allí vio a la Juanita. Allí estaba un señor pescando camarón y oyó a la sirena que subió

y le dijo:

—Hija, ¿tienes hambre?, ¿qué te falta? Yo te quiero mucho, si vienes no vas a sufrir hambre. No te quedes allí, vente conmigo. Agárrate de la tortuga y cierra los ojos. Le mandó una tortuga hasta la playa y el señor y el niño vieron cuando se fue la niña, cómo la metió la tortuga. Se fue.

Cuando se fue, el papá regresó a su juicio; le pegó a su mujer, la correteó y por fin se fue: pero ya está en su corazón que su hija se fue con la Juanita.

Pasaron muchos años y volvió a subir, ya era mujer y tenía marido; pero un marido que es gente de la sirena y sólo es cristiano la mitad del día, porque la otra mitad, es culebra. No está contenta, toda chupada la tenía, toda morada.

La sacaba la tortuga a la orilla del mar; estaba preñada.

Un gavilán estaba en la playa. La muchacha le dijo que ya no quiere a su esposo. Le dijo el gavilán que él la iba a ayudar. La muchacha puede ganar porque sabe que su marido es culebra hasta las doce.

—Yo te voy a sacar tu castigo; pero tienes que venir desnuda, no debes traer ni siquiera un anillo.

Y fue la muchacha; se transforma en una hormiga grande y se agarró de las plumas del gavilán. Y así se fueron por medio cielo, encuerada la muchacha, agarrada del gavilán. Cuando dieron las doce y se despertó la culebra, ya estaban a medio cielo. Bajaron a la orilla de la mar donde había una rama. Allí tuvo la muchacha a sus hijos: pura culebrita. La muchacha agarró una de las culebras chicas, que tiene cacho de oro. Las demás se fueron al mar con su papá.

—Espérame aquí —dijo el gavilán— voy por ropa, aunque sea usada, para que te vistas.

Y fue a una casa y pidió ropa a una señora, pero la señora se enojó:

—¿Y para qué quieres ropa de mujer?

—Es que salió una señora desnuda del mar, no sé cómo; ayúdala, tal vez lleva perdida mucho tiempo.

Cuando dijo eso, ya supieron qué muchacha era y le dieron un huipil y una enagua.

Y llegó la muchacha a su casa, su hermano lloró al verla. Decía:

—¿Por qué te fuiste?

—Por huérfana con madrastra sin lástima.

—Quedé tonto un mes cuando te fuiste, de la pena.

—¿Vive papá?

—Vive; quien murió es la madrastra.

Llegó el padre y también lloraba de ver a su hija.

La muchacha se casó con el gavilán, que sacó las penas de la muchacha y fueron muy ricos con el cacho de oro de la culebrita. (*huave*)¹⁰⁶

UNA VEZ estaba trabajando un señor, era pobre. Antes se caminaba nada más, la gente iba caminando desde aquí hasta México. Siempre caminaba el señor; iba a comprar sus trastes, los llevaba a vender. Caminaba y cargaba, caminaba con su esposa, una abuelita con la que vivía, porque era un señor grande, ya era señor.

Y siempre así. Una vez se fue, dice, pasó la laguna, fue a pasar por la laguna. Se puso a descansar; siempre descansaba en ese lugar y se durmió. Cuando sintió, estaba parada una mujer. Lo despertó: —¡Despierta! —vino a despertarlo—. Te voy a pedir un favor, ¿me llevas?, vámonos.

—No te llevo porque pesas bastante.

—No, no peso, me voy a sentar donde están tus ollas y tus platos.

—No, porque me rompes los platos.

—No, no te los rompo, me siento aquí.

Pues ganó la voluntad del viejo; la mujer bonita subió arriba y no quebró los platos. El abuelo ya tenía un lugar dónde se quedaba, llegaron allí y le dieron sus tortillas, iba a calentarlas, invitó a la mujer.

—Yo no como. Come tú, te espero.

Había un portal, se acostaron en el portal entonces, pero no se acostaron juntos. Para amanecer, otra vez: —Vámonos.

No se sabe si la gente la veía o si sólo el señor la veía. Después se fueron otra vez, pues le dijo: —Vámonos.

Se fueron, otra vez pasó por una laguna: —Aquí me quedo.

—¿Aquí te bajas?

—Sí.

Rápido se fue a vender los platos, las ollas que llevaba. Cuando regresó no había nadie; llegó al lugar donde lo iba a esperar, se sentó, se durmió otra vez; ya cuando sintió, lo estaba despertando: —Despierta, aquí estoy.

—Sí.

Traía una naranja; grande la naranja que traía.

—Llévala, se la das a tu esposa. No la peles, la llevas nomás guardada. ¡Vete rápido!, ya no vas a volver a vender.

La envolvió en una servilleta. Cuando llegó: —Traigo una naranja, me pagaron, una mujer que llevé cargada, una muchacha me pagó.

—Dámela —dijo la esposa.

Cuando la pelaron ya no era fruta, puro dinero.

Fue rico el señor, salió de pobre con esa naranja. (*otomí*)¹⁰⁷

DICEN QUE SON las *swateyomeh*; dizque lavan en el río, son todas blancas y sus piernas se acaban en la rodilla o los tobillos. Dizque platican mucho, se hacen reír unas a otras. Dizque tienen agujeros en las manos y son muy frías. Cuando ven a un hombre, dizque lo persiguen para agarrarlo. Quieren hijos. El hombre siente que su cabeza se hace grande, que su cabello se eriza.

También se ve cuando la *swateyot* cruza el aire. Lloro como mujer. La *swateyot* llora en el río, busca a su hijo. Antes fue una mujer de verdad pero luego se convirtió porque, con corazón amargo, tiró a su bebé al agua. (*náhuatl*)¹⁰⁸

HUBO UN HOMBRE y una mujer que eran recién casados, un matrimonio. Ellos son pobres, apenas pasan el día; la señora tiene que ir a la casa del vecino a moler maíz de la gente. El hombre es pescador. Cada vez que va a la pesca no agarra bastante. Pero oyó una historia: que los pescados tienen madre, tienen amo, tienen dueño y que es la sirena. Habló con su señora y le dijo:

—Esta noche voy a ir a la orilla de la mar viva a buscar a la sirena.

—¿Cómo sabes que hay sirena?

—Pues así soñé, así me contaron.

Y la señora quedó conforme. A la noche, se fue el señor y anduvo en la orilla de la mar viva mentando a la sirena. No la encontró y regresó a su casa. Le dijo a su señora que no la había encontrado; pero no se cansó y a la siguiente noche le volvió a decir:

—Voy a regresar de nuevo esta noche; hasta que encuentre a la si rena no voy a quedar conforme.

Fue y empezó a mentar a la sirena cuando llegó a la orilla del mar: —Sirena, sirena, ¿dónde estás?, ¿por qué no quieres salir?, quiero hablar contigo—. Iba mentando:

—Sirena, sirena, ¿por qué no hablas?, te necesito.

No encontró nada, se volvió a regresar a su casa y le dijo a su señora: —Pero la tengo que encontrar.

Fue una tercera vez y empezó a mentar: —Sirena, sirena, ¿por qué no sale?, ¿por qué no habla?

Andaba a la orilla del mar, cuando en un de repente vio a una mujer: estaba sentada en su asiento en la orilla del mar, tocando su guitarra. Llegó donde estaba la señora; pero no supo que ella era la sirena. Saludó.

—¿Por qué anda usted preguntando, me anda usted mentando? ¿Qué co sa quiere?

—¡Ah!, usted es la sirena.

—Sí, ¿qué cosa quiere?

—¡Ah!, usted la sirena. Pues señora, nosotros somos pobres, apenas pasamos el día; nosotros queremos vivir bien, tener dinero y si usted es tan buena gente, me va a dar pescado para que yo pesque.

—Pues por ahorita no podemos hablar nada, regresa mañana en la noche. Me vas a traer una botella de anisado y un manojo de cigarros. Hasta mañana en la noche. Se fue el señor, se regresó a su casa y le contó a su mujer: —Ahora sí ya encontré a la sirena.

—¿Qué cosa te dijo?

—Me dijo que mañana tengo que llevarle un litro de anisado y un manojo de cigarros, para ella.

A la noche siguiente, le llevó su anisado y sus cigarros. Cuando llegó al lugar donde se la había encontrado, allí estaba, igual que la noche anterior. La saludó, le dijo: —Aquí está su anisado, su cigarro.

—Está bueno.

Se tomó su anisado, se fumó sus cigarros. El hombre nada más esperando, a ver a qué hora le va a decir algo. Cuando la sirena acabó de tomar, le dijo:

—Mañana en la noche me vas a traer más cigarros y más anisado.

Y se fue. El hombre se regresó a su casa y le contó a su mujer cómo había pasado, le dijo que también iba a ir a la siguiente noche.

Así sucedió dos veces; la tercera vez le dijo la sirena:

—Ahora sí te voy a llevar a mi casa, allí te voy a explicar cómo, allá me vas a decir qué cosa quieres. Cierra los ojos y vámonos.

El hombre cerró los ojos y cuando la sirena le dijo que los abriera, ya estaban en casa de la sirena. Es buena casa. La sirena llamó a los pescados para presentarles al hombre y le enseñó que hay mucho pescado y mucho dinero.

—¿Cuál quieres ahora —le preguntó la sirena—, el pescado o el dinero?

—Quiero pescado y quiero dinero.

—Te los voy a dar, pero con una condición: tú vas a tener mucho dinero, pero vas a hacerte mi marido.

—¿Pero cómo?, si yo ya tengo mi esposa y no quiero dejarla.

—Pues ya dije cómo. Si no quieres dejar a tu señora, no te voy a dar nada.

Pero el hombre es recién casado, no ha tenido hijos, quiere mucho a su esposa y ¿qué es lo que va a hacer? Y le volvía a preguntar a la sirena:

—¿Cómo podemos hacerle?—, porque le interesaba mucho tener ese dinero.

—Bueno —le dijo la sirena—, si no te quieres quedar aquí, podemos hacer de otra manera que te voy a decir. Si aceptas mi condición, te voy a dar todo lo que quieras.

—Sí, acepto, pero dígame cómo.

—Pues desde ahora no vas a tocar a tu señora, yo voy a dormir contigo, pero tu señora va a quedar preñada. Va a nacerle un hijo; y el niño, cuando ya nace, me lo vas a entregar. Ese va a ser mi marido, ¿qué dices, aceptas?

Aceptó el hombre.

—Regresa, en cualquier laguna, en cualquier agua que entres a pescar, el pescado va a estar allí. Mete tu tarraya y el pescado ya va a estar dentro de tu tarraya. Cuando veas que tu señora ya está embarazada, me vienes a avisar.

El señor volvió a su casa. La sirena le dio dinero y le dio pescado. Se hicieron ricos muy pronto. El señor obedeció: no tocaba a su mujer, se iba con la sirena. Cuando vio que su señora ya estaba embarazada, le fue a avisar a la sirena. Se puso muy contenta:

—Cuando ya nace el niño, me avisas luego.

Nació el niño, el hombre fue a avisarle a la sirena.

—Que crezca otro poquito y luego me lo traes.

Cuando creció otro poquito, el señor le dijo a su esposa:

—Voy a entregar a la criatura.

La señora no quería; pero era condición y el hombre fue a dejar la criatura con la sirena.

Así fue como hizo rico a ese hombre. Así, el hombre, en cualquier laguna, en cualquier agua que entra, ahí hay pescado.

* * *

Estos señores tenían unos vecinos, una mujer y su marido. Cuando la señora vio que sus vecinos estaban ricos, pensó en preguntarle cómo hicieron. Y fue a ver a la vecina y la vecina le contó lo que había sucedido. La señora dijo que ella también iba a ir a mentar a la sirena, aunque no fuera pobre.

Allí junto, detrás de los carrizos, estaba tirado un borracho oyendo todo; estaba el hombre oyendo la historia completa, cómo sucedió.

Salió por la noche la mujer, le avisó a su marido que iba a buscar a la sirena. Fue la primera noche y no encontró nada. Se regresó y le contó a su marido; pero no se cansó, porque ya sabe que la sirena no sale a la primera.

Salió la segunda noche a la orilla del mar: encontró al borracho sentado en su asiento con una guitarra. La mujer llevaba sus cigarros, su anisado, andaba mentando a la sirena.

—¿Para qué me quieres? ¿Para que me mientas? —le preguntó el borracho.

La mujer se extrañó de encontrar un hombre.

—¿Qué la sirena no es una mujer? Tú no eres mujer, como la que encontró mi vecino.

—Como él es hombre, encontró mujer; como tú eres mujer, encontraste hombre.

¿Para qué quieres sirena?

—La ando buscando porque quiero hablarle, quiero dinero igual que mi vecino, quiero lo mismo.

—Si traes mi regalo, regálamelo, eso no se resuelve ahorita, mañana te voy a decir lo que debes hacer.

La mujer le dio el regalo y se regresó a su casa; le contó a su marido que ya encontró a la sirena. Contenta está.

A la siguiente noche, ya va más preparada, ya va a llevar más regalos. El marido está conforme, ya sabe que se va a volver rico. Fue la señora, empezó a gritar, mentando sirena, y se encontró al hombre.

—Pues ahora sí te voy a decir todo lo que querías; pero vamos a mi casa.

Entregó las cosas la mujer, las recibió el hombre.

—Ahora sí, vamos a mi casa, allí te voy a enseñar todo lo que quieras.

Contenta la mujer. La llevó a un lugar; pero no hacia el mar, sino hacia adentro, hacia el monte, a un lugar que ya tenía preparado.

—Pues ahora sí te voy a explicar todo; pero vamos a terminar este regalo; vamos a tomar, después te digo todo lo que quieras.

No sabía la mujer que era una trampa. Empezaron a tomar; ya cuando estaban bien tomados, ni se dio cuenta. Se aprovechó el borracho, la desnudó y empezó a hacer lo que quiere hacer; y después que terminó de hacer lo que quería hacer, se fue a su casa, porque él ya está acostumbrado al mezcal, ya no le gana. La mujer se quedó tirada allí, en casa del tal sirena.

El marido afligido, la fue a buscar porque ya sabe a dónde fue. Salió a buscarla porque ya amaneció y no sabe dónde está. Y la encontró, pero no tan cerca, un poco metida: allí estaba durmiendo, desnuda. La empezó a cuartear; todavía estaba borracha, se levantó pidiendo trago.

—Aquí está tu trago —y le pegaba más con el *cuarto*. (*huave*)¹⁰⁹

UNA MAÑANA FRESCA, antes de salir el sol, una muchacha fue a traer agua al pozo, pero el manantial estaba algo profundo y la muchacha se tuvo que arrodillar para sacar el agua, y en ese momento vio en medio del manantial un chorro de agua de donde surgió una acamaya grandota y brillante, de color verde-azul. Y la muchacha dijo asustada:

—¡Ay Dios!, tal vez se va a acabar el mundo, nunca se ha visto una acamaya tan grandota—. Al decir esas palabras divisó hacia arriba y al bajar la vista la acamaya

estaba convertida en un pez con escamas de oro, y en ese momento cayó la neblina. Al mirar el pez, ella se paró tratando de huir, pero lo que hizo fue quedarse parada, alejada de ese manantial. Y como estaba asustada y rodeada por todas partes de neblina, empezó a hablar solita, a rezar, porque era madrina del templo y sabía hacerlo. Como estaba oscuro de tanta neblina, al poco rato empezó a aclarar y en el pocito, donde aún quedaba bastante neblina sobre la superficie del agua, en medio estaba parada una muchacha hermosa con sus cabellos largos y dijo con voz de tristeza: —No te asustes, soy la reina del agua y te quiero decir que le digas a las personas que faltan pocos días para que vengan a jugar mis hijos, yo tengo hambre y mis vestidos todos están rotos, la gente dirá que no vivo, pero después verán. Al terminar de hablar desapareció y se quitó la neblina. La muchacha llegó a su casa y *dio razón* de lo que había visto, y a los siete días se murió. Según dicen que la muchacha era madrina de la iglesia y no tenía ningún pecado, creía en todo. Cuando murió la muchacha, la gente creyó que era cierto lo que había dicho y empezaron a hacer *costumbre* en la iglesia. Entonces por eso no sucedió nada, no se acabó el mundo, y solamente pasó un huracán muy fuerte. (*tepehua*)¹¹⁰

UN HOMBRE fue a pescar al mar y, como no conseguía nada, hizo un compromiso con *Aachane*, la dueña del agua. Ella se lo llevó entonces para su casa. Le dijo: —Vamos a mi casa.

Al llegar, se sentaron; ella dijo: —Siéntate—. Sus asientos eran de concha de tortuga. Por último le dijo: —Vete a tu casa, pero no toques a tu mujer.

Con esa condición, *Aachane* le dio al hombre una canoa llena de pescados. El hombre fue a su casa y les entregó los pescados a sus hijos, después se fue. Pero tres días más tarde regresó y tuvo relaciones con su mujer, por lo cual se le cerraron los caminos. Entonces aquel hombre andaba llorando, porque lo perdió todo.

De allí se fue a pedir trabajo en casa de un rey, y ese rey le dio trabajo para que regara las flores con agua. Como aquel hombre lloraba, las hijas del rey le preguntaron: —¿Por qué lloras?

Y respondió el hombre: —Lloro por mi mujer.

Pasados tres días le dijeron al rey: —Ese hombre miente diciendo que era muy bella la mujer que tenía.

El rey le dijo al hombre: —¿De veras era hermosa?

—Sí —le contestó el hombre.

Entonces respondió el rey: —Te doy un plazo de quince días para que me la presentes. Aquel hombre salió y fue a la orilla del mar llorando y buscando a su mujer. Entonces vio un barco que venía a lo lejos en el mar, y desde ahí lo llamaron: —¿Por

qué lloras?

El hombre respondió: —Lloro porque he perdido los caminos por donde iba. Soy el único que recibirá unos golpes de cuero si mi mujer no se presenta ante el rey.

Luego se metió en el barco y se vistió también como rey. A las nueve de la mañana llegó a casa del rey. Este vio que venía algo brillando a la orilla del mar, como si fuera un sol. Sus hijas dijeron:

—Puede ser el hombre, que ya viene.

El rey se acercó a observarlo en la orilla del mar; lo encontró y lo saludó. Dijo el hombre: —Aquí está Aachane, mi mujer.

Entonces el rey dijo que se iba a su palacio; el hombre y Aachane se fueron hacia el mar y cuando el rey los vio tomó también un barco y los persiguió. Cuando hubieron llegado a la *medianía* del mar, allí se desaparecieron y allí acabaron. (*nahua*)¹¹¹

Apariciones, cuentos y mitos se mezclan en los relatos siempre. Aunque se llama sirena a todas las mujeres que viven en el agua —benefactoras o malévolas— hay seres acuáticos que se relacionan con los mortales: advierten de peligros, regalan dones, viven y cohabitan con ellos. Las vírgenes que se aparecen en los surtidores o las muchachas que casan con seres acuáticos se convierten más tarde en ciénegas o lagunas, surtidores o aguajes.

EN HUEHUETLA un huérfano estaba con su tía que no le quería. Una noche el huérfano se quedó en la milpa. En la troje donde estaba encontraba unos panecitos que venían a atorar. A media noche llovió muchísimo y el agua se metió hasta la troje, y entonces apareció una muchacha que le preguntó: —¿Qué estás haciendo?

—Nada —contestó. Entonces le dijo: —Soy la muchacha de la laguna, a ti no te quiere tu tía; cuando llegaste aquí encontraste panes, es la virgen la que me manda a dártelos.

Le entregó cuatro calabacitas de pipián para que su tía las cuidara. Se comieron tres y guardaron una. La tía estuvo cuidando la caja donde había guardado aquella calabaza que se hizo dinero. (*tepehua*)¹¹²

ANTIGUAMENTE vivió una señorita muy hermosa. Varios jóvenes quisieron casarse con ella, pero siempre les decía que no sin dar más explicaciones. Sus papás la animaban para que aceptara, pero ella no quería. Nadie entendía por qué.

Pasó el tiempo y los vecinos notaron que la joven salía de día, mientras los padres se iban a trabajar al campo. Contaban: —Cuando sus papás se van a trabajar, ella se pone a echar cantidad de tortillas. ¡Bastantes! Quién sabe a dónde las lleve; sale

cargándolas antes de mediodía y regresa como a las tres de la tarde.

Jamás supieron a dónde iba aquella mujer. Cuando los papás regresaban del rancho, ella no tenía lista la comida, hasta que los veía llegar se ponía a cocinar.

Cuando los padres se enteraron de que salía de día sin decirles nada, comenzaron a vigilarla. Una vez la madre salió temprano, como de costumbre, pero se regresó y se escondió cerca de la casa para espiar a su hija. Al rato, la vio salir rumbo al río y la siguió de lejos, sin hacer ruido, creyendo que no se iba a dar cuenta de que andaba detrás de ella.

La muchacha siguió su camino. Al llegar al río, se fue metiendo poco a poco en lo hondo, con todo y ropa, hasta que desapareció. Desde su escondite, la madre vio que se hundía. No podía creer lo que estaba viendo. Allí estuvo un rato, sin apartar la mirada del río, esperándola a que apareciera en el mismo sitio. Se cansó y se regresó a su casa.

Después de mucho rato la muchacha regresó y le dijo a su madre: —Ahora sí, hoy será el último día que me vea. Por haberme espiado no me verá más. Encárguese de preparar una comida con carne de guajolote, una medida de maíz de tortillas y un petate delgado y fino para dentro de tres días. Lo lleva todo a orillas del río, por donde me vio entrar. Allí deja los alimentos sobre el petate, porque vamos a llegar a comer. Va usted al mismo lugar donde me espió. Cuando nos vayamos, recoge el petate y lo dobla bien, se lo trae a la casa y lo pone sobre la viga. A los siete días, ya puede abrirlo con cuidado.

La madre hizo como le pidió la hija: al tercer día preparó todo y se fue al río. Al llegar, puso todo sobre el petate y se fue a parar donde le había dicho la muchacha.

Después de un rato de estar mirando el río, vio salir a un viejo calvo con algo raro en la cabeza, como cresta de gallo. Atrás de él venían dos niños, también calvos como el padre, pero sin cresta. Más atrás venía la mamá de los niños, era la hija de la mujer que estaba viéndolo todo.

Llegaron a donde estaba la comida, se sentaron en el petate y se pusieron a comer. Cuando acabaron, los niños comenzaron a bailar. Estuvieron bailando encima del petate un buen rato. Al bailar, se despellejaban. Terminaron de bailar y regresaron, desapareciendo en lo hondo del río.

La mujer los veía desde su escondite con gran tristeza, sobre todo a su hija a quien no volvería a ver. Fue a recoger el petate para llevárselo. Lo dobló bien y regresó a su casa. Cuando llegó allá, hizo como le dijo su hija: puso el petate sobre la viga y a los siete días lo fue a ver. Al desdoblarlo, poco a poco aparecieron muchas monedas de plata pura. Se puso muy contenta al verlas. Nunca había visto tanto dinero junto.

Así pagó aquel ser extraño por haberse llevado a la muchacha, dándoles mucha ri-

queza a los padres para que se mantuvieran. (*chinanteco*)¹¹³

DESDE HACE mucho tiempo se cuenta la leyenda de esta virgen. La Virgen de Bana-Vil se llamaba Lucía Méndez Zapata.

Cuando nació la criatura, no lloraba como todos los niños, sino de una manera diferente; decía: sul, sul. Esta niña llegó a ser la Virgen del Agua, la Sirena.

Sus padres estaban muy preocupados y fueron a consultar a un curandero. Llegaron a casa de un primer curandero y le dijeron: —Señor, ¿podría usted pulsar a esta niña, que está gravemente enferma?

—No está tan enferma, pueden regresarse a su casa —les dijo el curandero después de pulsarla.

La criatura seguía llorando y sus padres fueron a ver a otro curandero. El segundo curandero les dijo lo mismo: que la niña no estaba enferma. El tercer curandero dijo lo mismo. Fueron a hablar entonces con el cura: —Señor cura, ¿puede decirnos qué enfermedad tiene nuestra criatura?

—Llévenla al campo y, donde encuentren un charco de agua, allí métanla: verán lo que pasa —les dijo el cura.

Los padres obedecieron, la llevaron a un charco y allí la metieron. La criatura dejó de llorar y el charco se hizo muy grande.

La sacaron y se la llevaron a otra parte, la metieron a otra laguna y la niña estuvo allí como una hora. Allí se le cayó el ombligo. Cuando salió de la laguna ya tenía como seis años. Habló con sus padres: —Mamá, mamá, no voy a irme con ustedes, iré por otro lado. Papá, ¿podría guiarme a otro paraje?

—Tú dices, hija, di adónde quieres ir.

Empezaron a caminar hacia el oriente, hacia el pueblo de Tenejapa y llegaron hasta el cerro alto llamado Jtatik ‘Anjel Mamal J-moenal, Señor Ángel Padre Hierba Mora, donde actualmente hay tres cruces. Allí rezan los ancianos, en la cumbre, para pedir maíz, frijol y otras cosas con las que se mantienen las personas.

Estuvieron descansando un rato en el lugar donde están las cruces, junto a una cueva; de allí salió un hombre, que más tarde sería el marido de la Virgen de Bana-Vil.

Saliendo, se dirigió hacia una laguna que está allí, con la Virgen Sirena. Estuvieron una hora dentro del agua. Cuando la Virgen volvió a salir, venía abrazada del Señor Ángel, Jtatik ‘Anjel Mamal Moenal, quien ya estaba enamorado de la Virgen Lucía Méndez Zapata.

Llegaron ante los padres de la muchacha y el Señor Ángel dijo: —Señor padre, señora madre, reciban este regalo pues su hija ya es mi esposa. Pueden utilizar estos dos bultos de oro para comprar sus alimentos. Cada semana pueden sacar una moneda de oro, pues hay cien monedas.

—Mamá —dijo la Virgen Lucía— váyanse a la casa y no se aflijan por mí. Sus vidas se alargarán, vivirán muchos años y trabajarán poco, su milpa tendrá solamente una tarea. (*tzeltal*)¹¹⁴

MADRES CANÍBALES Y HEMBRAS SEDUCTORAS

La visión idílica de las culturas indígenas ensalza una relación primigenia y armoniosa entre los hombres y la Madre Tierra, considerándola como generosa fuente nutricia que abraza y ama a sus criaturas —donde todos conviven en paz. Aún con formato de mito, estos relatos introducen el carácter ambiguo de la Madre Tierra. Se suele olvidar el carácter ambivalente de las primeras deidades o personajes míticos —disimulando su violencia y reinventando sus características.

UNA VEZ hubo una vieja que comía gente. Ya nadie podía andar con seguridad, porque *Tepusilam* se los comía. A los que andaban, se les aparecía como mujer y seducía así a los hombres. Confiaban en ella, se rendían, la enamoraban, hacían su cosa. Al quedarse dormidos en su abrazo, poco a poco la vieja crecía. En su sueño, el hombre la sentía crecer despacito. Entonces se sentaba rápido y se iba.

Una vez esta mujer se encontró con un hombre; la engañó, pues ya sabía quién era: la tomó, y al rato la mujer se quedó dormida. El hombre se dio cuenta, se levantó rápido, calentó un hacha que llevaba y se la puso junto la oreja a la mujer. El hombre se levantó y se fue corriendo.

Mucho rato después la vieja se despertó, miró por todas partes y no vio a nadie. Siguió al hombre hasta donde vivía y lo vio dormido en el techo. Lo llamó:

—¡Qué bien duerme mi hermanito!

No le contestó porque tenía miedo. Ella gritó, entró a la casa. Entonces lo zarandeo con su bastón, vuelta y vuelta, hasta que el pariente cayó del techo. Bueno. Agarró al hombre para matarlo pero el otro hermano, que dormía con él, despertó.

—¿Qué le haces a mi hermano?

—Nada. Lo acerco para comérmelo, porque me engañó.

Lo mató y se comió un pedazo. Quedó la mitad. Aventó la cabeza y se puso a cantar, a bailar y de nuevo a cantar.

Al terminar de bailar se fue. En el camino se comió la otra parte, se lo terminó. Pero aunque se lo terminara, todavía tenía hambre.

“¿Sería la vieja?”, se preguntaba pensativo el hermano menor.

Ella siguió y pensaba: “¿Dónde encontraré más comida? Iré por una mujer y me la

comeré”.

La vieja se convirtió en hombre y se fue por la mujer. La llamó y le dijo:

—Soy yo, sal para que hablemos.

La mujer salió y él se le adelantó. Siguieron así hasta encontrarse en un lugar. Cuando llegó la mujer, le dijo:

—Ya llegaste.

—Sí —dijo la mujer.

Y la mujer se sentó. La agarró. Coqueteaban y pronto la mujer se fastidió.

—Me gustaría irme. De todos modos, no me voy a acostar aquí, me van a regañar, mejor me duermo en mi casa.

Y se regresó. Se fue y al rato se apareció el hombre por allí.

—Hermanita, ¿estás dormida? —le gritó.

Pero ella no quiso contestarle, le tenía miedo a este pariente.

—Baja —le pidió—, ni que fuera a comerte.

La mujer le tenía miedo y se quedó callada.

Entró a la casa y la buscó. No había nadie. Vio hacia el techo: allí estaba acostada.

La zarandeó con su bastón, la hizo rodar, la jaló. Cuando cayó le dijo: —Ahh, ¿allí estás?

La agarró, le cortó la cabeza, cantó, dio la vuelta por atrás de la casa y se fue, se llevó la cabeza de la pariente.

* * *

Dizque también se comía a los niños que se quedaban en la casa solos. Al regresar los padres ya no encontraban a los niños, nomás veían un rastro.

Una vez hicieron una fiesta en el pueblo. Fueron a donde vivía para invitarla y le preguntaron si quería ir a la fiesta. No quiso. El mensajero regresó. Mandaron a otro; llegó, saludó, invitó a la abuelita, le dijo por qué había ido.

Comenzó la fiesta y ninguno la había traído.

—¿Qué vamos a hacer? —se preguntaban entre sí, hablaban.

—Mandaremos a Colibrí para que la invite— dijo uno.

Llamaron a Colibrí y le dijeron:

—Ve por la vieja para que venga a la fiesta, nos tienes que ayudar, a fuerza debe bailar Nuestra Abuela.

—La traeremos, la emborrachamos y así vendrá, no hay otro modo —dijo un hombre. Consiguieron mezcal y se lo dieron a Colibrí. Salió con el mezcal. Cerca de la casa de la abuela sacó una botella, subió a casa de la abuela y le ofreció:

—¿No quieres un traguito, abuela?

Le ofreció de beber. Bebieron. Al rato notó que ya se estaba emborrachando y la invitó:

—Vamos a la fiesta, tus parientes están celebrando una fiesta.

La vieja, que ya estaba algo borracha, aceptó:

—Naa, ¡vámonos!

Empacó. Agarró su huso, su lana y su cardador, sus madejas. Las echó a una red vieja, las cargó y anunció: —Ya podemos irnos.

Trastabillando, se pusieron en marcha.

En el camino se puso más borracha. Había llevado su molcajete y en el camino lo tiró.

Caminaron otro poco y tiró sus bolas de hilo. Así perdió sus poderes y artimañas.

Cuando llegaron ya no traía nada, fue y saludó a sus parientes.

—Ei, hermanitos, ¿cómo están?

A todos saludó, estaba muy borracha. Le dieron más mezcal y más borracha se puso todavía.

Bailó. Cada vez más borracha, se tropezaba.

Por fin, se cayó al suelo: ¡buenas noches! Todos se juntaron y trajeron leña inmediatamente para quemar a la abuela. La apilaron.

—Préndanla —ordenó uno.

La encendieron, prendió, alzaron a la abuela, ¡ay!, y la echaron en medio de la lumbre. Allí estuvo un ratito y luego se reventó: explotó, salpicó su hígado. La sacaron, hicieron un caldo y comenzaron a comer.

Su marido no vio cuando se fue; salió a buscarla. Comenzó a preguntar y así supo por dónde había pasado. Le informaban por dónde había pasado.

—Está bueno.

Siguió sus huellas hasta que llegó a la fiesta. Estaban comiendo, lo saludaron. Le ofrecieron caldo. Se sentó, comió. Cuando terminó preguntó:

—¿Quién me da razón de mi esposa?

Se quedó allí y al rato se regresó. Apenas había caminado un poco cuando un pajarito anunció al cantar:

—¿Buscas a tu esposa? Comiste a tu esposa.

—¿Será? —y se regresó a pedir sus huesos.

Se los dieron. Bailó con ellos y los llamó. De inmediato se levantó la vieja, como si nada. Amenazó: —Ahora me comeré a los parientes, no dejaré ni uno. ¿Por qué me trataron así? Me echaron al fuego.

—¿No te tengo dicho que no agarres a los parientes? —la regañó su esposo.

—Ahora me los voy a comer —dijo enfurecida por las palabras del marido.

También él se enojó, la pateó, la empujó.

Ella se enterró y volvió a salir en el mar. Su marido se subió a la cima de un barranco, se acostó y se quedó esperando, viendo hacia el poniente. Buscó a su mujer, pero ya nunca apareció. Él se quedó allí, desde entonces. (*mexicanero*)¹¹⁵

Literalmente, no son ni parientes ni hermanos, pero así llaman en la lengua a los paisanos, hijos o nietos comunes de tan cruel abuela.

Carl Lumholtz llamó Madre Crecimiento a Nakawé. Si bien salvó del diluvio a Watakame, primer agricultor huichol que trajo a este mundo a la muchacha-maíz, también es protagonista de historias más truculentas.

CUELTAN QUE UNA PAREJA había ido a una fiesta dejando solos a sus hijos. Nakawé venía por el camino, cargando un cántaro y se encontró a los niños.

—¿Adónde fueron sus padres? —les preguntó.

—Fueron a la fiesta.

—Métense en mi cántaro y los llevaré hasta allá arriba.

Los niños brincaron al cántaro creyendo que no los aguantaría, que la vieja caería porque eran muchos. Entonces Nakawé les dijo:

—Me los llevaré.

Se fue caminando. Uno por uno, los niños iban saliéndose del cántaro, agarrándose de las ramas que pendían sobre el camino.

—Estense quietos, ¿qué están haciendo?

—Nada, nos estamos acomodando.

Los llevaba por el camino y decía: —Ya vamos llegando.

Cuando llegó, sólo quedaban dos niños. Los encerró en una casita y tapó con lodo las entradas.

La vieja se fue quién sabe a dónde; mientras tanto, los niños se escaparon, salieron, sacaron las semillas y las bolas de lana de la anciana y se fueron enredando el estambre entre las ramas. Cuando Nakawé regresó, los llamó: —Jauu, jauu, ¿están allí? ¿están allí? Jauu, jauu.

No le contestaban.

—¿A dónde se fueron?

—Jauu, jauu, aquí estamos —se oía desde la casita.

Nakawé se asomó y solamente encontró los excrementos de los niños.

—¿A dónde se irían?

Estaba buscándolos en el patio y vio sus bolas de hilo enredadas en las ramas y sus semillas regadas. Así supo por dónde habían escapado, pues habían regado semillas y enredado el hilo en su huida.

Empezó a desenredar el estambre. Llamó a los pájaros y les ordenó:

—Junten mi semilla.

Los pájaros llegaron y le ayudaron a juntar las semillas. Decían cantando:

—Weupu, weupu, ya me las comí, salí ganando.

Dejó allí a los pájaros, dejó allí las bolas enredadas y se fue siguiendo a los niños, pero no los alcanzó.

Llegó a un lugar donde había fiesta. Allí le dieron de tomar hasta que se cayó de borracha. Cuando se levantó comenzó a bailar. Bailó y bailó hasta volver a caer y quedarse dormida. Mientras dormía le abrieron la cabeza por la mitad, le quitaron la tapa y le sacaron los sesos. Le metieron asqueles, hormigas, avispas y otros animales que pican. Luego la taparon y la cosieron.

Con sus sesos le prepararon una comida y cuando despertó se la sirvieron. Un pajarito, que andaba por allí, cantaba:

—Mi abuelita se está comiendo sus sesos:

—Ese pajarito me está enfadando —dijo Nakawé—, mátenlo muchachos, para que pueda yo seguir comiendo; mis nietas me están sirviendo, no pueden ser mis sesos. Se fue a su casa, le dolía la cabeza, se sentía mal. Llegó con sus nietos y les dijo: —Me siento mal, vean qué tengo en la cabeza.

Comenzaron a espulgarla pero no le hallaron nada. Luego vieron que por la costura le salían unos gusanitos.

—¡Tienes animalitos muy feos adentro, estás *engusanada*! —dijeron.

Nakawé se fue a la cima y les pidió a sus nietos:

—Tírenme al barranco, al cabo no voy a vivir.

Sus hijos no la quisieron echar y ella misma se aventó. Al despeñarse, se despedazó entre las piedras y donde fueron quedando sus manos, sus pies, sus cabellos, sus tripas, crecieron la jícama, el camote de monte, el maguey del ixtle y otros alimentos. Por eso, hasta la fecha, hay muchas cosas en el monte que se pueden comer. (*huichol*)¹¹⁶

Es notable la semejanza de este relato con fragmentos del mito de los niños que se convertirán en sol y luna; con la vieja caníbal de los cuentos europeos —Hansel y Gretel—, con mitos mexicanos antiguos, donde el cuerpo de los dioses se transforma en alimentos y la saliva o los excrementos hablan.

Aquí, al menos, la humanidad ganó algo de la vieja Nakawé: las plantas comestibles que no se siembran, y solamente se recolectan.

La Madre Tierra come criaturas humanas: de allí que los muertos regresen a su seno. Sus instintos caníbales y su capacidad regenerativa la convierten también en una ame-

naza terrible.

Su capacidad de metamorfosis, además, multiplica su peligrosidad. Mujeres fatales, caníbales y seductoras, sensuales y erotizadas, adquieren el aspecto exacto de la mujer amada y en realidad son asesinas despiadadas, protagonistas de muchos relatos de seres extraordinarios, temidos y deseados. Estas figuras representan los resabios de la naturaleza menos domeñada en el hombre. Los mexicaneros de Durango tienen varios mitos muy semejantes al de Nakawé, con contenido altamente erótico, protagonizados también por Tepusilam —que trae al mundo la música y es proveedora de todas las plantas silvestres que son comestibles:

BUENO, DIJO NUESTRO SEÑOR; ahora renovaremos otra vez el mundo recién hecho. Lo renovó. Ya quedó el mundo, cuando ya endureció un poco. Entonces ya sólo eran puras piedras.

Todos hablan: los pájaros, las gallinas, los puercos, todos; todos ellos hablan igual, hasta con Tepusilam —vieja de fierro que se comía a sus nietas.

Entonces salió ella. Se endureció el mundo. Salió Tepusilam, ya empezó a vivir. Se paseaba entonces por el río, por el río venía.

Que se empieza a encontrar a alguien y dizque lo escondió por abajo.

Siempre se los comía. Así; así hacía.

Se enojó la gente, dicen: —No, pues ¿cómo le haremos para correrla? ¡Ésta ya nos está acabando!

Entonces dijeron: —Vamos a ponernos de acuerdo, haremos un *xuravet*, a ver si acaso la corremos.

Ya hicieron el *xuravet*, hicieron *el costumbre* un día. Y la llamaron.

Como en la versión anterior, los pájaros son los mensajeros que la invitan. Solamente el chuparroza, por ser tan veloz, logra llevarla hasta el patio del *xuravet*.

ENTONCES cuando iban más *allacito*, inmediatamente lo apachurró, un viento llegó, pues que una víbora.

En la fiesta se emborrachó mucho. Bailaba con las muchachas y las metía en su sobaco o debajo de las orejas. La incendiaron y la cocinaron. Su esposo, una iguana, la comió; juntó sus restos de la comida para que volviera a vivir.

BAJÓ, anduvo juntando los huesos: ya se estaba levantando, viene reviviendo. Su corazón venía de vuelta de allá a donde iba, porque ya lo jalaba el aliento. Pero un

tlacuache le dio una patada allá en el oeste; ya no le dio permiso de venir: ¡mejor! Se quedó en paz. Entonces salió la Estrella Grande. Todo amacizó, se hicieron piedras los pájaros, ya no hablaron, como hasta ahora. (*mexicanero*)¹¹⁷

Estas historias se cuentan en lenguas tepehuana, mexicana, cora y huichola. Además de narrar cómo invitan al mitote a la terrible vieja, la Chul —esta vez las mensajeras son la mariposa y otras aves hembras— y cómo se emborracha, aquí tenemos un final distinto.

LUEGO, en la tarde, cuando oscureció, la Chul se presentó en la orilla de donde estaban haciendo el mitote. De inmediato le dieron una taza grande con un gran trago de veneno que la gente había hecho de cinco jarras grandes de vino. Pero no era vino: era el jugo de arañas, alacranes y otros animales ponzoñosos. Le dieron un trago y al rato le dieron más. Entonces la Chul comenzó a bailar el mitote.

Le dieron otro trago y dijo:

—Traíganme un compañero para que yo baile.

Y le trajeron unos perritos, que aventó por encima de su hombro, como acostumbraba hacer con los que se quería comer, mientras bailaba. Y los perritos se ensuciaron encima de Chul. Y allí estaba bailando, y los perritos levantaban la cabeza y menaban sus orejas.

Desaparecían los perritos, Chul se los comía y pedía más. Se los trajeron.

Luego, Chul pidió más muchachas para que bailaran con ella. Entonces los perros la ensuciaron más y se escapaban. Durante la noche, la Chul se emborrachó y se durmió. Allí se quedó dormida, junto al lugar donde bailaban. Y luego la mataron. Luego, cuando ya estaba cocinada la hicieron *chuina*, que no es más que masa y carne cocinada como atole espeso. La cocinaron bien y al otro día en la mañana llegó el marido de la Chul. Le sirvieron un plato grande de birria. Agarraron un poco y le sirvieron; el marido de la Chul comenzó a comer.

Más tarde se detuvo frente a él un pájaro y le dijo: —Nomás tú vas a comerte a tu esposa.

—Bueno, ¿qué es lo que dice ese pájaro?

Y volvió a decir el pájaro: —Nomás tú vas a comerte a tu esposa.

—¿Qué es lo que dice ese pájaro? —repitió.

Y al ver en su plato la comida hecha de la Chul, se encontró con uno de sus dedos.

—Ahh, mataron a mi esposa —dijo—. Ahora quiero sus huesos, júntenlos.

La gente recogió los huesos, él se sentó en un hormiguero y cantó para hacer que los huesos bailaran a orillas el hormiguero. Y entonces se abrió la tierra y la Chul

comenzó a salir otra vez desde debajo de la tierra.

La Chul dijo: —Ahh, ¡qué calor!

Entonces el marido le preguntó: —¿Por qué te comes a mis hijos? ¿Por qué te comes a la gente?

Así le preguntó el marido y ella replicó: —Pues ahora con más ganas me los voy a comer, porque ya me hicieron enojar.

—No, no te dejaré salir —dijo el marido.

Y le dio una patada en la cabeza. Como la Chul apenas estaba saliendo de la tierra se volvió a meter y ya no salió hasta que salió en el otro lado del mundo. Ahora dicen que está en el otro lado del mar, en la Gran China.

Y que allá la tienen amarrada con una cadena. Ella es la que hace toda la seda. Tiñe la seda cortándole la cabeza a la gente y volteándolos encima de la seda, para que su sangre la pinte de rojo.

La gente se quedó donde estaban haciendo el mitote, comiendo. También el esposo de la Chul se quedó, pero dicen que ahora es una iguana. A lo mejor Chul nomás era el diablo. (*tepehuano*)¹¹⁸

Esta vieja caníbal en el sur se llama Chichima o Tziztimin —ya hemos topado con ella, como la abuela que adopta y cría al niño-maíz para comérselo, casada con un tepezcuintle. Sus enormes pechos le llegan hasta el suelo. Hay otra perversa anciana vecacruzana, que sólo lleva un cuero tapándole las nalgas.

HACE MUCHOS AÑOS, según dicen, el cerro Postectitla llegaba hasta el cielo. Una mujer bajaba por ahí, llegaba a un pueblo y dizque quería mucho a los niños. Una vez le dijo a una señora: —Si quieres ir a lavar los pañales del niño vete solita, yo te cuido tu hijo; si despierta te lo llevo a donde estés.

La pobre señora dejó al niño en la cuna y se fue solita, y que aquella mujer sacó el niño de la cuna y que lo mata, empezó a tamalear, y en la cuna en lugar del niño puso un *tantzi*.

Al regresar la madre preguntó si no había despertado su hijo, y que contesta la señora: —No, no ha despertado, desde que te fuiste se durmió. Tiende los pañales y ven a comer; después le das de mamar, cuando despierte.

Empezó a tender los pañales la madre y al terminar entró a la casa y vio a la señora soplando el fuego donde había puesto un chachapal y preguntó: —¿Qué estás cocinando?

—Hice tamalitos, fui a comprar un poco de carne, allá arriba mataron un marrano.

—Ven a sacar los tamales, a ver si ya están cocidos. Come primero, después le das

de mamar a tu hijo.

La pobre madre sacó los tamales y empezó a comer la pura tortilla; en ese momento se despidió la *Tijasdakanidakú*, se fue. La madre del niño siguió comiendo, dejando lo de en medio del tamal. Al terminar la orilla, cuando quitó la masa que estaba sobre la carne del tamal, ¡que aparece la palma de la mano del niño! Dejó de comer, se fue a la cuna, quitó el trapo que tapaba al niño y vio un tantzi en lugar del niño. La pobre madre quedó llorando.

Al día siguiente volvió aquella mujer, llegó a la misma casa. La agarraron y se la llevaron a un temascal, la encerraron, taparon bien la puerta con piedras, hicieron bastante fuego para que se muriera. Ella no aguantaba el calor que hacía adentro, por más que gritaba no le hacían caso y echaban más agua en el fuego para que entrara el vapor en el temascal.

Aquella mujer ya no sabía qué hacer de tanto calor y se metió en un chachapal con agua; el agua se vaporizó y la señora se murió, empezó a quemarse y las personas siguieron haciendo más fuego; echaban más agua sin saber si la señora había muerto. Al otro día destaparon y sacaron el chachapal lleno de ceniza, la echaron en un jarro de boca chiquita, y le dijeron a la lagartija que fuera a echarlo al mar. (*tepehua*)¹¹⁹

La lagartija da el jarro al sapo, quien curioso abre el recipiente y de él escapan todos los insectos que pican, explicando así la piel rugosa de este animal. Aquí vemos claramente cómo los mitos —el del niño-maíz por ejemplo— pasan a relatarse como hazañas de héroes, aventuras con monstruos o experiencias terribles de simples mortales; también los testimonios contienen explicaciones etiológicas y míticas.

La abuela caníbal se puede aparecer a los hombres como una mujer de gran belleza —o lo que considera como tal quien las encuentra. Otra Chul tepehuana muestra una maldad primigenia pura y una violencia completamente injustificada.

UNA VEZ UN MUCHACHO salió de viaje con su hermanito. Luego, cuando andaban todavía en el camino comenzó a oscurecer y llegó una muchacha que se parecía a la novia del mayor.

—Yo también voy —dijo, y llegó a donde ellos estaban. Había traído una bolsa llena de gorditas. Comenzaron a calentarlas para cenar.

Luego, cuando terminó de oscurecer ya se acostaron. Extendieron sus sarapes para dormir. A medianoche el hermano menor se despertó y vio que su hermano estaba completamente cubierto por la oreja de la muchacha, pues le había crecido mucho.

No era la novia quien estaba acostada en la cama, sino la Chul.

El hermanito gritó: —Levántate, hermano, o te va a tragar el diablo.

El hermano se levantó rápido. Puso un fierro de marcar y el arado de metal en el fuego. Cuando estaban al rojo se los puso a la Chul en la orejota. Ni siquiera despertó, nomás roncaba más con el fierro al rojo vivo, como si le gustara el fierro caliente.

Los hermanos se fueron, se regresaron corriendo a media noche, pero en el camino el más chico se cansó. Entonces el mayor lo ayudó a subir hasta arriba de un árbol alto y siguió corriendo. Ya tarde llegó a su casa y contó a su familia y a las demás personas lo que había sucedido. Lo encerraron en la iglesia para que lo ayudaran los santos. Estaban todos de guardia afuera de la iglesia, de noche, para que no llegara la Chul.

En la mañana, cuando hubo luz, abrieron la puerta de la iglesia y ya no había ni rastro del muchacho, sólo encontraron algunas tripas. Pura sangre había en la iglesia, cuando hubo luz la gente la vio.

Luego, la Chul regresó al árbol donde estaba escondido el hermanito. Llevaba sobre el hombro la pierna del hermano mayor. Le dijo al niño:

—No te voy a hacer nada. Vete a tu casa. Sólo dañé a tu hermano por seguirme, por eso traigo su pierna aquí en el hombro.

El niño se bajó del árbol y se fue corriendo a su casa. (*tepehuano*)¹²⁰

En otra versión, algo menos violenta, tras hacer el amor la pareja duerme. El hermanito estaba cerca y miraba. La mujer dormía y roncaba para que todos supieran que estaba dormida. Entonces el hermanito vio que quería aplastar al hombre con sus chichis. Despertó al otro y entonces escaparon. Allí se quedó durmiendo la Chul.

Kauyumari, el Venado Azul asociado al peyote, es ambiguo, por decir lo menos.

ERA MUY FLOJO Y MALO, entonces los dioses del cielo dijeron que se fuera por un venado, pues tenían que hacer fiesta en el *tukipa*. Se fue y encontró un Peyote con su flor, que era una mujer. Entonces Kauyumari sintió ganas y ahí le metió su pito. Y la mujer se lo comió, Kauyumari fue devorado por la barranca.

Pero las diosas del agua, *Uteanaka*, *Nakawé* y *Haramara* se apiadaron de él y lo dejaron ir, advirtiéndole que tendría su parte podrida por haber pecado estando bendito. Entonces Kauyumari se arrepintió y se fue a inventar la vida, la gente y a los mexicanos. Las diosas del agua querían perseguirlo y robarle su flor, con la que hacía la vida.

Por eso decidió irse junto al sol. Y por eso vemos que en la mañana sale la estrella arrepentida y en la noche es la estrella pecadora. Por eso el cantador canta de noche

y de día. Así es la historia, pues. (*huichol*)¹²¹

EL TABACO VIRGEN es imprescindible en su vida. Lo chupan en hoja de maíz durante todas las celebraciones, en las comidas, durante las velaciones, para evitar y curar enfermedades, para acompañar a los enfermos, mientras discuten los asuntos de la comunidad, para la convivencia ritual.

Había unos viejos que estaban ayunando, con el fin de tener tabaco, no lo hallaban; están probando yerba. Entonces el muchacho *Hatzikan* fue allá, y se volvió mujer. Se llenó de flores *cop*, amarillas, rosas, blancas, así se vino cantando y los viejos dijeron: —Mira quién canta.

—No, no mires porque nos hace daño.

Nomás se agachaban, pero una persona la vio, le hizo señas y no supo cómo se levantó y se fue con ella, llevándosela al río.

—Quihubo —le dijo.

—Pues quihubo.

—Ahora vamos a bañarnos.

—Pues vamos.

El viejo se quitó el calzón, ¡ei!, le dieron ganas. Ahí estaban trabajando, al último ella lo aventó, tiró todo allí, en la arena.

Al viejo le habló una avispa y le dijo que la muchacha lo había engañado, porque no encontraban el tabaco; la muchacha le encargó al viejo que cuidara la arena, que la regara, y cuando saliera el tabaco, que lo cortara y lo pusiera a secar. El muchacho era como Dios, pues era poderoso.

A los quince días fue otra vez allá, el viejo ya tenía el tabaco. Pero fuerte, no como los que fumaban los viejos, pura hoja de guásima. (*cora*)¹²²

Muchas más aventuras corre el personaje con los viejos, que intentan robarle su tabaco, pero nunca se explica cómo recuperó su virilidad, en caso de lograrlo.

Juan Olivares explica quiénes son los *zap chev*, seres extraordinarios y terribles:

NO TIENEN CABEZA. Vienen de la misma tierra, del calor de la tierra. Aparecen con el calor; en tiempos de frío no aparecen y cuando ya vienen las lluvias, se acaban. Pueden aparecer de muchas formas: enanito, cuerpo verde, sin cabeza, —pero a veces tienen cabeza. Aunque anden lejos, pegan su calor y enferman; se desorienta uno. Si se duerme uno así nomás en la playa, se aparece como mujer que quiere hombre; si es una mujer, se le aparece como hombre. Para protegerse hay que sembrar un palo

en la tarraya porque la tarraya es puras cruces y los zap chev no pueden con las cruces ni con la lumbre. Los mayores de los zap chev les dicen a los demás que no metan la mano ni el dedo en la tarraya porque allí nada más se quedan; les dicen que busquen un animal, otra cosa. Si llegan a tocar a alguno que duerma sin protegerse, muere.

Hay unos a quienes les gusta verlos, duermen dentro de su tarraya y los ven pasar cerca; pero en realidad pasan muy lejos, el viento hace que parezca que están muy cerca. El que los ve, se vuelve loco; un señor vio una vez que uno metió el dedo en su tarraya y desapareció. Al día siguiente se fue a su casa y se murió.

Se levantan con el vapor que sale de la tierra, en el mes de marzo. Por eso los pescadores ponen sus redes como casitas. Cuando pasa alguien, no debe uno acercarse, porque no se sabe si son gente cabal o zap chev con forma de gente conocida. Ni se puede seguir a una mujer en la orilla de la mar, porque la mujer zap chev quiere estar con los hombres para matarlos. Se puede uno encontrar a un conocido que no lo es, te sigue.

El espantado de zap chev se cura como cualquier otro espantado, hablando con la tierra.

* * *

Había dos hombres que siempre andaban por la orilla de la mar viva; como no encontraron pesca, se fueron a descansar a la playa. Sacaron su tarraya y el mayor sembró su bastón y se metieron abajo. Pasaron por allí dos zap chev, vinieron con el viento. El viejo estaba durmiendo y no vio nada; el otro sí. Llegaron las dos mujeres, una vieja y otra joven. La más joven quería tocar al hombre que la estaba viendo, pero la vieja la jalaba:

—Déjalo, deja descansar a ese hombre.

La otra no hacía caso, ya está enamorada. Sin hacer caso, metió el dedo y se quedó atorada. La vieja la jaló y logró llevársela.

—Ya te dije que no debes tocar a las personas cuando tienen su tarraya, es peligroso.

—Está bien, pero algún día lo voy a encontrar.

El viejo le dijo al hombre que tuviera mucho cuidado, porque era apenas la primera prueba, la primera vez; que no debía confiar porque la mujer ya lo quería y que cualquier día podía aparecer con la forma de su padre, de su madre, de su querida, de cualquier conocido.

Un día él salió a su viaje de noche, ésa es la costumbre de los huaves. A medio camino oyó la voz de su querida que venía detrás de él:

—¿Ya llegaste, hasta por acá andas?

—Voy a un viaje, ¿por qué no te veniste conmigo, si ayer te dije que iba a venir?

—Es que no tuve oportunidad, pero ya la encontré y te alcancé; voy contigo.

—Está bien, vamos.

Allí le dice la señora: —¿Por qué no vamos a descansar un rato acá?

—Bueno.

Y descansaron allí, y como la mujer ya está enamorada, le dijo que se acostaran a dormir. Se acostaron los dos, a hacer su cosa. Cuando el hombre agarró su miembro para metérselo a la mujer, ya no era miembro de hombre, sino de mujer; pero era una *concha* muy grande, con comezón, escurriendo agua, enferma. Allí desapareció la mujer. Fue a cambiarlo nomás y se fue.

El otro, fue a ver a su compañero, para que lo aconsejara.

—Me pasó esto y esto. Ahora ya no tengo cosa de hombre, sino de mujer.

—Es por tu culpa, yo te aconsejé, te dije que te iba a pasar eso; pero tú, no obedeces.

—Sí, pero ahora ya me espanté, ya no sé qué voy a hacer con esta cosa de mujer, con esta concha que tengo.

—Bueno, pues ahora te voy a decir cómo vas a hacer, cómo debes ir a pedir tu cosa: debes perseguirla, buscarla a la orilla de la mar viva. Vas a ir a buscar una zalea negra de borrego con cuatro alfileres. Llévala siempre contigo, cuando encuentres a esa mujer tiendes la zalea debajo de ella. Pones los alfileres en forma de cruz y allí vas a acostar a la mujer. Ya cuando se acuesta, ya no se va a poder levantar, ya no se va a poder transformar; ahí la puedes agarrar y pedirle que te devuelva tu miembro. Hasta que no te lo devuelva, no la sueltas.

Así hizo el señor. Se encontró con la mujer en la orilla de la mar viva, habló con ella y le dijo que quería descansar con ella. Se acostaron juntos y la puso encima del cuero. Le dijo:

—¿Por qué no me vas a entregar mi cosa?, ¿por qué te la llevaste?, ¿qué vas a hacer con ella?

La mujer no quería devolvérsela.

—Pues de aquí no te vas hasta que me la devuelvas.

La mujer quería soltarse pero no podía, la estaba agarrando el cuero. Hasta que se lo devolvió al hombre; ya el hombre tiene su cosa, y empezó a cuartear a la mujer, pues llevaba un cuarto para caballo. Y a cuartazos la sacó de encima de la zalea y la mujer se fue, desapareció.

El viejo le volvió a aconsejar que no confiara otra vez, porque la zap chev va a regresar a hacer su venganza. Con el tiempo, encontró de nuevo a la mujer y confió, como siempre. Fueron a acostarse a la orilla de la mar viva y se acostaron como habían hecho antes. Cuando el hombre metió su cosa, la metió en la tierra, porque la

mujer no es mujer, es la misma tierra que se convierte en mujer. Allí la tierra lo agarró, ahí nomás se quedó, para sacarlo, no podía salir. Tuvieron que escarbarlo, pero la tierra no lo soltaba, parece que su miembro no tiene fin, cuando más escarban, más se va para abajo. Lo que hicieron, lo cortaron. Ahí se murió ese hombre —si no, tal vez se ahoga con la marea cuando sube. (*huave*)¹²³

En el monte, la orilla del río, la playa, las mujeres tientan y espantan. A veces matan. Las *Xtabay* excitan el deseo de los hombres y los pierden en la selva: los enmontan, los desorientan, los matan. En Centroamérica se llama Ciguanaba, y se transforma en mula o yegua. Algunas veces tienen la apariencia exacta de alguna mujer conocida y prohibida; las lacandonas, son creación divina:

HACHÄKYUM creó a las *Xtabay*, seres sobrenaturales extraordinariamente bellos. Son muy rojas sus mejillas, rojos sus muslos. Colorado es su pubis, como la pintura del palo de Brasil. Él las tomaba, una sola vez se deleitaba con ellas y las dejaba luego a los dioses menores. Las *Xtabay* no se casan, todas son para los dioses menores. Así, hasta el presente. Están en su casa, no existen en el cielo. Sólo hay diez *Xtabay* dueñas cada una de una casa, y tienen hijas de los dioses menores que son iguales a sus madres. (*lacandón*)¹²⁴

* * *

LOS ANTIGUOS fueron a ver a *Känänk'ax*, Guardián del Monte. Los invitó:

—Vámonos, hijos. Vamos a mi casa.

—Vamos, Señor; vamos a conocer tu casa.

—Síguenme: tengan cuidado.

Uno venía justamente detrás del señor del monte, muy cerca. Los otros dos venían más atrás. *Känänk'ax* los veía detrás de él; les advirtió: —No vayan a mirar a las *Xtabay*. ¡Tengan ánimo!

Venían detrás de él. Dos no pasaron: se quedaron con ellas. Los llamaron, diciéndoles: —Ven, tú serás padre de una de mis criaturas.

Entraron con ellas.

—Ya no iremos, aquí nos quedaremos —decidieron ambos.

—Luego les enseñamos dónde está la casa de *Känänk'ax* —prometieron las *Xtabay*.

—Muy bien.

Entraron con ellas y se acostaron.

Al salir, un lacandón dijo: —Enséñanos dónde está el camino de Nuestro Señor.

—Vamos —dijeron las Xtabay.

De nada sirvió, les enseñaron el camino que llevaba a sus casas. Regresaron al mismo lugar de donde habían salido.

¡Qué hermosas son las Xtabay! Son coloradas como palo de Brasil. Muy coloradas son sus mejillas, muy colorados son sus muslos, muy coloradas son sus vaginas: como pintadas de palo de Brasil.

Regresó cada uno a sentarse a su casa y sentados pensaban en ellas: —Voy a volver a casa de las Xtabay —decía cada uno por su lado.

Fueron a buscarlas, pero no estaban, no las vieron, solamente había piedras. Dos veces fueron a buscarlas y sólo encontraron piedras. Pensaba cada uno: “Nunca volveré a verlas”.

El otro hombre que siguió a Känänk’ax pasó todo el día con él. Le dijo Nuestro Señor:

—Vámonos, iré a dejarte. Ve a tu trabajo, eres buen hijo. Ve a ver tus incensarios. Vámonos, te llevaré.

—Muy bien, señor,

Puedes pasar junto a las Xtabay. No entres a donde están ellas. Cuando termines con tus incensarios, puedes verlas si quieres. Puedes ir con ellas. Siempre que lo desees las verás, porque yo te he dado permiso.

—Muy bien, mi Señor.

—Primero debes llegar a mi casa. Tus compañeros, en cambio, nunca llegaron hasta a mi casa y se quedaron con ellas. Por eso, no volverán a verlas nunca mientras vivan. (*lacandón*)¹²⁵

ESE FANTASMA sale al camino oscuro.

Cuando alguno se fija, ve a una mujer allí parada.

Al pasar junto a ella, viene a abrazarte.

Le dices: —¿ A dónde vas?

—Voy a mi casa, está lejos de aquí, ¿no vienes conmigo?

—No, déjame seguir solo.

—No, vámonos juntos, te llevo.

Cuando el hombre escucha eso, el fantasma lo captura.

—Déjame ir —le dice el hombre.

—No, hasta que lleguemos a mi casa.

El hombre intenta hablar pero el fantasma lo aprieta con fuerza.

—Muéstreme tu cara, quiero darte un beso —le dice.

Cuando suelta lo que va tapando su cara y el hombre la mira, la ve y se espanta.

—Déjame ir, no eres de verdad, eres algo podrido, ¡Dios! —le dice el hombre.
Y el hombre comienza a rezar.
La Xtabay suelta al hombre.
Cuando el hombre se levanta, comienza a gritar: —Me llevó la Xtabay.
Termina. (*maya*)¹²⁶

UNA VEZ UN HOMBRE salió a trabajar al campo y vio las huellas de una mujer. Le dijo a su esposa: —Me gustaría saber quién pasó por nuestra milpa.

—Me estás engañando —reclamó su esposa.

—No, no te estoy engañando.

—Parecen las huellas de una mujer. Por aquí pasó tu querida.

—No, no son las huellas de mi querida.

Volvió a ir a la milpa. Pensaba: “Si encuentro a la mujer, me casaré con ella”.

Cuando la vio caminar en su milpa volvió a pensar: “Sí, cuando la encuentre, me caso con ella”.

A mediodía comenzó a comer y llegó la mujer. Le preguntó: —¿Qué estás haciendo?

—Aquí estoy.

—Tú eres el que andaba diciendo que si encontrabas a la mujer te casarías con ella, ¿o no? Pues aquí estoy.

—Sí, me casaré contigo.

—Bueno, ahora voy a lavarte —y comenzó a lavarlo—. Te voy a lavar la piel, porque tú comes sal.

Y lo lavó más. La mujer sabía que estaba salado porque lo limpiaba con la lengua.

—Ahora sí ya quedaste bien —le dijo, y lo levantó hasta un árbol donde ya había colgado su hamaca. —Aquí viviremos.

Tres días lo esperó su esposa sin que regresara. Al siguiente día lo fue a buscar a a la milpa. Al llegar recorrió la milpa de arriba a abajo llamándolo: —Ay, viejo. Sal a verme.

La Makti le dijo al hombre: —Ya te andan buscando.

—Pero ya no puedes salir a buscarla.

Y comenzaron a oírla que lloraba.

—Llora mucho, pero no puedes hablarle. Si le hablas te mueres.

Al otro día el hombre fue a trabajar a la milpa, a mediodía llegó su mujer.

—¿Dónde has estado todo este tiempo?

—Aquí nomás.

La mujer lo abrazó y le dijo:

—Vámonos a la casa.

A los tres días el hombre se murió, porque su espíritu se había quedado con la

UNA VEZ, y no hace mucho, un hombre fue a trabajar su milpa por Totolapa. Desyerbó y fue al pueblo para distraerse. En la vereda se encontró a una muchacha. —¿Cómo estás muchacha? Quiero hablarte, veo que estás muy bonita. Las muchachas de mi tierra no son como tú. Desde atrás te ves distinta, vista de lado te ves distinta; quiero estar contigo. ¿Qué dice tu corazón? ¿Quieres que nos casemos? —Quieres hablarme, pero ¿de veras eres hombre? ¿Tienes bien fajados los pantalones. Sólo cuando sepa que ya lo pensaste bien y que de veras quieres casarte conmigo iré contigo al campo, que es donde platicamos los de aquí cuando tenemos novio. —Te lo digo de verdad, si me concedes lo que te pido, allá te espero, seguro —le dijo el hombre.

Fue, se sentó y esperó. Miraba para un lado y para el otro. Dieron las diez de la mañana y allí estaba esperando todavía.

Se fastidió de estar esperando, no sabía que la muchacha se transformaba en vaca. Cuando la va viendo: una vaca negra que relucía hermosa, con cuernos muy muy largos. Se veía maravillosa meneando la cabeza de un lado al otro y de arriba a abajo. Antes de que se diera cuenta, ya había lanzado al hombre por los aires. Cayó muy lejos; gran golpe ¡faaa!

Quedó impedido, ya no era hombre, ya era mujer.

—¿Cómo va a ser? Creí que era una buena muchacha, ¡Dios mío!

Se levantó y regresó a su milpa. Tenía enfermo el corazón.

“No debí haberle hablado a esa mujer horrible. Así no estaría sintiéndome tan mal; pero ya qué hacerle”, pensó el hombre. Mejor voy a amarrar uno o dos almudes de maíz para llevarme a la casa. Voy a llevar el maíz y a confesarlo todo. No, mejor no. No se qué hacer, ni a quién decirle. No puedo preguntarle a un amigo porque me lo va a refregar. ¡Estoy jodido! Voy a quedarme de mujer para siempre.”

Regresó a su casa con dos almudes de maíz.

—Volviste pronto —le dijo su mujer—. Dijiste que ibas a regresar hasta el martes.

—Vine a traerte algo de maíz.

Su esposa le sirvió y comió aprisa.

—Voy a ver a mi compadre —le dijo a su esposa. Pero por fin no sólo habló con su compadre; le decía a cualquiera que pudiera aconsejarlo: —¿No te ha pasado así? ¿Nunca le has hablado a una mujer y luego te vuelves loco? Así yo, me volví loco en Totolapa.

—Pues no fue algo inteligente. ¿Cómo diablos hiciste algo tan estúpido? Los de Totolapa son muy malos. ¡Imagínate! Busca la casa de la muchacha. Ve dónde está.

Háblale. Dile: “¿Por qué me hiciste eso, niña? Me siento terriblemente mal, cambiado. Con que me hubieras dicho de buena manera que no querías que te hablara. ¿Cómo voy a responder ahora a un saludo como si llevara los pantalones puestos? ¿Qué no ves que ando muy atormentado? No puedo contestarle a nadie, me digan lo que me digan”. Eso ve a decirle —le recomendaron sus amigos.

—Hazme un par de tostadas para la noche, mujer. Dicen que se metió el ganado a la milpa —le mintió a su esposa,

—¿Por qué eres así? ¿Por qué ya no te quedas nunca en la casa? ¡Estás tan raro! ¿Será que tienes una querida por allí?

—Carajo, no me digas eso. A ver si ahora también necesito quién me mande.

Se quedó su esposa. —¿A dónde se fue tu marido? —le preguntaban las vecinas.

—Se fue para tierras bajas. Ya casi no se queda por acá, no sé por qué será. Tal vez tenga una querida ese ingrato. A lo mejor se está volviendo maricón. ¿Acaso se queda de noche? ¿Acaso te vas a juntar con él en la cama? ¿Acaso puede? ¡Nada! —decía la mujer hablando de su esposo, porque no sabía lo que le había ocurrido. Apenas llegó a Totolapa, el hombre fue a comprar un repollo para llevarle a su novia.

—Señor, le pido que de favor hable con su hija. Pérdoneme por esta falta.

—Hable usted mismo con ella. Yo ni vi cuando ustedes hablaron. A lo mejor le hizo eso porque estaba enojada o le dio vergüenza, o la mortificó usted al hablarle. Tal vez ya se le pasó el coraje. Por mi parte, gracias, que Dios le pague su regalo. Si mi hija lo perdona, nos bebemos un trago. Si no lo disculpa, piense bien en lo que le diga.

—Eso mismo le hice —dijo la muchacha—. Que no venga a jugar conmigo. Yo no le fui a preguntar de dónde vienen esos nalga plana tan horribles. Aquí es distinto. Ustedes tienen en su tierra sus mujeres y aquí en mi tierra tenemos nuestros hombres. Es la primera vez que vemos a alguien como usted, hablándole a nuestras muchachas.

—Perdóneme —dijo el hombre—. Pero no puedo seguir así. Uso pantalones pero soy mujer. Tengo vergüenza de andar por allí. Antes me decían señor, pero ahora deberían decirme señora.

—Pero a saber si se arrepienta usted de veras. Se le ve en la cara que así es usted, que siempre molesta a todos, que a todas las mujeres les habla. Ya sé que así es usted en su tierra, porque así fue como soñé anoche: “va a sacar a las mujeres de sus camas. Se escucha decir que va a sacar a las mujeres de su cama, aunque tengan marido.” Es por eso que en vez de perdonarlo le voy a dar un buen revolcón y una buena paliza.

—Paciencia, si me pega me aguanto. Si me reclama, aguanto. Con tal de que vuelva a ser hombre. Es mi castigo, lo voy a guardar en mi corazón. La próxima vez no le digo ni una palabra a nadie de por aquí, ya me di cuenta de cómo son los de Totolapa.

—Mire, señor, si es cierto que ya se dio cuenta de cómo somos acá, vaya y siéntese en el lugar donde me esperó aquella vez. Si tiene miedo, récele al Señor. Pídale a Dios que le regrese su cosa, porque si no se va a quedar como está. Se lo vamos a regresar solamente que lo obtenga con su fuerza: pagado y comprado.

La muchacha aceptó el repollo. El papá sirvió un trago.

Exactamente a las tres de la tarde llegó el hombre al campo. La vaca estaba furiosa. Resoplaba contra el suelo. ¡Aayy!, el hombre temblaba.

—Dios, Padre mío, ampárame. San Dionisio, cuídame. No me dejes volver a ser una mujer, a los pies de San Lorenzo me humillo.

La vaca negra lo embistió a la carrera, el tipo tuvo la suerte de agarrarla. Si no hubiera sido por eso, lo revuelca como antes. Ahora logró agarrarle un cuerno con las manos. Volvió a ser hombre. Si no se hubiera agarrado del cuerno, hubiera quedado de mujer para siempre. (*tzotzil*)¹²⁸

Tonik afirma que esto le pasó realmente a un vecino suyo. Los de Totolapa son conocidos en Zinacantán como brujos; San Dionisio es el santo patrón de su pueblo. Explica Laughlin que el regalo que ofrece —un repollo— es ridículo, usado en el relato precisamente para hacer mofa del hombre.

CHANEQUES, GIGANTES, SALVAJES Y OTROS

Dioses, héroes o simples mortales se casan, conviven y hasta tienen descendencia con parejas que no son de su especie —ranas, osos, monos, rayos, dueños, chaneques, salvajes y demás—mucho más en los cuentos que en los testimonios o relatos. Las bodas, uniones y amoríos entre seres diferentes rara vez tienen buen fin, como este muchacho que se casó con una mujer chaneca.

ESTO SUCEDIÓ en una laguna: el muchacho se estaba bañando cuando escuchó un ruido en el agua. Desde lejos se dio cuenta que eran unas muchachas y cuando llegó a la orilla vio que ahí estaba sentada una viejita; era una chaneca. Ella iba cuidando a las muchachas chanecas.

La viejita le preguntó al muchacho: —Oye, hijo, ¿quién eres?

Cuando vio que el muchacho era como todos los cristianos —tenía cinco dedos en

cada mano—, le interesó a la viejita. Porque los chanecos no tienen cinco dedos, sólo dos, y por eso nos encantan; nos sacan una poca de sangre y con eso nos llevan al mundo de ellos.

Entonces le dijo al muchacho: —Te voy a llevar y te voy a regalar una hija, eso va a ser de mi voluntad.

Desde luego que el muchacho se conformó y se fue con las chanecas, pero antes de caminar hacia el mundo de ellos le dijeron: —Muchacho, vas cerrar los ojos y no los vas a abrir hasta que lleguemos.

Y así pasó, caminaron hasta llegar. Después el muchacho se dio cuenta que ya estaban en el otro mundo, pues era muy diferente al de aquí, donde vivimos nosotros. Una vez que llegaron allá, dijeron las muchachas a la viejita: —Mamá, ¿ahora en dónde vamos a esconder al muchacho?

Respondió la viejita: —Yo lo escondo al otro lado de las lajas, porque ahorita llegan tus hermanos y no quiero que lo vayan a comer, mejor se los enseño después, poco a poco.

Cuando llegaron los muchachos dijeron: —Aquí huele a hombre, ¿dónde está?

Respondió la viejita chaneca: —Quién sabe dónde está, hijos.

Ellos no sabían que el muchacho estaba detrás de las lajas y se pusieron tercios diciéndole a su madre que les enseñara al hombre que olían.

—Pues miren, hijos, no se los enseño porque no sea que se lo vayan a comer.

—Madre, si nos lo enseñas no nos lo vamos a comer, sólo queremos conocerlo—. Y así fue: les enseñó al muchacho y también les informó que iba a ser su cuñado porque le iba a dar a una de sus hijas para que se casara con él.

Pero la intención de la viejita era más que eso: lo quería para que tuviera hijos con su hija y que esos hijos tuvieran cinco dedos en cada mano. Por eso nos necesitan, porque somos muy diferentes a ellos. Después le preguntaron al muchacho: —¿Entonces tú eres el que estabas detrás de la laja hace rato? Luego te descubrimos, por el olor que despides.

—Bueno, estoy aquí porque me trajo la señora.

—Además te van a regalar a una de nuestras hermanas para que vivas con ella —le dijeron.

El muchacho vio que allá tenían bodegas de dinero de puros billetes; entonces un día dijo: —Oye, mujer, ten este dinero.

—No, aquí hay mucho dinero; es más, aquí nada te va a costar, todo es gratis.

Vino su suegra y dijo: —Hijo, nosotros aquí tenemos bodegas de dinero—. Se sorprendió el muchacho cuando ella le enseñó todo el capital que tenían los chanecos.

—Es mejor que no te preocupes de nada; esta hija te la di para engendrar hijos pa-

recidos a ti.

Pasó poco tiempo que el muchacho se había ido y su madre estaba muy preocupada por su hijo extraviado. No sabía que ya se había casado con una chaneca y que se habían ido debajo de la tierra. Como ya había pasado algún tiempo, el muchacho decidió ir a visitar a su mamá y le dijo a la chaneca: —Vamos a visitar a mi mamá, invita también a tu mamá para que nos acompañe.

Se fueron a visitar a la mamá, pero antes de que llegaran a la casa de ella, dijo la mujer chaneca: —Yo ya no voy, mejor me regreso. Te vengo alcanzar aquí mismo, nada más que llegando aquí tienes que cerrar nuevamente los ojos. El día que me vea tu gente, pierdo toda la herencia que tengo; mejor vete solo y yo vengo aquí a esperarte.

El muchacho se fue solo y después de tanto tiempo de estar perdido llegó a su casa; su madre, angustiada, le preguntó: —Hijo, por Dios, ¿dónde estuviste todo este tiempo, que no venías a verme?, ¿qué es lo que te había pasado?

—Madre, ya me junté con una muchacha que encontré en la laguna cuando se estaba bañando con sus hermanas. La mujer que tengo no es de aquí, sino que es de otro mundo, vive bajo tierra.

—Hijo, ¡te vaya a comer!

—No mamá, ya me acostumbré con ellos, sólo vine a visitarte un rato y me voy nuevamente, porque me esperan.

El muchacho entonces salió en ese momento, porque así le había dicho su mujer que lo venía a esperar en el camino. Luego empezó a caminar, pero al llegar al lugar indicado no la vio; cerró los ojos como le había indicado para llegar al lugar de los chanecos, pero no pasó nada; lo repitió varias veces, pero nunca lo logró y se quedó en este mundo. Pasó un poco de tiempo y el muchacho falleció. (*nahua*)¹²⁹

Cuento y testimonio nos informan de chaneques y otros seres extraordinarios que no siempre son maléficos pues si bien espantan, también conceden dones. Ellos guardan la medida de la caza, norman el uso de los recursos, castigan o premian la obediencia o transgresión de los humanos. Incluso cuando tienen apariencia humana —o son humanos que se transforman, como en el caso de los nahuales— hay algo que los distingue: patas de guajolote, modos de comer, comportamientos inusitados. Los chaneques viven en la humedad, junto a los ríos, en el monte. Sienten gran curiosidad por la vida de los hombres y se acercan a ellos emulándolos —suelen ser chaparritos, como niños.

UNA VEZ UN HOMBRE salió a pescar con un amigo. Pusieron las trampas y agarraron muchos peces. Al volver, se los dio a su amante, no guardó ni uno para su mujer.

Ella se enojó mucho y pelearon, le reclamaba por no traer pescado y lo acusó de tener una amante.

Al otro día el hombre volvió a salir a la pesca, pero esta vez fue con su amante. Después de un rato vino un chaneco y se los llevó. Como no regresaba su marido, la mujer salió a buscarlo y al rato de buscar encontró la falda de la amante encima de una roca. “Aquí debe estar mi marido”, pensó. Comenzó a llorar y a llamarlo:

—Esposo, si estás con los chanecos sal, no te quedes allí con tu querida. Piensa en nuestro hijito. ¿Cómo lo voy a mantener si no me ayudas?

Como no tuvo respuesta, regresó a su casa, y le recomendaron prender velas y quemar copal. Volvió a la roca donde estaba preso su marido y dijo como le habían recomendado:

—Esposo, no hagas caso de los pleitos pasados. Suéltate.

El marido escuchó llorar a su mujer. El chaneco le dijo: —Es tu mujer, te anda buscando y me trajo una ofrenda de copal y velas. Puedes irte.

El hombre salió, pero su espíritu se quedó con los chanecos. Al poco tiempo murió. (*popoluca*)¹³⁰

Los salvajes son demonios o seres del mal; viven en el monte, pero no tienen los dedos de los pies como los humanos sino al revés, con el dedo gordo afuera, como los diablos. El mixe, tiene su corral de jabalíes y los manda, como el dueño del monte.

POR DONDEQUIERA van éstos. Aquí no entran en el pueblo, pero en Playa Vicente supe yo que hasta en el pueblo mismo entran. Allí la gente pone ropa buena a secar en sus patios y los salvajes vienen a robarla.

No comen tortillas. No comen nada así como comemos nosotros. (*mixe*)¹³¹

Como en el caso de los espantos, los relatos que describen los encuentros con estos seres son testimoniales, para advertir a quien escucha del peligro que entraña la naturaleza virgen, sea monte, selva, bosque o playa.

LOS GRANDES SALVAJES viven en las montañas. Son como de treinta o cuarenta metros de alto. Las mujeres tienen un solo pecho en medio del pecho. Sus pies son de un metro de largo. Braman en la selva haciendo un ruido espantoso. Son tan altos que deben dormir sentados, pues no hay dónde se acuesten.

Hace como cuatro años, se comieron a un hombre y a una mujer en una barranca cerca de Bastonal. Iban camino a Catemaco para la fiesta de la virgen del Carmen. Solamente hallaron la ropa del hombre y el cabello de la mujer. Se sabe que fue un

gran salvaje porque vieron una huella de un metro en el lodo.

Yo nunca he visto un gran salvaje, pero mi suegro una vez escuchó a uno. Iba a Catemaco a la fiesta de la virgen. Acampó solo en la noche, cerca de la barranca de Bastonal. De pronto escuchó bramar a los grandes salvajes. Hizo una hoguera grande; sabía un secreto: podía rezar en latín. Rezó y rezó a nuestro Dios y los grandes salvajes merodeaban por todas partes, pero es tan grande el poder de las plegarias, que no se le aparecieron ante la vista. Y no le pasó nada a mi suegro. (*popoluca*)¹³²

El agua bendita ahuyenta a los salvajes y los ogros.

SE FUERON AL MONTE a cazar, fueron quince, llegaron a una partida de faisanes, uno de ellos se adelantó y se perdió cuando siguió a los animales, quedaron solamente catorce. El hombre empezó a gritar para avisar a sus compañeros, pero éstos no contestaron. Los catorce convinieron en no contestar al otro: —¡Que se pierda en el monte!

Llegó la noche, y aquel que anduvo solo buscó un lugar para dormir, llegó a una cueva grande para dormir y vio también un palo alto para subir a él y ahí dormirse en caso que salieran animales de la cueva. Antes de oscurecer subió al palo. A las once oyó una voz de la cueva y salió uno de la cueva solamente a cien metros del lugar, adonde estaban sus compañeros.

—¡Ven acá! —pero fue la voz de un salvaje—, ven acá derechito —decían ellos y encendieron una gran fogata.

Él, arriba del palo se quedó quieto. Después de algún tiempo vino el gigante de regreso: en todo el camino se vieron los huesos de la gente que había devorado el gigante, tronando los huesos.

Al otro día se pudo ver cómo el salvaje había comido la tierra donde estaba la sangre. Bajó del árbol y avisó a las autoridades lo sucedido, cuando llegaron lo amarraron con reata y tuvo que enseñarles dónde estaba el salvaje. También venía el sacerdote a bendecir la cueva.

La moraleja es que no debe uno pelearse en el monte y no tener envidia. (*chinanteco*)¹³³

Los gigantes pueden ser resabios de creaciones anteriores, ya que los hombres de otros tiempos fueron mucho más altos. Aunque desaparecieron con el diluvio, quedaron convertidos en piedras al primer canto del gallo o huyeron hacia el inframundo. A veces puede encontrarse alguno en lugares o tiempos *delicados*; de dicho encuentro derivan grandes riquezas y fortuna o, por el contrario, enormes desdichas y muerte. Al igual que los gigantes, dueños, chaneques y aires, toda clase de seres amenazantes pululan a orillas de los pueblos, las milpas, los sembradíos y potreros listos a contraa-

tacar, desde la naturaleza, la intromisión de la cultura y el hombre: caza, roza, pesca, o el simple tránsito por territorio ajeno.

ANTIGUAMENTE había gigantes en las cumbres de las montañas, altos como pinos y con cabezas del tamaño de las rocas. Enseñaron a los tarahumares a sembrar el maíz, derribando árboles y quemándolos, pero se comían a los niños. Una mujer dio a luz un gigante en una cueva muy alta, sobre la ladera de un valle. Murió al nacer el hijo, por el tamaño de su hijo, y el niño quedó a cargo de la abuela, quien al voltearse dormida una noche, lo aplastó.

Unos gigantes fueron desde Guasivori hasta Naranáchic a pedir limosna. Les gustaba mucho el tesgüino. Trabajaban muy de prisa y los tarahumares los pusieron a cavar la tierra y a sembrar, dándoles a cambio comida y tesgüino; pero los gigantes eran feroces, violaban a las mujeres cuando estaban bajo la influencia de la luna. Muy irritados, los tarahumares mezclaron un cocimiento de chilicote con el grano que daban a los gigantes y estos murieron. (*tarahumara*)¹³⁴

LOS HUICHOLÉS consideran a los *hewixi* una raza de gigantes que habitaron la costa de Nayarit. Kauyumari les robó sus poderosas flechas y jícaras. Los gigantes, furiosos, querían matar a *Takutsi* por incitar al ladrón. La apresaron y ella dijo que estaba dispuesta a morir, pero primero quería enseñarles cómo sacarse el corazón del cuerpo y colgarlo de un árbol. Cuando los *hewixi* intentaron aprenderlo, murieron. (*huichol*)¹³⁵

Los *tzitzime* son seres que se aparecen en el monte, donde los dueños deben ser apaciguados con pequeñas ofrendas. Los dueños del monte y de los animales son estrictos: no debe cazarse sin medida, ni se pueden pasar por alto ciertos requisitos—la fidelidad de la mujer del cazador parece ser indispensable para la cacería exitosa. La miel de monte, codiciada por los hombres y celada por los dueños, se comporta como si fuera presa de caza y nunca debe *caparse* en exceso.

La selva y el monte despoblado pueden ser útiles solamente tras haberse *domesticado* —o incendiado— cuando permiten penetrar al hombre y utilizar las riquezas naturales. Los dueños del monte o salvajes son los guardianes del mundo silvestre: defienden su territorio de las incursiones humanas ya sean para cazar, recolectar o roturar la tierra. Así hace el Chilobo en Veracruz o éste otro:

HACE MUCHOS AÑOS en el pueblo de San Pedro Soteapan vivían dos señores; eran hermanos y los dos tenían hijos. Un día fueron a recoger miel de abeja real en la montaña, que quedaba a varios kilómetros del pueblo, y se llevaron también a sus

hijos. Cuando llegaron al pleno centro de la montaña, instalaron sus campamentos cerca de un cerro para pasar la noche, haciendo tapancos arriba de los árboles. Esa noche se la pasaron durmiendo en la montaña, y al día siguiente los dos señores fueron en busca de la miel; sus hijos se quedaron cuidando el campamento y las provisiones. Durante la ausencia de los padres, cuando ya era mediodía, los muchachos escucharon un ruido extraño, semejante al abrirse de una puerta en una casa de material. Esto lo escucharon al pie del cerro; cerca de donde tenían sus campamentos. Pasaron unos minutos y llegó un señor extraño al lugar donde ellos cuidaban. Al verlo, los muchachos se impresionaron mucho, sobre todo cuando este extraño hombre les preguntó a los muchachos qué estaban haciendo. Ellos respondieron que estaban cuidando sus campamentos y provisiones, porque sus padres habían ido a recoger miel y que regresarían ya tarde a descansar en sus campamentos. El extraño les dijo a los muchachos: —Díganles cuando regresen que voy a llevarlos a un lugar en donde hay mucha miel de abeja: que preparen sus latas para llenarlas.

Mientras les hablaba así, uno de los muchachos, el menor, observó que sus ojos brillaban como brasas de lumbres, que sus vellos brillaban como oro y que sus uñas eran parecidas a las de las gallinas; se quedó muy preocupado. Cuando ya eran cerca de las cuatro de la tarde, los padres de los muchachos regresaron a sus campamentos; entonces el muchacho mayor le dijo a su padre:

—Fíjese que llegó un hombre y prometió venir a llevarlos para enseñarles el lugar donde hay mucha miel de abeja; dijo que fueran prevenidos con sus latas.

El menor de los jóvenes dijo: —Yo vi cuando este hombre extraño estaba conversando: sus ojos brillaban como brasas de lumbre y sus vellos brillaban como oro, y también sus dientes, y las uñas de los dedos se parecían a las de las gallinas.

El muchacho agregó que se había sorprendido mucho, y que el hombre no era natural, sino un ser extraño del *encanto*, un diablo.

Entonces el padre del muchacho menor se asustó por lo que le contó su hijo y dio órdenes de retirarse o huir hacia las casas. Sin embargo, el mayor se empeñó y le dijo a su padre que él no había visto nada, que el otro estaba loco y era miedoso; que quien llegó a hablarles era un hombre común. De acuerdo con él, su padre dijo: —Yo no me voy a regresar con las latas de miel vacías, voy a esperar al señor para conseguir miel y regresar con las latas llenas.

El muchacho mayor prefirió esperar con su padre a este extraño, y el muchacho menor le dijo a su padre que él no iba a quedarse; le preguntó si él se quedaría. El padre del muchacho menor le dijo a su hijo:

—Regresaré contigo; no tengo por qué exponerte a ti, ni exponerme yo a un peligro.

—¡Miedosos! Si se van me tienen que dejar sus armas con todo su parque, porque

en caso de peligro mataré a cualquiera que se atreva a atacarme —dijo el señor padre del muchacho mayor.

El señor y su hijo menor dejaron las armas y se regresaron, y como ya era tarde sólo avanzaron dos kilómetros, porque en la montaña es difícil andar rápido. Allí les anocheció y escogieron un árbol grande, el más alto que se encontraba en ese lugar, y trataron de subirse por sus ramas hasta la copa.

Como ya eran como las seis y media de la tarde, en la montaña ya era de noche. Mientras estaban descansando en la copa del árbol oyeron unos disparos de arma de fuego y al momento se escuchó un grito espantoso de muerte. De momento el muchacho y su padre se estremecieron.

Cuando se hizo de día, el señor y su hijo descendieron del árbol y se regresaron hacia sus casas, en el pueblo de San Pedro Soteapan. Inmediatamente avisaron a las autoridades del lugar lo que había pasado; pero las autoridades creyeron que ellos habían sido los culpables de estas dos muertes ocurridas y fueron capturados, bien amarrados, y los obligaron a que fueran a enseñar el lugar indicado, para explicar el crimen cometido. Entonces este señor llevó a las autoridades al lugar indicado, y encontraron el cadáver de estos dos sujetos que murieron devorados por un extraño ser. Nada más estaban los puros huesos de los hombres y vieron rastros de lucha, por lo que un anciano de mayor edad dijo:

—Quien mató o comió a estos señores es un hombre extraño, un ser salvaje del encanto.

Y ordenó a todas las autoridades retirarse inmediatamente, porque dijo que el enemigo estaba hambriento y que, de un momento a otro, podría acercarse por el olor a carne humana.

Entonces las autoridades y sus policías armados dejaron en libertad a quienes traían presos, y cuando llegaron al pueblo de San Pedro Soteapan el comentario *corrió* por toda la ranchería, y muchos ancianos acudieron a una reunión para decidir qué remedio podría haber para castigar a ese hombre salvaje por haberse comido a esos dos seres humanos.

En la asamblea, los ancianos decidieron que para castigar a este ser salvaje tenían que tenderle una trampa y poner una persona decidida a trozarle la lengua como castigo. Entonces se dispusieron a llevar dos cochinos grandes y un toro. Una anciana del pueblo, a quien ya nadie daba trabajo ni mantenía, se ofreció para ir a trozar la lengua del salvaje y dijo estar dispuesta a que se la comiera también a ella. Cuando llegaron al lugar indicado, esperaron un largo rato. Los ancianos que iban a presenciar el acto también estaban preparados: llevaban agua bendita, vela de siete misas y la cruz de Jesucristo. Empezaron a orar en el lugar indicado, cuando de re-

pena se escuchó, al pie del cerro, que se abría una puerta muy fina y, a los pocos momentos, llegó ese extraño ser salvaje, que era un hombre caníbal. Al mismo tiempo le pusieron un cochino por donde venía. Entonces el extraño ser agarró el cochino, despedazándolo, y empezó a comerlo; la anciana llegó frente a él y cada vez que sacaba la lengua para comer la carne del cerdo, le trozaba la lengua; los demás hombres, que la acompañaban armados, empezaron a darle de balazos, pero el extraño ser no sentía nada y seguía comiendo. Comió el primer cochino y lo acabó; le pusieron el otro cochino y en un momento terminó con él; luego le pusieron el toro y empezó a comer tranquilamente, mientras le seguían disparando tiros y la ancianita continuaba trozándole la lengua, hasta que acabó.

Entonces el animal se puso furioso y los señores sacerdotes le empezaron a echar agua bendita y a rezarle más oraciones y regañarlo con la cruz de Jesucristo. El ser salvaje decía que no temía las oraciones ni la cruz de Jesucristo, porque antiguamente él había sido un sacerdote y ahora era el rey de los encantos. De momento se abrió el cauce debajo de sus pies, el ser infernal se hundió y, al cerrarse el cauce, desapareció.

Los señores, impresionados, regresaron a sus pueblos dando las noticias ocurridas y mostrando la lengua a toda la gente del pueblo. Ése era el precio que tuvo que pagar este ser salvaje por haber comido y dado muerte a dos seres humanos. (*zoque-popoluca*)¹³⁶

Las criaturas salvajes o habitantes de monte, selva y bosques, sean machos o hembras, mueren con fuego, pierden con bendiciones, se apaciguan con ofrendas y regalos, merman con el progreso. Suelen ser criaturas erotizadas; seducen a quienes transgreden las normas, disfrazados de mujer que no tendría por qué encontrarse en ese lugar o en ese momento. Casi siempre son mujeres las seductoras, pero en este caso la víctima es una joven, que recibe un terrible castigo por permitir visitas clandestinas de su novio.

UNA VEZ DOS SEÑORITAS estaban arrancando frijoles, pero les entró la tarde y como ya estaba oscureciendo se quedaron a dormir en una casa que tenían en la montaña. Las dos eran solteras; una apenas estaba de noviazgo y, muy triste, comenzó a llamar a su novio diciéndole:

—Ven hermano, ven hermano, ven hermano.

Tres veces lo llamó. Le dijo así porque las muchachas acostumbraban decirles hermano a sus novios.

Apenas terminó de llamarlo la muchacha cuando escuchó tres gritos muy feos en

un cerro alto. La otra le dijo: —Ese grito no es de tu hermano.

Y la que estaba llamando alegaba que sí era.

Pero no era su hermano, sino un salvaje. Tres veces respondió el salvaje diciendo: —Jüpa, jüpa, jüpa.

Por fin llegó a la casa donde estaban las muchachas. Ellas ya habían preparado tamalitos de frijol tierno y le dieron para que comiera, él no los quería comer.

La otra muchacha comenzó a darse cuenta de que no era el novio de su compañera. Después se dedicó a comer tamales, pero de un sólo bocado: comía los tamales enteros. Se terminó la comida y hasta se comió el canasto de tortillas y la olla. Empezó a darse cuenta por eso que no era el novio de su compañera, sino un salvaje transformado, igual al novio. Le dijo a su hermana:

—Mira cómo está comiendo, se está tragando los tamalitos enteros. Tu novio no come así.

Pero la otra no hizo caso a lo que le decía. El salvaje le pidió que le buscara piojos y lo empezó a espulgar. No tenía piojos, sino gusanos.

Entró la noche y se fueron a dormir. La muchacha subió al tapanco para dormir con el salvaje y la otra se quedó en el suelo. La muchacha que estaba en el suelo escuchó que bajaba sangre como agua, como si alguien estuviera orinando y al gran salvaje que decía:

—Qué sabrosa está la ubre, qué sabrosa es la ubre.

Al escuchar al salvaje la muchacha salió huyendo. Recomendó a todas las cosas que no la acusaran: a la piedra, la silla y se metió debajo de las cáscaras del frijol, después de decirles:

—Me voy a meter aquí, no dejen que me toque, porque si no, me come.

El salvaje terminó de comer a la muchacha de arriba y llegó olfateando. Las cosas le contestaban: “aquí nomás pasó”. Y seguían: “aquí nomás pasó”.

Llegó adonde estaban las cáscaras de frijol para comerse a la otra muchacha, las cáscaras de frijol no permitieron que la tocara. Las cáscaras respondieron diciendo:

—A nosotras no nos puede tocar; donde nos pusieron, allí nos tenemos que quedar todo el tiempo. No nos venga a molestar entonces, váyase a su encanto, salvaje.

Mientras discutían llegó la madrugada y empezó a cantar el gallo.

—Muy bien, me retiro de aquí —dijo el salvaje.

La muchacha vio que se retiró el salvaje. Salió de entre las cáscaras de frijol y se fue caminando a su casa, para contarles a los vecinos que el salvaje se había comido a su hermana.

Las personas se prepararon para ir a matarlo. Llevaban jícara para ponérselas en la cabeza porque, como son lisas, parecía que las personas estaban rasuradas. Pero

no estaban rasuradas.

Y después comenzó a gritar como había gritado su hermana tres veces:

—Ven, hermano, ven, hermano, ven, hermano.

Y el salvaje contestó igual: —Jüpa, jüpa, jüpa.

Por fin llegó a la casa donde estaban reunidas las personas. El hombre era peludo.

Le preguntaron si quería rasurarse como ellos y dijo que sí, que sí quería rasurarse.

La gente le dijo que al rasurarse sentiría frío, que era necesario tener leña para hacer fuego, para que se calentara y no sintiera frío. Decidieron cortar leña y preparar fuego. Luego amarraron al salvaje y lo tiraron en medio del fuego ardiente y allí se terminó el salvaje.

Pero gritaba tan fuerte que su mamá y su hermano lo oyeron y vinieron a ayudarlo, pero como los hombres estaban preparados los metieron al fuego a los tres. Uno de ellos gritaba: —Saquen mi dedo, porque todavía los puedo acabar.

Pero los señores no tomaron en cuenta lo que decía. Esto fue un cuento real, que sucedió hace muchos años.

En otra versión muy semejante, que el autor escritor tituló “El monte de viejo”, la muchacha era ya de edad avanzada, iba con su hermanito y tenía un amante, que iba a verla al frijolar.

LA MUJER NO SE DABA CUENTA que era el diablo, y éste le hizo que perdiera la memoria; pensaba que era su marido y le dio de comer. Pero a ese demonio toda la comida se le salía de su gañote y el niño se daba cuenta, porque él no perdió su memoria, lo protegía su santo que él llevaba y también tenía un cabo de vela y una cajita de cerillos. El demonio terminó de comer y le dijo a la mujer que le buscara su piojo, su hermanito tuvo mucho miedo porque veía que su hermana sacaba gusanos; el niño le dijo a su hermana que se estaba volviendo loca porque ese hombre no era su hermano, que el piojo que ella mataba con su diente era gusano. Pero su hermana no le hizo caso. [...] El niño se durmió pero ya como a las doce de la noche sintió que algo mojaba su sábana; entonces el niño encendió un cerillo y agarró su vela y vio que era la sangre de su hermana. (*zoque*)¹³⁷

Si el carácter testimonial o con visos de mito de todos estos seres extraordinarios —héroes o monstruos— permite temer su encuentro o desear su cercanía, se sitúan en un tiempo ambiguo donde cobran su sentido. Son los cuentos donde realmente comienza la ficción, con la clara conciencia de que lo que se narra no es verdadero, de que no se trata más que de una construcción verbal, no de algo que sucedió o pudo

haber sucedido. Todos saben que en la vida real el conejo es más débil que el coyote, que la flojera nunca es premiada, que nadie derrota a un gigante ni revive, que no hay burro que cague oro. Lo cual no impide que se cuelen hasta allá toda clase de resabios mágicos, motivos míticos, personajes y acciones heroicas que nos remiten a una compleja y muy antigua visión del mundo, un sistema de creencias y maneras mismas de narrar que nos indican, de manera inequívoca, que se trata de un relato indígena.

- ¹ Son notables y extensas las sagas y epopeyas de los astros entre los pápagos, pimas y kiliwas.
- ² Konrad T. Preuss, *La expedición a Nayarit*, p. 274. Cantado por Leocadio Enríquez en Jesús María, Nayarit.
- ³ Konrad T. Preuss (1931), en *Flechadores de estrellas*, p. 314.
- ⁴ Ver mexicanismos o localismos en el glosario, al final.
- ⁵ Konrad T. Preuss, *La expedición a Nayarit*, pp. 442-457. Narrado por Leocadio Enríquez en Jesús María, Nayarit.
- ⁶ Konrad T. Preuss, *Mitos y cuentos nahuas de la Sierra Madre Occidental*, pp. 75-81. Narrado por Matilde de Jesús en San Pedro Jícora, Durango.
- ⁷ Konrad T. Preuss, en *Fiesta, literatura y magia en el Nayarit*, pp. 209-210.
- ⁸ Carl Lumholtz, en *Mitote y universo cora*, pp. 151-152.
- ⁹ Nombre de una anciana que aparece frecuentemente en los mitos. Al mismo tiempo es una constelación de tres estrellas, cerca de las Pléyades. El nombre *saku* se deriva supuestamente del cesto *tsakuri*, que carga en la espalda. La nota es de Preuss. Esta vieja es la misma que aparecerá más tarde como madre devoradora.
- ¹⁰ Konrad T. Preuss, *La expedición a Nayarit*, p. 274. Cantado por Leocadio Enríquez en Jesús María, Nayarit.
- ¹¹ *Ibidem*, p. 390. Cantado por Leocadio Enríquez en Jesús María, Nayarit.
- ¹² *Ibidem*, pp. 461-465. Narrado por Santiago Altamirano en Jesús María, Nayarit.
- ¹³ Jacques Galinier, en *De hombres y de dioses*, pp. 262-263.
- ¹⁴ Hubert H. Bancroft, en *Mitos cosmogónicos*, pp. 277-279. Selección y traducción de María Eugenia Olavarría.
- ¹⁵ Carl Lumholtz, *El México desconocido*, vol. I, pp. 423-424.
- ¹⁶ Konrad T. Preuss, en *Fiesta, literatura y magia en el Nayarit*, pp. 139-140.
- ¹⁷ Konrad T. Preuss (1908), en *Flechadores de estrellas*, p. 313.
- ¹⁸ John Alden Mason, en *Mitos cosmogónicos*, pp. 231-232. Edición y selección de María Eugenia Olavarría. Narrado por Eleno Aguirre en Azquelán, Jalisco.
- ¹⁹ Robert J. Weitlaner, *Relatos, mitos y cuentos de la Chinantla*, pp. 112-113. Narrado por Marcelino Mendoza en Usila, Oaxaca.

- ²⁰ Robert M. Laughlin, *The People of the Bat*, pp. 225-232. Narrado por Tonik (Antonia) Nivak en Zinacantán, Chiapas.
- ²¹ Eckart Boege, *Los mazatecos ante la nación*, pp. 103-104. Narrado por don Bruno Herrera en Tenango, Oaxaca.
- ²² Robert M. Zingg, *Los huicholes. Una tribu de artistas*, vol. II, pp. 214-215.
- ²³ Konrad T. Preuss, en *Fiesta, literatura y magia en el Nayarit*, pp. 209-210.
- ²⁴ George M. Foster, *Sierra Popoluca Folklore and Beliefs*, pp. 191-196. Narrado por José Rodríguez de Soteapan, Veracruz.
- ²⁵ Enzo Segre, *Metamorfosis de lo sagrado y lo profano*, pp. 172-173. Narrado por Francisco Ortigoza Téllez en San Miguel Tzinacapan, Puebla. El autor usa el término náhuatl, no náhuatl, para nombrar la lengua de este lugar.
- ²⁶ Alfredo López Austin, “Los reyes subterráneos”, ponencia presentada en el II Congreso Internacional de Cultura Maya, Mérida, Yucatán, 13-19 de marzo, 2005. Mecanuscrito de Conferencia en el Seminario del Signo, IIA, UNAM, 2006.
- ²⁷ Alfonso Villa Rojas, *Los elegidos de Dios*, p. 441.
- ²⁸ Elisa Ramírez Castañeda *et al.*, *Cuentos mixes*, pp. 40-46 Versión en mixe de Adolfo Juárez Bailón de Coatlán, a partir de Miller.
- ²⁹ Fortino Vázquez Gutiérrez, en *Guchachi’ reza*, núm. 15, pp. 6-10.
- ³⁰ Walter S. Miller, *Cuentos mixes*, pp. 105-109. Narrado por José Trinidad en San Lucas Camotlán, Oaxaca.
- ³¹ Fortino Vázquez Gutiérrez, en *Guchachi’ reza*, núm. 15, pp. 6-10.
- ³² Elisa Ramírez *et al.*, *Cuentos mixes*, pp. 97-98. Recopilado por Daniel Martínez en Totontepec, Oaxaca.
- ³³ Fortino Vázquez Gutiérrez, en *Guchachi’ reza*, núm. 15, pp. 6-10.
- ³⁴ George M. Foster, *Sierra Popoluca Folklore and Beliefs*, p. 215.
- ³⁵ Antonio García de León, en *Tlalocan*, vol. V, núm. 4, pp. 356-357. El autor usa el término nahua para nombrar la variante del náhuatl del sur de Veracruz.
- ³⁶ El relato de la vida de Fane Kantsini, quien inventó el arco y las flechas, y además extendió el territorio chontal, no es sólo un cuento, sino que es una tradición basada en un antiguo jefe que existió en realidad. Así lo comprueba un documento de 1450, hallado en Zapotitlán, municipio de Ecatepec, donde se relata cómo Cinco Garzas, un emisario del rey azteca Moctezuma, se entrevistó con el rey chontal Tres Colibrí. Claro está que su historia, con el transcurso de los siglos, ha ido sufriendo transformaciones, porque cada narrador suele agregar algunos detalles. (Nota de Miguel A. Bartolomé y Alicia Barabas).
- ³⁷ Miguel Bartolomé y Alicia Barabas, en *Historia y etnografía entre los chontales de Oaxaca*, pp. 175-181. Versión escrita de Teresita Carballido, de San Lorenzo Jilotepecquillo, Oaxaca. Recopilación y traducción de Amanda Mendoza Flores, Chontecomatlán, Oaxaca.

- ³⁸ Robert J. Weitlaner, *Relatos, mitos y leyendas de la Chinantla*, pp. 154-156. Narrado por Natividad N., quien la escuchó de su tía en Ojitlán, Oaxaca.
- ³⁹ Elisa Ramírez Castañeda, *El fin de los montiocs*, pp. 50-51. Narrado por Juan Olivares en San Mateo del Mar, Oaxaca.
- ⁴⁰ Kathryn Keller y Plácido Luciano Gerónimo, en *Tlalocan*, vol. XIII, pp. 111-117. Escrito en chontal por Plácido Luciano Gerónimo de Tapotzingo, Nacajuca, Tabasco.
- ⁴¹ Anath Ariel de Vidas, *El trueno ya no vive aquí*, p. 422. Recopilado en Chicontepec, Veracruz.
- ⁴² Elsie Parsons, *Mitla, Town of the Souls*, pp. 340-342.
- ⁴³ Miguel Alberto Bartolomé, *Narrativa y etnicidad entre los chatinos de Oaxaca*, pp. 40-45.
- ⁴⁴ Elsie Parsons, *Mitla, Town of the Souls*, pp. 348-349.
- ⁴⁵ Konrad T. Preuss, *La expedición a Nayarit*, p. 527. Texto dictado por Francisco Molina en Mesa del Nayar, Nayarit.
- ⁴⁶ Frank Russell, *The Pima Indians*, pp. 226-228. Selección y edición de María Eugenia Olavarría; traducción de ERC.
- ⁴⁷ Pablo González Casanova, en *A Treasury of Mexican Folklore*, pp. 391-402. Versión en prosa del diálogo recopilado en Tepoztlán, Morelos; publicado en 1918. Ya para 1977 en la puesta en escena recopilada por Frances Karttunen y Gilka Wara Céspedes, los participantes en la danza y los diálogos eran personajes/lugares: El Tepozteco, Cuauhnáhuac, Yautepec, Oaxtepec y Tlayacapan.
- ⁴⁸ Juan Burstain *et al.*, *El indio rey*, pp. 3-55. Texto narrado por José Hernández Nuj, traducido, transcrito y recopilado por Cecilia Vázquez, Romeo Hernández y Juan Burstein, en Zinacantan, Chiapas.
- ⁴⁹ Edward H. Spicer, en *El sabio de la fiesta*, pp. 55-56.
- ⁵⁰ Ruth Giddings, *Yaqui Myths and Legends*, pp. 146-148.
- ⁵¹ Johannes Neurath y Arturo Gutiérrez, en *Flechadores de estrellas*, pp. 334-337. Recopilado por Gutiérrez; narrado por Rafael Carrillo en Tateikie (San Andrés Cohamiata), Jalisco.
- ⁵² Konrad T. Preuss, *La expedición a Nayarit*, pp. 465-470. Narrado por Santiago Altamirano en Jesús María, Nayarit. Otra versión muy semejante fue narrada por Leocadio Enríquez, pp. 466-468.
- ⁵³ Carl Lumholtz, *El México desconocido*, vol. I, pp. 294-296. Explica el autor: “según una relación que hizo una vieja tarahumar cristiana en Hueráchic, junto a la parte superior del Río Fuerte, en Chihuahua”.
- ⁵⁴ Konrad T. Preuss, *Mitos y cuentos nahuas*, pp. 181-191. Narrado por Antonio Victoriano en San Pedro Jícora, Durango.
- ⁵⁵ Ingrid Geist, *Comunión y disensión*, p. 231. Narrado por Mateo Aguilar en San Andrés Teotilapan, Oaxaca.
- ⁵⁶ Robert L. Laughlin, *The People of the Bat*, pp. 237-238. Texto escrito en tzotzil por Rey Komis

de Zinacantán, Chiapas.

- ⁵⁷ Johannes Neurath y Arturo Gutiérrez, en *Flechadores de estrellas*, pp. 332-334. Narrado por Esteban Chávez y recopilado por Gutiérrez en Rosarito, Nayarit.
- ⁵⁸ Ingrid Geist, *Comunión y disensión*, p. 230. Narrado por Hilaria Zárate en San Andrés Teotilapan, Oaxaca.
- ⁵⁹ Ross M. Crumrine, en *Mitos Cosmogónicos*, pp. 252-254. Selección y traducción de María Eugenia Olavarría.
- ⁶⁰ Elisa Ramírez Castañeda, *El fin de los montiocs*, pp. 52-53. Narrado por Juan Olivares en San Mateo del Mar, Oaxaca.
- ⁶¹ Heidi Chemin Bássler, *Los pames septentrionales de San Luis Potosí*, p. 206.
- ⁶² Robert L. Laughlin, *The People of the Bat*, pp. 207-208. Narrado por Xun (Juan) Vaskis de Zinacantán, Chiapas.
- ⁶³ Elisa Ramírez Castañeda, *El fin de los montiocs*, pp. 71-72. Narrado por Juan Olivares en San Mateo del Mar, Oaxaca.
- ⁶⁴ Pedro Carrasco, en *Anthropological Records*, vol. 20, pp. 253-254.
- ⁶⁵ Thomas A. Lee, en *Tlalocan*, vol. VII, pp. 367-370. Narrado por Irenes López en Mescalapa, Chiapas.
- ⁶⁶ Miguel Alberto Bartolomé, *Narrativa y etnicidad entre los chatinos de Oaxaca*, p. 36.
- ⁶⁷ Robert L. Laughlin, *The People of the Bat*, pp. 131-134. Narrado por Romín Teratol de Zinacantán, Chiapas.
- ⁶⁸ Elisa Ramírez Castañeda, *El fin de los montiocs*, pp. 54-58. Narrado por Juan Olivares en San Mateo del Mar, Oaxaca.
- ⁶⁹ Marianna C. Slocum, en *Tlalocan*, vol. V, núm. 1, pp. 19-25. Recopilado en Bachajón, Chiapas.
- ⁷⁰ Elisa Ramírez Castañeda, *El fin de los montiocs*, p. 73. Narrado por Juan Olivares en San Mateo del Mar, Oaxaca.
- ⁷¹ Ingrid Geist, *Comunión y disensión*, pp. 205-206, 212-213. Fragmentos narrados por Tomás Morales de San Andrés Teotilapan, Trinidad Contreras y Pablo Gómez en San Juan Chiquihuitán, Oaxaca.
- ⁷² Eckart Boege, *Los mazatecos ante la nación*, pp. 106-107. Narrado en Jalapa de Díaz, Oaxaca.
- ⁷³ *Ibidem*, p. 107. Narrado por Rubén Leyton de Chichicazapa, Soyaltepec, Oaxaca.
- ⁷⁴ Ruth Warner Giddings, *Yaqui Myths and Legends*, pp. 82-87. Narrado en Pascua, Arizona por Mariano Tapia, originario de la región del río Yaqui, Sonora.
- ⁷⁵ Konrad T. Preuss, en *Fiesta, literatura y magia en el Nayarit*, pp. 328-329.
- ⁷⁶ Carl Lumholtz, *El México desconocido*, vol. I, p. 500-501.
- ⁷⁷ Konrad T. Preuss, en *Flechadores de estrellas*, pp. 391-392.
- ⁷⁸ Konrad T. Preuss, *La expedición a Nayarit*, pp. 348-352.
- ⁷⁹ Konrad T. Preuss, en *Fiesta, literatura y magia en el Nayarit*, p. 242.

- ⁸⁰ Ruth Warner Giddings, *Yaqui Myths and Legends*, pp. 149-150. Narrado por Ambrosio A. Castro en La Palma, Sonora.
- ⁸¹ Eckart Boege, *Los mazatecos ante la nación*, p. 106. Narrado por don Sabino, originario de Tenango, en Chichicazapa, Soyaltepec, Oaxaca.
- ⁸² Pedro Carrasco, en *Historia y etnografía entre los chontales de Oaxaca*, p. 231.
- ⁸³ Donald Cordry, en *A Treasury of Mexican Folkways*, pp. 501-502. Recopilado en Tuxtla Gutiérrez, Chiapas.
- ⁸⁴ Miguel Ángel Tepole y Elisa Ramírez, *Cuentos nahuas*, pp. 49-50. Recopilado por Tepole en Zongolica, Veracruz.
- ⁸⁵ Pedro Carrasco, en *Historia y etnografía entre los chontales de Oaxaca*, p. 232.
- ⁸⁶ George M. Foster, *Sierra Popoluca Folklore and Beliefs*, pp. 196-198.
- ⁸⁷ Calixta Guiteras, *Perils of the Soul*, pp. 158-160. Narrado por Manuel Arias en San Pedro Chenthaló, Chiapas.
- ⁸⁸ Walter S. Miller, *Cuentos mixes*, pp. 110-111.
- ⁸⁹ George M. Foster, *Sierra Popoluca Folklore and Beliefs*, pp. 207-208.
- ⁹⁰ Adolfo Juárez Bailón. Manuscrito inédito en la Dirección de Educación Indígena, SEP, 1980-1982.
- ⁹¹ Anath Ariel de Vidas, *El trueno ya no vive aquí*, p. 469. Recopilado en Chicontepec, Veracruz.
- ⁹² Norman D. Thomas, *Los zoques de Chiapas*, pp. 227-229. Relatado por Miguel A. Rodríguez en San Bartolomé Rayón, Chiapas.
- ⁹³ Anath Ariel de Vidas, *El trueno ya no vive aquí*, p. 496. Recopilado en Chicontepec, Veracruz.
- ⁹⁴ Enzo Segre, *Metamorfosis de lo sagrado y de lo profano*, pp. 157-166. Narrado por Rufina Manzano, en San Miguel Tzinacapan, Puebla.
- ⁹⁵ Elsie Parsons, *Mitla, Town of the Souls*, pp. 328-330, 340 y 330-332. Narrado por Miguel Méndez y por Agustín Santiago en Mitla, Oaxaca.
- ⁹⁶ Roberto Williams García, *Mitos tepahuas*, p. 81.
- ⁹⁷ Konrad T. Preuss, en *Fiesta, literatura y magia en el Nayarit*, pp. 340-341.
- ⁹⁸ Ruth Warner Giddings, *Yaqui Myths and Legends*, p. 141. Narrado por Ambrosio Castro de La Palma, Sonora.
- ⁹⁹ Robert L. Laughlin, *The People of the Bat*, pp. 208-209. Narrado por Xun (Juan) Akov en Zinacantán, Chiapas.
- ¹⁰⁰ Ruth Warner Giddings, *Yaqui Myths and Legends*, pp. 138-140. Narrado en Pascua, Arizona por Mariano Tapia, originario de la región del río Yaqui, Sonora.
- ¹⁰¹ Carl Lumholtz, *El México desconocido*, vol. I, p. 191.
- ¹⁰² Elizabeth D. Aschmann, en *Tlalocan*, vol. IV, núm. 3, pp. 236-238. Recopilado en Papantla, Veracruz.
- ¹⁰³ Norman D. Thomas, *Los zoques de Chiapas*, pp. 234-235. Narrado por Anselmo Juárez en Rayón, Chiapas.

- ¹⁰⁴ Barbara Edmonson, en *Tlalocan*, vol. XIII, pp. 35-39. Texto escrito por Cándido Hernández, de San Luis Potosí.
- ¹⁰⁵ Alonso Solano, *Cuentos de la Montaña de Guerrero*, pp. 45-49. Narrado por Maurilio García Solano, de Ocoapa, Copanatoyac, Guerrero.
- ¹⁰⁶ Elisa Ramírez Castañeda, *El fin de los montiocs*, pp. 85-86. Narrado por María Albina Espinosa en San Mateo del Mar, Oaxaca.
- ¹⁰⁷ Yolanda Lastra, *Relatos otomíes*, pp. 285-292. Narrado por Juana Delgado de Ramírez en Toluca, Estado de México.
- ¹⁰⁸ Arch Mckinlay, en *Tlalocan*, vol. V, núm. 1, pp. 52-57. Narrado por Heraclio Oropeza en Xalacapan, Puebla.
- ¹⁰⁹ Elisa Ramírez Castañeda, *El fin de los montiocs*, pp. 81-85. Narrado por Juan Olivares en San Mateo del Mar, Oaxaca.
- ¹¹⁰ Roberto Williams García, *Mitos tepehuas*, pp. 82-83.
- ¹¹¹ Antonio García de León, en *Tlalocan*, vol. V, núm. 4, pp. 354-356. Narrado por Anastasio de Jesús Martínez en Zaragoza, Veracruz.
- ¹¹² Roberto Williams García, *Mitos tepehuas*, p. 84.
- ¹¹³ Comunicación personal de Alfonso Martínez, Dirección de Educación Indígena, SEP, 1982.
- ¹¹⁴ Pedro Pérez Conde y Elisa Ramírez Castañeda, *Leyendas y cuentos tzeltales*, pp. 17-20. Recopilado por Pérez Conde en Pocolum, Chiapas.
- ¹¹⁵ Konrad T. Preuss, *Mitos y cuentos nahuas de la Sierra Madre Occidental*, pp. 91-93.
- ¹¹⁶ Elisa Ramírez Castañeda, Guadalupe Valdés et al., *Canciones, mitos y fiestas huicholes*, pp. 61-64. Recopilado por René Núñez en Santa Catarina, Jalisco.
- ¹¹⁷ Neyra Alvarado Solís, *Atar la vida, trozar la muerte*, pp. 100-102.
- ¹¹⁸ John Hobgood y Carroll L. Rily, en *Anthropological Papers of the University of Arizona*, núm. 28, pp. 54-61. Narrado por Daniel Flores en Joconoxtle, Durango.
- ¹¹⁹ Roberto Williams García, *Mitos tepehuas*, pp. 112-114.
- ¹²⁰ John Hobgood y Carroll L. Rily, en *Anthropological Papers of the University of Arizona*, núm. 28, pp. 54-61. Narrado por Daniel Flores en Joconoxtle, Durango.
- ¹²¹ Arturo Gutiérrez, en *Flechadores de estrellas*, p. 312.
- ¹²² María del Carmen Tostado y Martha Flores, en *Mitote y universo cora*, pp. 164-166. Narrado por Patricio García en Mesa del Nayar, Nayarit.
- ¹²³ Elisa Ramírez Castañeda, *El fin de los montiocs*, pp. 115-116. Narrado por Juan Olivares en San Mateo del Mar, Oaxaca.
- ¹²⁴ Robert D. Bruce, *El libro de Chan Kin*, pp. 109-111. Recopilado en Najá, Chiapas.
- ¹²⁵ Bruce, Robert D., Carlos Robles y Enriqueta Ramos, *Los lacandones*, pp. 216-223. Narrado por Chan Kin en Najá, Chiapas. Los incensarios son braseros de cerámica donde se ofrenda a los dioses, representándolos y considerándose tan sagrados como a los dioses mismos.

- ¹²⁶ Allan F. Burnes, *An Epoch of Miracles*, pp. 135-136. Narrado por Alonzo González Mó en Tical, Yucatán.
- ¹²⁷ George M. Foster, *Sierra Popoluca Folklore and Beliefs*, pp. 200-201. Narrado por Leandro Pérez en Soteapan, Veracruz.
- ¹²⁸ Robert M. Laughlin, *The People of the Bat*, pp. 245-249. Narrado por Tonik Nibak de Zinacantán, Chiapas.
- ¹²⁹ Tomás Bautista Castillo, en *Agua, mundo, montaña*, pp. 55-56. Narrado por doña Ramona en Pajapan, Veracruz.
- ¹³⁰ George M. Foster, *Sierra Popoluca Folklore and Beliefs*, pp. 200-201. Narrado por Juan Arizmendes en Soteapan, Veracruz.
- ¹³¹ Walter S. Miller, *Cuentos mixes*, pp. 132-134. Narrado por José Trinidad en San Lucas Camotlán, Oaxaca.
- ¹³² George M. Foster, *Sierra Popoluca Folklore and Beliefs*, pp. 209-210. Narrado por Leandro Pérez en Soteapan, Veracruz.
- ¹³³ Robert J. Weitlaner, *Relatos, mitos y cuentos de la Chinantla*, pp. 200-201. Narrado por Raymundo Antonio en Santa Rosa, Oaxaca.
- ¹³⁴ Carl Lumholtz, *El México desconocido*, vol. I, pp. 293-294.
- ¹³⁵ Juan Negrín y Johannes Neurath, en *Flechadores de estrellas*, p. 315. Explicación de un cuadro de estambre de Tutukila Carrillo.
- ¹³⁶ Francisco Pascual Arias, en *Aire, mundo, montaña*, pp. 86-88. Narrado por Rosa Arias en Texistepec, Veracruz.
- ¹³⁷ Marcial Cruz Cruz (13 años) y Alicia Guadalupe Sánchez de la Cruz (10 años), en *Gigantes, duendes y salvajes*, pp. 34-37. Nicolás Domínguez Cordero (14 años), pp. 38-41. El primer relato fue recopilado en El Paraíso, San José Chapultenango y el segundo en Rivera Movac, Pichucalco, Chiapas.

BIBLIOGRAFÍA

- ALVARADO SOLÍS, Neyra, *Atar la vida, trozar la muerte*, Morelia, Universidad Nicolaíta, 2004.
- ARIEL DE VIDAS, Anath, *El trueno ya no vive aquí. Representación de la marginalidad y construcción de la identidad teenek (Huasteca veracruzana)*, México, CIESAS/Colegio de San Luis/CFEMCA/IID, 2003.
- ASCHMANN, Elizabeth D., “A Totonac Myth”, *Tlalocan*, vol. IV, núm. 3, pp. 236-238, México, 1963. (*Tlalocan* completo se puede consultar en el portal de revistas de la UNAM gracias al Seminario de Lenguas Indígenas del Instituto de Investigaciones Filológicas www.iifilologicas.unam.mx/tlalocan).
- BANCROFT, Hubert H., *The Native Races of the Pacific Coast*, vol. III, 1883, en Ruiz Monjarás, Jesús (coord.), *Mitos Cosmogónicos*, México, UNAM, 1987. Selección de los fragmentos Norte y Occidente de María Eugenia Olagarria.
- BARTOLOMÉ, Miguel Alberto y Alicia Barabas, “Narrativa chontal: la leyenda del rey Fane Kantsini”, en Oseguera, *Historia y etnografía entre los chontales de Oaxaca*, INAH, 2006. (Etnografía de los Pueblos Indígenas de México).
- BARTOLOMÉ, Miguel Alberto, *Narrativa y etnicidad entre los chatinos de Oaxaca*, México, SEP/INAH, 1979. (Cuadernos de los Centros Regionales).
- BÁSSLER, Heidi Chemin, *Los pames septentrionales de San Luis Potosí*, México, INI, 1984.
- BOEGE, Eckart, *Los mazatecos ante la nación. Contradicciones de la identidad étnica en el México actual*, México, Siglo XXI, 1988.
- BRUCE, Robert D., Carlos Robles y Enriqueta Ramos, *Los lacandones. Cosmovisión maya*, México, INAH, 1971.
- BRUCE, Robert, *El libro de Chan Kin*, México, INAH, 1974.
- BURNES, Allan F. y Paulino Yamá, *An Epoch of Miracles. Oral Literature of the Yucatec Maya*, Austin, University of Texas Press, 1983.
- BURSTAIN, Juan *et al.*, *El indio rey*, texto narrado por José Hernández Nuj, traducido, transcrito y recopilado por Cecilia Vázquez, Romeo Hernández y Juan Burstein, México, SEP/DGPB/DEI, 1982. (Colección Tradición Oral Indígena).
- CARRASCO, Pedro, “Pagan Rituals and Beliefs Among the Chontal Indians of

- Oaxaca”, *Anthropological Records*, vol. 20, pp. 183-256, Berkeley, University of California, 1959.
- CONAFE, *Gigantes, duendes y salvajes*, ed. y versiones en español de Elisa Ramírez, México, CONAFE/SEP, 2001. (Colección Hacedores de las Palabras).
- CORDRY, Donald, “Two Zoque Serpent Tales”, en *A Treasury of Mexican Folkways*, pp. 501-502, New York, Crown Publishers, 1947.
- CRUMRINE, Ross N., “La tierra te devorará”, *América Indígena*, vol. XXXIII, 1973, en Ruiz Monjarás, Jesús (coord.), *Mitos cosmogónicos*, México, UNAM, 1987.
- Selección de los fragmentos Norte y Occidente de María Eugenia Olagarría.
- DE LA VORÁGINE, Santiago, *La leyenda dorada* (2 vols.), Madrid, Alianza Editorial, 1996.
- EDMONSON, Barbara, Cándido Hernández y Francisca Vidales, “Textos huastecos”, *Tlalocan*, vol. XIII, pp. 3-48, México, UNAM, 2001.
- FOSTER, George M., *Sierra Popoluca Folklore and Beliefs*, Berkeley, Los Ángeles, University of California, 1945.
- GALINIER, Jacques, “De Montezuma a San Francisco: El ritual *wi:gita* en la religión de los pápagos (Tohono O’odham)”, en Noguez y López Austin (coords.), *De hombres y de dioses*, México, El Colegio de Michoacán/El Colegio Mexiquense, 1997.
- GARCÍA DE LEÓN, Antonio, “El dueño del maíz y otros relatos nahuas del sur de Veracruz”, *Tlalocan*, vol. V, núm. 4, pp. 349-357, México, UNAM, 1968.
- GEIST, Ingrid, *Comunión y disensión. Prácticas rituales en una aldea cuicateca*, Oaxaca, IOC/INAH/FECA, 1997.
- GIDDINGS, Ruth W., *Yaqui Myths and Legends*, Tucson, The University of Arizona Press 1978. (Originalmente *Anthropological Paper*, núm. 2, University of Arizona, 1959).
- GONZÁLEZ CASANOVA, Pablo, “El ciclo legendario del Tepozteco”, *Revista Mexicana de Estudios Históricos*, tomo II, núms. 1 y 2, 1928, y en Frances Toor, *A Treasury of Mexican Folkways*, New York, Crown Publishers, 1947. Reproducido en *Estudios de lingüística y filología nahuas* (ed. Asunción H. de León Portilla), México, IH/UNAM, 1977.
- GUITERAS Holmes, Calixta, *Perils of the Soul: The World View of a Tzotzil Indian*, Glencoe, The Free Press of Glencoe Inc., 1961.
- GUZMÁN, Adriana, *Mitote y universo cora*, México, CNCA/INAH, 2003.
- HOBGOOD, John y Carroll L. Rily, “Tepusilam and Chul: A Comparison of Mexicanero and Tepehuan Mythology”, *Anthropological Papers of the University of Arizona*, núm. 28, pp. 54-61, Tucson, University of Arizona, 1981.
- JÁUREGUI, Jesús y Johannes Neurath (coords.), *Flechadores de estrellas. Nuevas aportaciones a la etnología de coras y huicholes*, pp. 259- 341, México, CNCA/INAH, 2003.

- JÁUREGUI, Jesús y Johannes Neurath (eds.), *Fiesta, literatura y magia en el Nayarit. Ensayos sobre coras, huicholes y mexicanos de Konrad Theodor Preuss*, México, INI/CEMCA, 1998.
- KARTTUNEN, Frances y Gilka Wara Céspedes, "The dialogue of El Tepozteco and his Rivals", *Tlalocan*, vol. IX, pp. 115-139, México, UNAM, 1982.
- KELLER, Kathryn y Plácido Luciano Gerónimo, "Chontal texts", *Tlalocan*, vol. XIII, pp. 59-118, México, UNAM, 2001.
- LASTRA, Yolanda, *Unidad y diversidad de la lengua. Relatos otomíes*, México, UNAM, 2001.
- LAUGHLIN, Robert M., *The People of the Bat. Mayan Tales and Dreams from Zinacantán*, Washington D.C., Smithsonian Institution Press, 1988.
- LEE, Thomas A., "El Origen del Lago Jecameya, Mescalapa, Chiapas", *Tlalocan*, vol. VII, pp. 367-370, México, UNAM, 1977.
- LÓPEZ AUSTIN, Alfredo, "Los reyes subterráneos", ponencia para el II Congreso Internacional de Cultura Maya, Mérida, Yucatán, 13-19 de marzo, 2005. Mecanuscrito y texto digital del Seminario de signo, UNAM, 2006.
- LUMHOLTZ, Carl, *El México desconocido* (1904), trad. Balbino Dávalos, México, INI, 1981.
- MASON, John Alden, "Folk tales of the Tepecanos", *América Indígena*, vol. 8, 1948, en Ruiz Monjarás, Jesús (coord.), *Mitos Cosmogónicos*, selección de los fragmentos Norte y Occidente de María Eugenia Olagarria, México, UNAM, 1987.
- MCKINLAY, Arch, "The Sirens and Other Texts in Nahuatl", *Tlalocan*, vol. V, núm. 1, pp. 52-57, México, UNAM, 1965.
- MILLER, Walter S., *Cuentos Mixes*, México, INI, 1956.
- NEURATH, Johannes y Arturo Gutiérrez, "Mitología y literatura del Gran Nayar (coras y huicholes)", en Jáuregui y Neurath (coords.), *Flechadores de estrellas. Nuevas aportaciones a la etnología de coras y huicholes*, pp. 259-341, México, CNCA/INAH, 2003.
- NOGUEZ, Xavier y Alfredo López Austin (coords.), *De hombres y de dioses*, México, El Colegio de Michoacán/El Colegio Mexiquense, 1997.
- OLMOS, Miguel, *El sabio de la fiesta*, México, INAH, 1998.
- OSEGUERA, Andrés, *Historia y etnografía entre los chontales de Oaxaca*, México, INAH, 2006. (Etnografía de los Pueblos Indígenas de México).
- PARSONS, Elsie, *Mitla, Town of the Souls*, Chicago, The University of Chicago Press, 1936.
- PÉREZ CONDE, Pedro y Elisa Ramírez Castañeda, *Leyendas y cuentos tzeltales. Namey' Ayejetik sok namej kopetik Tabatsilk'op*, México, SEP/DGPB/DEI, 1983. (Colección Tradición Oral Indígena).

- PREUSS, Konrad T., *La expedición a Nayarit*, mecanuscrito inédito traducido del alemán por Ingrid Geist, 1994.
- PREUSS, Konrad T., *Mitos y cuentos nahuas de la Sierra Madre Occidental*, trad. Mariana Frenk Westheim, México, INI, 1982.
- PREUSS, Konrad T., “Acerca del carácter de los mitos y cantos huicholes que he registrado”, 1931, en Jesús Jáuregui y Neurath (coords.), *Flechadores de estrellas. Nuevas aportaciones a la etnología de coras y huicholes*, México, CNCA/INAH, 2003.
- PREUSS, Konrad T., “Los cantos religiosos y los mitos de algunas tribus de la Sierra Madre Occidental”, 1908, en Jesús Jáuregui y Neurath (coords.), *Flechadores de estrellas. Nuevas aportaciones a la etnología de coras y huicholes*, México, CNCA/INAH, 2003.
- RAMÍREZ CASTAÑEDA, Elisa, Adolfo Juárez Bailón *et al.*, *Cuentos mixes. Ap ayuuk*, México, SEP/DGPB/DEI, 1982. (Colección Tradición Oral Indígena).
- RAMÍREZ CASTAÑEDA, Elisa, Guadalupe Valdés *et al.*, *Canciones, mitos y fiestas huicholes. Wirrarika Irratsikayari*, México, SEP/DGPB/DEI, 1982. (Colección Tradición Oral Indígena).
- RAMÍREZ CASTAÑEDA, Elisa, *El fin de los montiocs. Tradición oral de los huaves de San Mateo del Mar*, México, INAH, 1987.
- RUIZ MONJARÁS, Jesús (coord.), *Mitos Cosmogónicos*, México, UNAM, 1987. Selección de los fragmentos Norte y Occidente de María Eugenia Olagarría.
- RUSSELL, Frank, *The Pima Indians. 26^o Annual Report of the Bureau of American Ethnology*, Washington D.C., Secretary of the Smithsonian Institution, 1904-1905.
- SEGRE, Enzo y Taller de Tradición Oral de CEPEC, *Metamorfosis de lo sagrado y de lo profano. Narrativa náhuatl de la Sierra Norte de Puebla*, México, INAH, 1990.
- SLOCUM, Marianna C., “The Origin of Corn and Other Tzeltal Myths”, *Tlalocan*, vol. V, núm. 1, pp. 1-44, México, UNAM, 1965.
- SOLANO, Alonso y Elisa Ramírez Castañeda, *Cuentos de la Montaña de Guerrero. Tu’un savi, ña ndatno’on xa’a ña kuu xina’an*, México, SEP/DGPB/DEI, 1986. (Colección Tradición Oral Indígena).
- SPICER, Edward H., *The Yaqui. A Cultural History*, Tucson, University of Arizona Press, 1980.
- TÉCNICOS BILINGÜES DE LA UNIDAD REGIONAL DE ACAYUCAN, *Agua, mundo, montaña. Narrativa nahua, mixe, popoloca del Sur de Veracruz*, México, PREMIA/DGCP, 1985.
- TEPOLE, Miguel Ángel y Elisa Ramírez, *Cuentos nahuas. Uejkauitl nauauajtlatoli*, México, SEP/DGPB/DEI, 1982. (Colección Tradición Oral Indígena).
- THOMAS, Norman D., *Los zoques de Chiapas*, México, INI, 1985.

- TOOR, Frances, *A Treasury of Mexican Folkways*, New York, Crown Publishers, 1947.
- VÁZQUEZ GUTIÉRREZ, Fortino, “Origen del Cong Hoy”, *Guchachi’ reza*, núm. 15, pp. 6-10. México, H. Ayuntamiento de Juchitán, junio de 1983.
- VILLA ROJAS, Alfonso, *Los elegidos de Dios. Etnografía de los mayas de Quintana Roo* (1945), México, CNCA/INI, 1992.
- WEITLANER, Roberto J., *Relatos, mitos y leyendas de la Chinantla*, México, INI, 1977.
- WILLIAMS GARCÍA, Roberto, *Mitos tepehuas*, México, SEP, 1972. (SepSetentas).
- ZINGG, Robert M., *Los huicholes. Una tribu de artistas* (1938), trad. Celia Pashero, México, INI, 1982.

GLOSARIO

- ACAHUAL: zacatal; hierba alta y de tallo algo grueso que suelen cubrir los barbechos.
- ACAMAYA O CAMAYA: langostino, langosta o camarón de agua dulce.
- ACOCOTE: calabazo seco y alargado con orificios en ambos extremos que sirve para extraer el aguamiel de los magueyes por succión.
- ACUYO: hierbasanta, planta aromática comestible y medicinal.
- AGUAMIEL: jugo del maguey que se fermenta para hacer el pulque.
- AGUZADO, ABUSADO: en realidad, puntiagudo. Se usa para calificar a alguien de listo, agudo, perspicaz.
- AHUATE, AGUATE, AHUATOSO: espina finísima de cactáceas, maíz, caña y carrizos.
- ALMUD: medida antigua de capacidad, que puede ser desde cuatro hasta veinte litros; caja o cilindro para medir semillas.
- AMATE: árbol de la familia de las moráceas o *ficus*; puede ser blanco o negro. La corteza se usa para hacer papel.
- AMUINARSE; HACER MUINA, DE MOHÍN: enojarse, causar mohín.
- ANTEBURRO: danta, tapir.
- APERSONAR: aparecer, presentarse, comparecer.
- ARQUILLA: horquilla, huacal.
- ASQUEL, ESQUEL, ESQUELÍN: hormigas muy pequeñas, negras o rojas.
- AURA: zopilote, buitre con plumas blancas en el cuello.
- AXOCOPA, AXOCOPAQUE: arbusto con flores aromáticas y medicinales; se usa para perfumar el chocolate en Oaxaca y Veracruz.
- AYATE: tela de ixtle, o fibra de palma o henequén usada para costales o para acarrear.
- BAJIAL: tierra baja y anegable, bajada súbita de agua.
- BANKIL: mozo, ayudante.
- BARBACOA: carne aderezada cocinada en un pozo precalentado con piedras.
- BATEA: recipiente plano, circular, grande y con orilla; generalmente de madera, usado para lavar, amasar, contener frutas o granos.
- BORDÓN: bastón.
- BULE: pequeño calabazo o jícara entera, usada para contener y acarrear líquidos; tecomate.
- CACALOTE: zanate, cuervo.
- CACHO: cuerno.
- CACLES O CAITES: huaraches cerrados, con talón; zapatos toscos.

CALDERETA: cacerola poco honda con asas.

CALIHUEI: casa sagrada donde hacen sus ceremonias los huicholes.

CAMA DE PENCA: varas de otates unidos y montados sobre una base, para dormir.

CATRÍN: petimetre, elegante.

CAYUCO: embarcación de una pieza, más chica que la canoa, de fondo plano.

CENOTE: pequeña laguna formada cuando un río subterráneo asoma a la superficie, en una caverna o a gran profundidad.

CH'IB: palma o bejuco para tejer canastos.

CHACA: pájaro carpintero.

CHACHALACA: pájaro comestible, vocinglera.

CHACHAPAL: vasija de barro, tamales.

chalate o salate: árbol de la familia del *figus*; laurel o higuera de río.

CHAPARREAR (CHAPARREROS), CHAPEAR, CHACALEAR, CHAPONEAR: rozar, limpiar con machete de maleza un campo para hacer milpa.

CHATANATE: canasto cilíndrico, tenate.

CHELÓN, CHELONERA: llorón, lagañoso; conjuntivitis.

CHICAL: ración de comida, vasija a modo de jícara grande.

CHICAYOTA: cucurbitácea, chilacayote.

CHICHARRAS: cigarras, insecto que produce un zumbido agudo y salta.

CHICHINA: pichancha, colador de barro cocido.

CHICHINAL: conjunto de chichis o tetas de un animal.

CHICHIS, CHICHES: pechos de mujer.

CHICOLEAR: golpear muy fuerte con chicol, vara con gancho para tumbar fruta.

CHILICOTE: variedad de colorín, coralina que se emplea en collares, juegos o como veneno.

CHILTOTA, CHILTOTE: ave canora amarilla, chorchá.

CHIMOLERA: vasija de barro para moler con una mano, mortero de barro o de piedra.

CHININI, CHINÍN: fruta de Tabasco, semejante al aguacate aunque más pequeño y de piel suave.

CHINTETE: reptil mal llamado camaleón, lagartija gorda y espinuda.

CHIQUIHUIITE: canasto cilíndrico sin asas.

CHUINA: masa y carne cocinada como atole espeso; venado, para los tarahumaras.

CHUPAMIRTO: chuparrosa, colibrí.

CHUZO: gancho, flecha, instrumento con punta. En el relato, sinónimo de puntas de flecha antiguas.

CINCO ARROBAS: sesenta y dos kilos y medio.

COA: instrumento de labranza, palo para sembrar.

COAMIL, COAMILEAR: milpa, sementera, terreno pequeño para la siembra con coa, sin usar arado. Hacer coamil.

COCHIMONTE: cerdo salvaje, jabalí.

COCHITOS: cerditos.

COJOLITO, COJOLITE O COCOLITE: pájaro silvestre grande, faisán de tierras tropicales de patas rojas, ojos desnudos de color azul, pico negro brillante.

COYOL: coquito de aceite, corozo, guayacol; forma vulgar de llamar a los testículos.

CUAJILOTE: palo elefante, árbol grande con tronco espinoso y bayas comestibles,

CUSCOMATE, COSCOMATE, CUEXCOMATE: depósito cerrado de barro para guardar el grano del maíz, parecido a una olla. Tapanco en los relatos mixes.

DILATAR: tardar.

EQUIPAL: sillón de varas tejidas con asiento y respaldo de cuero. Asiento de autoridades huicholas.

ESQUITES: granos de maíz tostados antes de molerse para hacer pinole.

FRIJOL PICHACA, PICHOCO: semillas como cuentas, zompanctle o colorín.

GARABATO: un machete curvo; palo que sirve para sujetar la yerba que se corta con el machete.

GENO: genio, criatura maligna.

GOBERNADORA: planta desértica; chamizo o creosota.

GUANO: palma usada para techar.

GUÁSIMA: árbol de hasta veinte metros con frutas comestibles, flores fragantes amarillas.

GUAYA: palma muy dura y filosa, fruta de esta palma.

HALLARSE: sentirse a gusto en un lugar, estar cómodo.

HUARUMBO O GUARUMBO: palo de hormiga, árbol con hojas lechosas. Los troncos huecos sirven de nido a hormigas muy agresivas y medicinales.

HUAUTE, GUAUTE, HUAUTLI: amaranto.

HUCUXTLES, COCUXTLES O JUCUXTLES: magüey pequeño, muy espinudo que da fruto azucarado.

HUILOTA: tórtola.

IXTLE: fibra procedente del agave que se usa para cuerdas y canastos.

JAA, JUELA: onomatopeya de asombro, ¡ah abuela! Tabasco.

JATUMARI: maíz crudo molido y disuelto en agua.

JICALPESTLE O JICAPEXTLE: jícara o calabazo; a veces tiene tapa. Es ancho y sirve para guardar comida. Puede ser pintado o liso.

JICOTES: abejorros.

JILOTE: elote tierno.

JIQUEMILLA: animal carnívoro pequeño; tubérculo comestible y medicinal.

JUNCIA: agujas de pino que se tienden en el suelo como señal de respeto o en ocasiones solemnes.

JUSTICIA: juez, autoridad.

LECHPAT: jacal pobre.

LEGUA: medida definida por lo que se camina más o menos una hora; 5,572.7 metros.

LUK: palo o bastón que se usa para doblar la maleza con el fin de cortarla con el machete.

MACUCHE: tabaco cimarrón o silvestre.

MAESTRO DE LA CAPILLA: cargo religioso, el que sabe la liturgia de las fiestas.

MAJAHUA O MAJAGUA: árbol de madera correosa, de sus vástagos se hacen sogas.

MALACATE: huso para hilar algodón, rueda con la cual se hace girar la hebra.

MANGA: impermeable.

MANTONIS O TATAMANDÓN: autoridad, padres que mandan.

MAR VIVA: así llaman los huaves al mar abierto, para distinguirlo de las lagunas costeras, donde pescan.

MARAKAME, MARAKATE (PLURAL): cantador, chamán, sacerdote, hombre sabio huichol.

MATAYAHUALE, MATAYAGUAL: red con aro, naza.

MAZATE: venado macho.

MECAPAL: tira de mecate para cargar bultos sujetos de la frente.

MECATE: cuerda de ixtle.

MECO, MECA: de color bermejo; pálido y manchado.

MITOTE: fiesta con música, baile y ofrendas celebrada entre coras, tepehuanos y mexicanos.

NANA, TATA, NANABUELA: abuela.

NANCES O NANCHES: fruto del árbol del mismo nombre, parecido al capulín, de color amarillo, al que se le atribuyen cualidades narcóticas o mágicas.

NIGUAS: insecto parecido a la pulga que anida en los pies, causando picazón y úlceras.

NIXCÓN, NISCÓMIL: olla donde se remoja y cuece el nixtamal.

OCOTE: pino aromático muy combustible y madera que proviene de estos árboles.

OTATE: especie de carrizo con caña macizo, no hueca.

PAILA: recipiente circular hondo de boca muy ancha, utilizado para fabricar azúcar.

PALANCA: culebra venenosa de la zona mazateca.

PALOTADAS: palos o ramas y troncos derribados.

PASCOLAS: participantes o danzantes en la fiesta de Pascua.

PASIONES: personajes con cargo de representar la Pasión de Cristo en Semana Santa en los Altos de Chiapas.

PAXTLE, PASTLE: heno gris.

PEPE: ave parecida al cuervo llamada también papán, pájaro ayudante de Huracán.

PEPENCHI O PECHENCHE: consentido, chiquiado. También arrimado.

PEPESCAS: pequeños peces de río.

PICHO: zanate, pájaro ayudante de Huracán.

PINOLE: harina de maíz tostado y molido; bebida hecha de esta harina. Dejar hecho pinole (polvo).

PITO: flauta de carrizo.

PIZCAR, PISCAR, PIXCAR: cosechar la mazorca o elotes, el café, el algodón.

PIZOTE: coatí de nariz blanca, tejón.

POPAL: humedales de agua dulce; vegetación herbácea que se desarrolla en lugares pantanosos con agua permanente.

POSH: aguardiente de caña destilado en Chiapas.

POZOL O POSOL: bebida refrescante hecha de maíz cocido y molido bastante, disuelto en agua fría.

PRIVADO: desmayado.

PULSAR: sentir el pulso para curar.

PUMPU, PUMPO: calabazo, guaje, bule ancho, sirve para guardar tortillas y otra comida.

QUEBRANTAHUESOS: la mayor de las aves de rapiña que existe en México, come cadáveres o

seres vivos y recibe este nombre porque eleva a sus víctimas y las despeña para romperle los huesos antes de comerla.

QUELITES: nombre de varias yerbas silvestres comestibles.

QUIPISCA: ave de cola negra.

RASTROJO: resto de la planta del maíz, tras ser cosechada la mazorca.

RECORDAR: despertar.

RESUELLO: aliento.

ROZA: desmonte o limpia, acción de tumbar árboles y maleza que luego serán quemados. La ceniza sirve para fertilizar la tierra donde se sembrará más tarde.

ROZAR, DESMONTAR: quitar la vegetación de un terreno, la basura se deja secar; limpiar de hierbas y matorrales un terreno, para cultivarlo.

SAHUMAR: echar humo de incienso o copal con un sahumerio para bendecir un lugar.

SALATE O CHALATE: árbol de la familia del ficus; laurel o higuera de río.

SANCHO: animal criado por hembra que no es su madre. Hombre con quien la mujer casada comete adulterio.

SARTENEJA: en Yucatán, aguaje; huella que dejan las patas de los animales en el lodo y que luego se resquebraja.

SAURINO; DE ZAHORÍ: nigromántico o hechicero en lengua árabe de España.

SEÑOR ÁNGEL, *ÁNHEL*, *‘ANJEL*: personificación del rayo en Chiapas.

SERETE, SEREQUE: roedor, jabalí pequeño o rata grande de cabeza alargada, hocico truncado y pelaje rojizo pinto de negro en el dorso y rabadilla.

SICUAQUES: bufones de Semana Santa entre los coras y huicholes.

SOTOL: bebida obtenida del maguey de este nombre.

SURAL: flor blanca parecida al lirio, aunque más pequeña.

TALSAHUATE, SALSAHUATES: pinollillo, garrapatas.

TAMO: polvo del maíz

TANTEAR: calcular, engañar.

TANTZI: tamal grande, entre los tepehuas.

TAPEXTLE: cama de penca o plataforma de varas o de otate que se usa como tapanco.

TAREA: medida de tierra.

TARIMA: tronco ahuecado en la forma de una caja, sobre el cual zapatean en un mismo lugar, un hombre y una mujer, que miran al frente. La danza se ejecuta al compás de un violín.

En Oaxaca, se llama artesa y solía ser una canoa invertida.

TATOÁN: de tlatoani, principal, autoridad.

TECOMATE: depósito para el maíz, troje. Calabaza o jícara más angosta al centro, que sirve para contener líquidos.

TECONTE: calabazo, jícara.

TEMASCAL, TEMAZCAL, TEMAXCALLI: baño de vapor.

TENAMASTE: tres piedras para poner lumbre en medio, sostienen el recipiente en el que se cocina.

TENANCHE (DE TONANTZIN): cargo de las mujeres en la iglesia, aseando el templo y las

imágenes. Cargo en las fiestas religiosas, mayordomía.

TENATE O TANATE: canasto cilíndrico de palma.

TENCUACHE, TENCUA: que tiene hocico o boca hendida, labio leporino.

TEPEJILOTE, TEPEPILOTE: palmera que produce fruto comestible, guayita.

TEPEZCUINTLE, TEPESCUINTLE, TEPECHICHI: roedor del tamaño de un conejo de color amarillo rojizo con pintas y sin rabo.

TEPOCATE: renacuajo.

TEPONAZTLI, TEPONAZTLE: tambor de madera de origen prehispánico, que se coloca de forma horizontal.

TERREGAR: aplanar el terreno.

TESGÜINO: bebida fermentada de granos de maíz germinado.

TIMBRE: cáscara del árbol del timbre, que sirve para fermentar al pulque para emborracharse.

TIRAHULE: resortera, horquilla con goma para lanzar piedras.

TLACHIQUERO: el encargado de extraer con acocotes el aguamiel, de los plantíos de maguey.

TLACOLOLE: extensión de tierra para sembrar.

TLALPANHUEHUE, TLALTEPONAZTLI: tamborcillo horizontal de barro.

TOCHE: armadillo.

TOL: tecomate, bule, calabazo; recipiente para almacenar agua o alimentos; jícara grande.

TONAL, TONALLI: entidad anímica del interior del cuerpo; animal compañero.

TOPII: oficial de justicia menor, policía, mensajero de la autoridad.

TOPOL: tigrillo, pantera en yaqui.

TOROTE: árbol grande del desierto también llamado copalquín, copal rojo o copal elefante.

TOTOMOSTLE, TOTOMOXTE: hoja seca del maíz que se usa como forraje o para envolver tamales.

TRES ARROBAS: treinta y siete kilos.

TUKIPA: casa de gobierno huichol.

TULE: planta de tallo largo con la cual se tejen petates, asientos de silla, canastos.

TUNCUL O TUNKUL: tambor de madera, instrumento de percusión prehispánico que se llama así en la zona maya.

TZITZIME, CHICHIMA: ser fantástico del monte, espanta.

WOM: juego yaqui en el que debe patearse una pelota por delante de la carrera.

XAME, XAMIL: tortilla triangular tostada hecha de elote.

XURAVÉT O XURAWÉT: mitote entre los mexicaneros. Fiesta.

XUT: hijo menor, xocoyote, Benjamín.

YÚMARI: baile ceremonial y ritual de tarahumaras y pimas.

ZACALOSÚCHIL, JACALASÚCHIL, CACALASÚCIL: flor del cuervo; árbol pequeño que da flores muy olorosas. Plumeria, Flor de Mayo.

ZACATAL: lugar donde abunda el pasto o zacate.

ZACUA: ave parda o negruzca que anda en bandadas y perjudica la siembra, infla el cuello y canta con sonido semejante al agua que se derrama, pájaro ayudante de Huracán.

ZAPUPE: nombre genérico de magueyes que producen fibra.

ZENZONTLE O CENZONTLE: calandria, ave canora de las cuatrocientas voces.



héroes fundadores, reyes subterráneos y seres extraordinarios

de Elisa Ramírez Castañeda, se imprimió
en los talleres de Leo Impresora y Encuadernadora,
Playa Eréndira N° 8, Col. Santiago Sur, Del. Iztacalco,
C.P. 08800, México, D.F., durante el mes de agosto de
2014. El cuidado de la impresión estuvo a cargo
de Héctor Martínez Rojas. El tiraje
fue de 1,500 ejemplares.